H.K. CHRISTIE

SU BÚSQUEDA IMPLACABLE



LOS CASOS DE MARTINA MONROE - LIBRO 13

SU BÚSQUEDA IMPLACABLE

LOS CASOS DE MARTINA MONROE

LIBRO 13

H.K. CHRISTIE



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Derechos de autor © 2025 de H.K. Christie

Diseño de cubierta de Odile Stamanne

Reservados todos los derechos.

No se podrá reproducir ninguna parte de este libro por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Si desea utilizar material de este libro, deberá obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en:

www.authorhkchristie.com

Primera edición: 2025

Para mis lectores

ÍNDICE

1. Jane
2. Martina
3. Jane
4. Martina
5. Martina
6. Selena
7. Jane
8. Martina
9. Martina
10. Jane
11. Martina
12. Selena
13. Martina
14. Martina
15. Jane
16. Martina
17. Selena
18. Martina
19. Martina
20. Selena
21. Jane
22. Martina
23. Jane
24. Martina
25. Selena
26. Martina
27. Selena
28. Martina
29. Jane
30. Martina
31. Selena
32. Selena

33. Martina
34. Jane
35. Martina
36. Martina
37. Jane
38. Martina
39. Jane
40. Martina
41. Selena
42. Selena
43. Martina
44. Jane
45. Martina
46. Jane
47. Martina
48. Martina
49. Jane
50. Martina
51. Martina
52. Martina
53. Jane/Hanna
54. Martina
55. Martina

Acerca del Autor
Agradecimientos

1

JANE

UNOS OJOS BRILLABAN entre los arbustos. Miraban fijamente, sin parpadear, observando. ¿Qué era? ¿Era más grande que yo? Los ojos seguían fijos en mí. Haciendo acopio de todo el valor que pude reunir, me incorporé sobre los codos y parpadeé para disipar la neblina que me nublaba la vista. Volví a mirar hacia el arbusto donde habían estado los ojos brillantes. Ya no estaban; se habían desvanecido con el suave susurro de las hojas. Quizá solo fuera un mapache, un animal curioso pero sin interés en mí. La idea no me sirvió de mucho consuelo. Tragué saliva, con la garganta seca, y observé lo que me rodeaba. La luna estaba brillante, redonda y llena, y arrojaba un resplandor fantasmagórico sobre el paisaje. El aire era fresco y me provocó un escalofrío.

¿Dónde estaba? ¿Qué me había pasado?

Me senté del todo, haciendo una mueca cuando un dolor agudo me atravesó la cabeza, palpitando detrás de los ojos. Me dolía el costado con una intensidad ardiente. Instintivamente, me llevé la mano a la nuca y noté los dedos húmedos al retirarla. Estaba oscuro y pegajoso. Sangre. El corazón me dio un vuelco al pensarlo, pero aparté la idea. No había tiempo para el pánico. Tenía que concentrarme. Tenía que huir.

Estaba oscuro; la única luz provenía de la luna. Me sentí tan pequeña, tan insignificante en la inmensidad de la noche. El mundo que me rodeaba parecía surrealista, como si me hubieran arrancado de una vida para dejarme caer en otra. Lenta y trabajosamente, me puse de rodillas antes de conseguir ponerme en pie. Me temblaban las piernas, débiles e inestables.

Respiré hondo; me ardían los pulmones. Tenía que averiguar qué pasaba. ¿Debía quedarme aquí, esperar a que alguien me encontrara? Pero ¿quién iba a buscarme? ¿Y por qué estaba todo tan borroso? Mis recuerdos habían sido sustituidos por un espacio en blanco. ¿Qué me había pasado?

Di un paso a la izquierda, tanteando el suelo bajo mis pies. De repente, el pie se me hundió en lo que ahora distinguía como una masa de agua. Un lago. El frío del agua se me filtró por el zapato. Retrocedí, con el pulso acelerado. Me agaché y palpé el terreno con los dedos. El suelo ascendía, irregular pero firme.

Empecé a subir, con cada movimiento lento y deliberado. Las manos me rozaban las ramas y la piel me escocía por los arañazos que me dejaban. Había rocas que sobresalían del suelo y se me clavaban dolorosamente en las palmas de las manos mientras avanzaba a gatas. Intenté no pensar en qué otros ojos podrían estar observándome.

Finalmente, las yemas de mis dedos rozaron algo liso y frío: pavimento. Asfalto. Estaba en un sendero. Eso no me decía dónde me hallaba, pero significaba que la civilización estaba cerca.

Me puse en pie a trompicones y seguí el camino, un pie delante del otro. Mis pasos eran lentos, deliberados, y cada uno parecía un esfuerzo enorme. A lo lejos, parpadeaba una luz tenue: lo que parecía ser una farola.

Me dirigí hacia ella, y mis lentos movimientos hicieron que el trayecto pareciera interminable. El sonido de mi respiración se mezclaba con los ruidos de la noche: el canto de los grillos, el susurro de las hojas. Nada de aquello me resultaba familiar. Era como despertarse en un sueño, de esos en los que todo es extraño y, por mucho que intentes encontrarle el sentido, nunca lo consigues.

Por fin, llegué a una valla. La farola se alzaba sobre mí, proyectando su pálido resplandor sobre la zona. Más allá de la valla, pude ver un aparcamiento con unos pocos coches, sus siluetas desdibujadas por la luz de la madrugada. No reconocí el lugar. El corazón me martilleaba en el pecho, cada latido fuerte y desorientador.

Seguro que alguien me ayudaría si conseguía llegar hasta allí. Esperanzada, me quedé helada al oír unos pasos. Había alguien cerca. Mi cuerpo se tensó y el miedo me recorrió la espina dorsal. Me di la vuelta bruscamente, conteniendo la respiración.

Un hombre, y la luz de una linterna, aparecieron por el sendero al otro lado del aparcamiento. El alivio me invadió cuando vi al perrito blanco y peludo que trotaba a su lado. La cola del perro se agitaba con cada paso. Desde luego, un hombre que paseaba a un perrito tan mono no me haría daño. ¿Verdad?

Lo saludé con la mano, dubitativa y temblorosa. El hombre se detuvo, sorprendido, como si no esperara ver a nadie. Era mayor, con el rostro surcado de arrugas y el pelo casi completamente plateado. Sus ojos, sin embargo, eran vivos y alerta, y me examinaban con preocupación. El perro tiró de la correa, ansioso por saludarme. Meneaba la cola con furia, y su energía amistosa supuso un pequeño alivio.

Le tendí la mano, y el perro la olfateó antes de menear la cola en señal de aprobación. No pude evitar sonreír, aunque fuera solo un poco.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el hombre con voz amable.

—Yo… no lo sé —balbuceé—. ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? ¿Sabe qué día es hoy?

El hombre parpadeó y luego miró su reloj. —Está usted en Fremont, California. Son las cinco y media de la mañana. Sábado, 23 de agosto —hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Cómo se llama?

Abrí la boca para responder, pero las palabras no salieron. Busqué en mi mente, pero no había nada. Solo un lugar borroso donde debería haber estado mi nombre.

—No… no estoy segura.

2

MARTINA

La imagen que tenía ante mí casi me hizo caer de rodillas. Mi pequeña estaba de pie sobre una tarima, enfundada en un vestido blanco y entallado. Obviamente, ya no era una niña. Era toda una mujer, y estaba deslumbrante. Prometida, a punto de casarse, con un vestido de novia. Mi niña. Ocho meses antes, Zoey había vuelto a casa para presentarme a su prometido, Henry, un hombre al que yo ni siquiera conocía, y después me había anunciado que se casaban. Casi me dio un infarto. Pensé que era demasiado joven, pero me guardé esa opinión para mí. Selena y yo decidimos inmediatamente investigar a fondo los antecedentes del hombre que iba a ser su marido. Desde entonces, habíamos averiguado que Henry no tenía antecedentes penales y no habíamos encontrado nada alarmante. Pero incluso ahora no podía creerme que Zoey fuera a casarse y no estaba segura de estar preparada para que fuera una adulta con todas las de la ley. Casada.

¿Cómo habían pasado los años tan deprisa? Recordaba cuando nació Zoey, aquellos grandes ojos azules mirándonos a su padre y a mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras estaba de pie en la tienda de novias. Intenté mantener la compostura, pero temí no conseguirlo.

Era tan guapa, tan inteligente, tan buena. Jared habría estado muy orgulloso. Me tapé la boca con las yemas de los dedos, intentando calmar la tormenta de emociones.

A ella le había hecho muchísima ilusión ir a mirar vestidos, pero ahora me daba cuenta de que yo todavía estaba un poco en shock por todo el asunto. Mi hija era brillante, con la cabeza bien amueblada, y estaba preparada para comprometerse de por vida con el hombre que amaba. Tenía que confiar en su decisión y apoyarla. —¿Mamá, tú qué crees? —la voz de Zoey me devolvió al presente.

Era raro que me quedara sin palabras, pero ahí estaba yo, muda. Por muy guapísima que estuviera… dudé. —Es bonito, cariño. Solo me pregunto si…

La sonrisa de Zoey se ensanchó y sus brillantes ojos azules relucieron. —¿No brilla lo suficiente, verdad?

Asentí, con una enorme sonrisa extendiéndose por mi cara. Le habían encantado los brillos y la purpurina desde que tengo uso de razón. El vestido era precioso, pero no era Zoey. No tenía su chispa.

Se giró hacia la dependienta. —Vamos a probar el siguiente. Necesito más brillos. ¡Quiero que me deslumbren!

Selena se rio a mi lado. —Básicamente, que no puede tener demasiados brillantes.

La vendedora encargada de ayudar a Zoey con los vestidos asintió comprensiva.

Al mirar a Zoey y luego a Selena, mi hijastra, con su pelo oscuro y suelto y su aspecto duro pero menudo, se me enterneció el corazón.

Mis dos hijas.

Durante mucho tiempo creí que Zoey sería mi única hija —mi única hija biológica—, pero cuando me casé con Charlie cuatro años atrás, me vino una hija de regalo. Una hermana para Zoey, algo que ella siempre había querido.

Zoey y Selena eran diferentes en muchos sentidos, pero en otros se parecían. Selena era inteligente, como Zoey, pero un poco más reservada, le encantaba la ropa negra y tenía una personalidad más parecida a la mía. Pero Zoey... Zoey era chispeante, como un reguero de estrellas en el cielo. Cuando se conocieron cinco años

antes, congeniaron al instante. Si no tuvieran apellidos distintos, se podría pensar que habían nacido y crecido con los mismos padres toda la vida.

Zoey se levantó la falda y bajó con cuidado de la plataforma. —Vuelvo enseguida con otro. Tienes razón, no puedo ir sosa en mi gran día —dijo mientras se apresuraba a volver al probador.

Selena se acercó y se puso a mi lado. —Bueno, parece que de verdad lo va a hacer, Martina.

—Sí, así es.

Estaba muy orgullosa de Zoey. Era una joven excelente: independiente y en su segundo año de veterinaria. Pronto sería una esposa. Ay, Dios mío, ¿llegaría a ser abuela algún día? ¿Era yo demasiado joven para eso?

Selena se volvió hacia mí, con voz suave. —¿Esto te recuerda a tu boda con mi padre?

—Sí, un poco. —Esta era la misma tienda de novias que Zoey había insistido en que visitara para comprar mi propio vestido. Si hubiera sido solo por Charlie y por mí, lo habríamos hecho todo muy sencillo. Yo habría elegido un vestido bonito de confección. Al fin y al cabo, era una segunda boda. Pero Zoey, mi dama de honor, tenía otras ideas. Organizó todo un evento para elegir mi vestido, así como los de mis damas de honor, que incluían a Zoey, Kim, Selena y Audrey. Fue un día divertido lleno de risas y amistad.

Yo había elegido un vestido sencillo, entallado y largo hasta el suelo. Llevaba el pelo recogido con un pasador con incrustaciones de cristal, por insistencia de Zoey, por supuesto. El día de nuestra boda, Charlie y yo estábamos en nuestro jardín, rodeados de amigos y familiares bajo el precioso arco que Zoey y Selena habían decorado para nosotros. Había sido un día perfecto.

La boda de Zoey sería a una escala mucho mayor. Su prometido, Henry, procedía de una familia numerosa, y era el primero en casarse. La lista de invitados ya se había disparado a doscientas personas. Le había dicho que lo que ella quisiera era lo que yo quería también. Y Jared, su padre, habría dicho lo mismo.

—¿Ha sido duro para Zoey sin su padre? —preguntó Selena, interrumpiendo mis pensamientos.

Selena era una joven muy intuitiva. Y teniendo en cuenta que Selena perdió a su madre a los diecisiete años, me pregunté si se estaría imaginando su propia boda sin su madre presente. —No ha dicho mucho, pero sí mencionó que quería que le reservaran un asiento en la ceremonia —dije yo, con el corazón encogido al pensarlo. Zoey era tan joven cuando perdió a su padre que me preocupaba que no lo recordara en absoluto. Pero, claramente, lo tenía presente.

Selena dijo: —Me gusta esa idea. Es un detalle precioso.

Así era Zoey, siempre pensando en los demás. A veces me preocupaba que no expresara lo suficiente sus sentimientos, siempre risueña y sonriente, pero quizá ocultando lo que la asustaba. Tal vez necesitaba tener una conversación sincera con ella.

Justo en ese momento, Zoey salió de nuevo, con un vestido que brillaba al recibir la luz. El corpiño estaba elegantemente bordado con pedrería y la falda caía con delicados destellos entretejidos. La dependienta le colocó un velo con cuidado en el pelo y Zoey se giró para mirarnos.

Me llevé la mano al pecho mientras me sonreía con lágrimas en los ojos. —Es este.

Selena me dio un codazo para que me acercara y rodeé a Zoey con mis brazos. —Estoy muy orgullosa de ti —dije, con un nudo en la garganta.

Zoey se apartó, secándose sus propias lágrimas. —¡Mamá, no empieces! —Se rio, y una sonrisa volvió a iluminarle la cara.

Selena intervino. —Esto es solo la prueba del vestido. ¿Cómo vas a aguantar el día de la boda?

Me sequé las comisuras de los ojos. —No estoy segura.

Las tres nos abrazamos, con el corazón tan lleno que podría estallar.

Cuando nos separamos, Zoey dijo: —¿Es perfecto, verdad? —mientras daba una vuelta sobre sí misma como hacía cuando era niña.

—Lo es.

—Precioso —añadió Selena.

Tras unas cuantas poses más frente al espejo, se detuvo. —Vale, voy a cambiarme para que podamos ir a comer —anunció, dirigiéndose de nuevo al probador.

La vendedora sonrió. —Si es el elegido, vamos a tomarle las medidas y a encargar el pedido. Tardará varios meses en llegar.

Zoey me miró.

Le dije: —Adelante.

Ella sonrió, apresurándose a que le tomaran las medidas.

Justo en ese momento, mi móvil vibró en el bolsillo. Sorprendida por la llamada, me volví hacia Selena. —Dame un minuto. —Respondí—. Hola, Hirsch.

No era raro que me llamara, pero acabábamos de hablar el día anterior sobre una barbacoa. ¿Por qué llamaba otra vez tan pronto?

Atrás quedaban los días en que me llamaba para pedirme ayuda con un caso, ya que se había jubilado del departamento del sheriff dos años atrás. Por fin había presentado los papeles, deseoso de pasar más tiempo con Kim y Audrey. Me alegré por él. Era hora de que dejara atrás la oscura vida de un detective de homicidios.

—Hola, ¿es un mal momento? —preguntó Hirsch.

—Tengo un minuto mientras le toman las medidas a Zoey. Selena, Zoey y yo estamos en la tienda de novias. Zoey acaba de elegir su vestido.

—Dios mío, Zoey se casa. No me lo puedo creer.

—Ni que lo digas.

—Quizá no sea el momento de hablar, pero…

—¿Qué pasa? —pregunté, pues me picó la curiosidad.

—Bueno, acabo de recibir una llamada de un amigo mío del departamento del sheriff del condado de Alameda. Están trabajando en un caso difícil. Les he dicho que quizá tú podrías ayudar.

—¿Ah, sí?

Hirsch me explicó los detalles. Escuché con atención, cada vez más interesada.

—Claro que puedo ayudar —dije—. Zoey vuelve a la universidad el domingo por la noche. Los llamaré el lunes a primera hora. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Dales recuerdos a Zoey y a Selena de mi parte.

—Así lo haré.

Terminé la llamada y miré a Selena, que enarcó una ceja. —¿Qué pasa? —preguntó.

—Un caso.

Selena me dedicó una sonrisa cómplice.

Justo en ese momento, Zoey salió del probador, de nuevo con sus vaqueros y su jersey de rayas rosas. —Ya estoy lista.

—¿Qué te apetece comer? —le pregunté.

—¿Pizza?

Me eché a reír. Ay, cómo le seguía gustando la pizza a mi niña. —Suena perfecto.

Mientras salía de la tienda de novias con mis dos hijas, tenía el corazón lleno de alegría por el futuro, pero una pequeña parte de mí no podía evitar sentir también emoción por el caso que me esperaba.

3

JANE

Mientras escuchaba a la psiquiatra, me preguntaba si alguna vez llegaría a saber quién era realmente. Las palabras amnesia disociativa flotaban en el aire, clínicas y desprovistas de emoción. Era extraño cómo algo tan estéril podía describir la profundidad de mi confusión, de mi miedo. Me hacía sentir como un caso clínico, un expediente más en un cajón lleno de personas cuyas vidas se habían desmoronado. La verdad era que no necesitaba un término médico para saber que estaba perdida. Lo sentía cada vez que cerraba los ojos e intentaba sacar algo —cualquier cosa— de ese oscuro vacío en el que se había convertido mi mente.

Decían que no había ninguna razón física por la que no pudiera recordar mi pasado. Tenía el cuerpo maltrecho —hematomas, cortes, una costilla fisurada, una herida en la cabeza—, pero nada de eso explicaba por qué habían desaparecido mis recuerdos.

Mi mente se había desconectado, decían, porque no podía soportar lo que había ocurrido. Creían que el trauma me había hecho olvidarlo todo.

Me hicieron pruebas; muchísimas pruebas. Cada una de ellas me hacía sentir menos humana y más como un rompecabezas que intentaban resolver. Me escanearon el cerebro, me sacaron sangre, me hicieron las mismas preguntas una y otra vez. Pero todas las

pruebas del mundo no podían devolverme lo único que necesitaba: mi identidad. No tenía ni idea de quién era y, cuanto más tiempo pasaba, más temía no llegar a saberlo nunca.

Mi cuerpo se estaba curando. Algo es algo. Los moratones estaban desapareciendo, los cortes también, pero ¿de qué servía si mi mente seguía rota? No podía quedarme en el hospital mucho más tiempo. Físicamente, ya no necesitaba cuidados. Así que pensaban enviarme a un albergue, un lugar para gente que no tenía adónde ir. Aquello me llenó de una profunda tristeza. Al ir a un albergue, estaba aceptando que no tenía familia ni una vida a la que volver.

Apreté el collar que llevaba al cuello, mis dedos recorriendo su suave superficie, desesperada por sentir algo familiar. Era lo único que me conectaba con un pasado que no podía recordar. ¿Era el regalo de alguien a quien yo quería? ¿De alguien que me quería a mí? No lo sabía, pero era todo lo que tenía.

Mientras la psiquiatra me explicaba las opciones de tratamiento —terapia cognitivo-conductual, trabajar el trauma—, todo sonaba tan… aterrador. La idea de desbloquear recuerdos, de sumergirme de nuevo en lo que fuera que me había hecho olvidar, me daba miedo. ¿Y si no estaba preparada para recordar? ¿Y si la verdad era peor que haber perdido los recuerdos?

Pero no podía seguir así para siempre, vagando por la vida como una pizarra en blanco.

Ya era bastante perturbador no saber mi nombre, mi edad o de dónde venía. Pero peor que eso era la soledad.

Habían pasado mis huellas dactilares por todas las bases de datos, habían buscado cualquier rastro de mi existencia y no habían encontrado nada. Me explicaron en qué consistían las pruebas de ADN mientras me tomaban la muestra y la cotejaban con la base de datos de personas desaparecidas. Toda la búsqueda arrojó el mismo resultado.

Yo no existía y nadie me estaba buscando.

Era una mujer sin identidad, sin pasado, sin familia ni amigos. La idea de que me hubieran olvidado, de que nadie en el mundo me echara de menos, me pesaba enormemente. ¿Cómo podía haber

tenido toda una vida y haber dejado tan poco rastro? ¿De verdad era tan insignificante?

Y luego, estaba el niño.

Los médicos estaban casi seguros de que había dado a luz en algún momento. Era madre. Pero no podía recordar a mi hijo. No podía visualizar su cara ni recordar su nombre. Ese pensamiento se me retorcía en las entrañas. ¿Cómo podía haber olvidado algo tan importante?

Una cosa era olvidar dónde me había criado o qué trabajo tenía, pero ¿mi hijo? Aquello parecía una traición, no solo hacia mí misma, sino hacia él. ¿Estaría por ahí, en algún lugar, esperando a que yo volviera? ¿Me necesitaría? ¿Lo había dado en adopción o, peor aún, me lo habían quitado o estaba muerto? La incertidumbre me corroía y, con cada día que pasaba, me sentía más y más fracasada, como si hubiera abandonado a alguien que dependía de mí.

La psiquiatra me aseguró que seguiría viéndome, incluso después de que me instalaran en un albergue. Se suponía que debía ser tranquilizador, pero solo me recordaba lo poco que me quedaba.

En el hospital, al menos, estaba al cuidado de gente con la que me había familiarizado, aunque solo me conocieran como Jane Doe. Las enfermeras me sonreían, me traían comida y charlaban conmigo como si fuera una persona, no solo un misterio que resolver.

El detective Cromwell, el hombre a cargo de mi caso, parecía realmente interesado en averiguar qué me había pasado. Me visitaba una vez al día, decidido a reconstruir cómo había acabado apaleada y abandonada en aquel parque.

Creían que no llevaba mucho tiempo allí, menos de un día. Mis heridas eran recientes cuando me encontraron. Si no hubiera sido por Edward, el hombre del perro peludo, no sé dónde habría acabado. Edward y su perro, Snowman, habían sido mi salvación. Pero ahora me preguntaba qué había pasado antes, cómo había llegado hasta allí. ¿Quién me había dejado allí para que muriera?

Ahora, sentada a solas, el peso de todo me abrumaba. Mi pasado era un vacío, y el futuro parecía igual de incierto. Tenía que tener padres, ¿no? Tenía que haberme criado en alguna parte.

Llamaron a la puerta, un golpe suave pero firme que me sacó de mis turbulentos pensamientos. Levanté la vista, sintiendo ya la opresión en el pecho, esa tensión omnipresente que nunca me abandonaba últimamente.

El detective Cromwell estaba en el umbral. Iba con otro hombre, mayor, de pelo rubio encanecido. Junto a él había una mujer: de pelo oscuro, alta y delgada. Su presencia era fuerte, casi imponente, pero había una suavidad en la forma en que sus ojos se encontraron con los míos.

—Hola, Jane, ¿cómo se encuentra? —La voz del detective Cromwell era tranquila y firme.

—Todavía un poco dolorida, pero bien —respondí con una voz más baja de lo que pretendía—. Pronto me trasladarán a un albergue.

La palabra albergue quedó flotando en el aire, y vi un destello de tristeza en los ojos ambarinos de la mujer. No había juicio en su mirada, pero la compasión era inconfundible. Era como si supiera lo que significaba.

La realidad tampoco había calado del todo en mí: que iba a vivir en un albergue y que ni siquiera tenía nombre. Solo «Jane Doe». Un nombre provisional. Una existencia anónima. Me dijeron que era libre de elegir otro nombre mientras intentaban averiguar mi verdadera identidad, pero supuse que Jane era un nombre tan bueno como cualquier otro.

El detective Cromwell se aclaró la garganta suavemente, rompiendo el silencio. —Quiero presentarle a un par de amigos. —Le dio una palmada en el hombro al hombre mayor, un gesto que parecía a la vez informal y lleno de respeto—. Este es el sargento retirado August Hirsch, y esta es su amiga y antigua socia, Martina Monroe. Es investigadora privada. Voy a dejar que le expliquen por qué están aquí.

Martina dio un pequeño paso al frente, con una expresión suave pero concentrada. Había algo en su presencia que la distinguía inmediatamente de los demás. No estaba aquí por deber u obligación; había algo personal en su forma de mirarme.

—Jane —empezó, con voz firme y cálida—. El detective Cromwell me ha explicado lo que le ha pasado y que no puede recordar su vida. Me especializo en encontrar a personas desaparecidas, y me han contactado para ayudarla a encontrar a su familia y descubrir lo que le ocurrió.

Sus palabras me inundaron y, por un momento, no supe cómo responder. Hubo un destello de esperanza, una chispa. ¿Podría ella de verdad ayudarme? ¿Podría descubrir quién era yo cuando ni siquiera recordaba mi propio nombre?

—¿Ha hecho esto antes? —pregunté.

Martina se acercó y se sentó en la silla junto a mí, acortando el espacio físico entre nosotras de una forma que me resultó reconfortante. —No exactamente así —admitió—. Pero encontré a una persona que llevaba treinta años desaparecida. Solía trabajar en casos sin resolver con el sargento Hirsch. —Levantó la vista hacia él, y el cruce de miradas entre ambos hablaba de una experiencia compartida—. Así que, en cierto modo, esto es parecido. Quiero ayudarla —dijo, clavando sus ojos en los míos—. ¿Le parece bien si trabajamos juntas para averiguar quién es usted y de dónde es?

Dudé. —No tengo dinero —confesé, con una voz que apenas era un susurro—. No puedo pagarle.

Martina negó con la cabeza de inmediato, y su pelo oscuro se movió ligeramente con el gesto. —No hace falta —dijo—. Mi empresa lleva algunos casos pro bono. No le cobraremos nada. Solo queremos ayudar.

Ahí estaba de nuevo: la amabilidad. Primero fue Edward, con su perro, Snowman, que me había encontrado en aquel parque. Luego las enfermeras, siempre trayéndome mantas de más u ofreciéndome una sonrisa cuando no tenían por qué. El detective Cromwell, que venía día tras día, negándose a abandonar mi caso. Y ahora Martina y el sargento Hirsch, gente que no me conocía, que no me debía nada, ofreciéndose a ayudar sin pedir nada a cambio.

Todo el mundo había sido muy amable y, sin embargo, por alguna razón, no me parecía correcto. No encajaba con lo que sentía sobre la mayoría de la gente, o al menos lo que creía sentir.

¿Era yo de las que no confiaban fácilmente? ¿Me había enseñado la vida a ser precavida, a esperar lo peor? Pero desde que acabé en este hospital, no había recibido más que amabilidad, y eso me hacía preguntarme: ¿me la merecía?

No sabía la respuesta. No estaba segura de querer saberla. Pero al mirar a Martina, a su mirada tranquila e inquebrantable, sentí el más mínimo atisbo de algo que no me había permitido sentir antes de que llegara: esperanza.

4

MARTINA

AL MIRAR a los ojos de esta mujer —de esta Jane Doe—, no pude evitar sentir compasión. No podía imaginarme despertar un día, magullada, amoratada y sangrando por una herida en la cabeza, sin recordar quién era, dónde había estado ni qué había pasado. Parecía reacia a hablar con nosotros, insegura de si confiar en nosotros o dejar que la ayudara.

Hirsch había accedido a ayudar con la parte policial, ya que yo no tenía un contrato oficial con ningún departamento de policía ni de la oficina del sheriff. Dijo que se lo tomaría como un pequeño proyecto paralelo ahora que estaba jubilado. Dijo que le sobraban horas durante el día, teniendo en cuenta que Audrey, su hija, y Kim, una profesora, estaban en el colegio. Podía ver en sus ojos la emoción por el nuevo desafío, pero también había empatía por la mujer que teníamos delante, cuyo futuro dependía ahora del sistema. Un destino que no desearía para nadie.

Me preguntaba en qué refugio acabaría. Si su agresor la conocía, podría estar buscándola. Necesitaba un lugar seguro hasta que pudiéramos determinar que no corría peligro. Quienquiera que le hubiera hecho esto probablemente la había dado por muerta, y esa idea me carcomía.

Pero al mirarla ahora, me di cuenta de que era fuerte. El hecho de que hubiera subido a gatas desde aquella oscura colina, luchando por su propia vida, demostraba una resiliencia que no todo el mundo poseía.

Finalmente, Jane habló con una voz apenas audible. —Vale.

—Estupendo. ¿Le importa si le hago unas cuantas preguntas? —le pregunté con suavidad. Me habían informado sobre el caso, pero aún no había revisado los informes policiales y médicos.

—Claro —dijo ella con voz vacilante—. ¿Podrá averiguar también qué le ha pasado a mi hijo?

Los médicos debían de haberle informado de que había dado a luz. —Por supuesto.

Eso provocó el más mínimo atisbo de una sonrisa.

—Antes de entrar en los detalles de lo que ocurrió, ¿cómo se encuentra?

Arrugó el rostro como si fuera a echarse a llorar. —Estoy cansada, pero bien.

Era de esperar. —Me alegro de oírlo. ¿Sabe en qué refugio la van a alojar?

—No estoy segura. La trabajadora social me lo dirá cuando llegue.

—Bueno, si lo desea, podría hablar con su trabajadora social y discutir las distintas opciones de refugio —continué—. Como le he mencionado, mi bufete, Drakos Monroe Security & Investigations, lleva su caso pro bono. Actuaremos como enlace con las fuerzas del orden mientras desentrañamos el asunto. Hirsch nos va a ayudar con la parte policial, pero como parte de nuestro servicio ofrecemos alojamiento especializado para personas en situaciones como la suya. Sería un apartamento privado con cámaras de seguridad, constantemente vigiladas, hasta que podamos garantizar que está a salvo y que quienquiera que le hiciera esto no pueda volver a hacerle daño nunca más. —Había refugios que ofrecían seguridad, pero no eran muchos y solían tener lista de espera.

—Oh —dijo con vacilación—. Tendré que preguntárselo a la trabajadora social. Se supone que llegará pronto.

—Usted decide —le aseguré—. Si se decanta por uno de nuestros apartamentos seguros, délo por hecho y haré los arreglos de inmediato.

Podía percibir su lucha interna, pero tenía la sensación de que ya sabía su respuesta. ¿Quién no querría la comodidad de un apartamento privado con seguridad veinticuatro horas?

—Un apartamento privado suena bien —admitió en voz baja—. ¿De verdad haría eso por una desconocida?

Hirsch y yo intercambiamos una mirada y me di cuenta de que una pequeña sonrisa asomaba en sus labios.

—Es una de las especialidades de Martina —dijo él—. Confíe en ella cuando dice que estará bien atendida. Se le proporcionarán todos los recursos que necesite. Nos aseguraremos de que supere esto.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó de repente ella.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Simplemente ayudan a desconocidos. Todo el mundo ha sido tan amable… y no recuerdo mi pasado. Pero me parece sorprendente que tanta gente esté dispuesta a ayudar a una desconocida.

Aunque Jane no recordaba su pasado, su instinto le decía que la amabilidad no era lo normal, lo que me hizo pensar que la crueldad no le era ajena y que, sin duda, aún podía estar en peligro. —He visto mucho en mi carrera y sé lo importante que puede ser una mano amiga, cómo puede cambiar la vida de alguien. Siempre espero que, cuando ayudo a alguien, no solo sea capaz de progresar, sino que la próxima vez que esté en posición de ayudar a otra persona, lo haga. Es algo así como una «cadena de favores».

Por primera vez, vi un destello de alegría en su rostro. Dijo: —Me gusta eso.

—Sin duda, podemos prepararle ese apartamento —dije—. Y podemos hablar con su trabajadora social junto a usted, si lo prefiere.

Ella asintió.

—Ahora, ¿puedo preguntarle sobre las últimas dos semanas?

—Claro —respondió.

Mientras contaba su historia —arrastrándose en la oscuridad por aquella pequeña colina, el camino que la llevó hasta el hombre que la encontró, todas las pruebas y los interminables pinchazos en el hospital—, su voz temblaba. —La parte más extraña —continuó— fue cuando el médico dijo que parecía que alguien había intentado matarme. Simplemente me abandonaron allí. ¿Quién haría algo así?

Demasiada gente, pensé. Afortunadamente, no era la mayoría, pero existían quienes hacían tales cosas por su propio placer retorcido. O quizás estaba relacionado con su pasado. La mayoría de las víctimas de delitos violentos son heridas por personas que conocen.

—Vamos a ayudarla a averiguarlo —la tranquilicé—. Hirsch y el detective Cromwell también están en el caso. —Mirándola, vestida con pantalones y una camiseta, le dije—: ¿Llevaba esto puesto cuando la encontraron?

—No. Se llevaron esa ropa como prueba —dijo, bajando la mirada. Sus dedos se movieron hacia el collar que llevaba al cuello, un pequeño medallón de oro con un diseño interesante—. Lo único que conservo es este collar.

Me fijé en un pequeño tatuaje en su muñeca: tres corazones entrelazados. —¿Recuerda algo sobre el collar?

—No. Lo único que sé es que me hace sentir… no sé… calmada, como si quizá fuera algo bueno, ¿sabe?

Tomé nota de ello. —¿Y su tatuaje? ¿Tiene alguno más?

—Solo el de la muñeca.

Hirsch y Cromwell habían prometido compartir los informes policiales, pero yo también necesitaría su consentimiento para ver su historial médico. —¿Y no tiene absolutamente ningún recuerdo de la zona? ¿De estar en California? ¿De estar en ese parque de Fremont?

Volvió a negar con la cabeza. —Está todo en blanco. Es tan extraño, porque sé cómo andar y hablar, y sé leer y escribir. Parece raro que no pueda recordar nada de mi vida.

Por lo que había leído sobre su estado, la amnesia disociativa es una afección psicológica en la que las personas son incapaces de recordar información personal importante, generalmente después de un trauma o estrés extremo. Este tipo de amnesia afecta

principalmente a la memoria autobiográfica, que incluye experiencias personales y conocimientos sobre los acontecimientos de la propia vida.

Las personas con amnesia disociativa conservan su capacidad para leer, escribir y realizar otras habilidades aprendidas porque estas capacidades forman parte de la memoria procedimental o la memoria semántica, que se almacenan de forma diferente a las experiencias personales. La memoria procedimental implica el aprendizaje de habilidades y tareas como montar en bicicleta o teclear, mientras que la memoria semántica incluye conocimientos generales como hechos, lenguaje y otra información aprendida. En cambio, los recuerdos autobiográficos, que tienden a perderse en la amnesia disociativa, forman parte de la memoria episódica, un sistema de memoria que almacena detalles de las experiencias vitales personales.

—Por lo que tengo entendido, la mente almacena diferentes tipos de información de forma distinta. Su amnesia disociativa solo afectó a sus experiencias vitales personales. Su cerebro la está protegiendo de recuerdos que son demasiado traumáticos para evocarlos. ¿No le explicó esto su psiquiatra?

—Su explicación fue más complicada. Lo que usted dice tiene más sentido.

Quizá necesitemos encontrarle un nuevo terapeuta. Conocía a varios buenos a los que podría recomendarla. —Una última cosa —dije—. Antes de que preparemos su nuevo alojamiento, ¿me permitiría ver su historial médico? Podría ayudarnos en la investigación de lo que le sucedió.

—Está bien —aceptó.

—Le daremos unos papeles para que los firme y nos dé acceso. ¿Está segura de que se siente cómoda con eso?

—Lo estoy —dijo—. ¿Necesito hacer algo más?

—Por ahora no —le aseguré.

Seguimos hablando un rato más, intentando aliviar su malestar y ayudarla a sentirse más cómoda con nosotros.

Nos disculpamos tras una breve conversación con su trabajadora social. Ya en el pasillo con Hirsch, le dije: —¿Qué piensas?

—El hecho de que la policía no pudiera identificarla y de que nadie haya denunciado su desaparición es desconcertante. En circunstancias normales, las huellas dactilares o el reconocimiento facial mostrarían un carné de conducir o un documento de identidad. Parece tener poco más de veinte años. Alguien tiene que estar echándola de menos.

—Eso mismo estaba pensando. —Como ninguna de las vías habituales de identificación había dado resultados, tendríamos que buscar métodos menos convencionales para descubrir su identidad.

—¿Cómo quieres abordar la investigación? —preguntó.

—Después de revisar todos los informes, voy a pedir a algunas personas que ayuden en esto —dije—. Una de ellas será Selena. Tiene un gran instinto, aunque sea joven. Ella misma ha visto algunas cosas horribles. Creo que hacer que actúe como una especie de compañera para Jane, alguien que la visite regularmente, la lleve a comer, la ayude a socializar, será bueno para ambas.

—Buena idea. Seguramente le vendrá bien una amiga. ¿Y para la investigación? ¿Vas a contar con Vincent en el equipo?

El interés de Hirsch en el caso me hizo preguntarme cuánto echaba de menos el trabajo. —Vincent seguro. Quizá algunos más también, si es necesario. Estoy segura de que todos querrán echar una mano.

—Y avísame si necesitas algo de mí —dijo Hirsch—. Tienes todo mi apoyo.

Nos conocíamos desde hacía más de quince años y sabía que eso era cierto en cualquier situación en la que me encontrara. Me hacía sentir bien que, aunque Hirsch estuviera jubilado y yo también me estuviera haciendo mayor, aquí estábamos, todavía juntos luchando por las víctimas y los supervivientes por igual. Y eso es exactamente lo que iba a hacer por Jane Doe. Puede que le hubieran dado un nombre genérico, pero era alguien. Iba a descubrir exactamente quién era y, casi tan importante, iba a descubrir quién le había hecho daño… y a asegurarme de que nunca volvieran a hacerle daño ni a ella ni a nadie más.

5

MARTINA

Al entrar en la sala de reuniones, vi a mis dos investigadores favoritos sentados a la mesa. Vincent estaba ocupado escribiendo mensajes, probablemente a su mujer, Amanda, que hacía poco se había tomado un año sabático. Había decidido tomarse el año sabático para pasar más tiempo con su hijo de seis años, Caden. Amanda quería hacer algunas «cosas de madres», como ser voluntaria en su clase de primero y acompañarlos en las excursiones al zoo. En la última barbacoa, nos había dicho que, aunque quería volver a trabajar, por ahora estaba disfrutando mucho de ser madre a tiempo completo.

Y allí estaba Selena. Ella, por supuesto, también estaba absorta en su portátil. Siempre estaba trabajando. Tenía un pasado tumultuoso y muy mala suerte con los novios, lo que la había dejado con una vida social casi inexistente más allá de su mejor amiga, Dee, y de Zoey, cuando esta estaba en la ciudad, cosa que no ocurría muy a menudo. Ojalá Selena tuviera más alegrías fuera del trabajo. Era una joven maravillosa con tanto que ofrecer…, pero, por ahora, había decidido dedicarse en cuerpo y alma a las investigaciones. Y había resuelto bastantes casos este año. Era mi hija, pero también trabajaba como investigadora a tiempo completo

en Drakos Monroe Security & Investigations desde hacía ocho meses y había ayudado a tiempo parcial durante sus años universitarios.

Vincent dejó el móvil sobre la mesa de reuniones y yo sonreí antes de sentarme. Como si hubiera captado la indirecta, Selena cerró el portátil y me sonrió.

—¡Martina, todo suyo! —exclamó Vincent, rompiendo el silencio con su habitual jovialidad.

—Gracias, Vincent. Antes de nada —dije, mirándolos a los dos—, quiero daros las gracias por estar aquí. En mi correo electrónico mencioné que se trata de un caso pro bono, por lo que el tiempo que le dediquéis se sumará a vuestro trabajo actual.

—Ya sabes que siempre estoy dispuesta a ayudar a quien nos necesite —dijo Selena.

—No podría perdérmelo por nada del mundo —dijo Vincent.

Sonreí, sabiendo que lo que ambos decían era verdad. Llevaba suficiente tiempo trabajando con ellos para saber que eran el equipo idóneo al que pedírselo, y el que no dudaría en aceptar ayudar.

—Hirsch me llamó el fin de semana para hablarme de una joven a la que encontraron medio muerta a golpes. De milagro, consiguió arrastrarse hasta un lugar seguro, donde un hombre la ayudó y llamó a la policía. Padece amnesia disociativa. Básicamente, no recuerda nada de su pasado: ni su nombre, ni su familia, ni dónde vivía.

Hice una pausa para ver si alguien tenía alguna pregunta. Selena tomó la palabra. —¿Y estamos seguros de que no se lo está inventando? Quiero decir, he leído que algunas personas fingen amnesia porque huyen de algo. A veces lo hacen los delincuentes.

La idea se me había pasado por la cabeza, pero no creía que fuera el caso, o al menos eso esperaba. —Siempre existe esa posibilidad —admití—, pero la he conocido hoy y creo que de verdad no recuerda nada. Está asustada y, obviamente, desorientada por el hecho de que no tiene ni idea de quién es ni de quién ha intentado matarla.

—¿Y quiere que averigüemos quién es? —preguntó Vincent.

—Y de dónde viene —respondí—. También vamos a ayudar a la policía a averiguar quién le hizo esto, por qué lo hicieron, y vamos a

llevar a los responsables ante la justicia.

—¿Quién investiga el crimen?

—El Departamento del Sheriff del condado de Alameda. Hirsch va a ser nuestro enlace con las fuerzas del orden. Él también vuelve de su jubilación para ayudar en este caso.

—¡Toma ya! Como en los viejos tiempos de la Brigada de Casos sin Resolver. Vamos a resolverlo, sin problema —dijo Vincent, con los ojos brillantes de emoción.

Selena sonrió con suficiencia. Yo no la conocía en la época de la Brigada de Casos sin Resolver, y si la hubiera conocido, habría sido demasiado joven para unirse a nosotros de todos modos. Pero había oído suficientes batallitas del pasado para entender el entusiasmo de Vincent.

Selena y yo nos conocimos cinco años atrás, después de que su padre, mi prometido por aquel entonces, la estuviera buscando porque no le devolvía las llamadas. Resultó que su madre había muerto y un novio maltratador la había secuestrado. La policía y yo llegamos justo a tiempo, antes de que la matara. Habíamos pasado por mucho desde entonces.

—¿Qué has averiguado sobre ella hasta ahora? —preguntó Selena, inclinándose hacia delante, lista para recibir las respuestas.

—Bueno —empecé—, hace dos semanas, la encontraron a ella —la llamamos Jane Doe— en un parque llamado Quarry Lakes, en Fremont. Tenía contusiones en la cabeza, moratones, rasguños, una costilla fisurada y sangraba por una herida en la cabeza. Estuvo inconsciente hasta que se despertó de madrugada. El examen médico muestra que no había sido agredida sexualmente, pero basándose en su aspecto cuando la trajeron, creen que el agresor la dio por muerta y la abandonó allí. —Hice una pausa y respiré hondo —. Otra cosa es que, durante los exámenes médicos, descubrieron que había dado a luz en algún momento, pero no saben hace cuánto. No están seguros de qué edad tendría el niño hoy, ni si está vivo. Lo más probable es que Jane tenga entre veinte y veinticinco años.

—¿Qué ha hecho la policía para intentar determinar su identidad? —preguntó Selena, profesional como siempre.

—Le han tomado las huellas dactilares y el ADN. Su ADN no está en el CODIS. No hay coincidencias en ninguna base de datos criminal ni en los informes de personas desaparecidas que se ajusten a su descripción. —El CODIS, el Sistema Combinado de Índices de ADN, incluía perfiles de ADN de delincuentes condenados, personas desaparecidas y restos humanos no identificados.

—Que no haya una coincidencia de ADN no significa que no esté en NamUs. ¿Han buscado su foto? —preguntó Vincent, muy familiarizado con NamUs, el Sistema Nacional de Personas Desaparecidas y No Identificadas.

—Han pasado el reconocimiento facial por NamUs y por las bases de datos de documentos oficiales. No han encontrado ninguna coincidencia.

—Qué raro —dijo Vincent.

La verdad es que lo era. —Exacto. Significa que nunca ha tenido un carné de conducir, un DNI o un pasaporte expedido en Estados Unidos.

—¿Quizá no es de Estados Unidos? —teorizó Selena.

—Quizá. Pero habla un inglés perfecto.

Vincent sonrió con suficiencia y se acarició la barbilla. —Este va a ser un caso muy interesante.

—Desde luego.

Con una sonrisa pícara, Vincent se levantó de un salto. —Deberíamos montar una pizarra de investigación.

Vincent era nuestro artista residente. Solía dirigir a los equipos para visualizar todas las pruebas, las preguntas abiertas y los siguientes pasos que el equipo debía dar. Nos mantenía organizados. Y le encantaba hacerlo.

—He hecho copias de todos los informes. Revisadlos y luego reunámonos para elaborar un plan completo. Esta tarde, si es posible.

—Claro que sí, jefa —dijo Vincent.

Después de darles a cada uno una copia de los informes, la sala se llenó de una sensación de urgencia. Mientras Vincent se marchaba a toda prisa, prometiendo trabajar rápido, detuve a Selena. —¿Puedes quedarte un momento?

Se volvió, enarcando una ceja. —Claro. ¿Qué pasa, Martina?

—Esperaba que pudieras asumir algunas responsabilidades adicionales con Jane. Sois de una edad parecida y creo que le vendría bien una amiga, alguien que la hiciera sentirse menos sola. No te pido que pases cada momento con ella, pero quizá podrías estar en contacto, ayudarla a sentirse más cómoda. Está en un apartamento seguro, pero estoy segura de que ahora mismo también se siente un poco como una prisionera.

—Por supuesto —aceptó Selena sin dudarlo—. Está recibiendo toda la ayuda que necesita, ¿verdad? ¿Tiene psiquiatra?

—Tiene uno a través del condado, pero creo que le vendría bien uno nuevo.

Selena frunció el ceño. —¿Podemos conseguirle uno de nuestros psiquiatras de confianza? Por cuenta de la casa.

Tenía razón. Jane necesitaba algo más que lo básico. —Sí. Veamos si podemos conseguirle a alguien que pueda reunirse con ella con frecuencia, quizá tres días a la semana. Lo iremos viendo, hablaremos con Jane y veremos con qué se siente cómoda.

—Entendido —dijo Selena asintiendo.

—Te daré el número de Jane y podrás ponerte de acuerdo con ella. Le diré que espere tu llamada.

—Genial —dijo—. ¿La llamada que recibiste en la tienda de novias el sábado era sobre este caso?

—Sí —confirmé.

Selena sonrió con picardía. —Por la cara que pusiste, supe que era un caso importante. Te encantan los desafíos.

Era cierto. —Me conoces demasiado bien. ¿Vienes a cenar esta noche?

—Si no estoy trabajando.

No todo en la vida podía ser trabajar. —A tu padre le encantaría verte.

—Vale, me pasaré —aceptó, a regañadientes.

—Genial —dije, sintiéndome más aliviada. Con Selena y Vincent en el caso, sabía que descubriríamos la verdad y ayudaríamos a Jane a superar este momento tan turbulento de su vida.

6

SELENA

Tras llamar brevemente a la puerta, esta se abrió. Jane sabía que iba a venir, pero aun así pensé que debería haber preguntado quién era, o al menos haberme pedido que le enseñara mi identificación por la mirilla. Aunque, teniendo en cuenta que las cámaras de vigilancia que apuntaban a la puerta principal estaban siendo monitorizadas y que el personal que las vigilaba me conocía, el riesgo era bajo. Pero, por lo que le había pasado, necesitaba tener cuidado y aprender algunas nociones básicas de defensa personal y quizá incluso algo de manejo de armas. Probablemente tenía mucho tiempo libre, así que esperaba que aceptara recibir entrenamiento.

Mientras estaba de pie ante mí, me fijé en los moratones amarillentos y verdosos que todavía eran visibles en su rostro acorazonado. Un vendaje le cubría parte de la frente, aunque intentaba ocultarlo todo lo posible con su largo pelo oscuro.

—¿Es usted Selena? —preguntó nerviosa.

—Sí. ¿Quiere que le enseñe mi identificación?

Jane pareció sorprendida, pero luego asintió.

Saqué mi carné de conducir y ella lo miró, como si lo estuviera estudiando de verdad. Quizá intentaba recordar si alguna vez había tenido uno. ¿Le habría dicho la policía que no?

A regañadientes, dijo:

—Pase.

Asentí, entré y me senté a la pequeña mesa del comedor mientras ella permanecía de pie a mi lado con torpeza.

—¿Le ofrezco algo? Creo que tengo agua... y vasos —ofreció Jane, señalando los armarios.

—Estoy bien —dije, tratando de tranquilizarla.

—Entonces... ¿es usted investigadora privada? —preguntó, sentándose con vacilación frente a mí.

—Lo soy. Hace aproximadamente un año y medio que tengo la licencia.

—Ah. Martina me ha dicho que es usted una de las mejores —dijo Jane en voz baja.

—Bueno, llevo haciendo investigaciones desde antes de que se supusiera que podía. Y cuando digo «se supusiera», no es ninguna suposición, es que no debía. —Reí entre dientes—. A decir verdad, Martina es mi madrastra y, básicamente, pedí perdón en lugar de permiso.

Ella asintió como si lo entendiera.

—Martina me ha pedido que pase algún tiempo con usted y la ayude a salir de casa. Estoy plenamente formada en combate y manejo de armas, así que conmigo está a salvo.

Jane me examinó de arriba abajo, como hacía la mayoría de la gente. No es que fuera precisamente imponente. Solo medía un metro sesenta y mi aspecto carecía de los típicos signos de fuerza. Pero tenía otras habilidades.

—Entreno seis días a la semana, si no contamos el séptimo, que me gusta hacer senderismo —dije con una sonrisita—. Siempre llevo un arma de fuego y a veces una porra, por si acaso. También estoy entrenada en combate cuerpo a cuerpo. Créame, he reducido a gente bastante chunga. Conmigo está a salvo.

—Genial.

—Podría enseñarle defensa personal, si quiere. Personalmente, creo que todas las mujeres deberían aprender.

Se le iluminaron los ojos.

—Me gustaría. Si tiene tiempo.

—Le haremos un hueco, cuando esté lista. En cuanto los médicos le den el visto bueno y se le curen las costillas. —El informe médico indicaba que tenía que tomárselo con calma durante las siguientes seis semanas. El entrenamiento de combate y de armas tendría que esperar.

—Me gustaría. Entonces, ¿cuál es el plan para hoy? —preguntó, frotándose el collar que Martina había mencionado en nuestra sesión de planificación. Tenía un diseño único y el equipo iba a consultar con joyeros por internet y de la zona de la bahía para ver si alguien lo reconocía. Si lo hacían, podríamos averiguar quién había comprado el artículo, y eso podría llevarnos a la identidad de Jane o a su familia.

—Bueno, no sé si está preparada para esto, pero una de las cosas que me han encargado es examinar su tatuaje. Sacarle una foto. Ver si algún estudio de tatuajes de la zona lo reconoce, o quizá alguien de fuera del estado. Como puede ver... —Me subí la manga para enseñarle mi propia tinta—. Tengo experiencia en ese campo.

Jane echó un vistazo rápido al tatuaje celta de mi muñeca, aunque parecía un poco distraída.

—Pero eso no es todo —continué, suavizando el tono—. Hay otra cosa que me gustaría hacer, pero no estoy segura de que esté preparada para ello.

—¿Qué es?

—Me gustaría llevarla al parque. Que me guiara por lo que recuerda. Ver si algo le resulta familiar ahora que se encuentra un poco mejor. Quizá algo le refresque la memoria.

La expresión de Jane cambió.

—¿Quiere que vuelva allí?

Me imaginaba que dudaría. Si de verdad no quería, iría yo sola. Quería recorrer el lugar para hacerme una idea de lo que había pasado.

—Está a salvo —la tranquilicé.

—¿Podemos comer primero?

—Por supuesto. —Sonreí—. ¿Qué le apetece?

Dudó, todavía frotándose el collar con los dedos.

—Sinceramente... no lo sé.

Comprendía por qué Martina estaba tan convencida de que esta mujer no recordaba nada de su pasado.

Estaba asustada y había una expresión atormentada en sus ojos que me hizo preguntarme si era algo más profundo que el simple hecho de haber sido abandonada en el parque, sangrando y sola. No es que un suceso así no fuera lo bastante traumático, pero tenía el presentimiento de que se trataba de algo más que ese único suceso.

Después de comer, aparcamos y nos dirigimos por el sendero de Quarry Lakes. Leí el cartel en voz alta, explicando que había cinco lagos diferentes, con senderos y árboles, y que parecía haber un montón de pequeños caminos donde alguien podría esconder fácilmente un cuerpo. Con suerte, volver al lugar de los hechos no la asustaría más de lo que ya parecía estar.

Mientras caminábamos en silencio por el sendero, admiré la belleza del lugar. Lagos de un azul centelleante bordeados de árboles de hoja perenne con una colina dorada de fondo.

—Es muy bonito este sitio —dije, mirándola de reojo.

—Lo es —dijo en voz baja mientras estudiaba el parque.

—¿Recuerda haber estado aquí?

—Estaba oscuro cuando estuve aquí. Parece un lugar diferente durante el día. Tranquilo. Apacible. No es un lugar donde esperarías que te atacaran.

—Cierto —convine, guiándola más adelante por el sendero hasta donde la encontraron, recordando la descripción del informe—. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy bien —dijo, aunque le tembló la voz—. Se siente diferente ahora.

Había leído el informe policial y sabía que habían rastreado la zona en busca de pistas y pruebas. Pero los policías cometen errores; se pasan cosas por alto o los animales o los elementos las mueven. Quizá algo había aparecido en el agua. Buscaba cualquier

cosa, cualquier cosa que pudiera decirme más o conectarla con la escena.

Mientras caminaba, bajé la vista y vi una colilla. Me detuve, saqué una bolsa de plástico de la mochila y, con una mano enguantada, la recogí y la metí dentro.

—¿Una prueba? —preguntó Jane, observándome.

—Nunca se sabe —dije, encogiéndome de hombros—. ¿Recuerda a alguien fumando?

Negó con la cabeza y yo continué por el sendero. Caminaba en silencio a mi lado, con la mirada recorriendo los árboles y los arbustos.

El sendero era accidentado: zarzas, madrigueras de tuzas, grava, tierra, árboles y muchos arbustos. Había muchísimos escondites. De pie a la orilla del agua, giré a la izquierda, hacia donde la habían atacado.

Continuamos, con el crujido de mis zapatillas sobre la grava llenando el silencio. Miré a Jane, que caminaba a mi lado, vestida con pantalones caquis y una camiseta lisa. Iba vestida como la madre de un futbolista o la abuela de alguien.

—¿Era eso lo que llevaba puesto cuando la encontraron? —pregunté.

Se miró la ropa.

—No. Me la dieron en el hospital.

—Es bonita.

—Está bien —contestó, encogiéndose de hombros.

La miré, sopesando la idea.

—¿Le apetece ir de compras, a por ropa que sea más... juvenil?

Parpadeó, sorprendida.

—No tengo dinero.

—Invito yo —dije con una sonrisa—. Vamos de compras a ver si hay algo que le guste. Será divertido.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Todo el mundo es tan amable.

Martina me había dado total libertad sobre cómo hacerle compañía, y se me ocurrió que llevarla de compras podría ayudar; quizá ver ropa que le gustara activaría algo. Las tendencias de la

moda variaban de una región a otra. La gente de la zona de la bahía solía vestir de forma diferente a la del Medio Oeste o a la que vivía al margen del sistema. Teniendo en cuenta que no tenía huella digital, mi apuesta era que había estado viviendo fuera de la ciudad. Quizá en una zona rural o remota. Si íbamos de compras, tal vez algo le resultaría familiar.

La orilla del agua estaba justo a nuestro lado y me volví hacia ella.

—¿Se encuentra bien? —pregunté de nuevo.

Respiró hondo.

—Podemos volver si lo necesita.

—Estoy bien —dijo, aunque había un deje en su tono—. Es solo que... es raro estar aquí.

—Me lo imagino.

Me miró y luego dudó antes de preguntar:

—¿Le ha pasado alguna vez algo así? Ha dicho que se ha enfrentado a algunos tipos muy malos.

—Me han pegado palizas y han estado a punto de matarme. —Empecé a enumerar todos los apuros en los que me había metido a lo largo de los años, pero me interrumpí. No necesitaba oír eso en aquel momento.

—Ah.

Con suerte, saber que estaba con alguien que entendía por lo que había pasado la haría sentirse más cómoda.

Continué escudriñando la zona, mirando bajo las ramas, preguntándome con qué minuciosidad habría buscado pruebas la policía. Había mucho terreno que cubrir, y mucho que se podría haber pasado por alto. Me arrodillé, abrí la aplicación de la linterna en el móvil y empecé a arrastrarme entre los arbustos.

—¿Debería estar haciendo eso?

—No pasa nada —la tranquilicé—. Tan solo vigile y avíseme si ve a alguien venir.

Rastreé el suelo en busca de cualquier cosa, cualquier cosa que pudiera estar relacionada con el caso de Jane. Mientras me movía entre la maleza, algo peludo me rozó el brazo. Di un brinco y me arañé la cara con los arbustos. Una ardilla se alejó de un salto.

Exhalé, riéndome de mis propios nervios. Estaría bien. Pero entonces me detuve, parpadeando con incredulidad. Allí, semienterrada bajo las hojas y los escombros, estaba la hoja de un pequeño cuchillo.

Lo cogí, sujetándolo con cuidado con la mano enguantada. Salí de los arbustos, volví a la mochila, saqué una bolsa de pruebas y metí el cuchillo dentro.

—¿Es eso un cuchillo? —preguntó Jane, con los ojos muy abiertos.

—Lo encontré a unos metros, bajo la maleza. ¿Lo reconoce? —pregunté, sosteniéndolo en alto para que lo viera.

Se quedó allí, mirando el cuchillo. Estupefacta.

Por un momento, casi podría jurar que vi un destello de reconocimiento en sus ojos. Cuando le había señalado otros objetos, como la colilla, y le había preguntado si le traía algún recuerdo, su respuesta había sido un «no» inmediato. Pero con el cuchillo... su reacción era diferente. ¿Habría recordado algo?

7

JANE

El reflejo del sol en la hoja me provocó un escalofrío. No sabía por qué. Lo único que sabía era que me había asustado. ¿De qué? ¿Se habría dado cuenta Selena de que me había asustado? Una sensación de inquietud me invadió. Ya no quería estar en el parque. Quería correr, huir. ¿Estaba relacionado con mi agresión? ¿Se usó ese cuchillo para atraerme hasta el lugar? La voz de Selena me sacó del torbellino de mis pensamientos.

—¿Lo reconoces?

Me la quedé mirando, distraída por los arañazos que tenía en los brazos, el cuello y la cara por haberse arrastrado entre los arbustos. Ver sus heridas me infundió una extraña especie de aliento. Me hizo creer que haría lo que fuera para averiguar qué me había pasado. No solo ella, también Martina.

Pero ¿y si la verdad era algo tan espantoso que desearía no haberla sabido?

Mi terapeuta me dijo que la amnesia disociativa se debía a un trauma. Debía de ser algo bastante terrible para haber perdido la memoria por completo. Quizá debería haber rechazado su ayuda. Quizá estaba mejor sin saberlo.

—No. No lo he visto nunca.

—Vale, bueno, lo mandaremos a analizar para ver si está relacionado con tu caso.

Miré a Selena y asentí, aunque una sensación corrosiva permanecía en mi interior. ¿Quién era Selena? Era joven, vestida toda de negro, con tatuajes y piercings que le recorrían toda la oreja. Había una tristeza profunda y oscura en sus ojos. No pude evitar preguntarme qué le había causado a ella su trauma. Había dicho que se había enfrentado al peligro en más de una ocasión. Quizá la cambió, igual que lo que fuera que me pasó a mí seguramente me había cambiado.

—¿Podemos irnos? —pregunté con la voz ligeramente temblorosa.

—¿Pasa algo? —La preocupación de Selena era evidente, pero no estaba segura de poder explicar el miedo que se apoderaba de mí.

—No lo sé. Es que al ver ese cuchillo... Es que... no me siento segura. Lo siento, de verdad..., pero ¿podemos irnos, por favor?

—Claro —Selena se miró las manos, llenas de líneas rojas donde las espinas y las ramas se le habían clavado en la piel. Unos cuantos cortes habían sangrado—. ¿Qué te parece si volvemos a tu casa? Me reuniré contigo un poco más tarde para ir de compras. Probablemente debería asearme y dejar esto en la oficina.

—De acuerdo —musité, sintiendo un gran alivio ante la perspectiva de marcharme. Subimos de vuelta hacia la colina.

Mientras caminábamos en silencio, sentía como si el pavor me estuviera siguiendo, pegado a mi piel como el sudor. No paraba de mirar por encima del hombro, esperando a medias que alguien —o algo— estuviera allí. Pero nadie nos seguía.

¿Y si el recuerdo volvía, nítido y vívido, y no podía soportarlo? ¿Le pasó algo a mi hijo?

Quizá era mejor no recordar. Quizá olvidar era un regalo, y ahí estaba yo, intentando reabrir una herida que podría no cerrarse nunca.

Los pasos de Selena a mi lado eran firmes y me anclaban al presente, pero mi mente ya recorría oscuros senderos. El mismo pensamiento daba vueltas en mi cabeza una y otra vez. ¿Y si la verdad era peor que no saber?

Me estremecí cuando una ráfaga de viento sopló entre los árboles, agitando las hojas como una advertencia. El corazón me martilleaba en el pecho, con fuerza y de forma irregular.

Llegamos a la cima de la colina, y algo dentro de mí me gritaba que descubrir la verdad podría ser peor que no saberla nunca.

8

MARTINA

SELENA IRRUMPIÓ EN MI DESPACHO, con la ropa manchada de tierra y la cara marcada por arañazos rosados e irritados. Parecía que se hubiera peleado con un gato callejero.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté, examinándola de pies a cabeza.

—Hemos ido al parque donde atacaron a Jane —dijo, sin aliento —. He estado arrastrándome entre los arbustos, buscando pruebas. Y he encontrado algo.

Me entregó un par de bolsas de pruebas. Le temblaban ligeramente las manos mientras explicaba lo que había encontrado y la reacción de Jane. Una bolsa contenía un cuchillo pequeño, con una hoja de diez centímetros y motas marrones cerca de la empuñadura, y la otra contenía una colilla. O la policía no las había visto o no estaban allí dos semanas antes y no tenían nada que ver con el caso de Jane.

—Deberíamos entregarle esto a la policía —dije, levantando las bolsas.

Con las manos en jarras, dijo:

—Pero no sabemos si tienen algo que ver con el caso —hizo una pausa y me estudió con la mirada. Como no dije nada, continuó—: He mirado el informe policial. No encontraron ninguna prueba en el

lugar de los hechos, aparte de la sangre de Jane. Así que estaba pensando que, después de que las analicemos, si resulta que están relacionadas, podemos entregárselas.

Podía oír la determinación en su voz, pero sabía de sobra que no debíamos analizarlas y luego entregarlas. Si eran pruebas cruciales, la policía las necesitaba cuanto antes y bajo su custodia para que su laboratorio las analizara.

—Si crees que pueden ser pruebas, tenemos que entregárselas al Departamento del Sheriff del condado de Alameda.

Se encogió de hombros, con un matiz de desafío en su lenguaje corporal. Selena había progresado mucho desde que la conocí, pero a menudo seguía yendo por libre, poniéndose a sí misma y a otros en situaciones peligrosas. Pensaba que ya había aprendido la lección, pero supongo que todavía necesitaba unas cuantas más para entenderlo del todo.

—Estamos ayudando al departamento del sheriff —le recordé, intentando mantener la calma—. No estamos trabajando en una investigación por nuestra cuenta. Jane depende de que no solo averigüemos quién es, sino que resolvamos el caso y metamos al malo en la cárcel. Hay reglas que tenemos que seguir, aunque no nos gusten.

Selena asintió levemente, pero me di cuenta de que no estaba del todo convencida. Nunca antes había trabajado en una investigación junto a las fuerzas del orden. Era mi responsabilidad enseñarle cómo se hacía. Seguir el protocolo no era una mera formalidad; era la forma de garantizar que se hiciera justicia.

—Me voy a reunir con los detectives Cromwell y Hirsch más tarde —continué—. Les llevaré las pruebas y les diré lo que hemos encontrado.

—Vale —dijo a regañadientes. Su tono revelaba que seguía sin entusiasmarle la idea de ceder el control—. ¿Hay alguna novedad sobre el ADN familiar o el collar? —preguntó, probablemente intentando desviar la conversación.

Habíamos decidido buscar una conexión familiar en el ADN de Jane. Quizá una madre, un padre u otro pariente estuviera en el CODIS.

—Todavía no —respondí, mirando el reloj—. Pero solo ha pasado un día. Podría llevar un tiempo. Lo conseguiremos, Selena. Solo tenemos que ser pacientes.

Selena no sonrió. A sus veintidós años, todavía estaba trabajando en su paciencia. Aunque yo no era quién para hablar.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Está aguantando el tipo. Se asustó mucho cuando encontré el cuchillo. También tiene una especie de intensidad. Le dije que sabía por lo que estaba pasando y que me había encontrado con unos cuantos malos y había estado en situaciones peliagudas.

Situaciones peliagudas. Eso era quedarse corto.

—Seguro que eso la ayuda a sentirse menos sola, saber que no es la única que ha pasado por un trauma.

—Eso creo.

—¿Tienes pensado volver a verla hoy?

—La voy a llevar de compras para que se compre ropa más moderna, a ver si eso la ayuda; quizá encuentre su antiguo estilo o vea algo que le resulte familiar.

Eso era una buena idea.

—Genial.

—¿Hemos pensado en sacar su cara en las noticias? ¿O crear una página de Facebook para llamar la atención sobre su caso? A ver si alguien sabe quién es.

—Es una buena idea. Pero quizá todavía no —dije, con cautela—. Quiero hablar primero con el detective Cromwell. También me gustaría explorar algunos procedimientos médicos adicionales para Jane. Hasta ahora, solo le han hecho un TAC craneal y radiografías de tórax, pero no han comprobado si tiene huesos rotos o fracturas previas en otras partes del cuerpo. Y no le han hecho radiografías dentales. Todo lo que sabemos a ciencia cierta es que en algún momento tuvo un hijo. Me gustaría saber si ha sufrido algún tipo de maltrato antes; puede ayudarnos a entender mejor su vida. Pero necesitamos que acepte someterse a más pruebas médicas.

—Puedo hablar con ella —se ofreció Selena.

A Selena, como a mí, le gustaba llevar la voz cantante.

—Me gustaría que lo hiciéramos juntas. Quiero tu perspectiva, sobre todo porque estás dispuesta a hacer cosas como arrastrarte por los arbustos y llenarte de arañazos buscando pistas, lo cual te agradezco. Pero deja que hable yo con ella. Conseguiré su consentimiento para los exámenes médicos. Si conseguimos su historial dental, podría ser una forma relativamente rápida de determinar su identidad —eso no nos diría quién la había atacado, pero era un primer paso importante.

Selena dijo:

—Vale.

—¿A qué hora vais a ir de compras?

—Le he dicho que la llevaría a cenar y luego iríamos al centro comercial. Le he dicho que volvería a recogerla sobre las seis.

—La llamaré a ver si puedo pasarme después de reunirme con Cromwell y Hirsch. Ya te contaré qué tal. De momento, preferiría que no hiciéramos pública su cara todavía.

—¿Por qué? —preguntó Selena, enarcando una ceja.

—Si alguien intentó matarla, quizá no era la primera vez que la atacaban —expliqué—. Es posible que el trauma que le causó la amnesia ocurriera antes de este ataque. Quizá no fue solo este ataque, sino una acumulación de violencia a lo largo del tiempo. O violencia hacia su hijo.

—¿Violencia de género? —sugirió Selena, suavizando el tono.

—Es posible. Es probable que tuviera una relación, ya que tuvo un bebé en algún momento.

—Tiene sentido.

Con un gesto tranquilizador, añadí:

—Eso es lo que creo. Hablaré con los chicos y luego conseguiré su consentimiento para las pruebas. Hablamos pronto.

Selena asintió y salió de mi despacho. Vi que estaba menos entusiasmada que cuando había irrumpido en él. Lo sentía, pero esta sería su primera lección para entender que seguir el procedimiento no era negociable cuando se trabajaba con el departamento de policía. A mí la burocracia no me gustaba más que a ella, pero sabía que era necesaria. El protocolo llevaba a condenas

sólidas y garantizaba que los malos no se libraran. Aun así, sabía que eso no lo hacía más fácil.

9

MARTINA

TRAS UNA BREVE REUNIÓN con el detective Cromwell y con Hirsch, dejé las pruebas: el cuchillo y la colilla que Selena había conseguido en la escena del ataque a Jane. Les expliqué mi estrategia y lo que quería hacer. Estuvieron totalmente de acuerdo y coincidieron en que era una buena idea esperar antes de publicar la cara de Jane en la prensa.

Si el agresor de Jane creía que había muerto en el lugar donde la dejó, no teníamos por qué alertarle de que no era así. No queríamos que volviera a por ella. Nuestra principal prioridad era protegerla hasta que supiéramos más y pudiéramos garantizar su seguridad.

Más tarde, llegué al piso franco donde se alojaba Jane. El edificio en sí no tenía nada de particular, era como cualquier otro bloque de apartamentos de la zona. Estaba limpio, pero era impersonal, con paredes de un gris pálido y pasillos asépticos. Pero, a diferencia de otras viviendas similares de la zona, esta tenía características especiales, como cámaras de vigilancia estratégicamente situadas y supervisadas por nuestra agencia veinticuatro horas al día, siete días a la semana. En general, era un lugar de aspecto un tanto deprimente, y pensé que ir de compras y a cenar con Selena le levantaría el ánimo. Sabía de primera mano, ya que yo misma me

había alojado en un piso franco muy parecido, que pasarse el día encerrada podía sacar de quicio a cualquiera.

Cuando Jane abrió la puerta, se le iluminó el rostro, a pesar del cansancio que se le leía en los ojos.

—Me alegro de verte, Martina.

—Parece que estás bien —dije, aunque era capaz de percibir la tensión a la que la sometía la situación. Había en ella una fragilidad que me provocó una profunda punzada de dolor.

—Todo lo bien que se puede estar, supongo —dijo con un tono dubitativo, como si intentara convencerse a sí misma.

Me hizo pasar.

El apartamento era casi como un piso piloto: genérico e insulso. Las paredes eran de un beis neutro, el tipo de color que se funde con el fondo. Un sofá liso, también beis, ocupaba el centro de la habitación, frente a un pequeño televisor colgado de la pared. Era un espacio pensado para alojar a alguien durante un corto periodo de tiempo, no un lugar al que llamar hogar.

La seguí hasta el sofá y me senté a su lado. Le dediqué una sonrisa tranquilizadora, aunque sentía en el pecho el peso de todo lo que desconocíamos. ¿Cuánto tiempo tendría que quedarse aquí, en este limbo? Con suerte, no mucho.

Tras tomar aire, dije:

—He hablado con Selena antes. Me ha contado lo que encontró en el parque, y el equipo está trabajando para determinar si los objetos están relacionados con tu caso. Además, todos estamos trabajando para averiguar tu identidad y lo que te ocurrió con lo que sabemos por ahora. Hay otra vía que me gustaría explorar, pero necesitaré tu ayuda.

—¿De qué se trata?

Allí sentada, en aquel espacio aséptico y poco acogedor, sentí una punzada de tristeza por ella. No recordaba quién era, y aquel apartamento no le iba a dar ninguna pista. No era más que un lugar de espera, un recordatorio de que su vida seguía hecha pedazos, a la espera de ser reconstruida.

—Bueno, una de las cosas que solemos hacer cuando tenemos a una persona sin identificar, como es tu caso, es publicar tu foto en

las noticias para averiguar quién eres —empecé, eligiendo mis palabras con cuidado—. Pero en el caso de que alguien tuviera la intención de acabar con tu vida y diera por hecho que lo había conseguido, no queremos que se entere de que sigues viva. No queremos que vuelva a por ti. Así que, antes de hacer algo así, podría ser útil averiguar si esta ha sido la primera vez que te han atacado o una de muchas.

Jane frunció ligeramente el ceño.

—Perdona, no te sigo.

—Haciéndote radiografías dentales y un escáner de cuerpo entero, podríamos ver si tienes alguna lesión anterior. Quizá te hayan atacado antes, posiblemente la misma persona u otra distinta. También podríamos encontrar una coincidencia con tu historial dental si el ADN no nos puede ayudar.

La comprensión empezó a reflejarse en sus ojos.

—Vale.

—¿Estás dispuesta a hacerlo? —pregunté con delicadeza—. Mi agencia está dispuesta a cubrir todos los costes. Solo necesitamos tu consentimiento, y puedo estar contigo en cada paso del proceso; o Selena, lo que tú prefieras.

—Ah —dijo Jane en voz baja—. Me gusta Selena. Parece muy decidida.

No se equivocaba. Selena tenía buen instinto, pero también era terca hasta la médula. La joven era implacable y a menudo se ponía en peligro. Podía imaginármela perfectamente arrastrándose entre los arbustos hasta encontrar algo, aunque se hiciese daño. Los arañazos de sus brazos tenían mala pinta, y estaba segura de que también acabaría con moratones.

—Y que lo digas —estuve de acuerdo con su valoración de Selena, pero ¿estaba eludiendo mi petición? ¿No quería hacerse más pruebas? ¿Por qué?

La voz de Jane se suavizó y adoptó un tono más vulnerable.

—No se lo dije a Selena, pero cuando vi ese cuchillo… no lo reconocí. Pero sentí miedo por dentro. Y quise irme de allí inmediatamente. Quizá tengas razón. Quizá esta no haya sido la primera vez.

Eran sus instintos los que le decían que tuviera miedo. Tenía la mente bloqueada, pero no la memoria muscular.

—Casi siempre, el agresor es alguien que la víctima conoce.

Los ojos de Jane se ensombrecieron al asimilar la implicación.

—Entonces, ¿podría ser alguien que conozco? ¿Alguien que sabe mi identidad?

—Es posible —dije—. Por eso es tan importante que actuemos con cuidado.

Jane respiró hondo y luego me miró a los ojos.

—Por eso querías que estuviera en este piso franco.

—Sí. Y es importante que no salgas del apartamento sin Selena, sin mí o sin un miembro de mi personal.

—Lo entiendo.

—¿Te sientes cómoda con lo de las radiografías? —pregunté de nuevo.

Apartó la mirada, clavando los ojos en la moqueta beis. Evitando la pregunta.

—Jane. No tienes que hacerlo si no quieres.

Me devolvió la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Puedo contarte una cosa?

¿Había recordado algo?

—Por supuesto.

—Me da miedo descubrir lo que ha pasado. ¿Y si es algo tan malo que nunca me recupere? Mentalmente, quiero decir.

Un temor justificado.

—Es totalmente comprensible. Si necesitas tiempo para pensarlo, no pasa nada. Pero ¿no quieres saber al menos tu nombre? ¿Y de dónde eres?

—Supongo que sí.

¿Que suponía? Eso era sorprendente.

—¿Has hablado ya con la nueva terapeuta?

—Me ha llamado antes y me ha explicado cómo funciona. He quedado con ella mañana.

Eso era bueno.

—¿Por qué no te tomas un tiempo para pensarlo? Habla con la terapeuta y volvemos a tratar el tema. ¿Qué te parece? —Su

reticencia a descubrir su identidad me preocupaba un poco, pero no podía obligarla a hacer nada que no quisiera.

Nos quedamos en silencio un momento, con el peso de su decisión flotando entre nosotras. Finalmente, dijo:

—Gracias. Te llamaré después de mi cita.

—Perfecto.

Me aseguraría de contarle a Selena la conversación. Quizá ella pudiera conseguir que Jane le confesara por qué no quería conocer su identidad. Jane debía de estar experimentando todo tipo de sentimientos que la llevaban a resistirse a conocer la verdad. Confiaba en que cambiara de opinión, pero no quería presionarla y causarle más angustia de la que ya sentía. Solo esperaba que se decidiera, y pronto.

10

JANE

Me incorporé de un salto, con el corazón latiéndome desbocado en el pecho y el sudor resbalándome por la frente. Eché un vistazo a mi habitación. Estaba a oscuras y los números rojos del reloj de la mesilla de noche brillaban: 4:00 AM.

—Ha sido solo un sueño —me dije, intentando calmar mis pensamientos acelerados—. Una pesadilla. Una aterradora. Pero… ha sido solo un sueño, ¿verdad?

Me froté los ojos, tratando de sacudirme las vívidas imágenes que aún daban vueltas en mi mente. Parecía tan real… La sangre, la mujer, la ira, el hombre. No solo podía verlo, sino que también podía sentirlo.

¿Era… un recuerdo?

No era la primera pesadilla que tenía desde el ataque, pero era la primera vez que veía un rostro; borroso, pero el rostro de una mujer.

¿Quién era? ¿La conocía? ¿Era real? ¿O era solo una manifestación de mí misma?

Empecé a dudar de mis propios pensamientos. Quizá la mujer era simbólica, una imagen de mí en mi mente. Lo que le pasó a la mujer… sentía que se suponía que debía pasarme a mí. Y, sin embargo, de alguna manera, en el sueño, no era una mera espectadora. Estaba… involucrada.

Si se suponía que era yo, entonces ¿cómo era que, en la pesadilla, me había mirado las manos y había visto sangre en ellas? De esa forma extraña en la que sabes cosas en los sueños sin saber cómo, supe que no era mi sangre.

Tenía las manos manchadas de sangre.

Pero ¿de quién?

Y lo que es más importante, ¿qué había hecho?

Incapaz de seguir en la cama, salí de ella, con las piernas temblándome, y fui a la cocina. El apartamento estaba inquietantemente silencioso. Casi deseaba que hubiera algún ruido —lo que fuera—, un portazo lejano, el piar de un pájaro fuera. En cambio, no había nada. Solo el pesado silencio.

Me quedé allí, a solas con mis pensamientos, todavía intentando reconstruir los fragmentos de la pesadilla. ¿Había algo de real en ella? Una parte de mí sabía que el sueño era una pista, un atisbo de algo que no lograba descifrar.

Pero ¿el qué?

Saqué un vaso del armario y lo llené de agua del grifo. Me la bebí a grandes tragos hasta vaciar el vaso, esperando que el líquido frío calmara el nudo que tenía en el estómago.

¿Les cuento a Martina y a Selena lo del sueño?, me pregunté mientras miraba el vaso vacío en mi mano. La policía no haría nada con esa información, ya que era, literalmente, un sueño. Por alguna razón, creía que Martina y Selena podrían verlo de otra manera. Pero todavía no le había dado una respuesta a Martina sobre si me sometería a las pruebas médicas para intentar determinar mi identidad. ¿Se enfadaría usted si no diera mi consentimiento?

¿Qué me pasaría si no lo hiciera? El bufete de Martina estaba pagando el apartamento, intentando descubrir mi pasado, mi identidad. Sin su ayuda, estaría en un albergue. Por alguna razón, ese parecía el peor lugar al que podría ir. No sabía explicar por qué. No era como si tuviera un mal recuerdo de los albergues o hubiera estado en uno antes.

Hiciera lo que hiciera, fuera quien fuera, quizá ya no podía seguir huyendo de ello. Después de que Selena encontrara el cuchillo, supe

que empezaba a sospechar de mí. Era como si no me creyera cuando le dije que no lo reconocía; podía verlo en sus ojos.

Me senté a la mesa del comedor y dejé que mi mente divagara por las últimas veinticuatro horas: el cuchillo en el lago, el comportamiento compasivo y maternal de Martina, y Selena, siempre observando. Habíamos ido a cenar y luego de compras. Selena probablemente tenía mi edad: joven, de pelo oscuro, seria. No era alegre ni vivaracha; era directa, con opiniones tajantes que no se disculpaba por tener. Martina, en cambio, era mucho más reservada.

Cuando fuimos a comprar ropa, me di cuenta de que Selena intentaba descifrarme, intentaba ver qué me gustaba, quizá incluso lo que solía llevar antes de que todo esto sucediera. Pero nada parecía encajarme, y no entendía por qué.

En ninguna de las dos situaciones me presionaron ni Selena ni Martina. Fueron pacientes, pero no pude evitar preguntarme: ¿por cuánto tiempo? Desde luego, no para siempre.

Apoyé la cabeza en las manos, con la vista fija en la mesa. ¿Debería huir? Huir parecía la opción fácil. ¿Estaba huyendo cuando me atacaron y me dieron por muerta?

A pesar de los nervios, a pesar de mis miedos, me di cuenta de lo que tenía que hacer. Porque, aunque yo no las ayudara, Martina y Selena iban a descubrir la verdad. Martina me había dicho que era valiente, y no la había creído. Pero tal vez… tal vez solo tenía que fingir hasta que lo consiguiera.

—Seré valiente —me dije—. Fuera lo que fuera, descubrieran lo que descubrieran, tenía que afrontarlo. Solo deseaba saber quién era esa mujer de mis sueños… o si era siquiera real.

11

MARTINA

Con el teléfono pegado a la oreja, dije:

—Me alegro de oír eso.

Sabía que al final entraría en razón. Quizá la visita a su nueva terapeuta la había ayudado a tomar la decisión. Sin embargo, había algo en su voz... cautela, pero quizá también algo más de seguridad que antes.

—Y... ¿ahora qué? —preguntó Jane, con la voz teñida de curiosidad, pero aún recelosa.

—Permítame que concierte algunas citas —dije, manteniendo un tono ligero—. Puedo acompañarla tanto a la consulta del dentista como al centro médico para las radiografías. Quizá consiga que nos atiendan mañana mismo. ¿Le parece bien?

Se rio, pero fue una de esas risas que no parecen del todo sinceras. Un poco hueca, como si aún no supiera cómo implicarse por completo.

—No tengo otros planes —dijo, con un rastro de resignación en sus palabras.

—Concertaré las citas y le diré la hora —dije, esperando infundir algo de tranquilidad en mi voz. No quería que se sintiera abrumada por tener que concertar citas ni por preocuparse de nada más.

—Vale —dijo en voz baja.

—¿Se ha reunido hoy con su terapeuta? —Quería saber si de verdad estaba empezando a abrirse y si la nueva terapeuta la estaba ayudando a sentirse más centrada.

—Sí —dijo con voz neutra, casi como si estuviera tanteando el terreno, viendo si debía contar más.

—¿Ha encajado bien? ¿Le ha gustado? —insistí con cuidado. Sabía lo importante que era para su proceso de curación.

—Es maja. Creo que ayudará —dijo Jane, pero con una ligera vacilación, como si no estuviera segura de si debía confiarme más información.

—Me alegro —dije—. Pero si cree que no es la adecuada para usted, puedo remitirla a otros.

Quería que supiera que no estaba atrapada, que tenía opciones y control sobre con quién hablaba.

—Está bien —dijo Jane—. Le haré saber si algo cambia.

—Estupendo —dije, asintiendo levemente aunque no pudiera verme—. ¿Necesita algo más?

—No —hizo una pausa—. Creo que tengo todo lo que necesito ahora mismo.

—Bien —dije—. Me gustaría invitarla a cenar a nuestra casa. ¿Si no tiene otros planes? —Miré por la ventana mientras el sol se ponía en el cielo—. Selena se ha ofrecido a recogerla. Estaremos mi marido, Selena y nuestro perro, Barney. Todos muy simpáticos, se lo prometo.

—Es muy amable —dijo Jane, con la voz más suave. Noté que estaba intentando decidir si aceptaba.

—Entonces, ¿vendrá a cenar con nosotros? —la animé—. Mi marido es un gran cocinero.

—Sí, claro. Gracias, Martina —dijo en voz baja—. Suena genial. Es usted tan, tan amable. Es solo que... a veces es un poco abrumador.

—Lo entiendo —dije—. Pero no quiero que se sienta sola. Le dije que la ayudaría a superar esto, y lo decía en serio.

—¿Ha hecho esto antes? —preguntó Jane de repente, con un tono cargado de curiosidad—. ¿Acoger a extraños así?

—Un par de veces —admití. Oí el sonido de unos pasos en el pasillo, pero me mantuve centrada en nuestra conversación—. Siempre he protegido a mis clientes. A veces incluso se han quedado en mi casa si pensaba que podría ayudar.

—Sé que ya se lo he dicho, pero, de verdad, gracias.

—De nada —dije, sintiendo que la confianza crecía entre nosotras —. Le diré a Selena que la recoja sobre las cinco. ¿Le va bien?

—Perfecto, gracias.

Terminé la llamada y dejé el teléfono sobre la mesa, sintiendo una tranquila satisfacción. Al levantar la vista, me sobresalté al ver a Selena de pie en el umbral de la puerta, observándome en silencio. Tenía una mirada de complicidad, con los brazos cruzados despreocupadamente sobre el pecho, como si hubiera estado escuchando toda la conversación.

—¿Era Jane? —Sus ojos oscuros brillaron con curiosidad mientras se apoyaba en el marco de la puerta. Se apartó un mechón de su liso y oscuro pelo detrás de la oreja y me miró expectante. Los arañazos de su cara no parecían tan irritados como antes.

—Sí, era ella —dije sonriendo—. Ha accedido a hacerse las pruebas médicas y le he dicho que la recogerás a las cinco para cenar.

—¿Qué prepara papá para cenar? —preguntó Selena, y su habitual seriedad dio paso a una chispa juguetona.

—Prometió lasaña con pan de ajo —dije, enarcando una ceja con complicidad.

—¡Sí! —exclamó Selena, y se le iluminaron los ojos. No solía mostrar entusiasmo, pero la comida —especialmente la lasaña— era una forma segura de sacarle un poco de alegría.

—¿Has tenido suerte con el tatuaje? —pregunté, reconduciendo la conversación al trabajo, aunque no pude evitar sonreír ante el entusiasmo de Selena. Ella era la encargada de intentar encontrar el estudio de tatuajes donde Jane se había hecho el corazón. Esperábamos encontrar al artista y ver si recordaba a Jane y si quizá tenía un registro de la transacción o cualquier otro detalle que pudiera darnos respuestas sobre su identidad.

—He estado trabajando con Vincent —dijo Selena, irguiéndose un poco—. Me ha estado enseñando un par de trucos para encontrar una coincidencia en internet. Es habitual que los tatuadores hagan fotos de su trabajo y las suban a las redes sociales. Me está ayudando a ver si podemos encontrar algo en línea antes de empezar a patearnos todos los estudios de tatuajes. Pero... de momento, ninguna coincidencia.

—Es un buen comienzo.

—Vincent también ha dicho que todavía no ha encontrado ninguna coincidencia con el collar. Está haciendo lo básico: buscar en internet joyerías que publiquen fotos de su inventario para intentar encontrarlo.

—Vincent es muy ingenioso y puede encontrar casi cualquier cosa en internet —dije—. Pero su collar tiene algo único. Parecía hecho a medida, lo que significa que podría no estar en una página web o en las redes sociales. Podríamos necesitar un enfoque diferente.

Selena dijo:

—Probablemente tengas razón. Si es una pieza a medida, no la encontraremos en internet.

Justo en ese momento, Selena giró la cabeza, y su rostro se iluminó mientras saludaba con la mano a alguien que se acercaba a la puerta. Apareció Vincent. Con una sonrisa, se pasó los dedos por su pelo rubio ceniza, que siempre parecía encantadoramente despeinado.

—Hola, Selena. Hola, jefa.

—Hola, Vincent —dije—. Justo hablábamos del collar.

—Todavía nada —dijo—. Pero tengo un algoritmo en marcha para ver si podemos encontrar alguna coincidencia a partir de la fotografía del collar de Jane y cualquier foto en línea. Es como el reconocimiento facial, pero para joyas. Aunque, de momento, sin suerte.

—¿Ha pensado en hablar con un joyero? —sugerí, observando a Vincent con tranquila paciencia—. ¿Obtener la opinión de un experto sobre los materiales o la artesanía? Si es una pieza a medida, puede que no esté en internet.

—Es una buena idea —dijo con decisión, como si lo añadiera a una lista mental—. Si hoy no obtenemos ningún resultado, mañana haré algunas llamadas.

—Genial.

—¿Alguna noticia de la oficina del sheriff sobre los análisis de la colilla o del cuchillo que encontré en el parque? —preguntó Selena, de nuevo con voz seria, pero había avidez en su postura. Era muy lista, siempre al tanto de todo. Y probablemente tenía curiosidad por ver si su hallazgo cerca del lago daba algún fruto.

—Todavía no. Pero te avisaré en cuanto sepamos algo. Me reúno con Hirsch y Cromwell mañana por la mañana.

—Guay —dijo Selena, asintiendo, aunque un atisbo de impaciencia parpadeó en sus ojos.

Charlamos sobre los siguientes pasos durante unos minutos más, intercambiando ideas y teorías, antes de que Vincent y Selena se marcharan para continuar su búsqueda del tatuaje y el collar.

Mientras tanto, me quedé un momento, mirando mis notas para preparar mi reunión con Cromwell y Hirsch para discutir las pruebas. Lo que Selena y Vincent aún no sabían —lo que no le habíamos contado a nadie— era que el cuchillo había dado positivo en sangre humana. Los técnicos del laboratorio creían que posiblemente había algún material en la empuñadura del cuchillo que también podría proporcionarles ADN. El análisis de ADN no estaba completo, pero lo estaría pronto.

12

SELENA

CONDUCÍA POR LA AUTOPISTA con la música a todo volumen y Jane estaba sentada en silencio en el asiento del copiloto. Me di cuenta de que no estaba siendo muy habladora. Con un movimiento rápido, bajé el volumen y la miré.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté.

—Ahí voy, tirando. Creo que la terapeuta me ayuda.

—¿Cada cuánto la verás?

—Tres veces por semana. ¿Es mucho? Supongo que necesito toda la ayuda posible —dijo con un toque de diversión en la voz.

—Créeme, no es mucho —la tranquilicé—. Probablemente sea justo lo que necesitas. Cuando empecé a ir a terapia, después de que casi me mataran y asesinaran a mi madre, iba tres días a la semana.

Los ojos de Jane se agrandaron ligeramente. —¿Cómo encontraste una terapeuta?

Esbocé una sonrisita al recordar la serie de acontecimientos. —Martina. Te lo creas o no, la primera vez que la vi fue el día que casi me muero. Mi padre me había estado buscando junto con unos detectives. Uno de ellos mató a mi novio cuando intentaba matarme a mí. Martina estaba allí, en la escena del crimen, y ahí fue cuando nos conocimos. Yo no sabía que estaba prometida con mi padre, a

quien no había visto en años. Es una historia un poco larga, pero bueno, que la terapia ayuda mucho. Al principio, tres días a la semana a veces me parecía mucho, pero otras veces no me parecía suficiente.

—¿Sigues yendo a terapia? ¿O es una pregunta demasiado personal?

Tras mirarla de reojo antes de volver a centrarme en la carretera, dije: —Sí, sigo yendo a terapia. He pasado por muchos traumas. No solo casi me matan, sino que también fui yo quien encontró el cuerpo de mi madre después de que la asesinaran. He trabajado con víctimas y he visto cosas horribles. —Omití los detalles de cómo habían matado a mi novio Brendon por mi culpa. Todo el mundo, incluida Martina, no paraba de decirme que su muerte no había sido culpa mía, pero yo no los creía. Seguí insistiendo e insistiendo hasta que unos tipos peligrosos me enviaron amenazas, diciéndome que parara o me atuviera a las consecuencias. Si hubiera parado, Brendon seguiría vivo y sus padres no pensarían que soy un monstruo.

Jane se quedó en silencio un momento antes de preguntar: —¿De verdad crees que la terapia ayuda?

—Confía en mí —dije con voz suave—. No estoy segura de que fuera una adulta funcional sin la terapia. Tuve el apoyo de Martina, de mi padre y de mi hermana, Zoey. Ahora ha vuelto a la universidad; solo ha venido a casa el fin de semana para probarse el vestido de novia.

—Ah, ¿tú también tienes una hermana?

—Sí, es mi hermanastra. Es la hija de Martina.

—Martina parece muy maternal, muy protectora.

Me reí entre dientes. —No sabes ni la mitad.

—Es muy amable —dijo Jane en voz baja.

—Lo es.

—¿Y si te dijera que me da un poco de miedo descubrir quién soy? —La voz de Jane tembló ligeramente.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, intuyendo que empezaba a abrirse a mí. Esperaba que se sintiera lo bastante segura como para continuar.

—He estado teniendo unas pesadillas… y parecen tan reales, ¿sabes? Pero luego son de esas que no tienen mucho sentido. Aun así, de algún modo, parece que sí lo tienen, si es que eso tiene algún sentido.

—Oh, sé perfectamente a qué te refieres.

Jane continuó: —Mi terapeuta me ha dicho que tengo estrés postraumático además de la amnesia disociativa y que las pesadillas son bastante comunes. Aunque no pueda recordar cosas cuando estoy despierta, puede que mi subconsciente sí lo haga. A veces podrían ser recuerdos reales. —Dudó un momento y luego dijo—: ¿Y si hice algo malo?

La miré y le dediqué una sonrisa tranquilizadora. —Créeme cuando te digo esto: seas quien seas, fueras quien fueras y hayas hecho lo que hayas hecho, Martina lo averiguará. Confía en mí. Pero nunca es tarde para enmendarse, para empezar de cero o para reevaluar tus prioridades. Lo que hiciste en el pasado no tiene por qué definir tu futuro.

Ella sonrió, aunque su sonrisa pareció débil. —¿Cómo te has vuelto tan sabia? ¿Qué tienes, veintiún años?

—Veintidós, muchas gracias —dije con una sonrisa—. Supongo que los traumas te hacen madurar.

Jane soltó una risita.

—Y… ¿alguna vez sueñas con tu hijo? —Me pregunté si sería una pregunta demasiado indiscreta.

—No. Es extraño, la verdad. ¿Cómo puede una madre no recordar a su propio hijo?

—No sé cómo puede pasar eso —dije—. Pero estoy segura de que, con el tiempo, las respuestas llegarán.

Antes de que pudiera decir nada más, habíamos llegado. —Ya estamos —dije, entrando en el camino de entrada.

Jane miró la casa por la ventanilla, con la mirada perdida. —¿Te criaste aquí?

—No —dije, negando con la cabeza—. Yo me crie en apartamentos. No me mudé aquí hasta después de conocer a Martina. Papá ya se había mudado con ella. Esta era su casa, donde

se crio Zoey. Zoey está estudiando veterinaria ahora y se casa el año que viene.

—Hala, qué fuerte —dijo Jane, claramente impresionada—. Martina dice que tu padre cocina. ¿Eso es normal?

—Desde que dejó de beber y conoció a Martina, sí, es normal —expliqué—. Es un poco raro, pero bueno, la gente cambia.

Salimos del coche y me di cuenta de que Jane caminaba detrás de mí, un poco aprensiva. No es que tuviera miedo, pero había cierta expectación en sus pasos, como si estuviera anticipando cómo sería estar en casa de otra persona. Sus pesadillas, las cosas malas que había insinuado… quizá había estado huyendo de algo y ahora ese algo la había alcanzado por fin. Sin embargo, no parecía mala persona. Pensé que si había hecho daño a alguien, probablemente habría sido en defensa propia, y sus sueños y recuerdos aún no se habían sincronizado.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta, recibida de inmediato por Barney, nuestro magnífico y juguetón perro. Me arrodillé para rascarle bien detrás de las orejas, pero enseguida se apartó de mí y fue trotando a olisquear a Jane.

—Ese es Barney —dije con una sonrisa—. Era el perro de Martina y Zoey, pero ahora es de todos. Se está haciendo mayor, pero todavía le queda mucha energía.

Jane sonrió y sus ojos se iluminaron mientras se agachaba para acariciar a Barney, que estaba más que encantado de recibir la atención. Verla así, disfrutando de verdad, me hizo pensar que Barney podría ser su perro de terapia, al menos por un tiempo. Parecía tener un efecto tranquilizador en ella.

Cerré la puerta y la conduje a la cocina, donde estaban papá y Martina. Papá estaba apoyado despreocupadamente en la encimera mientras Martina servía la cena.

—Hola, Selena —dijo Martina con una cálida sonrisa. Papá saludó con la mano y un pequeño asentimiento.

—Esta es Jane —la presenté—. Jane, este es mi padre, Charlie, y, por supuesto, a Martina ya la conoces.

Se dieron la mano y papá intervino: —Tenemos lasaña, pan de ajo, té helado y agua con gas. ¿Os parece bien?

—Suena genial —respondió Jane.

Martina añadió: —¿Le sirvo algo de beber, Jane?

—Tomaré solo un poco de agua —dijo Jane.

—Claro —dijo papá, antes de darse la vuelta, llenar un vaso y dárselo a Jane.

En nuestra casa no había alcohol. No es que yo bebiera mucho, pero a Zoey le gustaba tomar una copa o dos de vino cuando volvía de la universidad. Nunca teníamos alcohol en casa. Cuando Zoey estaba aquí, solíamos salir o quedar en mi apartamento para tomar alguna libación alcohólica.

—¿Por qué no vais al salón con Barney mientras preparamos la cena? —sugirió Martina.

Asentí y llevé a Jane al salón, donde me dejé caer en el sofá. Barney se subió de un salto a mi lado y luego se acercó a Jane, apoyando la pata en su pierna.

—Le gustas —dije con una sonrisa.

—Es tan mono —respondió Jane, rascándole detrás de las orejas mientras Barney meneaba la cola.

—Lo es, y créeme, es fácil encariñarse con él. Antes de que te des cuenta, estarás haciendo galletas caseras para perros y jugando a la pelota sin parar.

Jane se rio entre dientes, claramente prendada del perro. Era lo más feliz que la había visto desde que nos conocimos, aunque solo habían pasado unos días. Tomé nota mental de hablar con Martina sobre la posibilidad de que Jane sacara a pasear a Barney. Podría levantarle mucho el ánimo.

Dejó de acariciar a Barney por un momento y miró hacia la cocina, observando a papá y a Martina juntos. —Por alguna razón, me parece inusual ver a tu padre, un hombre, en la cocina —dijo pensativa.

—Quizá te criaste con un padre que no cocinaba —sugerí.

—Quizá —dijo en voz baja—. Se está muy bien aquí. ¿Sigues viviendo en esta casa? —preguntó, mirando alrededor de la acogedora habitación.

—Ya no. Ahora tengo mi propio apartamento.

—Qué guay. Aquí todo el mundo parece tan culto, inteligente y amable. Es tan… diferente de lo que conozco.

—Si en tu pasado no hay gente que te quiera, en cuanto descubramos quiénes son, nos desharemos de ellos —dije con firmeza—. Y entonces podrás empezar de cero.

La voz de Jane sonó baja pero esperanzada. —Creo que eso me gustaría.

La impresión que me daba era que venía de un mal sitio y que probablemente había visto cosas terribles. La amnesia, las pesadillas, el hecho de que no tuviera ni idea de dónde estaba su hijo… había más en su historia, y estaba segura de que íbamos a descubrirlo. Y cuando lo hiciéramos, quienquiera que le hubiera hecho daño lo pagaría, y muy caro.

13

MARTINA

HIRSCH YA ESTABA en la sala de espera de la comisaría del sheriff del condado de Alameda, erguido, con su pelo entrecano y rubio ligeramente alborotado por la brisa de fuera. Sus ojos azules, agudos pero con el peso de años en las fuerzas del orden, se alzaron cuando me acerqué. Sus anchos hombros y su complexión robusta transmitían la autoridad de alguien que había pasado décadas resolviendo crímenes.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—Bien —dije, intuyendo que Hirsch, a pesar de su actitud serena, ya estaba, como de costumbre, calculando varios pasos por delante.

—¿Cómo está Jane? ¿Cómo lo lleva? —Hirsch se inclinó ligeramente hacia delante, con preocupación en los ojos.

—Está bien. Selena la mantiene ocupada y anoche la invitamos a cenar. Parece... reservada —dije, y mi voz se apagó al pensar en lo retraída que había estado Jane.

—Es comprensible, teniendo en cuenta por lo que ha pasado —dijo Hirsch, suavizando su expresión.

—Sí —continué—. He estado pensando... Puede que tenga una teoría sobre de dónde es.

—¿En serio? —Los ojos de Hirsch se entrecerraron, pensativos—. Sabes, yo también tengo algunas teorías. Últimamente tengo mucho

tiempo para pensar —dijo con un toque de autocrítica en la voz.

—No te estarás aburriendo en tu jubilación, ¿verdad? —le pregunté con una media sonrisa, tomándole un poco el pelo.

—Bueno, todavía no me aburro. Pero Kim me ha sugerido amablemente que me busque un pasatiempo —dijo con una leve risa, aunque percibí un rastro de melancolía en sus palabras.

—¿Y qué estás pensando hacer? —pregunté, sinceramente curiosa, mientras me cruzaba de brazos y me apoyaba en la pared.

—No lo sé —dijo Hirsch, frotándose la nuca, pensativo—. Me gusta la idea de resolver casos..., pero, ya sabes, sin el papeleo ni tener que dirigir a gente. Solo el caso.

Algo se encendió dentro de mí. Casi no podía creerlo, casi no quería decirlo en voz alta. —Sabes... —empecé con cuidado—, tenemos algunos colaboradores externos que solo cogen un caso de vez en cuando. Nos llegan algunos casos difíciles.

Hirsch me dedicó una sonrisa ladeada, una que le hacía parecer diez años más joven y que me recordó a los viejos tiempos. Era una mirada que no le había visto en mucho tiempo, y me hizo sonreír de oreja a oreja.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad estás dispuesto a venir a trabajar con nosotros a Drakos Monroe? —pregunté, con un entusiasmo que apenas podía contener.

—Estaba pensando en hablarlo con Kim —dijo—. No a tiempo completo, por supuesto. Solo algún caso de vez en cuando. Algo interesante, quizá un caso sin resolver o una persona desaparecida.

—Te entiendo, Hirsch. Siempre tendremos un sitio para ti —dije, incapaz de ocultar el entusiasmo en mi voz. La idea de volver a trabajar con él después de tanto tiempo era emocionante.

—Bueno, todavía no es oficial —dijo Hirsch, recuperando su actitud serena mientras me dedicaba una pequeña sonrisa divertida —. Centrémonos en la tarea que nos ocupa por ahora.

Así era Hirsch: siempre sereno y sensato. Incluso ahora, con un atisbo de algo nuevo en el aire, se mantenía con los pies en la tierra, precavido, metódico.

Pero no pude evitar sentir una oleada de emoción ante la idea de seguir trabajando con él de forma habitual. Hacía tanto tiempo.

Siempre le había dicho que, cuando quisiera trabajar en Drakos Monroe, tendría un puesto esperándole. Él lo había pospuesto, diciendo que era un hombre de ley hasta la médula. Pero quizá la jubilación le había hecho cambiar de opinión. Y yo no podía estar más encantada.

Cromwell se acercó saludando con la mano. Era un hombre robusto y práctico de unos cuarenta y cinco años, con una mandíbula cuadrada y una barba de tres días perpetua que sugería largos turnos y poco sueño.

—Hola, ¿cómo va todo?

Con su voz grave y ronca, dijo: —Bastante bien. ¿Y vosotros qué tal?

—No nos quejamos —dije. Hirsch expresó un sentimiento similar.

—¿Necesitáis algo antes de que entremos en la sala de reuniones? —Señaló hacia la puerta; su gran mano nos indicó que pasáramos.

—Estoy bien, gracias. —Negué con la cabeza.

—Muy bien, entonces, vamos al grano.

No conocía personalmente al detective Cromwell, aunque ya había trabajado antes con el departamento del sheriff del condado de Alameda. Era un viejo amigo de Hirsch, alguien con quien Hirsch había trabajado cuando estaba en el Departamento de Policía de San Francisco. Cromwell tenía ese aspecto curtido que desarrollan los detectives veteranos; una especie de compostura tranquila e inquebrantable que se adquiere al lidiar con demasiadas tragedias.

—Bueno —empezó Cromwell mientras nos acomodábamos en la pequeña y aséptica sala de reuniones. Se sentó y dijo—: ¿Hemos avanzado algo en la identificación de Jane Doe? —Se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

—No —dije, mirando a Hirsch—. Una de mis compañeras de equipo, Selena —es joven, pero avispada—, le he pedido que pase tiempo con Jane. Jane también va a terapia tres veces por semana y está en un piso franco. En general, aguanta, pero está un poco reservada y parece tener miedo de descubrir quién es. Jane ha estado teniendo pesadillas y le dijo a Selena que le preocupa haber hecho algo malo.

Los ojos oscuros de Cromwell se entrecerraron ligeramente. —Comprendo por qué puede pensar eso.

—¿Ah, sí? —pregunté, intrigada por su perspicacia.

—Me han dicho que los resultados del ADN del cuchillo y el cigarrillo estarán listos de un momento a otro —dijo Cromwell, enderezándose en la silla.

—¿Sí? —pregunté, con el interés avivado.

Un golpe en la puerta nos interrumpió. Cromwell se levantó rápidamente, su ancha complexión moviéndose con una agilidad sorprendente. —Puede que sean ellos —dijo, dirigiéndose a la puerta y abriéndola con un rápido giro del pomo.

Entró un hombre con un expediente bajo el brazo. Era más joven, quizá de unos treinta y tantos años, con gafas de montura metálica sobre el puente de la nariz. Llevaba el pelo oscuro bien peinado y una expresión seria que parecía sugerir que no era de los que se andan con rodeos.

—¿Tiene los resultados para nosotros? —preguntó Cromwell.

—Sí —respondió el hombre, con voz segura, como si ya estuviera revisando mentalmente los datos en su cabeza.

—Bueno, pues empecemos —dijo Cromwell, y nos presentó—. Martina, Hirsch, este es Jenson. Es uno de nuestros mejores hombres del departamento de forenses.

Jenson asintió y luego abrió el expediente mientras sus ojos recorrían las páginas con rapidez.

Fue directo al grano. —Se recuperó ADN del cigarrillo. Lo pasamos por el CODIS y no hubo coincidencias. Sin embargo, por mi experiencia —dada la cantidad de colillas que he procesado—, la que trajeron no parecía tener más de dos semanas. De hecho, diría que era más reciente, quizá de solo un par de días. Estaba en muy buen estado. —La voz de Jenson era tranquila, analítica, el tipo de tono de alguien acostumbrado a comunicar hechos fríos. Levantó la vista del expediente brevemente para calibrar nuestras reacciones.

—Entonces, ¿probablemente no está relacionado con nuestra víctima ni con la escena del crimen? —pregunté.

—No lo creo —respondió Jenson, mirándonos alternativamente—. Pero lo mantendremos en el archivo por si acaso. A veces, a los

tarados les gusta volver a la escena del crimen, fumarse un cigarrillo y regodearse en lo que han hecho.

—¿Y el cuchillo? —preguntó Hirsch, con voz serena, aunque por su postura supe que estaba tan ansioso por los resultados como yo.

Intercambiamos una mirada, preparándonos para lo que venía a continuación.

—Había dos contribuyentes en el cuchillo —explicó Jenson, con tono firme—. Uno del mango —ADN de contacto de células de la piel — y el segundo contribuyente se encontró en muestras de sangre tomadas de la hoja. No había mucha sangre, así que probablemente no se hundió profundamente en nadie, más bien fue un corte o un rasguño, pero definitivamente estuvo en contacto con una persona.

—¿Pasó el ADN por el sistema? —pregunté, con la impaciencia asomando en mi voz, aunque sabía que Jenson estaba a punto de llegar a eso.

—Sí, pasé el ADN —prosiguió Jenson, pasando una página del expediente—. El ADN del mango del cuchillo coincide con el de su Jane Doe.

Jane había empuñado el cuchillo. ¿Era la atacante o simplemente se estaba defendiendo?

—¿Y la sangre de la hoja? —preguntó Hirsch.

Jenson levantó la vista del expediente y dijo: —La pasamos por el CODIS. No hay coincidencias, pero era de una mujer.

Los ojos azules de Hirsch se entrecerraron mientras procesaba la información. —¿Entonces es posible que Jane se estuviera defendiendo de una atacante?

Cromwell se encogió de hombros, sus anchas espaldas subiendo y bajando. —O Jane estaba atacando a una mujer y esta la redujo. O apareció alguien y protegió a quienquiera que Jane estuviera atacando.

La sala se quedó en silencio un momento. ¿Podríamos habernos equivocado por completo? ¿Era posible que, después de todo, Jane no fuera la víctima?

14

MARTINA

La revelación sobre la navaja fue sorprendente. Mi mente se disparó con las posibilidades, pero una cosa estaba clara: no era la única a la que habían pillado por sorpresa. Por la expresión en los rostros de Cromwell y Hirsch, me di cuenta de que estaban tan sorprendidos como yo. La pregunta era, ¿por qué? ¿Por qué no había denunciado la víctima si Jane era la agresora? Cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía.

Rompí el silencio. —¿Existe alguna prueba que apunte a que Jane fuera la agresora? ¿O quizá usó la navaja en defensa propia? —pregunté, intentando encajar las piezas de un puzle que se asemejaba más a fragmentos dispersos que a una imagen clara.

Cromwell cambió el peso de un pie a otro y se ajustó el cinturón, una señal inequívoca de que se sentía incómodo con el rumbo que tomaba la conversación. —¿Defensa propia? Claro, para eso se usaría una navaja. Pero estaba en un parque. ¿Quién lleva una navaja a un parque?

Era una pregunta pertinente, pero mi instinto me decía que había algo más en esta historia. Jane no me daba la impresión de ser una criminal despiadada. No era de ese tipo. —¿Y si alguien la persiguió hasta allí? La escena del crimen no está lejos del aparcamiento.

Quizá estaba en su coche y, cuando fueron a por ella, echó a correr. Sacó la navaja para protegerse.

Cromwell enarcó una ceja, escéptico. —¿Por qué iba a tener una navaja en el coche?

Sentí que la frustración me invadía. Era el tipo de frustración que sientes cuando tu instinto te grita una cosa, pero careces de pruebas contundentes para respaldarla. —No lo sé —admití, con un ligero deje de irritación en la voz—. ¿Ha intentado usted alguna vez ser una mujer de noche? Quizá sea algo que simplemente llevaba consigo, algo que pensó que podría necesitar para protegerse de un agresor. No hay que ser una delincuente para sentir que necesitas protección.

Cromwell no dijo nada, pero noté que le estaba dando vueltas. Aun así, su escepticismo flotaba en el ambiente.

Hirsch, que había permanecido en silencio todo el tiempo, finalmente habló. Tampoco parecía del todo convencido. Intuí que, como yo, no creía que Jane fuera una especie de criminal a sangre fría. —¿Ha accedido a las radiografías?

—Sí —dije—. Pienso llevarla al hospital hoy más tarde para hacerle radiografías de cuerpo entero y también dentales.

Cromwell dijo: —¿Así que cree que este no fue el primer ataque que sufre? ¿Busca lesiones previas, quizá un patrón?

—Exacto —dije, asintiendo—. Si esas radiografías muestran que ya ha sido víctima antes y ha sobrevivido, eso podría explicar por qué llevaría un arma. Quizá no sea la primera vez que tiene que defenderse. O quizá el forcejeo empezó en otro lugar: cerca del parque o incluso en una casa cercana. ¿Han peinado la zona? ¿Han ido puerta por puerta? ¿Han preguntado si alguien oyó o vio algo sospechoso?

Cromwell dejó escapar un profundo suspiro, como si le hubiera pedido que hiciera algo fuera de lugar. —Hay muchas casas alrededor de ese parque. Y el parque es enorme. Llevaría mucho tiempo…

Eso es un no, pensé. Lo miré directamente a los ojos. —¿Y qué hay del testigo? El que llamó a la policía, ¿mencionó haber oído o visto algo antes de encontrarla? ¿Preguntó a sus vecinos?

—Dijo que no había oído nada —respondió Cromwell, y el tono defensivo volvió a su voz—. Y vive en el barrio de enfrente del aparcamiento.

Quería creer que Cromwell era de fiar. Parecía bastante fiable, y Hirsch había respondido por él. Pero peinar el vecindario debería haber sido el procedimiento habitual. No podía quitarme de la cabeza la sensación de que algo no encajaba. Pero, por otro lado, puede que preguntar a los vecinos si habían visto algo fuera una posibilidad remota. Por lo que Selena había explicado, el parque estaba rodeado de viviendas, pero las casas estaban lo suficientemente lejos como para que fuera posible que nadie hubiera visto nada, si el incidente había ocurrido dentro del parque.

Pero ¿y si no ocurrió en el parque? ¿Y si empezó en otro lugar, más cerca de esas casas? Alguien podría haber visto algo, quizá haber entrevisto a Jane o a su agresor antes de que ella entrara en el parque. ¿Y qué hay de las cámaras de los timbres? Hoy en día, casi todas las casas tenían una. ¿Por qué no lo habían comprobado? ¿Pereza o falta de recursos?

—Interrogaré al hombre que dio el aviso —dije con firmeza.

—Adelante —dijo Cromwell.

—Martina, ha dicho que tenía una teoría. ¿Cuál es? —preguntó Hirsch, con su tono tranquilo, siempre tan diplomático, intentando disipar la tensión que se respiraba en la sala.

Lo miré, agradeciendo su enfoque comedido. Se le daba bien eso: conseguir que me concentrara cuando sentía el peso del caso sobre los hombros.

Los recuerdos de mi época en el Departamento del Sheriff del Condado de CoCo me vinieron a la mente. Teníamos un equipo sólido entonces, uno en el que se podía confiar para que hicieran su trabajo a fondo. Pero sabía que no todos los departamentos funcionaban igual. La delincuencia estaba por todas partes, y algunos equipos simplemente no podían seguir el ritmo. Se tomaban atajos. Tal vez era eso lo que había pasado aquí. Tal vez este caso era solo otro expediente en una pila que tenían que despachar.

Consideré dejarlo pasar. Al fin y al cabo, Jane estaba viva y estable, y por ahora, eso era lo que importaba. Pero no podía

quitármela de la cabeza la persistente sensación de que aún había demasiadas preguntas sin respuesta sobre el crimen en sí. Tendría que interrogar al testigo, y tendríamos que peinar los barrios de los alrededores. No había otra opción.

—Bueno —dije, intentando ordenar mis ideas—, supongo que sabremos más después de conseguir el historial dental de Jane. Pero teniendo en cuenta que no tiene un documento de identidad oficial y que nadie ha denunciado su desaparición, al menos no por aquí, puede que viviera al margen del sistema. Podría ser que no tenga hogar o que esté lejos de casa. O quizá creció sin los medios para sacarse el carné de conducir. No es algo que todo el mundo tenga, a pesar de lo que solemos suponer. O podría ser de otro lugar, alguien que ha pasado desapercibida para el sistema.

Hirsch dijo: —Podríamos empezar por hablar con los refugios locales, a ver si alguien la ha visto allí. ¿Le parece bien enviar su foto y su historia a los medios de comunicación?

La idea de difundir el rostro de Jane, incluso con el fin de averiguar más sobre ella, me inquietaba. Era un equilibrio delicado: protegerla mientras intentaba averiguar quién era realmente. —Todavía no —dije—. Pero si no encontramos a nadie que la reconozca en los refugios o que denuncie su desaparición, al final tendremos que publicar una foto.

Hirsch dijo: —De acuerdo.

Desde un rincón de la sala, Cromwell, que había estado escuchando atentamente, dijo: —Si encuentra algo más que pueda ayudar en el caso, avíseme.

—Lo haré —dije, intentando medir su nivel de implicación—. ¿Nos avisará si obtiene alguna coincidencia con el ADN o consigue nueva información sobre Jane?

—Por supuesto —dijo él con un seco asentimiento, manteniendo la profesionalidad, aunque me preguntaba hasta dónde llegaba su compromiso. Al principio había visitado a Jane todos los días en el hospital; tal vez sí le importaba, pero tenía una carga de trabajo enorme que le impedía investigar más a fondo.

Hirsch y yo dimos por terminada la reunión y nos despedimos. Mientras nos alejábamos, dejando atrás a Cromwell, no pude evitar

expresar mi frustración. —No han investigado mucho, ¿verdad?

Hirsch suspiró, frotándose la nuca. —Cromwell es un buen policía, pero están ahogados en casos, Martina. Ya sabe cómo va esto. Según los informes, es poco probable que alguna de las casas o apartamentos de los alrededores presenciara un forcejeo. Y como Jane está bien, físicamente, al menos, los delitos más recientes con más probabilidades de resolverse tienen prioridad.

Quizá, pero yo no estaba dispuesta a dejarlo pasar. —Los vecinos podrían haber oído algo, y si el ataque a Jane fue aleatorio, hay un depredador violento suelto y habrá más víctimas —insistí—. Si hubiera habido una discusión, pisadas, alguien corriendo por el barrio, podría haber sido grabado por la vigilancia doméstica: cámaras en los timbres, sistemas de seguridad... algo que podría haber captado a ella y a su agresor antes de que entrara en el parque.

Hirsch se detuvo. —Tiene razón, tiene razón —dijo—. Tenemos que cubrir todos los ángulos. Elaboremos un plan. Peinaremos el barrio, hablaremos con los refugios para personas sin hogar y los campamentos locales... todo lo que haga falta. Si alguien la echa en falta en la zona de la bahía, lo descubriremos.

—Sí, lo haremos.

Mientras caminábamos al compás, un destello de algo familiar pasó entre nosotros, un recordatorio de por qué trabajábamos tan bien juntos. Y por un momento, sentí que había recuperado a mi antiguo compañero.

15

JANE

Intenté no mostrarme nerviosa mientras le sonreía a Martina, que estaba en mi puerta. Había venido a recogerme para llevarme al hospital a que me hicieran unas radiografías y, de allí, iríamos a la consulta del dentista. La idea de ir al hospital y de reunirme con los investigadores me resultaba tan extraña, como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Y tenía la mente nublada, desconectada del presente. Todo estaba borroso excepto una cosa: Martina. Podía verlo en sus ojos: determinación, compasión y esa promesa tácita de que no pararía hasta descubrir quién era yo y qué había pasado aquella noche en el parque. Parecía tan implacable que me proporcionaba una sensación de consuelo. Alguien estaba buscando la verdad y quizá, solo quizá, esa verdad me haría libre.

Pero la idea de la verdad me aterrorizaba.

Había tenido otra pesadilla: vívida, con sangre en las manos. Un bebé. El grito de una mujer. Y una horrible y asfixiante sensación de pavor que me dejó boqueando en la oscuridad. Las imágenes eran tan nítidas que podrían haber sido recuerdos. ¿Podrían serlo? ¿Debería contarle a Martina lo que he visto? ¿Ayudaría en la investigación o solo empeoraría las cosas? Quería ayudar, ¿verdad? Sí, por supuesto que sí.

Había llegado el momento.

Lo había asumido, al menos hasta cierto punto. Si había hecho algo malo, tenía que afrontarlo. Tenía que admitirlo. Se acabó el huir, se acabó el esconderse. Había llegado el momento.

—Hola, Martina —dije en voz baja.

—Hola, Jane. ¿Estás lista para irnos? —preguntó con una sonrisa amable.

—Sí —dije, tirando del bajo de mis vaqueros. No me había dado cuenta de la fuerza con la que agarraba la tela, retorciéndola nerviosamente entre los dedos.

—¿Te los compraste cuando fuiste de compras con Selena? —preguntó Martina, echando un vistazo a mi ropa.

Cogí el bolso del colgador que había junto a la puerta, intentando ignorar el nudo que se me formaba en la garganta. —Sí —dije, consiguiendo esbozar una pequeña sonrisa—. Me dijo que necesitaba algo que no fueran pantalones de pinzas. Algo sobre que los lleva la gente mayor. —Intenté reírme, pero me salió un sonido forzado.

Martina sonrió con cierta ironía, con un brillo en los ojos que no le había visto antes. Le tenía cariño a su hijastra; era evidente. En cierto modo se parecían: ambas eran fuertes e ingeniosas. Pero en otros, eran como la noche y el día. Martina era firme, tranquila y segura de sí misma. ¿Selena? Tenía un fuego interior, un lado salvaje que yo admiraba.

—Bueno, ya estoy lista —dije, colgándome el bolso al hombro y saliendo fuera. Cerré la puerta a mi espalda.

El aire fresco me golpeó, devolviéndome al presente por un momento. Por un instante fugaz, pensé en cómo sería si este fuera un día normal: otra cita rutinaria, otro recado más. Pero nada en mi vida parecía rutinario o normal. Caminamos por el sendero en silencio, con el eco de nuestros pasos. La urbanización estaba silenciosa, casi de forma inquietante.

Martina se movía con la misma eficacia silenciosa de siempre. Cuando llegamos al aparcamiento, me abrió la puerta del copiloto de su coche como si fuera un acto reflejo. Dudé un momento, mirándola. Hacía que me sintiera como si fuera mi guardaespaldas personal, siempre vigilante, siempre dispuesta a proteger.

Me metí en el coche y me hundí en el asiento. Aunque solo conocía a Martina y a su familia desde hacía unos días, no podía evitar pensar en ellos como algo parecido a una familia. Eran prácticamente todo lo que tenía en ese momento. El pensamiento era agridulce, llenándome a la vez de consuelo y de una aguda sensación de soledad.

Martina se deslizó en el asiento del conductor y me miró mientras arrancaba el motor. —¿Qué tal el día de momento? —preguntó en un tono informal, pero pude percibir la preocupación subyacente.

—Bien. He desayunado y he visto un poco la tele. —Forcé una sonrisa, esperando que fuera suficiente para convencerla. Pero ¿a quién quería engañar? Martina se había convertido en una experta en leerme la cara en el poco tiempo que nos conocíamos. Siempre sabía cuándo algo no iba bien.

Me lanzó una rápida mirada de reojo, con ojos agudos. —¿Más pesadillas?

Incapaz de sostenerle la mirada, musité: —Sí.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Negué con la cabeza. No me parecía el momento adecuado para contarle lo que veía en mis sueños, todavía no. Lo haría cuando estuviera preparada, no ansiosa por las visitas al médico. Además, ¿cómo podría expresar con palabras aquellas imágenes horribles? El llanto del bebé, la sangre, la asfixiante sensación de culpa. —¿Alguna novedad en el caso? —pregunté en su lugar, deseosa de desviar la conversación de mí. Necesitaba centrarme en otra cosa, en lo que fuera.

Martina condujo en silencio durante unos instantes, con las manos firmes en el volante. Podía oír el leve zumbido del motor, el sonido rítmico de los neumáticos rodando por la carretera. Finalmente, habló. —Sí, ha habido una novedad.

Me puse tensa, preparándome. ¿Y ahora qué?

—Han analizado el cuchillo que Selena encontró en el parque —dijo, mirándome de nuevo—. Había sangre, pero no era tuya. Sin embargo, tu ADN estaba en el mango. Creen que apuñalaste, o intentaste apuñalar, a alguien.

Sus palabras me provocaron una oleada de náuseas y mi estómago se retorció dolorosamente. Las imágenes de mis pesadillas pasaron fugazmente ante mis ojos: la sangre en mis manos, la nauseabunda sensación de pavor, el miedo a haber hecho algo imperdonable. El cuchillo.

Mientras continuaba e intentaba tranquilizarme diciendo que esta novedad no significaba que fuera culpable de nada, no pude evitar interrumpirla, con la voz temblorosa. —Si hice algo… lo descubriréis, ¿verdad?

La expresión de Martina era neutra y difícil de descifrar. —Descubriremos la verdad. Quién eres, qué te pasó y cómo acabaste en el parque ese día.

Tragué saliva con fuerza, con la boca seca. En mis pesadillas, me sentía responsable de algo terrible, pero también me embargaba un miedo profundo y corrosivo. —¿Si le hice daño a alguien… iré a la cárcel? —Las palabras salieron con vacilación. Mi mente me bombardeaba con preguntas. ¿Es eso lo que pasó? ¿Intenté hacerle daño a alguien y me atacó para protegerse? ¿Soy… soy una persona terrible?

Los ojos de Martina se suavizaron al mirarme. —No nos preocupemos por eso hoy —dijo—. De momento, vamos a seguir suponiendo que podrías estar en peligro. Te mantendremos en el piso franco. Todavía no vamos a publicar tu foto en las noticias. Seguiremos buscando a gente que pueda conocerte o saber qué te ha pasado. No te preocupes.

Puso su mano sobre la mía; un pequeño gesto, pero se sintió como un ancla en la tormenta de incertidumbre en la que me estaba ahogando.

Por un momento, la creí. Creí que Martina encontraría la verdad, y creí que haría todo lo posible por protegerme de quienquiera que me hubiera hecho daño. Pero en el fondo, el miedo persistía. ¿Y si la verdad no era algo a lo que quisiera enfrentarme? ¿Y si la persona que había sido no merecía la pena ser salvada?

16

MARTINA

En una cafetería de Fremont, cerca del parque donde atacaron a Jane, vi a Hirsch sentado a una mesa con una gran taza de café. Lo saludé con la mano al acercarme.

—Hola. ¿Qué tomas? —le pregunté, sentándome en la silla de enfrente.

—Un latte de vainilla —dijo, dando un sorbo.

—¿Está bueno?

—Sí, lo está. —Encima de Hirsch colgaba un expositor lleno de tazas a la venta de varios tipos. Algunas tenían personajes de dibujos animados; otras, nostálgicos estampados florales, pájaros y animales. Había algunas muy interesantes; si fuera coleccionista de tazas, habría sentido la tentación de comprar una.

Me levanté y me dirigí a la caja, pasando por delante de un mostrador con postres exquisitos junto a bollería para desayunar. Tras echar un vistazo rápido a la carta, pedí lo de siempre —un café solo—, que me sirvieron al instante con una sonrisa. Con el café en la mano, volví a la mesa con Hirsch.

—¿Qué tal va todo? —pregunté, sintiendo una punzada de emoción. No podía evitarlo; reunirme con Hirsch y trabajar juntos en un caso era como en los viejos tiempos. Cuando le conté a Charlie la noche anterior que Hirsch estaba considerando trabajar a tiempo

parcial en Drakos Monroe, me dijo que no me había visto tan eufórica desde el día de nuestra boda.

Pero mi felicidad no se debía solo a trabajar con Hirsch. Creo que también tenía que ver con lo mucho que estaba cambiando mi vida. Con Zoey, mi niña, a punto de casarse, el futuro rebosaba de posibilidades. Había aceptado más o menos que ya era una adulta y que era poco probable que volviera a vivir en casa con nosotros, ya que ella y su prometido querían comprar una casa cuando terminara la carrera de Veterinaria. ¿Y quizá nietos poco después? Había tantas cosas que esperar con ilusión. Era una auténtica afortunada.

—Kim ha dicho que se alegra de tenerme fuera de casa —comentó Hirsch, sacándome de mis pensamientos.

Sonreí. —¿Y a Audrey qué le parece que vuelvas a trabajar?

—Dice que ya era hora de que me buscara un hobby —contestó con una risa seca.

—Los preadolescentes —dije, negando con la cabeza con aire comprensivo—. Está en una edad divertida.

—Doce que parecen veinticinco —masculló, pasándose una mano por el pelo y señalando un grueso mechón plateado—. Solo de este año. Lo llamo la «cana preadolescente».

Me reí. —Ya lo superarás.

—Sí. La mayor parte del tiempo sigue siendo un encanto —dijo.

Mis pensamientos derivaron hacia Zoey a esa edad, con toda su desfachatez y su chispa. No había cambiado mucho, la verdad. A pesar de todos los cambios en su vida, siempre sería mi niña. Incluso me había dicho que no se cambiaría el apellido después de la boda. Siempre había soñado con convertirse en la doctora Zoey Monroe y me dijo que cumpliría ese sueño.

—¿Conoces Fremont? —pregunté, reconduciendo la conversación hacia el caso.

—No suelo venir por aquí, pero he dado una vuelta rápida en coche por Quarry Lakes y los barrios de alrededor. Hay mucho terreno que cubrir.

Dejando el café sobre la mesa, dije: —He hablado con el testigo por teléfono. Dice que no tiene nada nuevo que añadir a su declaración original, pero creo que podemos intentar refrescarle la

memoria. Le he dicho que pasaríamos a verle antes de ir puerta por puerta en su barrio.

—Llevo puesto el calzado cómodo —dijo Hirsch con una sonrisa.

—Bien —respondí en tono de broma.

Charlamos un rato más sobre la zona que planeábamos cubrir hoy. Ambos nos preguntábamos si deberíamos traer a más gente del equipo para que nos ayudaran. Habíamos marcado la zona en el mapa de antemano y había bastantes casas que registrar. Dado que era un día de diario, puede que no hubiera mucha gente en casa, pero al menos podíamos intentar ver si alguna casa cerca del parque tenía cámaras de vigilancia externas.

Nos terminamos el café y fuimos en nuestros respectivos coches al primer aparcamiento, el que estaba cerca de donde habían atacado a Jane y donde la encontraron más tarde el testigo y su perro.

Una vez aparcada, salí del coche e inspeccioné la zona. No pude evitar pensar en lo inesperado que era que algo tan horrible ocurriera en un lugar tan bonito. La tranquilidad del parque no se correspondía con la violenta escena que se había desarrollado allí.

Hirsch se acercó a mi lado trotando y dijo: —¿Quieres que recorramos primero el lugar de los hechos?

Asentí y nos dirigimos hacia el sendero que se adentraba en el parque. Había estudiado el mapa de antemano, así que sabía hacia dónde nos dirigíamos. Bajamos con cuidado por una pequeña colina que descendía hacia el primer lago. El sendero era estrecho y umbrío, con árboles altos que proyectaban sombras frescas sobre el suelo.

Miré hacia lo alto de la colina mientras caminábamos. Si alguien pasaba por el sendero, lo verías, pero desde allí no se veía la orilla del lago; estaba escondida, era un lugar apartado. Nos acercamos a un espeso grupo de arbustos y me detuve, señalándolos.

—Ahí es donde la encontraron —dije en voz baja—, y por donde Selena se arrastró para encontrar el cuchillo.

Ambos nos quedamos allí un momento, contemplando el tranquilo lago. Era difícil imaginar que hubiera ocurrido tal violencia en un lugar como aquel. El agua brillaba pacíficamente.

—Me hago una idea de cómo pasó —dije, pensando en voz alta —. Podría haber estado corriendo por el aparcamiento, intentando escapar de su agresor. Tal vez la persiguieron hasta aquí. Estaba aislada, y él la redujo y simplemente la dejó allí. Pero no creo que la pelea empezara aquí.

El rostro de Hirsch estaba serio mientras inspeccionaba la zona. —Eso es exactamente lo que pensaba —dijo, sacando el móvil para hacer algunas fotos del lugar.

Yo también hice algunas fotos, documentando el sendero y la disposición de los arbustos. La quietud del parque parecía ahora pesada, con la carga de lo ocurrido flotando en el aire. Tras unos instantes, me di la vuelta y subí de nuevo la colina, con Hirsch siguiéndome de cerca.

Una vez arriba, nos dirigimos por la calle hacia donde vivía el testigo, listos para ver si podía recordar algún detalle más que nos ayudara a reconstruir lo que realmente había sucedido aquel día.

Cruzamos los dos carriles de tráfico y entramos en la primera urbanización. Las casas eran de un tamaño decente, la mayoría con garajes para dos coches, jardines bien cuidados y un aire de opulencia. Por lo que había leído sobre Fremont, en la ciudad vivían muchos trabajadores del sector tecnológico, profesionales de la industria de alta tecnología que se desplazaban a Silicon Valley. Eso sin duda explicaba la riqueza que se veía allí.

Llamamos a la puerta del testigo y oí ladridos al otro lado, un gañido que me recordó a mi propio perro, Barney. Según el informe policial, el testigo tenía un pequeño perro blanco y peludo y, efectivamente, cuando se abrió la puerta, un hombre corpulento apareció sujetando exactamente eso: un perrito peludo.

—Hola —nos saludó cordialmente.

Me presenté y presenté a Hirsch. —Formamos parte del equipo de investigación que estudia el ataque a Jane Doe. Hablamos por teléfono.

—Ah, sí, por favor, pasen —dijo el hombre, haciéndose a un lado para dejarnos entrar.

La casa era bonita, pero un poco anticuada, y el hombre era mayor, probablemente jubilado. Nos ofreció café o té, pero lo

rechazamos. Dejó al perrito en el suelo e, instintivamente, extendí la mano para acariciarlo.

—Se llama Snowman —dijo el hombre con una sonrisa.

Le sonreí. —Tengo uno negro y peludito en casa. Se llama Barney. Se parecen bastante, salvo por el color.

—¿Barney gañe como Snowman? —preguntó sonriendo.

—La mayor parte del tiempo, sí —admití, compartiendo una sonrisa.

El anciano se sentó, con aspecto un poco más serio. —¿En qué puedo ayudarles? ¿Han tenido suerte descubriendo qué le pasó a esa pobre chica?

—No, la verdad es que no hemos podido identificarla ni a ella ni a su agresor —dije, inclinándome hacia delante—. Esperábamos poder hablar con usted, para ver si había oído o visto algo inusual en los días anteriores o posteriores al ataque. ¿Quizá algo sospechoso, algo que pudiera estar relacionado?

Negó con la cabeza. —En realidad, no. Es una zona bastante tranquila, para serle sincero. Pero si va por la carretera hacia Union City, a un kilómetro y medio más o menos, bueno, eso ya es otra historia. Allí hay mucha más delincuencia. Es casi literalmente al otro lado de las vías del tren, si sabe a lo que me refiero.

—Quizá deberíamos investigar por allí después.

—Supongo que muchos de sus vecinos tienen cámaras de seguridad —añadió Hirsch—. ¿Usted tiene?

El anciano dijo: —Yo no tengo cámaras. Pero tiene razón en que bastantes vecinos sí las tienen. Llevo mucho tiempo aquí y no tenemos mucha delincuencia en esta zona. Algún que otro robo, claro, ¿pero delitos violentos? Casi nunca.

—¿Les comentó a sus vecinos que había encontrado a la mujer? —le pregunté.

—Hablé con algunos, pero nadie vio nada tampoco —dijo—. Era temprano por la mañana, y la mayoría de la gente de por aquí va de camino al trabajo, sin prestar atención. La gente no sale a dar paseos tranquilos a esa hora. Básicamente, solo Snowman y yo.

—Tenemos pensado ir puerta por puerta, a ver si alguien comparte las grabaciones de vigilancia o pudo haber visto algo —

dije, con la esperanza de encontrar una pista.

Él dijo: —Por intentarlo no se pierde nada. Ojalá pudiera ayudar más, pero no noté nada inusual ese día ni la noche anterior.

—Le agradecemos su tiempo —dijo Hirsch, levantándose para marcharse.

—¿La chica está bien? —preguntó el hombre.

—La tenemos a salvo por ahora —dije—, pero no recuerda nada de su pasado. Está un poco desorientada.

El hombre suspiró. —Bueno, espero que descubran qué le pasó. Rezaré por ella.

Le dimos las gracias, nos despedimos y nos dirigimos a la casa del vecino de al lado. Tras un breve interrogatorio allí, pasamos a más casas de la urbanización. Por desgracia, mucha gente no estaba en casa, y los que sí estaban no tenían cámaras ni información útil. Unos pocos compartieron grabaciones de las cámaras, pero todo lo que vimos fueron calles oscuras y sin actividad.

Dejamos notas en las puertas de las casas con sistemas de vigilancia visibles, con la esperanza de que alguien se pusiera en contacto y nos dejara ver sus grabaciones de la noche anterior o de la mañana del ataque.

Después de dos horas de sondeo, quedó claro que la evaluación de la policía era correcta: no había mucho que encontrar aquí. Solo habíamos recorrido una cuarta parte de las casas, pero me di cuenta de que no íbamos a conseguir mucho más.

Mientras estábamos al borde de la urbanización, Hirsch miró hacia la carretera y dijo: —Tal vez no es en la calle en lo que debemos centrarnos. El testigo dijo que hay más actividad delictiva en Union City, podría valer la pena echar un vistazo. Está solo a un par de kilómetros por la carretera.

—Eso mismo estaba pensando. Subamos al coche y empecemos a hacer preguntas por allí.

—¿Vas armada?

Con una sonrisa, dije: —Siempre.

17

SELENA

TRAS UNA BÚSQUEDA EXHAUSTIVA POR INTERNET, no encontré ninguna foto del tatuaje de Jane en las páginas web de los tatuadores locales, ni en las de los estados vecinos, ni en las redes sociales. Cada nueva página o perfil que rastreaba no hacía más que aumentar la sensación de futilidad. Cuanto más profundizaba, más me daba cuenta de la cantidad de sitios a los que alguien podía ir a hacerse un tatuaje. Podían haber ido a un pequeño estudio apartado que no se molestara en tener una web llamativa o una página de Instagram. Empezaba a parecerme que estaba buscando una aguja en un pajar.

Decidí investigar en el mundo real e ir a uno de mis estudios de tatuaje favoritos, con la esperanza de que los artistas de allí pudieran darme alguna pista. Quizá pudieran determinar la antigüedad del tatuaje de Jane o conocer al artista que lo había hecho. Los tatuadores tienen estilos muy personales, sellos distintivos en su trabajo; algunos incluso utilizan técnicas de sombreado o herramientas específicas. Era una posibilidad remota, pero esperaba que el día de hoy me acercase a algo útil.

Al empujar la puerta del local, me invadió una oleada de familiaridad. El olor a antiséptico se mezclaba con el de incienso, una combinación que siempre me había resultado extrañamente reconfortante. Pasé junto a las vitrinas de cristal llenas de artículos

para fumadores y cachivaches que parecían cambiar cada vez que venía. El zumbido de las máquinas de tatuar sonaba suavemente de fondo, interrumpido por alguna que otra risa procedente de las salas traseras. El ambiente estaba cargado de esa energía relajada que cabría esperar de un lugar donde el arte y el estilo de vida se fusionaban a la perfección.

Un hombre con grandes dilataciones en las orejas y mangas de tatuajes que le cubrían ambos brazos me saludó con la mano desde detrás del mostrador. Era calvo, corpulento, y su sonrisa me resultaba familiar.

—¡Hola, Selena! ¿Qué tal? No te he visto en el registro de citas.

—Hola, Dwayne. En realidad, no he venido por mí —dije, esbozando una leve sonrisa—. Esperaba que pudieras ayudarme con una cosa.

—¿Ah, sí? —Sus ojos se iluminaron de curiosidad, y su interés se despertó de inmediato. Dwayne Keller era el artista que me había hecho mi primer tatuaje, y habíamos congeniado al instante. A pesar de su aspecto de tipo duro, Dwayne era un encanto.

Saqué la foto del tatuaje de Jane del bolso y la dejé sobre el mostrador.

—Es el tatuaje de una persona no identificada a la que esperamos poder identificar —expliqué, observándolo atentamente mientras cogía la fotografía.

Dwayne negó con la cabeza.

—No lo he visto antes. Pero tampoco es especialmente raro. Oye, Christian, ven aquí un segundo.

Christian, uno de los otros artistas, se unió a Dwayne detrás del mostrador y le expliqué la situación. Christian se inclinó para echar un vistazo a la foto. Estudió la imagen con la misma intensidad que probablemente aplicaba a sus propios diseños, sosteniéndola a contraluz como si fuera a revelar detalles ocultos con el ángulo adecuado. Su rostro se arrugó en un gesto de concentración.

—No es muy detallado. Es un diseño sencillo —murmuró al cabo de un momento, con voz pensativa mientras seguía examinando el tatuaje.

Quizá debería haber traído a Jane. Ver el estudio, oír el zumbido de las máquinas, oler la tinta… cualquiera de esas cosas podría haberle refrescado la memoria.

—¿Puede decirme algo sobre el tatuaje, aparte de que no es muy raro ni detallado? —pregunté, esperando cualquier nuevo dato que me diera alguna idea.

Christian apartó la vista de la foto y me miró a los ojos.

—Bueno, sería mejor si pudiera ver a la persona que tiene el tatuaje —dijo con cautela—. Pero si dice que es una persona no identificada, ¿significa eso que está… muerta?

—No puedo entrar en detalles sobre eso —dije, intentando mantener un tono sereno y profesional—. ¿Qué puede decirme solo con la foto?

Tras una mirada de extrañeza, dijo:

—Mmm… —Christian examinó la imagen una vez más, entornando los ojos para ver los bordes de las líneas—. Tres corazones entrelazados. Un diseño bastante simple. No es muy preciso. No me sorprendería que no se lo hubieran hecho en un estudio de tatuaje profesional; probablemente fue alguien que compró un kit por internet y se lo hizo él mismo. Un aficionado.

Genial, eso no nos llevaría a ninguna parte. ¿Un tatuaje casero? Era como perseguir una sombra, no había rastro que seguir.

—¿Ha comprobado en internet si hay alguna foto de los estudios de tatuaje locales? —preguntó Christian.

—Sí —dije, sintiendo que la frustración empezaba a aflorar de nuevo.

—Sinceramente, apuesto a que tampoco lo va a encontrar en internet —dijo encogiéndose de hombros, y sus palabras contribuyeron a la sensación de desánimo que me invadía—. Cuanto más lo miro, más me convenzo de que es de un aficionado, casero. No de alguien con mucha maña.

—Gracias —mascullé, tratando de ocultar la decepción que me subía por la garganta. Un tatuaje casero; un obstáculo más en un caso ya de por sí imposible. Como si identificar a alguien sin memoria y sin pasado no fuera lo bastante difícil, ahora teníamos que lidiar con un tatuaje hecho por un principiante.

—¿Parece que eso no es de gran ayuda? —preguntó Christian, como si pudiera sentir la frustración que irradiaba.

—No es que no ayude —dije, intentando sonar optimista—. Al menos me dice que puedo dejar de buscar en internet. —No era una pérdida total, me dije a mí misma. Era un callejón sin salida menos por el que deambular, aunque no me sintiera más cerca de la verdad.

—Se lo agradezco —añadí.

—Ya que estás aquí, ¿necesitas que te haga algo? —ofreció Dwayne, con su sonrisa de vuelta.

—Hoy no, pero gracias, Dwayne. Gracias, Christian.

—Cuídate, Selena —me dijo Dwayne mientras me dirigía a la puerta.

Empujé la puerta y salí al sol del atardecer; la luz era casi demasiado brillante después de la penumbra del interior del estudio. Suspiré profundamente, y el sonido retumbó en la relativa tranquilidad de la calle. Otro callejón sin salida. Otra pista que se evaporaba en el momento en que intentaba aferrarme a ella. Frustrante.

Quizá Martina tuviera más suerte con los historiales médicos para averiguar más sobre el pasado de Jane o encontrar a un testigo que la hubiera visto la mañana en que la atacaron. Saqué el móvil y la llamé para contarle lo que había descubierto, aunque la noticia no era precisamente prometedora. No contestó, y me pregunté si estaría ocupada. Había mencionado antes que iba a interrogar a gente de la zona cercana al parque donde habían encontrado a Jane. Quizá ella y Hirsch estuvieran hablando con alguien que pudiera haber visto algo. Le dejé un mensaje de voz con los detalles y le dije que no hacía falta que me devolviera la llamada de inmediato.

¿Y ahora qué?, pensé para mis adentros, mirando la pantalla mientras me guardaba el móvil de nuevo en el bolsillo.

Decidí ir a ver a Jane. Quizá sacarla a conducir por la zona donde la encontraron, para ver si algo le resultaba familiar y podía avivarle los recuerdos. Después podríamos ir a cenar.

Si el tatuaje no iba a llevarnos a ninguna parte, tal vez las respuestas estuvieran enterradas en su memoria, encerradas tras las pesadillas que había estado teniendo. Tal vez recordara algo, cualquier cosa que pudiera orientarnos en la dirección correcta. Quizás podíamos resolver este misterio a la antigua usanza: haciendo que recordara quién era.

18

MARTINA

Le dimos las gracias al hombre, y cerró la puerta con un suave clic. El aire de fuera era más fresco ahora, y una sutil brisa tiraba del borde de mi chaqueta mientras bajábamos por el estrecho sendero hacia la acera. Hirsch caminaba a mi lado, sus ojos saltaban de una casa a otra como si buscara algo fuera de lugar. El único sonido era un zumbido, una notificación de que había recibido un mensaje en el buzón de voz.

—¿Quién era? —preguntó Hirsch por fin, rompiendo el silencio mientras me miraba de reojo.

Me habían llamado mientras hablábamos con el último testigo, pero dejé que saltara el buzón de voz. —Ha sido Selena —dije, metiéndome la mano en el bolsillo para coger el móvil—. Ha dejado un mensaje. Voy a escucharlo.

Pulsé el botón de reproducir y la voz de Selena crepitó a través del pequeño altavoz. —Hola, Martina, soy Selena. No es una emergencia. Acabo de hablar con el estudio de tatuajes. Creen que probablemente sea un tatuaje casero, así que es una especie de vía muerta para nosotros. Bueno, voy a pasarme por casa de Jane para llevarla a cenar. Buena suerte.

Dejé escapar un suspiro silencioso mientras volvía a guardarme el móvil en el bolsillo. Otra pista que se enfriaba. Me volví hacia

Hirsch, intentando que no se me notara la frustración. —Parece que la pista del tatuaje no ha ido a ninguna parte. Seguramente sea casero.

Hirsch frunció el ceño, con el rostro tan inescrutable como de costumbre. —Interesante —masculló.

Estuve de acuerdo mientras recorría con la mirada las hileras de casas de la calle, cada una un poco más destartalada que la anterior. Union City tenía un aire peligroso, de esos sitios donde tienes que mantener la guardia alta. El testigo, Edward, tenía razón: este barrio era sin duda de mala muerte. Las casas necesitaban reparaciones y los jardines estaban llenos de malas hierbas y vehículos averiados. No veía muchos timbres con cámara ni otras cámaras de vigilancia. Y supuse que no era el tipo de barrio donde a la gente le gustaba hablar con la policía o con quienes trabajaban para ella.

Aunque no éramos agentes de la ley oficialmente, la forma en que se desenvolvía Hirsch no dejaba lugar a dudas. Su postura, la manera en que examinaba cada centímetro de la calle como un halcón buscando a su presa..., todo en él gritaba «poli» a los cuatro vientos.

—Bueno —empecé, intentando desviar la conversación de las vías muertas con las que nos estábamos topando—, ¿de verdad te planteas trabajar a tiempo parcial con nosotros?

—Sí —dijo Hirsch, con voz firme, aunque sus ojos seguían ocupados inspeccionando el barrio—. ¿Por? ¿Has hablado con Stavros?

—Todavía no. Pero sé que no pondrá ningún impedimento. —Últimamente, Stavros se había estado apartando de la dirección de la empresa, pasando más tiempo con su familia, sobre todo con sus nietos. Le gustaba bromear diciendo que se estaba haciendo demasiado viejo para el trabajo, que estaba listo para pasar el testigo a la generación más joven. Pero bajo el humor, sabía que había algo de verdad: ya no era el tipo enérgico que había sido, y los años habían empezado a pasarle factura.

—Te lo agradezco —dijo Hirsch—. Lo hablaré con Kim cuando todo esto acabe.

—Vale —dije, asintiendo mientras seguíamos por la calle. Al acercarnos a la siguiente casa, me fijé en algo en la esquina del tejado. Mis ojos se clavaron de inmediato en la pequeña forma cuadrada de una cámara de seguridad montada justo encima de la puerta. La tenue luz roja parpadeaba de forma constante y sentí un atisbo de esperanza. Quizá, solo quizá, esto podría ser el avance que necesitábamos.

—Tienen cámaras de vigilancia —señalé, ladeando la cabeza hacia la cámara.

Hirsch siguió mi mirada, con expresión concentrada. —A ver si están dispuestos a ayudar —dijo en voz baja mientras subíamos por el sendero.

Llamé tres veces, el sonido sordo contra la puerta de madera, e instintivamente di un paso atrás. Era una vieja costumbre: dar espacio, dejar que quienquiera que estuviese dentro se sintiera menos amenazado por las visitas inesperadas en su puerta, y protegerme a mí misma.

Unos instantes después, la puerta se abrió con un crujido y una mujer de veintitantos años apareció en el umbral. Tenía el pelo oscuro suelto sobre los hombros, enmarcando un par de ojos castaños y profundos que se movían entre Hirsch y yo, como si nos estuviera calibrando. Llevaba una sudadera negra y pantalones de chándal a juego.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó, con voz cautelosa, el tono de alguien acostumbrado a mantener a los extraños a distancia.

Le dediqué una pequeña sonrisa tranquilizadora, con la esperanza de aliviar parte de la tensión. —Soy Martina Monroe y él es August Hirsch. Estamos aquí investigando una agresión y esperamos saber si alguien vio u oyó algo la noche del sábado 23 de agosto, quizá en la madrugada del domingo. Estaría implicada una mujer. ¿Notaron algo inusual durante ese tiempo? —Mantuve un tono de voz informal.

La expresión de la mujer cambió ligeramente. Dudó, con la mirada fija en nosotros, claramente incómoda. —No recuerdo nada de esa noche. Seguramente estaba dormida —dijo, con palabras

cortantes, como si quisiera terminar la conversación antes de que empezara.

Podía sentir que Hirsch la observaba de cerca, captando la misma inquietud que yo. Algo no cuadraba. Miré hacia la cámara de seguridad montada justo encima de la puerta. —He visto que tienen cámaras —dije, señalándolas—. ¿Les importaría que echáramos un vistazo a las grabaciones de esa noche? Podrían haber captado algo importante.

Ella siguió mi mirada, casi como si no se hubiera dado cuenta de que las cámaras estaban allí. —¿No son policías?

—No. Solo un par de investigadores privados.

Me miró de hito en hito. —Son de pega. Ya no funcionan —dijo rápidamente. Demasiado rápidamente. Su mano se movió para tirar del bajo de su sudadera y se balanceó torpemente. La evasión en sus ojos era ahora difícil de ignorar y una punzada de sospecha me recorrió la espalda.

La luz roja de una de las cámaras parpadeaba de forma constante y, aunque podría haber sido falsa, algo en la forma en que reaccionó no me dio buena espina.

Antes de que pudiera presionarla más, el eco de unos pasos resonó desde el interior de la casa y miré por encima de su hombro. Un hombre apareció al final de la escalera, avanzando hacia nosotros con pasos lentos y deliberados. Estaba en forma, con el pelo oscuro y rasgos afilados; probablemente de treinta y pocos años. Tenía un gran tatuaje de una serpiente en la piel bronceada del antebrazo. Sus ojos, muy parecidos a los de ella, eran oscuros y calculadores. —¿Qué pasa? —preguntó, con tono neutro.

—Son investigadores —dijo la mujer rápidamente, su cuerpo se movió ligeramente en el umbral, casi como si intentara impedir que él se acercara demasiado a nosotros—. Solo preguntan si vimos algo raro hace dos semanas, el sábado por la noche o el domingo por la mañana.

El hombre apenas parpadeó. —Lo siento, no. Seguramente estábamos dormidos —dijo con rotundidad. Demasiada para mi gusto. Ni siquiera se tomó un momento para pensarlo. Sin

vacilación, sin curiosidad por lo que preguntábamos. Solo un rechazo rotundo.

Lo intenté de nuevo, esperando que algo pudiera remover su memoria, o su conciencia. —Habría sido hace dos semanas. Una mujer joven, quizá huyendo de alguien. ¿O tal vez oyeron una discusión?

Su expresión no cambió. —Como le he dicho, seguramente estábamos durmiendo —repitió, el tono un poco más firme ahora, como si quisiera cerrar la puerta a toda la conversación.

Los ojos de Hirsch se dirigieron de nuevo a las cámaras de seguridad, e iba a hablar cuando el hombre dijo: —Ya borramos las grabaciones. Solo las guardamos veinticuatro horas.

Enarqué las cejas. La mujer dijo: —No, ¿no te acuerdas de que ya no funcionan? Se estropearon el mes pasado.

Sus historias entraban en conflicto.

—Ah, es verdad —dijo el hombre, su rostro se tensó por un breve momento antes de relajarse de nuevo en una expresión despreocupada—. No funcionan. Se me había olvidado. Ella suele encargarse de esas cosas.

Estaba claro que no íbamos a sacarles ninguna información útil. Ya fuera por miedo, desconfianza o alguna otra cosa, no iban a cooperar, y presionar más probablemente solo haría que se cerraran en banda por completo. El hombre dijo: —Tenemos cosas que hacer. Si no tienen más preguntas.

No queriendo forzar la suerte, dije: —Bueno, si recuerda algo, déjeme que le dé mi tarjeta. —Saqué una tarjeta de visita y se la entregué.

La cogió sin decir nada y cerró la puerta con bastante rapidez, seguido de un chasquido metálico. Probablemente el sonido de la cerradura al echarse. Mensaje recibido: Largaos.

Mientras nos alejábamos, no podía quitarme la sensación de que ocultaban algo. Pero por ahora, no teníamos forma de demostrarlo. Tomé nota de buscar quién era el propietario de la casa y ver si tenían alguna razón para ocultar información. Era posible que estuvieran implicados en algo delictivo que no tuviera nada que ver con el caso de Jane.

Hirsch y yo caminamos de vuelta por la acera en silencio, con los tenues sonidos de la ciudad a nuestro alrededor: coches en la distancia, el ladrido ocasional de un perro.

—No muy amables, ¿eh? —dijo Hirsch.

—No —asentí—. Pero no hemos tenido mucha suerte por aquí. —Mi voz se fue apagando mientras recordaba las innumerables puertas a las que habíamos llamado, los ojos vacilantes que nos miraban, las excusas y las miradas perdidas. Era como si nadie quisiera recordar, o peor, a nadie le importara. Me metí las manos en los bolsillos, sintiendo cómo el agotamiento se apoderaba de mí.

—Venga, sigamos un poco más, a ver si encontramos algo —dije, aunque no estaba segura de creerme mis propias palabras. Llevábamos horas en esto, pero la esperanza es terca, y no me había abandonado del todo. Todavía no.

—Como digas —dijo Hirsch, aunque el deje de cansancio en su voz era igual al mío—. Pero después de esto, tenemos que comer algo. Llevamos bastante tiempo.

Logré esbozar una pequeña sonrisa, el toque de humor aligeró un poco la tensión. —Tengo barritas de proteínas —ofrecí, sabiendo que ni de casualidad querría una.

Hirsch me lanzó una mirada, con una ceja levantada en fingido desdén. —Sí, claro, no gracias.

—Una hora más —negocié, mirando mi reloj. El tiempo se nos escapaba y yo no estaba lista para darme por vencida todavía.

—Siempre podemos separarnos —sugirió Hirsch, su tono de repente más serio.

—Buena idea. Podemos cubrir más terreno. Nos quedaremos cerca. Siempre en pareja.

—Hagámoslo.

Una hora después, estábamos de pie junto a nuestros coches, ambos con las manos vacías, aunque algunas personas habían prometido enviarnos grabaciones de vigilancia por correo electrónico; promesas que rara vez llegaban a algo. La mayoría estaba bastante segura de no haber visto nada, de todos modos. Era posible que Jane nunca hubiera estado en la zona.

Justo en ese momento, mi móvil vibró; el repentino ruido me sacó de mis pensamientos. Lo busqué a tientas y miré la pantalla. El corazón me dio un vuelco: era la oficina del médico forense.

Se me formó un nudo en el pecho. Habían prometido llamar después de revisar las radiografías y los historiales dentales de Jane del día anterior.

¿Qué habrían encontrado?

19

MARTINA

CON UNA SENSACIÓN DE EXPECTACIÓN, cogí el teléfono, sintiendo una opresión en el pecho. —Soy Martina Monroe —dije con la voz tranquila, pero con la mente ya a mil por hora.

—Hola, Martina, soy la doctora Ellison, la médica forense del condado de Alameda —se oyó al otro lado de la línea.

Me erguí y apreté el teléfono con un poco más de fuerza. —¿Sí? Hola, doctora Ellison. Me alegro de oírla. Supongo que llama por lo de la desconocida, ¿verdad?

—Sí —dijo la doctora Ellison—. Mi equipo ha buscado historiales dentales que coincidieran, pero no ha habido suerte. A juzgar por las radiografías y por el hecho de que no encontramos ninguna coincidencia en el sistema, es probable que nunca le hayan hecho muchos arreglos en la boca y que tampoco le hayan hecho nunca radiografías.

Sentí que se me hacía un nudo en el estómago. ¿Sin historial dental? Qué raro. Mi mente empezó a darle vueltas, intentando encontrarle un sentido. ¿Qué podía significar eso sobre quién era... o quién no era? Dije: —¿Según su experiencia, qué suele indicar que alguien no se haya sometido nunca a un tratamiento dental ni a radiografías?

—Bueno —dijo la doctora Ellison tras una pausa—, podría significar que creció sin seguro dental y que sus padres nunca la llevaron al dentista. O también podría significar que, si le han hecho algún arreglo, ha sido en otro país, fuera de nuestro sistema. O… —vaciló un instante—, puede que proceda de una comunidad que no creía en la medicina moderna.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, envolviendo mi creciente sospecha, que parecía coincidir con lo que ya empezaba a intuir: que la desconocida no formaba parte del sistema habitual. Podría haber vivido al margen de la sociedad, o quizá procedía de una familia que no podía permitirse una atención dental regular. Ambas posibilidades dibujaban el retrato de una vida en los márgenes, donde incluso algo tan básico como las visitas al dentista podría haber estado fuera de su alcance.

Ir al dentista no era barato, ni siquiera con seguro. Era otra pista que apuntaba a una vida donde las cosas rutinarias que tanta gente da por sentadas —sanidad, identificación, un rastro documental— sencillamente no formaban parte de su mundo.

—¿Y qué hay de las radiografías de cuerpo entero? —pregunté, sintiendo cómo se me aceleraba el pulso—. ¿Algo destacable?

—Sí —respondió la doctora Ellison, y su voz cambió, adoptando un tono más sombrío—. Ha sufrido varias fracturas, algunas de las cuales no soldaron bien. Es probable que no se trataran como es debido. Una en concreto era una fractura en espiral, causada normalmente por una fuerza de torsión, como cuando alguien retuerce un brazo a la fuerza. Es el tipo de lesión que solemos asociar con el maltrato.

—¿Qué más puede decirnos sobre estas lesiones? —pregunté—. ¿Basándose en su experiencia?

—Normalmente —empezó, pareciendo elegir las palabras con cuidado—, este tipo de lesiones sugieren un maltrato físico continuado durante años. Y, por lo que veo, no la llevaron a un médico para que las tratara adecuadamente. Es como si el responsable no quisiera que nadie hiciera preguntas. O, de nuevo, que no creyera en la medicina moderna.

Dejé que la idea calara, sintiendo el amargo sabor de la ira subiéndome por la garganta. Maltrato continuado. Durante años. La desconocida había estado atrapada bajo el control de alguien, aislada y privada hasta de los cuidados más básicos. Era lo que me había temido desde el principio. La desconocida no había sido simplemente víctima de un único y horrible acto de violencia. Su cuerpo contaba la historia de un trauma repetido, de alguien que había soportado mucho más de lo que nadie debería jamás.

—¿Puede decirme la antigüedad de las lesiones?

—Diría que algunas tienen más de cinco o diez años —dijo la doctora Ellison—. Pero calcularía que la mayoría se produjeron en los últimos tres años.

Tres años. Ese detalle me golpeó con fuerza. Apuntaba a algo más reciente, posiblemente ligado a su vida adulta. Quizá el padre de su bebé. No podía quitarme de la cabeza la inquietante sensación de que quienquiera que le hubiera hecho esto seguía ahí fuera, representando una amenaza continua para ella y probablemente también para otros.

—¿Hay algo más que las radiografías puedan decirnos? —Los detalles podían ser desoladores, pero quizá nos ayudaran a encontrar a la persona que estaba detrás.

—No, me temo que no. Ojalá hubiera podido ser de más ayuda —dijo la doctora Ellison.

—Ha sido de gran ayuda —dije, agradecida por lo que había compartido—. Gracias, doctora Ellison.

—Cuando quiera. Avíseme si necesita algo más.

—Gracias —dije antes de colgar el teléfono. El silencio que siguió se sintió pesado, pero no dejé que se prolongara. Me giré hacia Hirsch, con la tensión todavía a flor de piel.

Le expliqué todo lo que la doctora Ellison me había dicho: las fracturas y los años de maltrato. Hirsch escuchó con una expresión indescifrable, pero supe que comprendía la gravedad de aquello a lo que nos enfrentábamos. La desconocida no era solo una víctima de las circunstancias. Había sido el blanco de alguien durante demasiado tiempo.

Y ahora, teníamos que averiguar quién era ese alguien.

—¿Qué piensas, Martina? —preguntó Hirsch, notando claramente cómo los engranajes de mi cabeza giraban.

Exhalé lentamente, organizando los fragmentos de información que bullían en mi cabeza. —Bueno, esto es lo que sabemos hasta ahora —empecé, ordenando mentalmente los hechos para darles cierta coherencia—. Nadie ha denunciado su desaparición. Nunca ha recibido atención dental ni le han hecho radiografías. Probablemente, ninguna atención médica profesional. No tiene carné de conducir ni DNI expedido por el Gobierno. Y ese tatuaje… es casero.

Cuanto más ataba cabos, más parecía que la vida de aquella mujer se alejaba de cualquier marco de referencia que yo pudiera entender. ¿Cómo puede existir alguien en la sociedad moderna sin dejar rastro? —Teniendo en cuenta que las lesiones nunca se trataron en un hospital, supongo que la desconocida no vivía integrada en la sociedad.

—¿No?

—Al principio, pensé que era posible que viniera de una familia sin mucho dinero; quizá no podían permitirse la atención médica, lo cual podría seguir siendo cierto. Pero incluso en situaciones de maltrato infantil, cuando las lesiones se agravan, alguien suele llevar a los niños corriendo al hospital. Siguen teniendo que ir al colegio, y es entonces cuando la gente —profesores, vecinos— empieza a hacer preguntas. —Hice una pausa antes de continuar mi razonamiento—. Pero nadie ha dicho nada. Ni antes ni ahora. —Sentí un nudo en la garganta—. Quizá nadie denunció su desaparición porque su familia, sus amigos o su pareja no confían en la policía.

—Eso tendría sentido.

Mientras le daba vueltas, una revelación me cayó como un jarro de agua fría. —Los métodos típicos de alta tecnología que estamos utilizando para intentar identificarla —historiales dentales, radiografías, el carné de conducir— no van a funcionar en este caso, ¿verdad? —Miré a Hirsch, esperando contra toda esperanza una respuesta diferente.

—Creo que tienes razón.

—¿Cómo encuentras a alguien que no tiene huella digital, ni historial médico, ni documento de identidad oficial, y a quien nadie está buscando? —pregunté, más para mí misma que para él. Era como intentar perseguir a un fantasma; alguien que, según todos los estándares modernos, no existía.

Hirsch se recostó en su coche, con los brazos cruzados. —Supongo que tendremos que hacerlo a la antigua usanza.

Tenía razón. No habría atajos. Ni rastros digitales rápidos que seguir, ni coincidencias instantáneas en una base de datos. Esto iba a requerir trabajo de campo: agallas, persistencia y escarbar a fondo a través de capas de anonimato. La desconocida no solo se había salido del sistema; era posible que nunca hubiera llegado a estar en él.

20

SELENA

Después de dar una vuelta en coche por la Bahía para ver si Jane reconocía algún edificio o la zona, paramos en una pequeña cafetería en Hayward. Había dicho que nada le resultaba familiar, pero percibí que en Jane había algo distinto, como si algo no encajara. ¿Habría recordado algo nuevo y no me lo había contado? Había estado bastante callada la mayor parte del día. Quizá los recuerdos habían resurgido durante su sesión de terapia o tal vez se debía a otra pesadilla. Cogí un trozo de pan de masa madre de la cesta y le pregunté:

—¿Cómo duermes?

Jane frunció el ceño.

—Pesadillas. Me despierto mucho bañada en un sudor frío.

Qué faena. Al menos se sentía cómoda para contármelo.

—Siento oír eso.

Se encogió de hombros, como resignada a que la torturaran sus sueños.

—¿Estás viendo algo diferente en tus sueños? Antes dijiste que habías visto a una mujer y a un bebé. ¿Algo nuevo?

Guardó silencio un momento y luego dijo:

—Vi el cuchillo.

Dejé caer el pan en el plato, sobresaltada.

—¿El cuchillo? ¿Como el que encontramos en el lago?

Jane asintió con lentitud.

—¿Y qué hacía el cuchillo en tu pesadilla? —Era un cuchillo, así que no podía hacer nada si no lo usaba una persona.

—Lo sostenía yo —susurró, jugueteando con las manos en el regazo.

—¿Que lo sostenías? —repetí.

—Se veía borroso, pero… creo que intentaban atraparme —dijo, con expresión turbada—. He estado muy preocupada, pensando que quizá hice algo malo. Pero creo que intentaban atraparme y por eso tenía el cuchillo.

—En defensa propia —afirmé con naturalidad, intentando tranquilizarla.

—Creo que sí —murmuró, como si no estuviera segura.

Eso, al menos, eran buenas noticias. Quizá ella era la víctima. Martina lo había sospechado, y rara vez se equivocaba. Si es que se equivocaba alguna vez.

—¿Viste quién era?

Negó con la cabeza.

—Pero volví a ver al bebé. Estaba en una cuna. Simplemente tumbado.

Aunque las imágenes no tuvieran sentido por sí solas, quizá podríamos reconstruir su vida a partir de las imágenes que le mostraba su subconsciente.

—¿Qué edad tiene el bebé de tus sueños?

—No lo sé —dijo Jane frunciendo el ceño—. No llega a ser un recién nacido, pero no mucho mayor. No lo bastante grande como para andar.

No es que yo fuera una experta en el crecimiento y los cambios de los bebés, pero intenté encontrarle el sentido.

—O sea, ¿quizá menos de un año, pero no recién nacido?

—Sí, algo así —convino ella, con un atisbo de sonrisa.

Dudé antes de preguntar:

—¿Era tu bebé? ¿Tienes la sensación de que era tuyo?

Sin hacer una pausa, dijo:

—Creo que sí.

Me dio un vuelco el corazón.

—Quizá alguien se llevó a tu bebé y tú intentabas defenderte.

Los ojos de Jane se encontraron con los míos, llenos de preocupación.

—Eso es lo que pareció. Eran dos. Tuve la sensación de que eran un hombre y una mujer.

Para mí tenía sentido. Intentaba evitar que se llevaran a su hijo, así que cogió el cuchillo para protegerse a sí misma y a su bebé. Eso explicaría por qué había una mujer en sus sueños y cómo una segunda persona fue capaz de arrebatarle el cuchillo tan rápidamente.

Los detalles iban encajando, pieza a pieza, pero aún no conocíamos toda la historia. Todavía no.

—¿Puedes ver la cara del hombre? —pregunté.

—No, las caras de todos están como borrosas. Ya sabes cómo son los sueños; es como si no fueran reales, pero en el sueño parecen reales.

—¿Te está viniendo algo más? Es decir, cuando estás despierta, ¿te ayudan tus sueños a reconstruir algo?

—En realidad, no. Es solo esta sensación… No sé cómo describirla. Es como si estuviera en guardia todo el tiempo. Sé que no estoy a salvo.

Interesante. Antes de que pudiera decir nada, mi móvil vibró sobre la mesa. Le eché un vistazo.

—Es Martina. ¿Te importa si lo cojo?

—No, por favor.

Respondí rápidamente.

—Martina, ¿qué pasa?

La voz de Martina era sombría mientras me relataba todas las lesiones de Jane, que se extendían desde la infancia hasta la edad adulta. Contaban la historia de alguien que había pasado por más sufrimiento del que le correspondía. Mi instinto me decía que había un hombre por ahí; alguien en quien ella había confiado y que luego la había traicionado.

—Gracias por ponerme al día, Martina.

—De nada. Nos vemos luego en la oficina. Dale recuerdos a Jane de mi parte.

—Vale.

Tras guardar el móvil, volví a centrar mi atención en Jane.

Arrugó la cara.

—¿Eran malas noticias?

¿Cómo explicarle que no había ni rastro de Jane en ninguna parte?

—Martina te manda recuerdos —dije—. No necesariamente malas noticias. Pero no han podido encontrar ninguna ficha dental que coincida contigo. Es probable que nunca te hayan hecho nada en los dientes. Y parece que sufriste otras lesiones a lo largo de tu vida que no se curaron bien, lo que hace probable que no te viera un médico.

—Eso parece correcto.

—¿Cómo que correcto? —pregunté, pensando que su respuesta era un poco inesperada.

—Bueno, estar en el hospital o ir al dentista… todo me parecía muy extraño. Como si no debiera estar allí. Era muy nuevo. Y tenía la idea de que no podía fiarme del personal, pero como no tenía recuerdos, no tenía otra opción ni ninguna razón para no fiarme de ellos.

Interesante. ¿No se habría podido permitir la atención médica? Pero si esa fuera la razón para no ir a un hospital, ¿por qué no se fiaría de los profesionales médicos? Desconcertante.

Mientras lo pensaba, observé a Jane frotarse distraídamente el collar que llevaba al cuello. Me pregunté si Vincent habría hecho algún progreso en la localización del joyero que lo hizo o en averiguar de dónde había salido.

Después de pagar la cuenta, Jane y yo nos levantamos para irnos. Mientras nos dirigíamos a la puerta, una mujer pasó a nuestro lado y se detuvo de repente. Le puso la mano en el brazo a Jane.

—¡Angie! ¿Cómo estás? Me alegro mucho de verte.

Jane se quedó completamente estupefacta.

—Lo siento…, ¿te conozco?

—Soy yo, Jolie —dijo la mujer con seguridad.

Casi se me sale el corazón por la boca. Aquella mujer conocía a Jane o, mejor dicho, la conocía como Angie. ¿Qué más sabía? ¿Sabía de dónde era Jane y qué le había pasado a su hijo?

21

JANE

MIENTRAS MIRABA a los ojos de la mujer, Jolie, vi que era mayor, vestida con unos vaqueros y una sencilla camiseta de algodón con mariposas bordadas. Había una familiaridad en su expresión que me removió algo muy dentro, pero no lograba identificarla. —¿De qué te conozco?

La mujer pareció sorprendida, como si no pudiera creer lo que yo decía. Debíamos de conocernos; quizá habíamos sido amigas o algo así.

Selena, que había estado observando atentamente, dio un paso al frente. —Señora, me llamo Selena Bailey y soy una investigadora privada que colabora con el departamento del sheriff. Esta mujer ha sufrido un accidente y ha perdido la memoria. ¿Pero usted parece saber quién es?

Jolie se llevó la mano al pecho, con evidente preocupación en la mirada. —¿Cielo santo, estás bien? —me preguntó, volviéndose hacia mí.

—Sí, lo estoy —dije, aunque no estaba segura de casi nada en ese momento—. Pero no estoy segura de ser Angie. Lo siento, tengo amnesia disociativa. Me atacaron.

Jolie me miró fijamente, como si no pudiera creer lo que oía.

Selena volvió a hablar, con tono tranquilizador. —Es verdad.

—Dios mío —dijo Jolie, claramente sorprendida.

—Señora —continuó Selena—, ¿de qué la conoce? ¿Sabe su apellido o dónde vivía?

Jolie negó lentamente con la cabeza. —Me temo que en eso no le voy a poder ayudar mucho. Trabajo en un refugio aquí en Hayward. Angie venía a dormir, a comer en condiciones. —Hizo una pausa, con el ceño fruncido por el esfuerzo de recordar—. Pero lo siento, no sabía su apellido ni dónde vivía. Supuse que no vivía en ninguna parte.

Selena insistió. —Señora, ¿puede darme sus datos? Como le he dicho, estamos colaborando con la policía para averiguar quién es ella y quién la atacó. ¿Le importaría darme sus datos de contacto para que podamos hacer un seguimiento?

Jolie miró a su acompañante, quizá una amiga o familiar, antes de decir: —Por supuesto.

Selena sacó una libreta y vi cómo Jolie anotaba cuidadosamente su información. Mientras escribía, Selena preguntó: —¿Con qué frecuencia veía a… esto…, a Jane? ¿Cuánto tiempo llevaba visitando el refugio?

Jolie le devolvió la libreta a Selena. —Empezó a visitar el refugio hace unos meses. Unos tres, quizá. Dejó de venir hace unas semanas —dijo Jolie—. Supusimos que había encontrado un sitio donde vivir o que se alojaba en uno de los campamentos.

—¿Dijo alguna vez de dónde era? —preguntó Selena.

—No, pero siempre di por hecho que no era de por aquí, o al menos no de las ciudades.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Selena.

Era extraño que hablaran de mí como si no estuviera allí.

Jolie dijo: —Bueno, no estaba familiarizada con los teléfonos móviles ni con los ordenadores. Pensé que tal vez venía de una comunidad religiosa, quizá menonita u otro grupo que no utiliza la tecnología moderna.

¿Sería verdad? ¿Había formado parte de una comunidad aislada? ¿Me sonaba bien?

—¿Cómo llegaba al refugio? ¿Cogía el autobús? ¿Tenía coche? —preguntó Selena.

Observé cómo Selena seguía interrogando a la mujer, a esa mujer que me conocía como Angie. No parecía real, era como si lo estuviera viendo desde la distancia. ¿Por qué no recordaba a Jolie?

Selena hizo otra pregunta, con voz incisiva. —¿Vino con un niño?

La mujer negó rápidamente con la cabeza. —No, ningún niño.

—¿Tenía amigos o la vio usted con alguien? ¿Mencionó alguna vez a familiares o amigos?

La acompañante de la mujer dijo: —¿Jolie, cojo mesa o prefieres que espere?

Yo intervine: —Siento mucho entretenerla. Podemos seguir más tarde, ¿verdad, Selena?

Jolie sonrió. —No es ninguna molestia. Linda, dame unos minutos, ¿vale?

Su amiga, Linda, dijo: —Sin problema.

Se volvió de nuevo hacia Selena y hacia mí. —¿Por dónde íbamos?

—¿Se juntaba con alguien? ¿Tenía amigos? ¿Hablaba de su familia de vuelta a casa?

—Siempre estaba sola y nunca hablaba de su pasado. —Me miró con ojos tristes—. Siento mucho hablar como si no estuvieras aquí. Si necesitas cualquier cosa, por favor, no dudes en ponerte en contacto conmigo.

—Te lo agradezco. Me están cuidando muy bien. Pero gracias.

Selena siguió insistiendo, haciendo más preguntas, cada una de las cuales me hacía sentir más desconectada de la persona que esta mujer decía conocer. Finalmente, Selena dijo que concertaría una cita para hablar con la mujer y con el resto del personal del refugio para saber más sobre mí. Jolie me dedicó una última mirada de lástima mientras se alejaba, diciendo en voz baja: —Cuídate mucho.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras desaparecía entre la multitud. ¿Por qué no la recordaba? Para empezar, ¿por qué estaba yo en un refugio? ¿Estaba pasando algo malo allí? Quizá por eso la idea de ir a uno cuando estaba en el hospital me parecía tan aterradora. Ya había estado en uno. Quizá así fue como acabé apaleada y abandonada en el parque.

22

MARTINA

El lunes por la mañana, bien temprano en la oficina, Hirsch dejó el café sobre la mesa de reuniones. —¿Qué tal está Charlie?

—Charlie está bastante centrado en su nuevo libro —dije, juntando las manos sobre la mesa—. Pasa mucho tiempo delante del ordenador. Solo se toma descansos para preparar el desayuno, la comida y la cena, y para sacar a pasear a Barney.

—Suena intenso.

—Lo es. —Charlie estaba hasta arriba con su último manuscrito, y cuando se ponía así —hiperconcentrado— era difícil sacarlo de su ensimismamiento. Cuanto más tiempo vivía con Charlie, más claro veía de dónde había sacado Selena su ética de trabajo.

Se suponía que Zoey iba a venir a casa el fin de semana, pero no pudo escaparse porque tenía que estudiar para un examen importante. Desde que se prometió, venía a casa más a menudo; no solo para hablar de la boda, sino, creo yo, para estar también más cerca de la familia. Me preocupaba que estuviera más nerviosa de lo que aparentaba por todos los cambios inminentes en su vida —un marido, la familia política y una carrera profesional—. Yo estaba encantada de verla siempre que podía.

Con Zoey en la universidad y mi marido trabajando sin parar, tuve algo de tiempo para mí. Y conocía al menos a una o dos

personas —quizá incluso a tres— a las que no les importaría aprovechar la oportunidad para visitar algunos refugios locales y ver si alguien conocía a Jane Doe, o a Angie, como la conocían en el refugio de Hayward. Lo que descubrimos fue un tanto sorprendente, y aún no estaba muy segura de lo que significaba.

—¿Han vuelto Audrey y Kim del viaje de las Girl Scouts? —pregunté.

—Sí —dijo Hirsch—. Me ha puesto al día de todas las conversaciones sobre galletas, purpurina y risitas de niñas. —Hirsch sonrió al decirlo; una sonrisa cálida.

—¿Tuviste la oportunidad de hablar con Kim sobre la posibilidad de trabajar a tiempo parcial en Drakos Monroe?

—Está totalmente a favor —dijo.

No me sorprendió demasiado, pero me hizo la misma ilusión. —Es genial —dije—. Podemos empezar con el papeleo pronto, si quieres.

—Hagámoslo cuando acabe el caso —dijo él—. Este está resultando bastante complicado.

—Estoy de acuerdo. Parece que no hacemos más que toparnos con callejones sin salida, o al menos con pistas que no conducen a nada que tenga sentido.

Selena saludó con la mano y entró, con Vincent justo detrás de ella.

—¡Buenos días, jefa y exjefe! —dijo Vincent con una enorme sonrisa antes de sentarse.

Cuando trabajábamos juntos en el Departamento del Sheriff del Condado de CoCo, Hirsch era el jefe de todos, y Vincent prefería llamarlo así. Pero desde que Vincent se unió a Drakos Monroe, yo me había ganado el apodo. Selena le dedicó una mirada a Vincent. Creo que todavía se estaba acostumbrando a él, aunque llevaran ya un tiempo trabajando juntos. Selena era más reservada en el trabajo, intensa, como su padre. Vincent, en cambio, era todo estilo.

Hirsch dijo: —Buenos días, Vincent. Buenos días, Selena.

Repetí el saludo.

—Buenos días —respondieron ambos al unísono.

—¿Todo el mundo con la cafeína necesaria? —pregunté.

Tanto Vincent como Selena asintieron, levantando sus tazas a modo de confirmación.

—Muy bien, entonces, repasemos lo que hemos descubierto este fin de semana y decidamos qué narices vamos a hacer ahora —dije, yendo al grano.

Hirsch dijo: —Como sabéis, Martina y yo recorrimos unos doce refugios de la zona de la bahía, enseñando la foto de Jane Doe en cada uno de ellos, intentando ser discretos, sin decir si seguía viva o no. En dos de los refugios de las afueras de Hayward la reconocieron.

—Eso es genial —dijo Selena, con la voz más animada.

—Es bueno, pero también es extraño —continuó Hirsch.

—¿Qué es extraño? —preguntó Selena.

—Bueno, como dijo la mujer con la que se topó usted en el restaurante —Jolie—, estuvo en otros dos refugios que la reconocieron, pero allí la conocían por nombres diferentes: Stephanie y Emily.

Selena entrecerró los ojos. —¿Usaba nombres diferentes en los refugios? ¿Estamos seguros de que es la misma persona?

—Estamos bastante seguros —dije—. El personal de ambos refugios dijo lo mismo. Se quedó en cada lugar unos meses antes de marcharse. Suponemos que encontró otro sitio donde vivir, pero quizá estaba huyendo.

—Está huyendo de alguien —dijo Selena, inclinándose hacia delante—. No permanecer demasiado tiempo en un sitio, cambiarse el nombre.

—Eso me parece a mí —dije.

—Y, basándonos en las lesiones que vimos en las radiografías —dijo Hirsch—, yo diría que puede que la atrapara la persona de la que huía.

—Creo que es el novio —dijo Selena con un ligero matiz de dureza en la voz—. O el marido, o quienquiera que la dejara embarazada.

—Es una posibilidad muy alta —convine—. Pero no lo sabremos con certeza hasta que averigüemos esto.

Vincent se removió en su asiento. —Sigo sin suerte con el collar. No he podido relacionarlo con ningún joyero en concreto. Desde luego, llama la atención. Lo llevé a un pequeño joyero para que lo evaluara y, por lo que me dijo, no es de producción en serie. Es probable que sea una pieza única, forjada a mano por alguien con mucha habilidad, pero no algo que encontrarías normalmente en una joyería de un centro comercial.

Intercambiamos miradas; probablemente se nos pasó a todos por la cabeza el mismo pensamiento.

—Es coherente —dijo Selena en voz baja.

—Sí —asintió Vincent—. Debía de vivir en una comunidad que no visitaba hospitales, dentistas ni colegios. Quizá un grupo antigubernamental o preparacionistas esperando el fin del mundo.

—Eso explicaría el tatuaje casero —añadió Selena—. Y que quizá un joyero u orfebre local le hizo el collar. Posiblemente alguien de su familia. A lo mejor por eso se siente protegida por él. ¿Os habéis dado cuenta de que lo toca cada vez que se siente ansiosa?

—Yo sí —dije, recordando los momentos en los que Jane Doe se llevaba la mano al collar—. Parece calmarla cuando lo toca. Es una buena observación.

Selena dijo: —Podría ser más importante de lo que creemos.

Hirsch se inclinó hacia delante y tamborileó suavemente con los dedos sobre la mesa. —Si nuestra teoría es correcta —que Jane creció al margen de la sociedad convencional: antigubernamental, puede que incluso sin colegio ni médicos—, ¿cómo encontramos a su familia? ¿Nos ponemos a recorrer las zonas locales que sabemos que tienen este tipo de comunidades?

—Esa es una opción —dije—. Y puede que sea lo que tengamos que acabar haciendo. Pero empiezo a pensar que podría ser el momento de sacar su foto en las noticias.

Hirsch arqueó una ceja. —¿Ese tipo de comunidades verían siquiera la televisión o se conectarían a internet?

—He investigado un poco —dije—. Y algunas, desde luego, lo hacen. Puede que estén aisladas, pero algunas van al pueblo para usar los ordenadores o incluso los tienen en casa. El problema es

que, cuanto más preguntemos por la zona de la bahía, más probable es que obtengamos identidades diferentes.

Hirsch me miró fijamente, con los ojos pensativos. Llevábamos suficiente tiempo trabajando juntos como para conocer nuestros respectivos procesos mentales, casi como si pudiéramos leernos la mente.

—Cierto —dijo lentamente—, pero puede que no queramos decir todavía que está viva. Si nuestra teoría se sostiene y vivía al margen de la sociedad, el collar podría proceder de alguien a quien veía como un protector. Quizá un padre o una madre. O a lo mejor la persona de la que ha estado huyendo era una pareja sentimental que la sacó de esa comunidad y la llevó a un mundo en el que sufrió abusos..., en el que acabó en el parque. —Hizo una pausa—. Podría ser que la persona que la atacó viva en la zona de la bahía, que no forme parte de una comunidad marginal.

Las piezas empezaban a encajar. —Cierto.

Hirsch se volvió hacia Vincent. —Hablemos con Jane y veamos qué le parece que su foto salga en las noticias. Si está de acuerdo, usted ya tiene sus contactos en los medios. Puede hablar con ellos.

—Faltaría más —dijo Vincent. Había ayudado en más de una ocasión con sus contactos en los medios; algunos autorizados, otros no. Nos había metido a los dos en algún que otro lío cuando estábamos en el departamento del sheriff, pero ahora no nos regíamos por las mismas normas.

Selena dijo: —Puedo preguntárselo a Jane y comunicarle a Vincent su decisión.

Hirsch se levantó de su asiento. —Muy bien. Hable usted con Jane, y yo llamaré a Cromwell para hacerle saber que queremos distribuir su foto a los medios, pero mantendremos en secreto que está viva.

—Entendido, jefe —dijo Vincent con un rápido asentimiento.

La imagen de quién era Jane —y de qué estaba huyendo— empezaba a tomar forma, pero todavía había demasiadas incógnitas. No conocíamos su verdadera identidad, quién la había atacado o qué le había pasado a su hijo. Pero nos estábamos acercando. Podía sentirlo.

23

JANE

Paseaba por el salón intentando encontrarle sentido a mi último sueño. Los fragmentos de imágenes daban vueltas en mi cabeza, pero no conseguía reconstruir su significado. Quizá Selena y Martina pudieran ayudarme a descifrarlo cuando vinieran. Venían a hablar conmigo de algo, algo que requería una conversación en persona. ¿Habrían descubierto por fin quién era yo o, al menos, de dónde venía? ¿Y qué sentía yo al respecto? Miedo. Preocupación. Emoción.

Las imágenes de tractores y campos que persistían de mi sueño eran vívidas y recurrentes, como si intentaran decirme algo. No daban miedo, solo eran extrañas, inquietantes en su sencillez. El susurro de la hierba alta se mecía en mi memoria, los sonidos de la maquinaria en la lejanía. Era apacible, pero desconcertante, como si recordara un lugar que debería conocer, pero que no conocía. Toqué mi collar; el metal me anclaba a la realidad mientras pasaba los dedos por su conocida superficie. Por alguna razón, aquellos campos parecían mi hogar. ¿Podría este nuevo sueño ayudar en la investigación de Selena y Martina? Los campos y los tractores no encajaban en el mundo en el que me encontraba ahora, sin ciudades bulliciosas ni coches a toda velocidad. No explicaba quién era yo ni cómo había acabado aquí, ¿verdad?

Lo desconcertante era el quién y el cómo. Alguien había querido hacerme daño. ¿O había querido yo hacérselo a esa persona? ¿En defensa propia? Martina me había dicho que mi agresor era probablemente alguien que llevaba mucho tiempo haciéndome daño e impidiendo que recibiera la ayuda que necesitaba. Si eso era cierto, ¿por qué? ¿Por qué alguien me haría algo así?

Mis pensamientos se arremolinaban, oscuros y confusos. Desde que llegué a este piso franco, había llenado mis días con un bucle infinito de telefilmes y documentales de crímenes reales. La gente se hacía cosas horribles los unos a los otros, a veces por razones que no tenían sentido para mí. A veces estaban enfadados, a veces querían dinero y a veces era solo la retorcida necesidad de controlar a otra persona. Una pareja maltratadora que no era capaz de dejarla marchar cuando la otra persona quería romper. ¿Era eso lo que me había pasado a mí? ¿Alguien había intentado controlarme, atraparme? ¿Y mi bebé?

Necesitaba saber la verdad. Si no llegaba a saber nunca quién era, no veía cómo podría seguir adelante. Estaba estancada.

Unos repentinos golpes en la puerta me sobresaltaron, deteniendo mi deambular en seco. El corazón me latía con fuerza en el pecho, la adrenalina se me disparó por todo el cuerpo. Me apresuré hacia la puerta, cada sonido magnificado en la quietud de la habitación. Mis dedos vacilaron sobre el pomo. Selena me había aconsejado encarecidamente que siempre mirara por la mirilla antes de abrir la puerta, aunque esperara a alguien.

Eché un vistazo por la mirilla, conteniendo la respiración.

Efectivamente, allí estaban Selena y Martina. Mi cuerpo se relajó un poco mientras abría la puerta. Dije:

—Hola. Entrad.

Con sonrisas y asentimientos, las hice pasar y cerré rápidamente la puerta tras ellas.

—¿Os apetece algo?

—Estamos bien, gracias. ¿Cómo estás? —preguntó Selena.

Las conduje al salón, señalando hacia el sofá.

—Estoy bien —dije mientras nos sentábamos todas. Hubo un momento de silencio antes de que volviera a hablar—. He estado

teniendo sueños, no pesadillas, pero no estoy segura de si ayudarán en el caso. Es extraño… campos, tractores y creo que un granero. —Hice una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Parecía… como mi hogar.

La expresión de Martina se volvió seria y los ojos de Selena se abrieron de par en par. Intercambiaron una mirada antes de que yo preguntara, con la voz temblándome un poco:

—¿Significa eso algo? ¿Habéis descubierto quién soy y de dónde vengo?

Martina vaciló un instante y luego habló.

—Tenemos nuestras sospechas —dijo—. Hemos hablado con gente que te recuerda de diferentes refugios donde usabas nombres distintos. Creemos que podrías haber estado huyendo de alguien, alguien que te estaba haciendo daño. Y creemos que puedes proceder de una comunidad que no participa en las actividades gubernamentales habituales ni utiliza prácticas médicas modernas. Más… aislada.

—Entonces, ¿podría ser de una granja o algo así? —pregunté, con el corazón desbocado.

Martina dijo:

—Sí. Eso podría explicar muchas de las cosas que has estado recordando.

—¿Eso significa que nos estamos acercando? —pregunté, sintiendo una oleada de esperanza.

—Creemos que sí, que nos estamos acercando —dijo Selena—. Pero hoy queríamos hablar contigo de algo importante. Dada la situación y lo que estamos averiguando, nos gustaría mostrar tu foto a los medios —publicarla en las redes sociales, en la prensa tradicional y en la televisión— para ver si alguien te reconoce, quizá alguien de tu casa o de tu comunidad.

—Pero… ¿no dijisteis que podía estar en peligro? —Y lo sentía. No estaba a salvo. Todavía no.

—No revelaremos tu estado de salud —me aseguró Martina—. No diremos que estás viva. Seguimos creyendo que de quien sea que estuvieras huyendo —o quienquiera que te atacara— podría volver a por ti si se enterara. Estamos siendo cuidadosas.

—Ah —susurré.

Selena dijo:

—Queremos asegurarnos de que te sientes cómoda con esto. ¿Te parece bien que publiquemos tu foto?

Lo pensé, la decisión pesando sobre mí. Parecía la única forma de avanzar. Si alguna vez iba a obtener respuestas, tenía que ser así. Y necesitaba respuestas.

—Me parece bien.

—Genial —dijo Selena, visiblemente aliviada—. Hablaremos con el detective Cromwell y le haremos saber que seguimos adelante con esto. Nuestro objetivo es mantenerte a salvo y averiguar quién te atacó. Una vez que lo sepamos, podremos meterlo —o meterla, o meterlos— en la cárcel para que no puedan volver a hacerte daño ni a ti ni a nadie más.

Asentí, pero mis pensamientos volvieron al bebé. El bebé que veía en destellos en mis sueños. El bebé que no tenía buen aspecto. El bebé que no se movía ni lloraba. ¿Descubriría la verdad pronto? Si lo hacía, ¿sería capaz de soportar lo que fuera que descubriese?

24

MARTINA

En la sala de reuniones de Drakos Monroe, estaba sentada frente a un montón de notas y mi portátil. Repasaba los informes más creíbles de la línea de pistas. La foto de Jane Doe se había distribuido en redes sociales y medios de comunicación tradicionales, como telediarios y blogs. Selena incluso había creado una página de Facebook titulada «¿Conoces a esta mujer?». La publicación también se había compartido en la web del Departamento del Sheriff del condado de Alameda y en las redes sociales de Drakos Monroe.

Por suerte, contábamos con gente joven como Selena y Vincent, que comprendían la importancia de la tecnología en el mundo actual. Habían presionado para que tuviéramos presencia en línea hacía unos años, lo que había demostrado ser muy valioso.

En casos de personas desaparecidas o en los que se necesitaba la ayuda del público, las redes sociales se habían vuelto indispensables. Era la forma en que el mundo se comunicaba ahora, sobre todo los jóvenes. Conforme los tiempos cambiaban, también lo hacíamos nosotros. No podíamos permitirnos seguir el camino de los dinosaurios y extinguirnos simplemente por no habernos adaptado.

Vincent estaba de pie en su sitio habitual, junto a la pizarra blanca, dibujando una cuadrícula para las pistas recibidas como resultado de nuestro esfuerzo mediático. A veces me preguntaba si

no habría errado su vocación de profesor; desde luego, parecía disfrutar de lo lindo cuando estaba ante un grupo, enseñando, organizando y compartiendo ideas.

Selena, el detective Cromwell y Hirsch estaban revisando sus montones de notas para compartirlas con el equipo. Nos habíamos repartido las pistas recibidas para separar las que podían ayudar de las que eran una pérdida de tiempo. Habíamos previsto un aluvión de pistas, pero el verdadero reto era averiguar cuántas nos llevarían realmente a obtener respuestas sobre Jane Doe.

Observé mi propia pila de informes, la mayoría de refugios de toda California. Muchas de las pistas afirmaban haber visto a Jane, pero ninguno de los informantes había dado apellidos, solo nombres de pila. Era mi responsabilidad devolverles la llamada, confirmar los plazos y la credibilidad de las pistas. El resto del equipo tenía su propia lista de tareas.

Selena levantó la vista de su montón de papeles. —Repasé estos anoche —dijo—. No hay nada creíble que yo vea, pero todos tenían historias interesantes, eso desde luego.

Vincent la miró de reojo y enarcó una ceja. —¿Como cuáles?

—Un tipo decía que Jane Doe era su madre —dijo Selena, negando con la cabeza—. Tiene treinta y cinco años y, como todos sabemos, lo más probable es que Jane ronde los veintitantos.

Todos asentimos. Era de esperar ese tipo de majaderías. Iba a ser un trabajo descomunal cribarlo todo, pero era necesario.

Tras unas horas en las que todos hicimos llamadas y clasificamos pistas, estaba lista para que empezáramos. O quizá solo estaba impaciente porque había terminado de contactar con todos los refugios de California que habían llamado. Solo habían pasado veinticuatro horas desde que la foto de Jane se había distribuido, así que aún podían llegar más pistas, pero lo que teníamos era un buen comienzo. Dije: —Vamos a ello, Vincent.

Vincent se puso de pie y ocupó su lugar en la pizarra. —¿Cuál es la primera, Martina?

—Según las pistas, de abril a julio del año pasado, estuvo en un refugio del condado de Siskiyou, cerca de la frontera con Oregón, y se hacía llamar Karen.

Vincent garabateó en la pizarra, añadiendo una cronología.

Continué: —De agosto a octubre, estuvo en un refugio del condado de Shasta y se hacía llamar Rachel.

Vincent añadió los últimos detalles a la pizarra y yo seguí: —De noviembre a febrero, estuvo en un refugio del condado de Sonoma y se hacía llamar Kathryn. —Hice una pausa para que Vincent lo anotara—. De marzo a junio, estuvo en un refugio de Oakland y se hacía llamar Tina. De abril a agosto de este año, estuvo en el refugio de Hayward, donde se hacía llamar Angie.

—Vale, dame unos minutos —dijo Vincent mientras seguía garabateando en la pizarra. Su mano volaba sobre la superficie, esbozando cronologías, nombres y lugares. Los inicios del patrón empezaban a tomar forma. La línea de pistas había cumplido su función, o al menos nos había dado una idea de dónde había estado Jane Doe en los dieciséis meses anteriores a su agresión.

Mientras dibujaba, me di cuenta de lo que estaba haciendo. —Esto es bueno, Martina —dijo con entusiasmo. Un instante después, Vincent retrocedió e hizo un gesto hacia la pizarra—. No solo tenemos una cronología completa del paradero de Jane Doe bajo diferentes alias, sino que también tenemos un mapa visual del estado de California.

En la pizarra, había dibujado el estado y marcado su viaje. Señaló la parte superior del mapa. —Empezó en el norte, cerca de la frontera con Oregón —dijo, trazando el recorrido hacia abajo con el dedo—, y fue bajando hacia el sur, cada vez más al sur, hasta que finalmente acabó en el refugio de Hayward y la encontraron en Quarry Lakes, donde la habían agredido.

Selena se quedó boquiabierta. —¡Todo encaja! ¡Encaja todo a la perfección! —exclamó.

Todos nos quedamos mirando la pizarra, viendo cómo las pistas que habíamos reunido cuadraban. No había ningún registro digital

de ella, ni historial médico, ni documento de identidad expedido por el Gobierno. No se había denunciado su desaparición y no figuraba en ninguna base de datos. Tenía tatuajes caseros y llevaba joyas artesanales, del tipo que parece personal, como si tuviera una historia.

—Debe de haber estado viviendo en una comunidad aislada en el norte —dijo Selena, con los ojos muy abiertos a medida que se percataba—. Una comunidad que se mantiene alejada de las fuerzas del orden y de la tecnología moderna, que vive para sí misma. Como Jolie, la mujer del refugio de Hayward, había sugerido basándose en sus conversaciones con Jane. Y los últimos sueños de Jane sobre campos y graneros. Por qué visitar hospitales le parecía extraño. Porque lo era. Quizá vivía en una comunidad religiosa que evitaba todo eso. Probablemente un grupo fundamentalista que se toma las escrituras al pie de la letra.

—Estoy de acuerdo.

Hubo asentimientos por toda la sala.

—Si no conseguimos identificarla pronto —dijo Hirsch—, podríamos hacer un viaje por carretera hacia el norte para interrogar a las comunidades del norte de California y de Oregón. A ver si alguien la conoce. Puede que no vean las noticias ni estén en las redes sociales, pero podrían estarla buscando.

—De acuerdo.

Vincent dijo: —¿Pero dejó la comunidad? ¿Por qué?

El bebé. Dije: —¿Quizá dejó la comunidad con el padre de su hijo? Algo sale mal, con el bebé o él es un maltratador, ¿y ella huye de él?

Selena intervino, con voz sombría: —Una historia tan vieja como el mundo. Confiaba en su pareja, pensaba que la quería, pero en realidad, él solo quería controlarla, poseerla. Hacía lo que fuera para mantenerlo contento, para no salirse de la raya. Pero no fue suficiente y huyó para salvar la vida.

Miré a Selena. Se me rompía el corazón por ella cada vez que sacaba a relucir lo que claramente provenía de sus propios recuerdos dolorosos. Solo tenía veintidós años, pero había pasado por más cosas en su corta vida que la mayoría de la gente que le doblaba la

edad. Su madre había sido asesinada y ella había sufrido abusos por parte de su propio novio del instituto, que casi la mata, y luego había tenido un novio cariñoso y amable al que habían matado. Un pasado así deja cicatrices y, sin embargo, ahí estaba ella, siguiendo adelante, testaruda, decidida y con un instinto agudo. Solo esperaba que, en su búsqueda de la verdad, no acabara herida de nuevo, ya que a veces su determinación por resolver un caso no incluía preocuparse por su propia seguridad.

—Probablemente tienes razón, Selena —dije en voz baja, reconociendo su perspicacia—. Por desgracia.

Ella dijo: —Seguiremos cribando las otras pistas. Si no aparece nada en los próximos días y si tenemos tiempo, deberíamos llevar equipos a registrar el norte de California y Oregón. Aunque no creo que nadie deba ir solo. Si tenemos razón y es de una de estas comunidades marginales, no se fiarán de los extraños. Tenemos que tener cuidado.

Hubo un murmullo de aprobación de todos los presentes en la sala. No pude evitar pensar en mi hija, que estaba estudiando veterinaria en Oregón. Si al final íbamos hacia el norte, quizá podría hacerle una visita. Un viaje dos por uno.

Con un último asentimiento, todos volvimos a bajar la cabeza y regresamos al trabajo, más decididos que nunca a descubrir la verdad sobre Jane Doe.

25

SELENA

Observé cómo Jane abría los ojos de par en par mientras le enseñaba las innumerables publicaciones en redes sociales con su foto, todas pidiendo ayuda. Darse cuenta de que era el centro de tanta atención pareció golpearla con fuerza. Pude ver cómo se le tensaban los hombros y se le aceleraba la respiración mientras lo asimilaba todo. Hice lo que pude por pasar de largo los comentarios más desagradables; había un montón, y nadie debería tener que ver esa basura.

Ahí estábamos, haciendo todo lo posible por identificar a una joven a la que habían golpeado, magullado y dejado sin memoria, y, aun así, los troles de internet encontraban la manera de escupir su veneno. No les importaba su dolor ni su historia. En lugar de eso, se centraban en su aspecto, cosificándola con comentarios viles e incluso haciendo sugerencias asquerosas sobre lo que les gustaría hacerle. Bloqueaba a cada uno que aparecía, pero era como jugar al Atrapa al Topo en un salón recreativo, una tarea interminable. Por cada uno que silenciaba, otro aparecía con la misma rapidez.

Había tantos babosos por ahí. A veces resultaba abrumador, y me encontraba deseando lo imposible: poder librar al mundo de gente como esa. Pero era una tarea enorme. Sinceramente, había demasiados.

Al menos podía proteger a Jane de los que encontraba o de los que intentaban encontrarla.

—¿Y cómo sabe la gente que tiene que mirar en las redes sociales..., en internet? —preguntó, como si estuviera confundida.

—¿No te acuerdas de internet? —le pregunté, más a modo de confirmación, dadas nuestras teorías actuales sobre su pasado.

Ella negó lentamente con la cabeza. —No. O sea... ¿Instagram? ¿Facebook? No he oído hablar de nada de eso.

Considerando lo que sabíamos, encajaba. Aun así, para alguien tan joven, parecía casi impensable no saber nada de las redes sociales. No podía imaginarme haber crecido en un mundo sin ellas. Hoy en día, la mitad de nuestras investigaciones tenían lugar ahí. Todo el mundo grababa su vida en la red, desde lo más mundano a lo más trascendental: lo que comían, a dónde iban, con quién estaban. Y esa huella podía ser peligrosa si no tenías cuidado.

—No me imagino no saber de estas cosas —dije, más para mí que para Jane—. Quiero decir, hacemos muchísimas cosas por internet. Casi todo, en realidad.

Era irónico, en cierto modo. Tenía una cuenta solo para buscar las cuentas de otras personas. Rara vez publicaba algo; mi presencia en la red nunca era personal. La mayor parte de mi tiempo lo dedicaba a gestionar las redes sociales de Drakos Monroe y a trabajar con Vincent en el diseño web y el blog. No era glamuroso, pero era necesario.

—¿De verdad? —preguntó Jane con inocencia.

—Sí, hay como mil millones de usuarios en internet. Lo usamos para el banco, para socializar, para hacer la compra, ver películas... La lista es interminable —le expliqué, con la esperanza de darle una idea de la magnitud—. Y, sobre todo, mil millones de personas en todo el mundo se meten en internet cada día para ver lo que hacen los demás.

Se me quedó mirando, con los ojos muy abiertos por la incredulidad. —Es increíble.

Podía ver que le daba vueltas a la cabeza. La pura escala del asunto: mil millones de personas conectadas, compartiendo, observando. Para alguien que había estado tan alejada de eso, solo

podía imaginar lo abrumador que debía de ser. —Lo es —asentí y la miré más de cerca. Jane parecía estar mejor, al menos en apariencia. Su postura no era tan rígida y las ojeras se le habían atenuado un poco, aunque sabía que las pesadillas seguían atormentándola. Quizá estaban llenas de fragmentos de la vida que no podía recordar, recuerdos dispersos de su procedencia que la acosaban mientras intentaba descansar.

—¿Cómo estás? —pregunté en voz baja—. Han pasado casi tres semanas desde el ataque y desde que perdiste la memoria.

Suspiró y se miró las manos. —Bueno, la terapeuta me ha ayudado mucho. Me está ayudando a desenvolverme en este mundo —hizo una pausa y me miró—. Pero estoy ansiosa por descubrir de dónde vengo y qué me pasó.

Su voz transmitía una fuerza que no le había oído antes. A pesar de todo, quería respuestas. —Eso es genial. Es un progreso.

Esbozó una pequeña sonrisa. —Estás empezando a sonar como mi terapeuta.

—Lo siento mucho, no quería... —balbucí.

—No, no pasa nada. Está bien —dijo—. Supongo que estoy preparada para lo que sea que descubra. Imagino que no serán buenas noticias, ¿sabes? Sé que tenía una relación con alguien, ya que tuve un hijo y... las heridas que la doctora dijo que suelen ser por maltrato... —se interrumpió. Pude ver el dolor grabado en su rostro—. Es horrible, ¿sabes? Se supone que la gente que te quiere no te hace daño, se supone que te quiere.

Sus palabras me tocaron más de cerca de lo que me gustaría admitir. —¿Quieres saber todos los detalles de lo que te pasó? —respiré hondo para serenarme—. Cuando me atacaron, me retuvieron y casi me matan... no estoy segura de si querría saberlo todo si no lo supiera ya. Como te dije antes, sigo teniendo pesadillas. No todas las noches, claro, y estoy mucho mejor que antes. Pero a veces desearía no acordarme.

El rostro de Jane se suavizó. —Entiendo lo que dices. Y supongo que..., como no sé nada más, de verdad quiero saberlo todo, aunque sea doloroso. Supongo, según el psiquiatra, que por eso no me

acuerdo. Pero una vez que lo haga, la terapeuta podrá ayudarme a superarlo. Así que creo que estaré bien.

Había algo en su forma de hablar, en la determinación de sus palabras. La perspectiva de Jane era ciertamente positiva. La terapeuta debía de estar haciendo algo bien. Y quizá, solo quizá, después de huir durante casi un año y medio, cambiando de ciudad y de nombre, Jane por fin empezaba a sentirse segura y más fuerte.

Mientras seguíamos navegando por las redes sociales, Jane parecía asombrada. Sus ojos se iluminaban con curiosidad mientras hacía clic en publicaciones y fotos. A veces se reía cuando encontraba un meme en el perfil de otra persona, un breve momento de ligereza. Era agradable verla sonreír, oír esa risa suave y sincera.

Mi teléfono vibró en sus manos y ella bajó la vista hacia la pantalla.

—Oh, parece que te llama Martina —dijo, entregándomelo.

Cogí el teléfono. —Hola, Martina, ¿qué pasa?

—Tenemos una pista fiable —su voz era grave y seria—. ¿Está contigo en un lugar seguro?

—Sí, estamos en su apartamento —dije, mirando a Jane. Ella me devolvió la mirada, con curiosidad en los ojos.

—Bien —dijo Martina—. ¿Puedes venir a la oficina?

—Claro, voy para allá —dije rápidamente, sintiendo una oleada de adrenalina.

—Dile a Jane que cierre con llave y no deje entrar a nadie. Nos vemos pronto.

Colgué, con la mente a toda velocidad. Una pista fiable, eran buenas noticias. Me volví hacia Jane y le expliqué la situación rápidamente antes de darle un breve abrazo. Noté que me apretaba con fuerza. Tras prometerle de nuevo que encontraríamos respuestas, salí a toda prisa de su apartamento.

26

MARTINA

Sentada frente a la joven llamada Keisha, le dije:

—Selena no tardará en llegar. ¿Puedo ofrecerle algo?

Negó con la cabeza. Rondaba la veintena, tenía el pelo oscuro, iba vestida con recato con lo que parecía un vestido de algodón hecho en casa y no llevaba maquillaje. Había mencionado que tenía información sobre la desconocida, pero que solo hablaría con Selena. Al parecer, se habían enviado mensajes por Facebook. No parecía confiar en mí y, desde luego, no le gustaba mi aspecto. No sabía muy bien a qué se debía, pero intenté ser lo más complaciente posible.

—De acuerdo. Bueno, si necesita cualquier cosa, estaré al otro lado de la puerta. Tengo un par de asuntos de los que ocuparme.

—Gracias —dijo en voz baja.

Había tristeza en su mirada. Me hizo pensar que conocía a Jane Doe personalmente, pero que, como muchos otros, había dado por hecho que estaba muerta. No podíamos revelar que no era cierto hasta que estuviéramos seguros de que la persona que la conocía no quería hacerle daño. Me aparté unos pasos de la puerta y me volví hacia Hirsch, que acababa de llegar.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Creo que conoce a Jane. Incluso tienen rasgos parecidos: el pelo, el nacimiento del cabello, la forma de la nariz y el color de los ojos. Quizá sea un familiar.

—¿Y su comportamiento? —preguntó Hirsch.

—Es muy recatada, callada, no establece mucho contacto visual.

—Quizá sea de la misma comunidad que Jane. Podría ser la forma de averiguar la identidad de Jane.

—Esperemos que sí —dije, volviendo a mirar la puerta.

Selena llegó unos minutos después, con su larga melena ondulada alborotada, como si hubiera venido corriendo literalmente. Irrumpió con su energía habitual.

—Martina, Hirsch, ¿qué pasa?

—Ha venido una mujer llamada Keisha hace una hora. Dice que conoce a Jane, pero que solo quiere hablar contigo. Ha mencionado que vio las publicaciones en las redes sociales y que os enviasteis mensajes.

Selena pareció perpleja.

—Hablo con mucha gente. La mayoría solo me daban el pésame y decían que esperaban que la encontráramos.

—Está en la sala de conferencias —le expliqué—. Te acompañaré, aunque en realidad solo quiera hablar contigo.

Selena enarcó una ceja.

—¿Qué impresión te ha dado?

—Por su aspecto, no me extrañaría que fuera pariente de Jane.

Selena asintió.

Le dije:

—Debe de ser muy especial con la gente. Sin embargo, contigo no tiene ningún problema. Debiste de decir algo en las redes sociales que conectó con ella.

—Supongo que es uno de mis dones —se encogió de hombros Selena, con una leve sonrisa asomando en la comisura de los labios.

Le dije a Hirsch que lo pondríamos al corriente después de hablar con la mujer. Abrí la puerta y Selena entró primero. La seguí y me senté frente a Keisha.

—Hola, Keisha, esta es Selena —dije con amabilidad—. ¿Le importa que me quede mientras habla con ella?

Keisha miró a Selena con nerviosismo. Selena sonrió para tranquilizarla.

—No pasa nada —dijo—. No solo trabaja aquí, sino que también es mi madrastra. No hay problema, te lo prometo.

—Vale —contestó Keisha, con la voz un poco temblorosa.

Selena se acomodó en su silla.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarla?

Keisha jugueteó con las manos y bajó la vista antes de hablar.

—La fotografía… Le envié un mensaje por Facebook.

Selena hizo una pausa y entornó los ojos mientras hacía memoria.

—Keisha… Sí, ahora me acuerdo. Dijo que esperaba que averiguáramos su identidad y que se parecía a alguien que conocía.

Keisha mantenía la mirada fija en su regazo.

—No es solo alguien que conocía —dijo—. Es mi hermana.

Selena y yo intercambiamos una mirada. El peso de sus palabras quedó suspendido en el aire.

—¿Su hermana? —pregunté, intentando mantener la voz firme y no revelar mi auténtica sorpresa.

—Sí —continuó Keisha—. Siento no haber llamado. Es delicado… De donde venimos, no… no se nos permite hablar con extraños. Mi amiga Marilyn tiene familia en nuestra comunidad. No son tan estrictos como los míos. Ahora vive en el pueblo y tiene internet. Vio la publicación de Facebook y me dejó usar su ordenador para mandarle un mensaje. Tenía que verlo con mis propios ojos.

Selena se inclinó hacia ella con delicadeza.

—¿Y de dónde es usted?

—De Oregón —respondió Keisha—. A las afueras de Ashland.

Ashland. Eso coincidía con parte de lo que pensábamos: Jane, o la mujer a la que llamábamos Jane Doe, probablemente se había abierto paso hacia el sur desde cerca de la frontera de Oregón hasta llegar al Área de la Bahía.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hermana?

Keisha se mordió el labio.

—Hace unos tres años y medio. Conoció a un chico y se quedó embarazada. Eso no es aceptable de donde venimos. No es

aceptable en nuestra familia. No estaban casados y no estaba aprobado. Ella lo sabía. Así que se escaparon juntos. Mi papá consideró su marcha de la comunidad como una traición y dijo que no volviera nunca. Toda la comunidad estuvo de acuerdo y le dio la espalda, y nunca más la volvimos a ver.

Vaya palo.

—¿Sabe quién era ese chico con el que se escapó su hermana?

Keisha asintió.

—Se llama Jacob Stoddard. Lo conoció a través de una amiga. Era nuevo en la zona. No era de nuestra comunidad.

Selena me lanzó una mirada.

—¿Su hermana estaba feliz cuando se fue con él? —preguntó.

Keisha volvió a asentir, con una sonrisa triste en los labios.

—Estaba muy ilusionada con el bebé. Solo estaba triste porque sabía cómo reaccionaría papá… y toda la comunidad. Es que… no es como el mundo exterior.

—¿Llegó a conocer al bebé?

—No, no la volví a ver después de que dejara la comunidad.

—Intentamos averiguar quién era a partir de los registros dentales, el carné de conducir y los historiales médicos, pero no encontramos nada —expliqué, con la esperanza de que pudiera dar una explicación.

—No, mi papá es muy antigubernamental. Ni siquiera nos dejaba ir al colegio. Nuestra madre nos educaba en casa. Pero mamá no es como papá. En fin, ni carné de conducir, ni certificado de nacimiento. Papá decía que así es como «ellos» te controlan —hizo una pausa, paseando la mirada de mí a Selena—. Supongo que lo llamarían un preparacionista. Se pasa la mayor parte del tiempo trabajando en el campo para ganar dinero en nuestra granja, pero siempre está guardando comida. El apocalipsis se acerca y solo los justos sobrevivirán. Cuando Hanna se fue, le preocupaba que se hubiera ido con el diablo.

—¿Se llama Hanna? —pregunté.

Keisha me miró con cierta desconfianza, pero, teniendo en cuenta que acababa de contarlo todo delante de mí, no estaba

segura del porqué. Quizá se estaba abriendo a mí, o tal vez le ayudó saber que era la madrastra de Selena.

—Sí, se llama Hanna Wren.

—¿Qué edad tiene?

—Tiene veinticuatro años. Era mi hermana mayor. Solo nos llevábamos un año… Estábamos muy, muy unidas —se le quebró la voz al hablar, y se llevó la frente a las manos mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Le acerqué la caja de pañuelos de papel y cogió uno.

—Muchas gracias —dijo, secándose los ojos—. Pensábamos… pensaba que volvería a verla.

El dolor de Keisha parecía sincero, pero yo seguía siendo precavida.

—Nos gustaría confirmar que realmente es su hermana.

Keisha me miró.

—¿Cómo?

—Podríamos hacerle una prueba de ADN —le expliqué.

—¿Cómo se hace eso?

Tras una breve explicación del procedimiento de recogida de muestras, dijo:

—De acuerdo.

—Estupendo.

—¿Cómo murió? —preguntó en voz baja.

Antes de que pudiera responder, Selena intervino rápidamente.

—Está viva. Pero todavía no podemos decírselo a nadie. Alguien intentó hacerle mucho daño y no recuerda nada.

Ojalá Selena no hubiera dicho eso. ¿Por qué lo había hecho? Aunque Keisha parecía sincera, no significaba que no fuera peligrosa o que no fuera a revelar accidentalmente que Hanna seguía viva a alguien que quisiera hacerle daño. Pero Selena ya lo había dicho, y no había vuelta atrás.

—¿Puedo verla? ¿Cómo está el bebé? Debe de estar ya muy grande. Tendrá dos años, casi tres —dijo Keisha, con la voz de repente llena de esperanza.

—Hemos mantenido a Hanna a salvo. Necesitamos confirmar que usted es quien dice ser y que no tuvo nada que ver con lo que le

pasó. Y no puede decirle a nadie que sigue viva hasta que averigüemos quién intentó hacerle daño.

Keisha dijo:

—Lo entiendo, pero… puede que no pueda volver. Me ha traído mi amiga Marilyn. No tengo coche propio y hemos conducido durante horas y horas para llegar hasta aquí. Tengo que volver hoy mismo antes de que alguien se preocupe por mi paradero. A papá no le gustaría.

Selena dijo:

—Danos un minuto —me hizo salir de la sala y dijo, con ojos suplicantes—: Podríamos traer a Hanna aquí. Estará a salvo.

—¿Y si no es su hermana de verdad?

—Pero si lo es, ¿quizá ayude a Hanna a recuperar la memoria? Además, aquí estará segura.

Selena tenía razón. Hirsch se acercó a toda prisa y le expliqué la situación. Dijo:

—Es un riesgo, pero puede que merezca la pena.

Ambos tenían argumentos válidos.

Asentí y acepté. Pero no pude evitar preguntarme, si habíamos encontrado a Hanna, ¿dónde estaban Jacob y el bebé?

27

SELENA

El corazón se me aceleró al caer en la cuenta: habíamos identificado a Jane, o mejor dicho, a Hanna. ¿Se alegraría de reunirse con su hermana? Yo creía que sí, pero sabía que Martina albergaba alguna duda, consciente de que todo podría ser una estafa y que Keisha no fuera pariente de Jane. Pero yo le veía el parecido familiar. La historia de Keisha era creíble y encajaba con lo que sabíamos de Jane.

Este tipo de casos era una de las razones por las que me dedicaba a este trabajo. Había visto lo que una reunificación podía hacer por una familia. Era casi mágico.

Martina llevaba años trabajando en este tipo de investigaciones y tenía experiencia en reunir a familiares separados durante mucho tiempo, algunos de los cuales se presumían muertos pero que volvían a estar juntos gracias a ella y al equipo. Me había contado las historias y yo la había escuchado con asombro. No sucedía a menudo, pero cuando pasaba, era equiparable a un milagro.

Recordaba la primera vez que ayudé a reunir a una familia. Había una niña pequeña secuestrada por gente horrible y conseguimos encontrarla y llevarla a casa. Aquel caso me había marcado todos estos años. Nunca había olvidado a la niña, Emily, ni su afición por los pájaros, ni la expresión de su cara cuando vio a su padre. Sonreí

al recordarlo. Y ahora, tenía la oportunidad de reunir a dos hermanas.

Mi tarea era recoger a Jane, ¿o debería llamarla Hanna? Tendría que preguntarle si quería usar su nombre real ahora que sabíamos quién era. La llevaría a la alegre sala de conferencias con las fotografías en las paredes y los amplios ventanales que normalmente se reservaba para los familiares de nuestros clientes o para las víctimas.

Mientras cruzaba el vestíbulo, saludé con la mano a la señora Pearson en la recepción. En una de las sillas para las visitas, vi a una mujer absorta en su teléfono móvil. Le eché un vistazo, me acerqué a la señora Pearson y le susurré:

—¿Quién es esa mujer?

La señora Pearson dijo en voz baja:

—Ha venido con la mujer que conoce a la chica sin identificar.

Al volver a mirar a la mujer, deduje que probablemente rondaría la veintena, con el pelo rubio ceniza y la tez pálida. Parecía fascinada por su teléfono, tecleando furiosamente como si le fuera la vida en ello.

Keisha nos había contado que una amiga suya le había avisado de la página de Facebook donde vio por primera vez la foto de Jane. Esas amigas usaban teléfonos móviles e internet, a diferencia de Keisha y su familia, que parecían mantenerse alejados de la tecnología. Me pregunté por qué esta amiga había decidido quedarse en el vestíbulo en lugar de entrar con Keisha. Me pareció un poco extraño.

Tras un rápido agradecimiento y despedida a la señora Pearson, salí para recoger a Jane y contarle la verdad: que sabíamos quién era y que estaba a punto de reunirse con su hermana. Respiré hondo, esperando que este fuera el comienzo de algo bueno para ambas.

En el piso franco, Jane abrió la puerta con una sonrisa y me hizo un gesto para que entrara. Acepté, adentrándome en la pequeña habitación tenuemente iluminada.

—¿Qué has averiguado? ¿Decías que querías contármelo en persona? —preguntó con impaciencia.

Durante las últimas semanas, habíamos llegado a conocernos; algunos dirían que unidas por el trauma. A ella la habían agredido y yo también había pasado por algunas experiencias duras. Habían estado a punto de matarme una vez… dos, en realidad. Es extraño encontrar camaradería en el dolor compartido.

La guié hasta el sofá y le indiqué que se sentara. Eran noticias muy importantes y no quería que se desmayara o algo por el estilo. La gente reaccionaba a este tipo de revelaciones de muchas maneras. Me senté a su lado, eligiendo mis palabras con cuidado.

—Jane —empecé con delicadeza—, creemos que hemos descubierto tu identidad.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿De verdad? ¿Habéis encontrado también a mi hijo?

No habíamos encontrado a su hijo y, según su hermana, no había motivos para creer que Jane no lo tuviera con ella.

—No, lo siento. Todavía no.

Se le descompuso la cara.

—¿Pero sabéis mi identidad?

—Sí, alguien te ha reconocido en la página de Facebook que creé. ¿Recuerdas que te la enseñé en mi móvil? Se ha presentado en Drakos Monroe y ha pedido hablar conmigo sobre ti. Por eso me he ido antes. —Hice una pausa—. Dice que te conoce.

Jane se inclinó hacia delante, con expresión intensa.

—¿Cómo?

—Dice que es tu hermana.

—¿Mi hermana? —dijo—. ¿Y la crees?

—Ahora mismo, no tenemos ninguna razón para no creerla —dije —. Y, francamente, hay un gran parecido físico. Además, lo que me ha contado sobre tu… su… familia, encaja con lo que hemos averiguado hasta ahora. Incluso los pequeños detalles, como los tatuajes caseros y la falta de historial médico.

Se aferró al borde del sofá antes de decir:

—¿Cuál es mi nombre?

—Hanna Wren.

—Hanna —repitió en voz baja—. Hanna —murmuró de nuevo, casi para sí misma.

—¿Te suena de algo?

—Tal vez… —dudó—. No suena mal.

—Bueno, sigue en Drakos Monroe y le gustaría verte. Sé que no la recuerdas, pero quizá verla te ayude a refrescar la memoria.

Jane —o Hanna— tragó saliva y luego me miró con determinación.

—Me gustaría conocerla. ¿Es seguro?

—Sí, es seguro. Estaremos a tu lado en todo momento.

—Bien.

—¿Tienes alguna pregunta?

—No, creo que no. Solo quiero ver a esa persona que dice ser mi hermana y quizá… quizá ella pueda ayudarme a averiguar qué me pasó. ¿Qué ha dicho sobre mí?

Le expliqué todo lo que Keisha nos había contado sobre la vida de ella, de Hanna. Cómo se había escapado con un chico llamado Jacob y que estaba embarazada en ese momento. Pero después de eso, Keisha sabía muy poco sobre lo que le había ocurrido, ya que no habían hablado en más de tres años.

Jane dijo:

—Pero eso no explica por qué cambiaba de refugio y seguía dirigiéndome al sur. Debía de estar huyendo de algo… o de alguien. ¿Podría ser ese tal Jacob?

—Puede ser. —Lo más probable.

—Entonces, ¿por qué no volví a casa si estaba en problemas? ¿Crees que le tenía demasiado miedo a nuestro padre? Si lo que ella dice es verdad, me desterraron. ¿De verdad las familias se hacen eso entre sí?

—Quizá. Aún no estamos seguras, pero prometemos que intentaremos averiguarlo.

Arrugó la cara como si se esforzara por recordar algo.

Me incliné un poco y le pregunté:

—¿Estás bien?

—No lo sé —dijo—. Quiero conocerla. Solo que… hay algo que no me cuadra. Es decir, ¿por qué no me buscó si no me ha visto en los últimos tres años?

Otra gran pregunta. Esperaba que se la hiciera a Keisha cuando se vieran.

—No estoy segura —dije a modo de disculpa—. ¿Quieres que empiece a llamarte Hanna?

Dudó, mirándose las manos.

—¿Podemos seguir con Jane por ahora? Todavía no sé si es real.

—Por supuesto. Ningún problema.

Se levantó de repente, con un destello de determinación en los ojos. Yo también me puse en pie, observándola atentamente. Estaba claro que estaba lista para ir a conocer a esa mujer que decía ser su hermana. Pero también había vacilación. Instintivamente, percibí la inquietud; era la misma desconfianza que había visto cuando retrocedió al ver el cuchillo que encontré en el parque. Era como si Jane tuviera miedo, pero no supiera por qué.

¿Y si Jane había estado huyendo de su familia todo este tiempo? No expresé mi preocupación en voz alta. En cambio, sonreí con dulzura.

—¿Lista?

—Lista —repitió en voz baja.

Mientras salíamos, una al lado de la otra, no pude evitar preguntarme: ¿a qué clase de reunión familiar estábamos a punto de asistir?

28

MARTINA

MIRÉ el reloj de mi muñeca. Selena debería estar de vuelta con Jane de un momento a otro. Mientras tanto, había acomodado a Keisha y a su amiga en una de las salas de reuniones más bonitas, las que reservábamos para las buenas noticias. Las paredes estaban adornadas con cuadros del puente de la Bahía y serenas escenas oceánicas. Unos grandes ventanales dejaban entrar una luz suave y brillante que creaba una cálida atmósfera de esperanza.

De pie junto a mí en el vestíbulo estaba Hirsch, que dijo:

—Otra reunificación para el historial de Martina.

Me reí entre dientes.

—Tú también has tenido unas cuantas, ¿no?

—Sí, sí que las he tenido —dijo asintiendo levemente.

—Pero no pareces precisamente entusiasmado. ¿Qué pasa? —le pregunté, estudiándolo.

—Sigo pensando que hay muchas preguntas que necesitan respuesta. Hay algo que no me cuadra.

—¿Estás preocupado por Jacob?

—Sí, por eso... Y si algo fue mal entre Hanna y Jacob, ¿por qué eligió los refugios en lugar de simplemente volver a casa?

—Si lo que dice Keisha es verdad, puede que no fuera bienvenida, y tal vez lo sabía —dije—. Deberíamos estar los tres en

la sala cuando se reúna con Keisha. A ti se te da bien interpretar el lenguaje no verbal de la gente, y Selena también tiene un don para ello. Observemos sus reacciones y tomemos nota. Compararemos nuestras observaciones al final de la reunión.

—Buena idea.

A través de la puerta de cristal, vi a Selena caminando hacia nosotros junto a Jane. Ambas sonreían, enfrascadas en una conversación. Era estupendo tener a Selena en nuestro equipo, no solo por su capacidad de investigación, sino por su empatía y calidez. Tenía un don natural para conectar con la gente y, a veces, eso era exactamente lo que nuestros clientes necesitaban: una amiga cuando no tenían a nadie más en el mundo. Se notaba que ella y Jane se habían hecho muy amigas en el poco tiempo que se conocían.

Di un paso al frente y abrí la puerta mientras entraban las dos mujeres. Selena miró a su alrededor, echando un vistazo a las sillas alineadas contra la pared antes de volver a centrar su atención en nosotros.

—Hola, chicos —dijo Selena.

—Hola. Jane, ¿cómo lo lleva? —pregunté.

—Estoy bien —dijo con un deje de ansiedad en la voz—. Solo... que estoy deseando quitarme esto de encima.

¿Quitarse esto de encima?

—Keisha y su amiga están en una sala de reuniones. ¿Necesita algo antes de que la haga pasar? —pregunté, intentando que mi voz sonara tranquila y reconfortante—. ¿Quizá algo de beber? ¿Una pausa para ir al baño? ¿Algo de picar? No pasa nada si está nerviosa; podemos darle más tiempo.

—Quizá una parada rápida en el baño —dijo Jane.

Parecía tensa, así que la acompañamos en silencio por los pasillos de Drakos Monroe. Cuando llegamos al baño, dudó antes de entrar.

De pie en la puerta, Selena se acercó y habló en voz baja.

—Está un poco aprensiva por lo de conocer a su hermana. No quiere que la llamen Hanna... todavía no.

—¿Te ha dicho por qué? —pregunté.

Selena negó con la cabeza.

—No, pero me ha recordado a cuando encontramos aquel cuchillo en el parque. No recordaba el cuchillo en sí, pero la expresión de terror en sus ojos... Es como si algo en lo más profundo de su subconsciente la estuviera frenando, haciendo que se muestre reservada a la hora de conocer a su hermana.

Como sospechábamos, quizá las cosas no iban bien en casa antes de que se fuera con Jacob. No era raro que alguien sufriera abusos en casa y luego cayera en la trampa de otra relación abusiva, pensando que había escapado solo para descubrir que no era así. Dije:

—Entendido. Procederemos con cautela.

Jane salió del baño un momento después.

—Vale, estoy lista.

Intercambiamos una mirada y la condujimos por el pasillo hasta la sala de reuniones donde esperaban Keisha y su amiga, Marilyn. Cuando abrimos la puerta, Keisha y Marilyn se pusieron de pie, con los ojos como platos.

A Keisha se le desencajó la mandíbula y se le escapó un sollozo.

—Hanna... ¡eres tú! — Las lágrimas le corrían por las mejillas y dio un paso adelante como si no supiera si abalanzarse sobre ella o contenerse.

Mantuve mis ojos en Marilyn, la amiga. Observaba a Keisha con atención, estudiando cada movimiento. Su expresión era más difícil de leer: más controlada, menos emotiva.

—Hola —dije, rompiendo la tensión—. ¿Por qué no nos sentamos todos?

Hubo murmullos de asentimiento mientras todos se acomodaban en sus asientos. Keisha y Marilyn se sentaron frente a nosotros y yo me senté junto a Jane. Selena se colocó al otro lado de Jane, mientras que Hirsch se sentó hacia el final de la mesa, manteniendo un buen punto de vista para observar las reacciones de todos.

Me aclaré la garganta suavemente.

—Le hemos explicado a Jane que usted cree que es su hermana, Hanna —empecé, eligiendo mis palabras con cuidado—. Y como le mencioné antes, Keisha, Jane ha perdido la memoria. No recuerda

su vida, de dónde es ni cuál es su verdadero nombre. Ese sigue siendo el caso, y por ahora le gustaría que la llamaran Jane.

—Lo entiendo. Y gracias por haberla encontrado —dijo Keisha.

Miré a Jane, que estaba sentada rígidamente a mi lado, con los ojos clavados en Keisha y Marilyn. No sonreía, pero tampoco fruncía el ceño. Finalmente, habló con voz suave.

—¿Quién es usted? —preguntó, mirando directamente a Marilyn.

—Es Marilyn —dijo Keisha rápidamente—. Es una amiga mía. De donde venimos no usamos internet ni redes sociales, pero Marilyn sí. Vive en el pueblo. Fue ella quien me dijo que vio tu foto y me trajo hasta aquí para ver si de verdad eras tú.

Jane tragó saliva. Pude ver su incomodidad: tenía los hombros tensos y las manos agarradas a los bordes de la silla como si se estuviera preparando para algo.

Jane miró a Marilyn y luego de nuevo a Keisha.

—¿Me han dicho que hace más de tres años que no me veíais?

—No, desde que te fuiste con Jacob —dijo Keisha con voz temblorosa.

Ahí estaba de nuevo ese nombre, Jacob. Observé a Jane atentamente, pero su rostro permaneció neutro.

Jane se miró las manos y luego volvió a mirar a Keisha.

—¿Y estás segura de que soy Hanna?

—Sí. Incluso llevas el collar que mamá os hizo a ti y al resto de las hermanas —dijo Keisha sacando el suyo por debajo de la blusa. Era exactamente igual que el de Jane.

Jane tocó el colgante que ahora sabía que era de su madre. Su madre debía de ser cariñosa y protectora. Jane se recompuso, respiró hondo y habló.

—¿Puedes hablarme de nuestra familia? ¿Y de la última vez que nos vimos?

—Claro —dijo Keisha—. Bueno, vivimos en una pequeña comunidad a las afueras de Ashland, Oregón, eso está al norte. Tenemos una gran propiedad, una granja. Tenemos una mamá y un papá. Siguen juntos, y tenemos cuatro hermanos: tres chicos y otra chica. Todos viven en casitas en nuestra propiedad. Estamos todos muy, muy unidos. Creemos en el buen Dios, y no tenemos cosas

como smartphones ni internet. No creemos en la medicina moderna. Nos cuidamos solos. Es una vida sencilla. Es buena.

La respiración de Jane pareció acelerarse. Noté la ligera subida y bajada de su pecho, como si intentara mantener sus emociones bajo control. Algo de lo que Keisha estaba diciendo no le cuadraba.

—Entonces, ¿por qué me fui? —preguntó Jane.

Keisha frunció el ceño y bajó la vista antes de volver a hablar.

—Conociste a un chico, Jacob. Vivía en el pueblo y empezaste a salir con él. No se lo dijiste a mamá y papá, y mucho menos a nuestros hermanos. Entonces... te quedaste embarazada. Estabas muy asustada porque, para ser sincera, eso es un pecado bastante grande en nuestra comunidad. Papá se habría enfadado mucho, quizá incluso te habría repudiado. Así que entendí por qué te fuiste, pero ellos no sabían por qué habías huido. Les dije que probablemente te habías fugado con Jacob. Pero no sabían lo del bebé. Nunca se lo conté.

La mirada de Jane se agudizó.

—¿Pero te dije que estaba embarazada?

—Sí, me lo dijiste. Estábamos muy unidas. Querías a Jacob y querías mucho a tu bebé. Pensabas que irte era la única manera de que las cosas funcionaran. Recuerdo que te dije que podíais casaros y que luego nacería el bebé y todo iría bien. Pero insististe en que papá nunca lo aprobaría. Probablemente tenías razón —añadió con tristeza.

Jane dijo:

—Nadie vino a buscarme nunca. Los inspectores e investigadores dijeron que nadie denunció mi desaparición.

Keisha y Marilyn intercambiaron una mirada de entendimiento. Keisha se aclaró la garganta antes de responder.

—De donde venimos, eso es algo que no hacemos. No hablamos con las fuerzas del orden ni con las agencias gubernamentales. Tenemos nuestras propias reglas, nuestro propio modo de vida. Nuestra comunidad es autosuficiente; no necesitamos que nadie más cuide de nosotros.

—Pero ¿me buscasteis? —la voz de Jane era más aguda ahora, con un filo que se deslizaba en su tono, como si algo en su

subconsciente le gritara que aquello no estaba bien.

—No te buscamos —admitió Keisha, bajando la voz—. Dimos por hecho que eras feliz con Jacob. Pensamos que te habías fugado para casarte. No sabíamos que habías desaparecido.

La sala se sumió en un pesado silencio.

A su lado, Selena y yo intercambiamos una mirada, ambas estudiando a la gente alrededor de la mesa, tratando de descifrar cualquier cosa que pudiera darnos más pistas.

—¿Tiene más preguntas para Keisha o Marilyn? —pregunté amablemente, dirigiendo mi mirada a Jane.

—No.

Bajó la mirada.

Dije:

—Keisha, muchas gracias por haber venido. Ahora que sabe que está a salvo, hablaremos con Jane y veremos cómo quiere proceder.

Marilyn se movió inquieta en su asiento.

—Entonces, ¿no podemos llevarla de vuelta con nosotras? —preguntó, con la voz teñida de sorpresa.

Miré a Jane y me di cuenta de que metió la mano bajo la mesa para coger la de Selena. El gesto fue pequeño, pero lo decía todo. Me lo tomé como un no rotundo.

—No —dije, volviéndome hacia Marilyn y Keisha—. No si ella no quiere, y ustedes tienen que entender que no recuerda quiénes son. Para ella, sería como irse con desconocidas. Creo que es mejor que se quede aquí con nosotros, a menos que... —hice una pausa y miré directamente a Jane—. Jane, ¿le gustaría irse con ellas? —pregunté, dándome cuenta de que estaba hablando por ella.

Jane negó enérgicamente con la cabeza.

—No.

La cara de Keisha se descompuso y los ojos de Marilyn se abrieron ligeramente, sorprendidos.

Dije:

—No se preocupen. Vamos a ayudarla a recuperar su vida y sus recuerdos. La estamos cuidando bien.

—Eso está bien —dijo Keisha.

Mirando fijamente a las dos mujeres, dije:

—¿Han visto o sabido algo de Jacob desde que su hermana se fue de la propiedad de su familia?

Keisha negó con la cabeza inmediatamente, pero en la expresión de Marilyn parpadeó algo, algo rápido, casi oculto.

—¿Y usted, Marilyn? ¿Conocía a Jacob? —insistí, sin dejar que se librara tan fácilmente.

—Solo de vista, del pueblo —respondió vagamente, evitando mi mirada.

—¿Y no lo ha visto recientemente?

Negó con la cabeza.

—No, no lo he visto desde que se fueron.

—¿Conocía a algún familiar de Jacob? ¿O a amigos con los que mantenga el contacto?

—No conocía a su familia. Era amigo de mi hermano, pero no creo que nadie lo haya visto desde que se fue con Hanna.

Me aseguraría de conseguir toda la información que tuvieran sobre Jacob antes de que se fueran. Necesitábamos encontrarlo.

—¿Le importaría darnos los datos de su hermano para que podamos ponernos en contacto con él?

—Puedo darte la información.

—Genial. Gracias a las dos por venir. Descubrir su identidad nos va a ayudar mucho... y a ella. Seguiremos en contacto.

Hirsch dijo:

—Puedo acompañarlas a recepción para tomar sus datos y los de su hermano antes de acompañarlas a la salida.

Ellas asintieron.

Nos levantamos todos. Keisha dijo:

—Adiós, Hanna. Espero verte pronto.

Jane se despidió con la mano.

Con eso, Hirsch se adelantó y las acompañó a la salida. Yo me quedé con Jane y Selena. Cuando la puerta se cerró tras Keisha y Marilyn, Jane habló con voz temblorosa.

—No dejéis que me lleven de vuelta allí.

29

JANE

Después de que Martina y Selena me aseguraran que no tendría que irme con Keisha y Marilyn, sentí un enorme alivio y me alegré de volver a casa. Dentro del coche de Selena, me miró y dijo:

—¿Cómo estás?

Dudé, dándole vueltas a la pregunta en mi cabeza. ¿Cómo estaba? Mis dedos se deslizaron hasta el colgante de mi collar y lo frotaron como si contuviera las respuestas que necesitaba. La imagen del rostro de Keisha apareció en mi mente: mi hermana. O, al menos, eso era lo que decía ser. No tenía ningún recuerdo de ella, pero algo en mis entrañas me decía que estaba diciendo la verdad. Se parecía a mí. Incluso llevaba el mismo collar.

Pero algo más, algo que no podía expresar con palabras, me decía que debía mantenerme alejada.

—Simplemente estoy procesándolo todo, creo.

Selena arrancó el coche y empezó a salir del aparcamiento.

—Es comprensible. Quiero decir, parecía que algo no iba bien. ¿Crees que no es tu hermana de verdad?

—Sí que lo creo... Es solo que... —titubeé, esforzándome por articular mis sentimientos—. Creo que quizá tengo problemas de confianza. Como ella dijo, hui porque tenía miedo de cómo me

tratarían... por estar embarazada. A lo mejor no era un hogar tan feliz.

La mirada de Selena permaneció fija en la carretera, con expresión pensativa.

—Es una posibilidad.

—Parece que sabéis mucho sobre crímenes contra las mujeres, tú y Martina. ¿Es normal? Quiero decir, cuando alguien abandona un hogar infeliz, ¿es común que acabe con alguien que le haría daño?

—Por desgracia, es muy común —dijo—. Los depredadores conocen las señales. Ven que vienes de un hogar roto o infeliz y saben exactamente qué decir y hacer para que creas que son diferentes. Pero una vez que te tienen a solas, muestran su verdadera cara.

Quizá tenía razón, pero nadie había abordado lo que más me preocupaba: mi hijo. Los médicos confirmaron que había tenido un hijo. Keisha confirmó que le había dicho que estaba embarazada y que planeaba casarme con un hombre llamado Jacob. Pero ¿dónde estaba mi hijo ahora? ¿Dónde estaba Jacob?

—¿Han buscado a mi bebé?

Las manos de Selena se tensaron en el volante.

—El equipo ha estado peinando varias bases de datos, intentando cotejar tu ADN con el de cualquier niño desaparecido. Pero no ha habido ninguna coincidencia, lo que significa que o bien no se denunció la desaparición del niño, o no lo han encontrado... o ambas cosas.

—O quizá simplemente... simplemente vive al margen del sistema, como yo.

—Es muy posible —convino Selena—. Si el niño no nació en un hospital y ese tal Jacob también era una persona «al margen del sistema», sería mucho más difícil localizarlos.

Se me oprimió el pecho y el aire en el coche se volvió pesado.

—¿Qué significa eso para encontrar a mi bebé?

—Será difícil —dijo—. Pero créeme, Martina no se rinde, y yo tampoco. Descubriremos la verdad, aunque nos lleve un tiempo.

Sus palabras deberían haberme reconfortado, pero no lo hicieron. La idea de mi hijo —en algún lugar, solo, como había estado yo—

me carcomía, llenándome de una sensación de pavor que no podía quitarme de encima.

Se suponía que la verdad me iba a hacer sentir mejor, ¿no? Tenía un nombre. Tenía una familia, o casi. Pero ¿y Jacob? ¿Y mi hijo? ¿Dónde estaban?

Mientras conducíamos, Selena redujo la velocidad en un semáforo cerca del piso franco. La observé con atención. Comprobó el espejo retrovisor, miró los retrovisores laterales y luego se giró para mirar por encima del hombro.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí, todo bien —dijo, pero su tono no era convincente.

Selena giró por una calle que no iba en dirección al piso franco. ¿Tenía miedo de que alguien nos siguiera? ¿Quién? ¿Keisha? Abrí la boca para preguntar, pero antes de que pudiera, Selena habló.

—Solo una parada rápida. ¿Quieres un café? —preguntó, con lo que me pareció una sonrisa falsa.

—Claro...

Su sonrisa siguió siendo forzada y la inquietud se instaló en mi estómago. Me estaba ocultando algo. Pero ¿el qué? Aparcó en una plaza frente a una pequeña cafetería. Alargué la mano hacia el tirador de la puerta, dispuesta a salir, cuando la mano de Selena se disparó y me detuvo.

—Espera —dijo con firmeza, girándose para mirarme—. Puede que esté siendo demasiado precavida, pero me ha parecido ver un coche siguiéndonos antes. Es posible que sea solo una coincidencia y que vayan en la misma dirección que nosotras. Pero no quería arriesgarme.

—¿Y si... y si saben quién soy? —dije, con el pánico creciendo en mi pecho—. ¿Y si vienen a por mí?

—Podría ser —dijo—. Por eso tenemos un piso franco. Siempre supimos que existía la posibilidad de que alguien descubriera que sigues viva. Si lo saben, podrían intentar... intentar asegurarse de que estés muerta.

—¿Por qué? —exigí—. ¿Por qué querrían verme muerta? Eso es lo que no entiendo, Selena.

Ella echó un vistazo al aparcamiento, sus ojos escudriñando la zona con la intensidad de un halcón antes de volver a encontrar mi mirada.

—Algunas personas simplemente tienen un cable cruzado: son psicópatas. Necesitan controlar a la gente. No tiene nada que ver contigo y todo que ver con ellos y sus problemas.

—Es que no veo cómo podría ser una amenaza para nadie —dije, sacudiendo la cabeza confundida.

—Hay más en tu historia y vamos a averiguar qué es.

Me mordí el labio, con los pensamientos hechos un revoltijo de miedo. Casi inconscientemente, me llevé la mano al colgante de mi collar otra vez y cerré los ojos. De repente, afloró un destello de un recuerdo: un bebé tumbado en una cuna, en silencio... demasiado en silencio. El pánico me atenazó el pecho mientras intentaba acercarme a ella, pero las manos de un hombre me detuvieron, sujetándome. Podía ver su figura sombría en la esquina de la habitación. Yo sollozaba, suplicando que me dejara cogerla, pero él no dejaba de susurrar que no mirara.

Abrí los ojos de golpe, respirando con dificultad. Selena se inclinó hacia mí, con preocupación en el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó con urgencia.

—Mi hija... —logré decir con voz temblorosa—. Una niña... mi hija. Parece un recuerdo.

—¿Qué pasa en el recuerdo?

—Está tumbada en una cuna —dije, mientras las imágenes destellaban en mi mente—. No hace ningún ruido... hay un hombre allí, y estoy llorando. Intento acercarme a ella, pero me está sujetando. No para de decirme que no mire.

—¿Quién es el hombre?

—Yo... no lo sé. —Las lágrimas me escocían en los ojos mientras luchaba por aferrarme a los detalles que se me escapaban—. Él... me resulta familiar. Tiene el pelo castaño. No me dejaba cogerla.

Una terrible sensación de pavor se apoderó de mi corazón. ¿Qué le había pasado a mi hija? ¿Por qué no podía recordar más? ¿Y quién era el hombre que me mantenía alejada de ella?

—Lo averiguaremos —prometió Selena en voz baja—. Pieza a pieza.

Pero yo no estaba tan segura. Porque el recuerdo, por borroso e incompleto que fuera, me llenaba de un terror que me decía que las cosas podían ser mucho peores de lo que había imaginado.

30

MARTINA

LAS NOTICIAS que trajo Selena eran preocupantes. Jane había recuperado su primer recuerdo estando plenamente consciente, y eso podía significar que pronto empezarían a aflorar más recuerdos en masa. Hasta ese momento, sus sueños habían sido fragmentados: breves retazos que no siempre tenían sentido. Pero tener un recuerdo en estado de vigilia, aunque fuera sombrío, era un avance significativo.

Basándome en lo que Jane describió —el bebé inmóvil en una cuna y un hombre sujetándola—, parecía probable que la criatura hubiera muerto. No era raro que una madre en duelo se negara a creer que su bebé se había ido y que su mente creara barreras para protegerla de una verdad tan insoportable.

Si la hija de Jane había muerto, no había ningún registro de ello. Al menos, ninguno que hubiéramos encontrado hasta ahora. Usando el ADN de Jane, también buscamos restos sin identificar o denuncias de desaparición que pudieran corresponder a un descendiente de Jane. Pero como teníamos un nombre, Jacob Stoddard, el hombre que había engendrado al hijo de Jane, podíamos buscar un niño emparentado con él.

Lo primero que hice tras enterarme de lo de Jacob fue correr a ver a Vincent y pedirle que buscara cualquier registro de lactantes

fallecidos con ese apellido. Además, solicité una búsqueda de todas las personas llamadas Jacob Stoddard en California y Oregón. Nos dijo que había encontrado algunas pistas y convocó una reunión.

Hirsch, Vincent y yo nos reunimos en la sala de reuniones tenuemente iluminada. Vincent estaba de pie frente a la pizarra con toda la información sobre el caso de Jane. Le había llevado toda la tarde y ya era tarde, casi la hora de cenar. Todos teníamos gente a la que volver, familias que nos esperaban.

Pero Selena, como siempre, había insistido en quedarse con Jane en su apartamento. Jane estaba alterada y Selena no quería dejarla sola, sobre todo porque tenía la corazonada de que las habían seguido antes. Aquello no me gustó ni un pelo.

Vincent se apartó de la pizarra. —Para empezar, no he encontrado ningún registro de defunción de un niño con el apellido Stoddard en los últimos tres años.

Gracias a Dios. Podía significar que el bebé no había muerto. Pero teniendo en cuenta de dónde venía Jane —una comunidad que no utilizaba hospitales y, por lo tanto, no tenía registros oficiales de nacimiento o defunción—, era muy posible que la existencia de su hijo nunca se hubiera documentado. —Esperemos que sea porque sigue vivo.

Hirsch y Vincent asintieron.

Vincent continuó: —Y ahora, pasando al hombre en cuestión. Lo he reducido a tres Jacob Stoddard en el rango de edad adecuado. Uno en Oregón, dos en California.

Entrecerré los ojos. —¿Cómo ha obtenido la información? ¿Qué registros han aparecido?

—Buena pregunta —dijo Vincent.

Si Jacob era nuevo en la comunidad de Jane, podría significar que no siempre había sido antigubernamental como el resto de ellos. Quizá hubo un tiempo en el que estaba más «en el sistema» que fuera. Eso significaría registros: carnés de conducir, historial laboral, quizá incluso parientes... gente a la que podríamos localizar y hacer preguntas si fuera necesario.

—Jacob Stoddard tiene carné de conducir. Los tres lo tienen —informó Vincent.

—Bueno, entonces deberíamos tener fotos —dije.

Hirsch dijo: —Podríamos enseñárselas a Marilyn o a su hermano, Caleb, ya que ambos usan tecnología… si es que nos devolviera la llamada alguna vez… y él podría decirnos qué Jacob Stoddard es el correcto. —Frunció el ceño mientras me miraba—. Le he llamado varias veces. No ha contestado. Me hace preguntarme si Marilyn nos dio el número correcto en primer lugar.

—¿Sospecha de ella? —pregunté, un poco sorprendida. Marilyn había parecido callada y algo asustadiza, aunque, viniendo de una familia menos estricta que la de Keisha, quizá tampoco confiaba en los forasteros. O simplemente era tímida o estaba asustada. Incluso intimidada.

—No lo sé. —Hirsch se frotó la mandíbula—. Parecía evasiva cuando le tomé los datos, como si estuviera intentando recordarlos. Casi como si los estuviera recitando de memoria. Y cuando le pedí el número de teléfono de su hermano, no sacó su móvil para comprobarlo, simplemente lo soltó de carrerilla como si se lo supiera de memoria.

Vincent se animó. —Señal de alarma.

—¿En qué sentido?

Hirsch resopló. —La gente joven ya no memoriza números de teléfono, Martina. Todo el mundo depende de sus móviles. Solo la gente mayor o la gente con algo que ocultar guarda ese tipo de información en la cabeza.

Vincent dijo: —Es verdad. Piénselo. ¿Cuándo fue la última vez que memorizó un número de teléfono?

Dudé, sopesándolo. Tenían razón. La mayoría de la gente ni siquiera se sabía de memoria los números de su propia familia hoy en día. ¿Estaba Marilyn ocultando algo? ¿O simplemente era demasiado precavida?

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunté, examinando los perfiles de nuevo.

Vincent dijo: —Tenemos dos opciones: o localizamos a estos tres Jacob Stoddard nosotros mismos, o llamamos a Marilyn y a su hermano, de nuevo, y conseguimos que confirmen cuál es el tipo correcto. Pero eso supone que confiamos en ellos.

—Buena observación. Puede que no podamos.

Hirsch dijo: —Llamaré a Marilyn para ver si ayuda a identificarlo.

Nos quedamos en silencio mientras él sacaba su móvil y repasaba sus notas antes de marcar. Con el teléfono en la oreja, esperamos. Unos instantes después, negó con la cabeza antes de decir: —Hola, Marilyn, soy August Hirsch, trabajo con Drakos Monroe. Nos hemos conocido hoy. ¿Puede devolverme la llamada, por favor? Tengo una pregunta para usted sobre Jacob. —Dio su información de contacto y terminó la llamada. Me miró y dijo—: No voy a hacerme muchas ilusiones.

Vincent se apoyó en la pared. —Bueno, somos tres y ellos también. Si vamos a investigar a todos estos tipos, vamos a necesitar más ayuda.

—De acuerdo. Hirsch, ¿cree que Cromwell y el condado de Alameda echarían una mano?

Hirsch hizo una mueca. —Dice que está hasta arriba de trabajo. Se alegra de que hayamos descubierto la identidad de Jane, pero no cree que ayude mucho en la investigación en sí. Dijo que haría lo que pudiera por su parte, pero en cuanto a localizar amigos, hermanos o cualquier cabo suelto... simplemente no tiene tiempo.

La frustración bullía bajo mi piel. Empezaba a parecer que Cromwell no había investigado mucho en absoluto. Solo llevábamos una semana con el caso y ya habíamos identificado a Jane y descubierto que tenía un historial con un hombre llamado Jacob Stoddard, además de posibles conexiones familiares en Oregón. —¿Pero en la mayoría de las investigaciones, Jacob sería el principal sospechoso, y Cromwell no tiene tiempo para buscarlo?

Hirsch se encogió de hombros. —Dice que hará lo que pueda, pero está trabajando en un nuevo asesinato y está liado.

De acuerdo. —¿Dónde se encuentran exactamente los dos de California? —pregunté.

Vincent dijo: —Uno está en el norte, en el condado de Red Rose, a unas pocas horas. El otro está en Oakland; no muy lejos, a menos de una hora de aquí, más o menos.

—¿Y el de Oregón? —pregunté.

—Por la zona de Portland —dijo Vincent—. Los tres están en lugares accesibles, pero tendríamos que coordinarnos si queremos investigarlos como es debido.

Mi mente bullía de posibilidades. Si nos dividíamos, podríamos cubrir las tres localizaciones en un día o dos. Pero los riesgos eran altos: la seguridad de Jane era primordial, y si alguno de estos hombres era peligroso, necesitaríamos refuerzos.

—Tendremos que proceder con cuidado —dije—. Si uno de estos Jacob Stoddard es nuestro hombre, entonces no solo estamos tratando con un posible padre y novio de Jane. Estamos tratando con alguien que podría estar desesperado por mantener sus secretos enterrados. Y si cree que nos estamos acercando demasiado…

—Podría atacar —terminó Hirsch con gravedad.

—Exacto —asentí—. Sigamos intentando contactar con Marilyn y su hermano. Quizá nos estén evitando a propósito, pero tenemos que conseguir que hablen. Si pueden identificar al Jacob correcto, nos ahorrará mucho trabajo de campo.

Hirsch dijo: —Lo haré.

Vincent dijo: —Yo seguiré el rastro electrónico. Aprender todo lo que pueda sobre cada uno de los Jacob Stoddard.

Hirsch miró el reloj de la pared. Sí, era tarde. —¿Hacemos una pausa por esta noche? Todos tenemos familias a las que volver. Jane está a salvo, y esperar una noche por los antecedentes no afectará al caso. ¿De acuerdo? —pregunté.

Hirsch dijo: —De acuerdo.

—Entendido, jefa.

Con eso, dimos por terminada la reunión. En los viejos tiempos, no estoy segura de haberme tomado el descanso para estar en casa a las seis. Pero algunos dirán que estos días soy más vieja y más sabia. Si algo me ha enseñado este trabajo, es que nunca sabes cuántos minutos, horas, semanas o años te quedan con tus seres queridos. La familia es lo primero.

31

SELENA

Mirando los tristes ojos marrones de Jane, le pregunté:

—¿Estás segura de que no puedo quedarme? —Jane se había quedado conmocionada por los acontecimientos del día, y yo le había ofrecido pasar la noche en el sofá, pero ella insistía en que estaba bien.

—Estaré bien, te lo prometo.

—Está bien, entonces. Hablamos mañana.

—Vale. Conduce con cuidado.

Me acompañó hasta la puerta, donde le di un cálido abrazo antes de salir. El aire fresco de la medianoche me golpeó, provocándome un ligero escalofrío. Me entretuve un momento, esperando hasta oír el pesado sonido del cerrojo al encajar en su sitio y el de la cadena de seguridad. Solo entonces me di la vuelta y me dirigí por el estrecho sendero exterior del apartamento hacia mi coche en el aparcamiento a oscuras.

Estaba agotada, lista para dormir un poco yo también. Al llegar a mi coche, abrí la puerta del conductor, pero me detuve y miré a mi alrededor en el aparcamiento débilmente iluminado. Se me aceleró el pulso al ver a un hombre sentado en una berlina de cuatro puertas que me miraba fijamente.

Levanté la vista hacia las cámaras de seguridad y tomé nota mental para revisar las grabaciones más tarde si era necesario. Mi mano palpó instintivamente la porra que llevaba en el bolsillo mientras empezaba a caminar hacia el coche del hombre. Los faros del vehículo se encendieron de repente y el motor rugió mientras salía a toda velocidad del aparcamiento.

—¡Maldita sea! —mascullé, corriendo de vuelta a mi coche. Salté al asiento del conductor, arranqué el motor y salí disparada del aparcamiento en su persecución.

El corazón me martilleaba en el pecho. Nadie debería estar sentado en un aparcamiento oscuro a medianoche fuera de estos apartamentos. Se suponía que era un piso franco, bien investigado y con cámaras de seguridad vigiladas por todas partes. ¿Podría este tipo ir detrás de Jane? ¿O venía a por mí? En cualquier caso, tenía que averiguarlo.

La berlina serpenteaba por las calles vacías y yo apreté el acelerador para seguirle el ritmo. Me acerqué un poco más, entrecerrando los ojos para memorizar el número de la matrícula. El conductor intentó despistarme con un rápido giro a la derecha, pero derrapé detrás de él, con los neumáticos chirriando, negándome a perderlo de vista.

Repetí el número de la matrícula en silencio, decidida a no olvidarlo. Debería llamar a alguien, quizá a Martina. Pero probablemente estaría durmiendo. Además, ¿qué podría hacer ella ahora mismo? No —me dije—, podía encargarme de esto yo sola.

Nos lanzamos a toda velocidad por una calle residencial flanqueada por casas a oscuras; la única luz provenía de los faroles de los porches que de vez en cuando arrojaban luz sobre la calzada. Él giró bruscamente a la izquierda y yo lo imité, agarrando con fuerza el volante. No había necesidad de fingir que no lo seguía; él lo sabía. Y cuando consiguiera que se detuviera, me diría quién era y por qué estaba merodeando fuera de la casa de Jane.

Estaba tan absorta en la persecución que casi no me di cuenta de las luces intermitentes de un coche de policía que venía a toda velocidad detrás de mí. Las sirenas sonaron a todo volumen y el corazón se me disparó.

32

SELENA

EL HOMBRE SE DETUVO EN EL ARCÉN y yo, a regañadientes, hice lo mismo. El coche de policía frenó con un chirrido detrás de nosotros y dos agentes salieron a toda prisa; uno se dirigió al coche del hombre que iba delante de mí y el otro se acercó a grandes zancadas hacia donde estaba yo.

—Genial —mascullé entre dientes mientras él golpeaba bruscamente mi ventanilla.

Apagué el motor y levanté las manos en señal de obediencia.

—¡Salga del coche! —ladró, con la mano peligrosamente cerca del arma enfundada.

Me veía como una amenaza.

Me lo tomé como un cumplido.

Salí lentamente del coche con las manos en alto en señal de rendición. El agente me fulminó con la mirada.

—¿Tiene idea de a qué velocidad iba? —me preguntó con severidad.

—A unos ciento cuarenta por hora —dije, obligándome a mantener un tono uniforme a pesar de que los nervios me estaban destrozando.

—¿Puede explicarme por qué iba a ciento cuarenta y persiguiendo al otro coche?

Miré al hombre al que había estado persiguiendo, que ahora estaba siendo interrogado por otro agente fuera de su coche, para poder verlo mejor. Antes de que pudiera responder, un segundo coche patrulla se detuvo, con las luces parpadeando en la calle, por lo demás silenciosa.

Genial, refuerzos.

El primer agente me hizo un gesto para que caminara hasta la parte trasera de mi coche, fuera del alcance del oído del hombre al que había perseguido.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó.

Respiré hondo y me recompuse. —Me llamo Selena Bailey. Soy investigadora privada. Trabajo para Drakos Monroe Security & Investigations. Estaba en un piso franco de uno de nuestros clientes y, cuando salí al aparcamiento, este tipo estaba ahí sentado, como si estuviera acechando o vigilando a alguien. Así que intenté acercarme a él para averiguar qué hacía, pero salió pitando. Y lo seguí.

Me encogí de hombros con indiferencia, como si perseguir a desconocidos a toda velocidad fuera algo completamente normal.

—Lo que ha hecho ha sido muy peligroso —dijo con rotundidad.

Antes de que pudiera responder, se acercó otro agente, uno que parecía lo bastante joven como para seguir en la academia. Me miró con escepticismo.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó, mirándonos a ambos.

El primer agente asintió. —Tengo una historia interesante —le explicó por qué me había dado el alto y lo que le había contado. El agente más joven me miró con curiosidad—. Interesante.

El agente de más edad le dijo al joven: —Quédese aquí con la señorita Bailey mientras voy a ver qué pasa con el otro tipo.

El primer agente se dio la vuelta y regresó a donde estaba el hombre, que mantenía una postura rígida y tensa. Intenté descifrar lo que decían, pero la distancia lo dificultaba.

—Sabe que no es legal que una investigadora privada exceda el límite de velocidad y persiga a la gente, ¿verdad? —Se cruzó de brazos y me examinó de arriba abajo—. ¿Tiene siquiera edad para tener una licencia de investigadora privada?

—Sí, la tengo —respondí fríamente—. De hecho, trabajo para Drakos Monroe. ¿Ha oído hablar de la agencia?

Sus ojos se abrieron ligeramente. —Sí, he oído hablar de ella.

—Bueno, pues mi madrastra es Martina Monroe, y si tiene alguna pregunta al respecto, puede hablar con ella. O con su amigo, el sargento retirado Hirsch, con quien he estado hoy mismo.

La mirada del agente se detuvo en mí un momento más antes de suspirar. —¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Selena Bailey.

—Deme un segundo —dio unos pasos hacia atrás, sin quitarme los ojos de encima mientras sacaba el móvil. No sabía a quién llamaba; quizá a alguien que pudiera confirmar mi historia. Esperaba que sí, porque una multa por conducción temeraria no entraba en mis planes para esa noche.

El agente de más edad —en el uniforme ponía Johnson— regresó. —¿Tiene su identificación, señorita Bailey?

—Sí. Mi bolso está en el asiento delantero de mi coche —respondí, señalando con el pulgar la ventanilla del lado del copiloto.

—¿Lleva algún arma encima?

—Solo mi porra, la táser y el espray de pimienta. Ah..., y un arma de fuego en la guantera. Y sí, tengo licencia de armas —dije, encogiéndome de hombros con indiferencia—. Ah, y estas. —Agité los dedos con una sonrisita juguetona.

Negó con la cabeza, mirándome como si le pareciera divertida o una completa lunática; quizá una mezcla de ambas. —¿Le importa caminar hasta el lado del copiloto para que pueda coger su carné de conducir?

—Claro, sin problema —caminé despacio, con cuidado de mantener la calma en mis movimientos. No había necesidad de asustar al agente. Que me pegaran un tiro tampoco entraba en mis planes para esa noche—. ¿Y quién es el tipo? ¿Por qué estaba en el aparcamiento? ¿Se lo ha preguntado? —indagué, volviendo la vista hacia la berlina.

—Es un ciudadano particular que dice que estaba visitando a un amigo.

El agente más joven se acercó. —Tengo a alguien al teléfono que quiere hablar con usted —dijo él, con una expresión indescifrable.

Me dio un brinco el corazón. Esperaba que fuera Martina. Le encantaban los buenos sermones, y a mí ya me tocaba uno desde hacía tiempo.

Cogí el teléfono. —Soy Selena.

—Soy Hirsch.

Vaya. —Hola, Hirsch —dije de inmediato.

—El agente Keller me ha dicho que estabas siguiendo a alguien a gran velocidad. ¿A quién seguías? —Su voz profunda retumbó a través del teléfono.

—Esa es la cuestión, Hirsch: no sé quién es. Cuando me fui de casa de Jane, vi a un tipo sentado en su coche en el aparcamiento... a medianoche. Así que, obviamente, quería saber quién era. Corrí hacia él, pero entonces salió pitando. Y lo seguí.

—Selena, eso es increíblemente peligroso. No deberías haberlo hecho. —Su voz era cortante y atravesó mi bravuconería.

Suspiré. Era igual que Martina, sobreprotector hasta la médula. Pero yo sabía cuidarme sola. La mayor parte del tiempo.

—Estoy bien —le aseguré, mirando a los agentes que estaban a mi lado—. Estos encantadores agentes me han estado ayudando, y saben quién es el tipo, así que quizá podrías pedirles a tus colegas que compartan la información. Podría ayudar en el caso.

Casi pude oírle refunfuñar al otro lado de la línea. —Voy a pedirte que te vayas a casa, que no sigas a ningún otro vehículo misterioso, y ya hablaremos por la mañana. ¿Crees que puedes hacer eso?

—Puedo hacerlo. —Me tragué la irritación. Era un consejo sensato, pero aun así frustrante.

—Por favor, Selena, ten cuidado —añadió, esta vez más suavemente.

—Vale, vale. —Le devolví el teléfono al joven agente, que intercambió unas palabras más antes de colgar.

El agente Johnson dijo: —¿De qué iba eso?

El agente Keller, el más joven, dijo: —Era el sargento Hirsch. Ha confirmado que trabaja para Drakos Monroe.

—Como he dicho antes, estoy en un caso —dije, bajando la voz —. ¿Puede decirme quién es el tipo?

—No puedo decírselo —respondió con firmeza—. Es un ciudadano particular.

—Pero ya me he memorizado su matrícula, y la comprobaré cuando vuelva a la oficina —repliqué, cruzándome de brazos.

Johnson suspiró y negó con la cabeza. —Que tenga una buena noche, señorita Bailey, y conduzca con cuidado —murmuró, en tono displicente.

No me moví.

—Nos quedaremos aquí con ese caballero hasta que se vaya a casa.

—Bien —refunfuñé—. Hagámoslo por las malas.

A regañadientes, me di la vuelta y regresé a mi coche, con todos los nervios del cuerpo a flor de piel. Conseguiría respuestas. No sabía quién era ese hombre: alto, pelo castaño, ojos marrones, probablemente de veintitantos o casi treinta, y con una cara que parecía tallada en piedra. Tenía un aspecto malencarado. Algo en sus ojos sugería que no era un tipo cualquiera que pasaba por allí. Volveríamos a vernos, de eso estaba segura.

Al volver a entrar en el coche, observé por el retrovisor cómo los agentes regresaban hacia él. El hombre al que había estado persiguiendo miró en mi dirección, y su mirada se demoró. Él también se acordaría de mí.

33

MARTINA

Me quedé boquiabierta mientras escuchaba a Hirsch explicar la llamada que había recibido a altas horas de la noche de la policía local. Describió cómo le habían dado el alto a Selena por exceso de velocidad y por perseguir a un desconocido ella sola. Terminó diciendo: «Tiene suerte de que no le hayan puesto una multa o, lo que es peor, de que no la hayan metido en la cárcel o resultado herida de gravedad, a la velocidad que iba».

—Selena… —dije, negando con la cabeza—. ¿Qué otra cosa podía decir?—. No siempre ha priorizado su propia seguridad.

—Sé que ya se ha metido en líos bastante gordos antes. Como casi acabar muerta. ¿No se preocupa usted por ella?

—Sí. Todo el tiempo, Hirsch —dije—. A veces no demuestra tener el mejor juicio. Seré la primera en admitirlo. Pero tiene buen instinto, e intento no ser demasiado dura con ella…, teniendo en cuenta que yo podría haber hecho lo mismo en su lugar. Es preocupante que hubiera alguien esperando en el aparcamiento del piso franco.

—¿Esos pisos francos son solo para Drakos Monroe? —preguntó.

—No, somos propietarios de algunos de los apartamentos, no de todos. Pero nosotros instalamos las cámaras y están vigiladas las veinticuatro horas.

—Entonces, el hombre podría haber estado allí por cualquiera. No necesariamente una amenaza contra Jane.

—Cierto. Entre Selena y la vigilancia, deberíamos poder averiguar quién era. ¿Sus amigos no le dijeron quién era?

—No quise ponerlos en esa tesitura.

Hirsch, el Boy Scout.

Antes de que pudiéramos continuar, vi a Vincent y a Selena apresurarse hacia nosotros, con los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas por la emoción. Fuera lo que fuera que hubieran encontrado, era algo gordo.

—¡Lo tenemos! —exclamó Vincent sin aliento.

—¿Lo tienen? —pregunté.

Selena dio un paso al frente, con una luz feroz en los ojos. —Jacob Stoddard. Era él, el tipo de anoche. Sabe dónde está. Tenemos que trasladar a Jane ahora mismo.

De repente, mi preocupación por Jane se convirtió en pánico absoluto. Miré a Hirsch, con el corazón martilleándome en las costillas. A Selena le dije: —¿Has hablado con Jane? ¿Está bien?

—Está bien —me tranquilizó rápidamente—. Dice que todo ha estado tranquilo.

Al menos estaba a salvo. Por ahora.

Selena continuó: —Pero creo que deberíamos ir para allá, hacerle las maletas y trasladarla a otro sitio. No podemos correr riesgos, Martina.

—Tienes razón. Jacob estaba esperando fuera de su apartamento…, quién sabe qué más podría hacer. —Respiré hondo para tranquilizarme.

Hirsch dijo: —Llamaré al detective Cromwell y le comunicaré que hemos localizado a Jacob Stoddard. El condado de Alameda querrá hablar con él.

—De acuerdo.

Hirsch se volvió hacia Vincent. —¿Ha conseguido una dirección suya?

Vincent dijo: —Sí. Gracias a la matrícula que Selena memorizó cuando lo seguía, la he rastreado. He conseguido su última dirección conocida y su permiso de conducir. Es el de Oakland.

Hirsch dijo: —Llamaré a Cromwell y haré los arreglos para que lo detengan para interrogarlo. Avísenme si necesitan ayuda con Jane. Si no, trabajaré con Cromwell.

Dije: —Vaya.

Con un asentimiento, Hirsch se marchó a toda prisa.

—Puedo llevar a Jane a mi casa. Es bastante segura. Llamaré a Charlie y se lo haré saber, pero por ahora, puede quedarse con nosotros.

De repente, Selena dio un saltito sobre la punta de los pies. —O podría quedarse conmigo.

Era una sugerencia razonable. La casa de Selena estaba tan fortificada como la mía —su apartamento era prácticamente una fortaleza, con cerraduras reforzadas, cámaras de seguridad y todas las florituras que una investigadora paranoica podría desear—. Pero esa idea también me preocupaba. Si Stoddard había visto a Selena persiguiéndolo, podría saber ya quién era y rastrearla.

—¿Estás segura de que es buena idea? Puede que sepa quién eres.

—Aunque sepa quién soy, puedo con él. Si aparece en mi casa, estaré preparada.

—O podríais quedaros las dos con tu padre y conmigo —dije, preocupada por ambas.

Vaciló. —Vale —dijo—. Y ahora, ¿qué pasa con Stoddard? ¿Vamos a dejar que el condado de Alameda se lo quede sin más?

Dije: —Cromwell lo llevará a la comisaría para interrogarlo. Mientras esté en la del sheriff del condado de Alameda, estoy segura de que Hirsch se las arreglará para que podamos entrevistarlo.

Vincent dijo: —Parece que ustedes dos y Hirsch van a estar ocupados. Mientras se encargan de Jane y Jacob, yo buscaré todo lo que pueda encontrar sobre él: historial, socios, familia, cualquier cosa electrónica que se remonte lo más atrás posible.

—Se lo agradecemos, Vincent. Gracias.

—De nada, jefa.

A Selena, le dije: —Vamos.

Con eso, nos dimos la vuelta y salimos rápidamente de la habitación, impulsadas por la adrenalina. No había tiempo que

perder.

34

JANE

LO HABÍAN ENCONTRADO; presumiblemente, a mi novio o a mi marido, el padre de mi hijo. Lo encontraron porque él me encontró a mí, y ahora venían a recogerme, a empaquetar todas mis cosas y a trasladarme a otro lugar para garantizar mi seguridad. Me habían asegurado que estaría a salvo antes de que él apareciera; muy probablemente, el hombre de mis sueños, el hombre al que temía, el hombre que intentó hacerme daño.

Unos golpes secos en la puerta interrumpieron mis pensamientos. Corrí hacia ella y miré por la mirilla, como Selena me había indicado en más de una ocasión. Sabía que solo se preocupaba por mí. Era prácticamente mi única amiga, así que seguía sus consejos. Martina también era agradable, pero era más como una madre, en contraposición a la figura de mejor amiga que representaba Selena.

Abrí la puerta; Selena y Martina estaban allí, ambas con sonrisas forzadas en el rostro, como si no pasara nada, pero noté que algo no iba bien.

—Hola —dije con alegría, intentando ocultar mi ansiedad.

Entraron deprisa y cerré la puerta tras ellas.

—Hola —dijo Selena.

Martina me miró preocupada. —¿Cómo lo llevas?

—Supongo que estoy un poco nerviosa..., inquieta —admití, jugueteando con el bajo de mi jersey—. Dijisteis que lo habíais encontrado, al hombre que era el padre de mi bebé...

—Sí —dijo Selena—. El sheriff del condado de Alameda va a detenerlo para interrogarlo.

—¿Estáis bastante seguras de que fue él quien me atacó? —pregunté, con un nudo cada vez más apretado en el estómago.

Selena miró a Martina antes de volverse hacia mí. —Como ya hemos hablado, es el sospechoso más probable, pero eso no significa que fuera él quien lo hizo. Pudo ser algo aleatorio. Pudo ser cualquiera. Todavía estamos intentando averiguarlo.

Asentí, tratando de procesarlo todo. Estaban aquí para protegerme, pero eso no cambiaba el hecho de que ya no me sentía segura.

—¿Has empezado a hacer la maleta? —preguntó Selena, echando un vistazo al pequeño apartamento.

—Sí, no tengo muchas cosas, así que eso lo hace bastante fácil. —Las únicas posesiones que tenía eran las que me habían dado en el hospital y algunos artículos que había comprado en viajes de compras con Selena y Martina. Ambas eran tan amables... No sabía qué había hecho para merecer su bondad—. Estoy lista para irme —dije, de pie, incómoda, en medio del pequeño salón.

Martina miró a Selena y luego a mí. —¿Por qué no nos sentamos un momento en el sofá y hablamos? —sugirió, dando una palmadita en el cojín a su lado.

—Vale —dije, dejándome caer en el sofá.

Martina se inclinó ligeramente hacia delante, con expresión seria. —Estaba pensando que quizá podrías quedarte en mi casa; con Charlie, mi marido, y por supuesto, con Barney, nuestro perro. Selena también se quedará con nosotros. Me preocupa un poco que, hasta que no sepamos con seguridad que Jacob Stoddard va a estar entre rejas, o que al menos no es una amenaza para ti o para Selena, os quedéis con nosotros.

Dudé. —Vale..., ¿pero por cuánto tiempo?

—No estoy segura —admitió Martina—. Pero espero que no sea por mucho. Seguro que en algún momento te gustaría empezar tu

vida sin tener que andar mirando por encima del hombro.

—Sí, me gustaría. —Entonces, otro pensamiento se abrió paso y levanté la vista, con voz tensa—. ¿Creéis que sabe dónde está mi bebé? ¿O al menos qué le pasó? —Podía sentir cómo la tensión me oprimía el pecho—. Tengo un mal presentimiento sobre todo este asunto.

La expresión de Martina se suavizó, mostrando compasión en cada arruga de su rostro. —Desde luego que vamos a preguntarle sobre eso. Vamos a preguntarle de todo: sobre ti, dónde ha estado y si intentó hacerte daño.

—Entonces..., ¿todo esto podría acabar pronto?

Selena se inclinó, con voz suave. —Eso esperamos. Haremos todo lo posible para zanjarlo.

Si esto acababa pronto... ¿Qué significaba eso para mí? ¿Qué pasaría en el futuro? No tenía historial laboral, ni dinero, y un presentimiento terrible sobre mi familia. Algo en mi interior sabía que no podía volver a casa. Pero ¿entonces qué? ¿Cómo podría seguir adelante a partir de aquí? Selena y Martina no podían mantenerme para siempre.

Me levanté bruscamente, sacudiéndome la espiral de pensamientos. —Supongo que deberíamos irnos.

Martina pareció sorprendida, pero se recuperó rápidamente. —Sí, a menos que haya algo más de lo que quieras hablar.

—No, creo que me sentiré mejor si nos vamos ya.

—De acuerdo.

Fui a coger la única caja de cartón que había junto a la puerta: toda mi vida reducida a esa pequeña caja. Supuse que era más de lo que tenía hacía un mes. Al agacharme para levantarla, un repentino fogonazo de memoria me invadió.

En mi mente, vi otra caja; había algo dentro. Antes de que pudiera abrirla en el recuerdo, una mano salió disparada, me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás. La fuerza me derribó al suelo. El rostro estaba claro ahora: su rostro. El hombre se cernía sobre mí, bloqueándome el camino de vuelta a la caja.

Más recuerdos me inundaron en rápida sucesión. Me dio una patada, fuerte, y luego me levantó de la muñeca de un tirón,

lanzándome contra una silla. —Siéntate —ordenó, con una voz fría y aterradora—. No vas a ir a ninguna parte.

Jadeé, volviendo bruscamente al presente. El corazón me latía con fuerza y el pulso me retumbaba en los oídos. Me levanté y me volví hacia Martina y Selena, temblando. —¿Tenéis una foto de Jacob Stoddard?

Los ojos de Martina se abrieron un poco más. —Tenemos la foto de su carné de conducir. ¿Quieres verla?

Asentí frenéticamente.

Sacó su móvil y deslizó el dedo por la pantalla un momento antes de dármelo. Me quedé mirando la imagen, conteniendo el aliento.

Mientras mi cuerpo temblaba, dije: —Es él... Definitivamente es él.

Selena dijo: —¿Has recordado algo más también?

—Sí —dije, con los ojos todavía fijos en la foto. Podía sentir más recuerdos aflorando, oscuros y sofocantes—. Y no es un buen hombre.

35

MARTINA

En casa, me recibieron tanto Charlie como Barney. Charlie, con su sonrisa afable y su cálida presencia, me envolvió en un abrazo reconfortante que me hizo relajarme al instante. Barney, nuestra bolita de pelo, fue más efusivo. A pesar de su edad y la ligera rigidez en sus patas, se abalanzó hacia mí, con la cola agitándose frenéticamente como si me hubiera ido durante semanas. Aunque Barney se estaba haciendo mayor, su espíritu no había mermado ni un ápice.

Di un paso atrás y dije:

—Gracias por dejarme siempre traer a casa a gente que necesita un sitio donde quedarse.

Charlie sonrió y una pequeña arruga se le formó en el rabillo de los ojos.

—Nunca es un problema. No es la primera vez y probablemente no será la última.

Esa era una de las razones por las que lo quería tanto. Tenía una franqueza, una generosidad que se extendía a cualquiera que la necesitara. Charlie no era solo mi marido; era una roca firme en un mundo que a veces parecía demasiado turbulento. Le devolví la sonrisa, agradecida por el apoyo que me daba.

Unos pasos detrás de nosotros, Selena y Jane entraron en silencio. Selena, con su pelo castaño rojizo cuidadosamente recogido detrás de las orejas, esbozó una sonrisa pequeña y tímida. Jane, por el contrario, parecía un poco insegura y miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos. Me giré, abrí la puerta de la habitación de Zoey e hice pasar a las dos chicas.

Dudé un instante en el umbral, con la mirada perdida en la habitación. ¿Debería seguir conservándola tal y como la dejó Zoey? Con sus paredes de color rosa pálido y el collage de fotos sujeto con chinchetas sobre su escritorio, estaba exactamente igual que antes de que se fuera a la universidad. Pero como se casaba pronto y pasaba más tiempo con la familia de su prometido, probablemente dejaría de venir a casa con tanta frecuencia como antes. El pensamiento me golpeó con una punzada de agridulce comprensión. Se estaba haciendo mayor, y esta habitación —su habitación— parecía una cápsula del tiempo de la chica que fue. Una parte de mí quería aferrarse a ella, a los recuerdos que albergaba, pero otra parte me decía que quizá era hora de dejarla ir, de permitir que cambiara como lo hacía ella.

Dentro de la habitación de Zoey, llevé a Jane hasta la cómoda. Los cajones estaban casi vacíos, salvo el de abajo, donde Zoey guardaba algo de ropa de emergencia: un par de vaqueros de repuesto, algunos jerséis cómodos, cosas que no se llevó a la universidad, pero que podría necesitar si alguna vez se quedaba a dormir inesperadamente.

—Siéntase libre de usar los dos primeros cajones —dije, señalándolos—. Y hay perchas en el armario si las necesita.

Los hombros de Jane parecieron relajarse un poco mientras pasaba los dedos por la madera pulida.

—Gracias de nuevo por dejarme quedar aquí. Es muy amable por su parte.

—No es nada —dije—. Y Selena, ¿necesitas pasar por tu casa a coger algo o tienes suficiente en tu habitación? —le pregunté, volviéndome hacia ella.

Selena, que había estado de pie en silencio a un lado, negó con la cabeza.

—Creo que hasta mañana me arreglo. Puede que me pase más tarde a coger algunas cosas.

—De acuerdo —dije. No se trataba solo de darles un sitio donde quedarse, sino de hacer que se sintieran seguras, queridas y tan cerca de un «hogar» como pudiera ofrecerles. Pasara lo que pasara.

Charlie estaba en el umbral de la habitación de Zoey, observándonos, mientras Barney daba vueltas alrededor de Selena antes de acercarse a saludar a Jane. Selena se aproximó a Charlie y lo rodeó con sus brazos.

—Hola, papá.

—Hola, cariño —dijo él, devolviéndole el abrazo.

Jane se movió con cierta incomodidad.

—Señor Bailey, gracias por dejar que me quede aquí.

—Por favor, llámame Charlie —la corrigió él con amabilidad, restando importancia a la formalidad—. ¡Cuantos más, mejor! Así veo a mi hija y tengo más gente con la que probar mis nuevas recetas.

Le eché un vistazo, curiosa.

—¿Qué es esta vez?

—He estado experimentando con una nueva salsa de mostaza de Dijon. Creo que os gustará.

Sonreí. Era una auténtica bendición estar casada con alguien a quien le encantaba cocinar. A mí no se me daba muy bien, pero desde luego me encantaba comer, sobre todo las recetas de Charlie.

—¿Cómo va el libro, papá? —preguntó Selena, ladeando la cabeza.

—Va bien. Barney ha estado ayudando —dijo Charlie, dedicándole una mirada juguetona al perro.

Me reí.

—Y con «ayudando», ¿quieres decir que se sienta encima de tu portátil cuando no le prestas atención?

—Exacto.

—Os dejo que os instaléis. Estaremos en el salón por si necesitáis algo —dije, empezando a salir de la habitación.

Charlie dijo:

—Si tenéis hambre, puedo preparar sándwiches, o tenemos lasaña y pan de ajo en la nevera que sobró de anoche.

—A mí me apetece comer —dijo Selena.

Jane también sonrió.

—Sí, si vas a preparar algo de todas formas.

Era casi la hora de comer.

—¡Genial, entonces! Marchando —dijo Charlie mientras salía a toda prisa. Le di un abrazo rápido a Jane antes de dejarlas a ella y a Selena en la habitación de Zoey. Me dirigí a la cocina, donde Charlie ya estaba atareado en la encimera.

—Eres el mejor —dije con calidez.

—Oh, para ya —dijo él con una sonrisa juguetona, mirando por encima del hombro—. ¿De verdad crees que las dos corren peligro?

—Bueno, hasta que no oiga que ese tipo está bajo custodia y ya no es una amenaza para Selena o Jane, quiero asegurarme de que están en un lugar donde nadie pueda llegar a ellas.

—¿Se está encargando Hirsch?

—Sí, se está coordinando con el condado de Alameda. Deberían detener al tipo de un momento a otro.

—Bien.

Justo en ese momento, me vibró el móvil. Al mirar la pantalla, vi aparecer el nombre de Hirsch.

—Es Hirsch —dije, disculpándome para salir de la cocina y meterme en el pasillo. Deslicé el dedo para contestar—. ¿Qué pasa?

—Creo que deberías venir aquí bastante rápido, Martina —dijo Hirsch con voz tensa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hemos detenido a Jacob Stoddard. Está en la comisaría del sheriff del condado de Alameda. Lo han traído para interrogarlo, pero… ha pedido un abogado. Creo que lo van a soltar pronto. Quizá quieras venir lo antes posible para hacerle preguntas antes de que se vaya.

—Gracias, Hirsch. Voy para allá. —Tras colgar, volví a toda prisa a la cocina y le planté un beso rápido en la mejilla a Charlie—. ¿Dejamos la comida para otro momento?

—¿Ah, sí? —preguntó él, enarcando las cejas.

—Jacob Stoddard está en la comisaría, pero podrían ponerlo en libertad pronto. Tengo que estar allí antes de que eso ocurra.

La expresión de Charlie pasó de la confusión a la comprensión.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. —Volví a la habitación de Zoey y encontré a Jane y Selena sentadas en la cama, enfrascadas en una conversación.

—Chicas —empecé—, voy a tener que salir para interrogar a Jacob Stoddard. Está en la comisaría del sheriff de Alameda.

—¿Ya? —preguntó Jane, enderezándose.

—Como le pararon hace poco, han podido confirmar su última dirección conocida bastante rápido, y ya teníamos información sobre su lugar de trabajo. Ha sido una detención rápida.

—Entonces, ¿por qué la prisa? —preguntó Selena.

—Creen que podrían tener que soltarlo pronto.

Jane se levantó bruscamente.

—¿Puedo ir?

—¿Quieres ir? —pregunté, sorprendida por la petición—. ¿Por qué?

—Me gustaría verle. Hacerle preguntas. Quizá me ayude a recuperar más recuerdos.

—No estoy segura de que sea una buena idea, Jane —dije con vacilación, sopesando el riesgo.

Selena intervino:

—Quizá yo pueda quedarme con ella dentro de la comisaría mientras tú le interrogas. Y cuando termines, a lo mejor podemos organizar que Jane lo vea, solo brevemente. Nada oficial, pero creo que se lo merece, ¿no crees?

Miré a Selena, deseando que me lo hubiera preguntado en privado y no delante de Jane. La idea no me gustaba, en absoluto. Pero… tenía razón. Estaría en la comisaría de un sheriff, desarmado, rodeado de agentes de la ley. Si intentaba algo, estaríamos allí para protegerla.

—Vale —dije a regañadientes—. Vamos. Tenemos que darnos prisa.

36

MARTINA

De camino a la comisaría del condado de Alameda, el ambiente en el coche estaba cargado de un nerviosismo palpable. Hubo largos ratos de silencio, interrumpidos por preguntas ocasionales sobre la seguridad y sobre lo que pensaba preguntarle. Sabía que Selena quería estar en la sala de interrogatorios conmigo, pero su prioridad era proteger a Jane, ser su amiga y una fuente de consuelo. Jane estaba a punto de ver al hombre que la había herido y que podría haber intentado matarla. Necesitaba a Selena a su lado.

Al entrar en el aparcamiento de la comisaría, eché un vistazo a las dos mujeres sentadas en silencio en el asiento trasero. Jane tenía las manos fuertemente apretadas y Selena estaba sentada cerca de ella, casi hombro con hombro.

—Hirsch ha dicho que se reunirá con nosotras en la entrada —dije—. Selena, esperarás con Jane hasta que yo haya tenido la oportunidad de interrogar a Jacob.

—¿De verdad tiene que hablar contigo? —preguntó Selena.

—No, no tiene por qué. Y ya ha pedido un abogado, así que, técnicamente, nadie de las fuerzas del orden puede hacerle ninguna pregunta —dije—. Pero yo sí, y Hirsch también, porque él tampoco es policía.

Selena asintió lentamente.

—De acuerdo. Vamos.

Salimos todas del coche y las observé mientras caminaban un poco por delante de mí, con sus pasos sincronizados.

Al acercarnos a la entrada, vi a Hirsch de pie junto a la puerta. Nos saludó con la mano al vernos y yo se la devolví.

—Hola, ¿qué tal estáis? —preguntó al acercarnos.

—Estamos bien —dijo Selena.

Jane permaneció en silencio, con la mirada baja.

—Bien —dijo Hirsch—. He hablado con Cromwell. Está justo dentro. Os llevará a las dos a una sala mientras Martina y yo intentamos hablar con Jacob.

Con un silencioso asentimiento, seguimos a Hirsch al interior de la comisaría. El detective Cromwell nos estaba esperando, con expresión seria.

—Me alegro de verla, Martina —dijo Cromwell, tendiéndome una mano.

—Igualmente.

Cromwell dijo: —Y tiene usted buen aspecto, Jane. Me alegro de verla. Selena, me alegro de verla a usted también. ¿Puedo ofrecerles algo antes de que vayamos a la sala?

—Estoy bien —dijo Selena.

—¿Y usted? —preguntó Cromwell, mirando a Jane—. ¿Necesita algo?

—Nada, gracias —murmuró Jane, con voz apenas audible.

Podía ver la tensión en sus hombros, la forma en que su mirada revoloteaba por la sala, buscando salidas. Comprensiblemente, estaba nerviosa. Estaba a punto de enfrentarse a su agresor, al hombre que muy bien podría haber acabado con su vida si hubiera tenido la oportunidad.

Cromwell nos condujo a una pequeña sala de reuniones e hizo un gesto a Jane y a Selena para que entraran. Antes de cerrar la puerta, se volvió hacia nosotros. —Si necesitan cualquier cosa, estaré justo aquí fuera.

—Gracias —dijo Selena, posando una mano tranquilizadora en el brazo de Jane.

La puerta se cerró con un chasquido, dejándonos a Hirsch y a mí de pie en el pasillo. Había llegado el momento. Hora de enfrentarse a ese hombre. Mientras seguíamos por el pasillo, Cromwell se inclinó ligeramente y dijo: —Parece nerviosa.

—Creo que lo está —dije, volviendo la vista hacia la puerta cerrada donde Jane y Selena esperaban.

—¿Ha recordado algo?

—Los recuerdos le están volviendo poco a poco. Ha recordado algunas cosas mientras ha estado despierta, pero la mayor parte ha surgido a través de pesadillas —le expliqué—. Está bastante segura de que Jacob abusó de ella.

—Eso no me sorprende —dijo Cromwell, negando con la cabeza —. Pero, al mismo tiempo, esto no parece un caso sencillo de intento de asesinato.

—De acuerdo —dijo Hirsch—. Aún no hay pruebas sólidas, pero si abusó de ella en el pasado, no es descabellado pensar que ella huía de él y que finalmente la alcanzó. Esa es mi teoría, de todos modos.

Cromwell dijo: —Pero él ha estado en la bahía de San Francisco bastante tiempo, al menos durante el último año.

Yo dije: —Sí, pero eso no significa que no la haya estado buscando.

—Cierto —dijo—. Solo para que lo sepa, su abogado aún no ha aparecido.

—Gracias, Cromwell —dije.

—De nada.

Cromwell se detuvo ante una pesada puerta reforzada con acero, respiró hondo y la abrió. —Tiene un par de visitas, Jacob —anunció.

El hombre que estaba dentro de la sala de interrogatorios, sentado solo en una mesa de metal, giró la cabeza. Sus ojos, de un marrón oscuro, eran agudos, y nos escrutaron con curiosidad, pero fue algo fugaz; más una evaluación que un interés real. Se reclinó ligeramente, cruzando los brazos en un gesto de desafío casual.

—He invocado mi derecho a un abogado. No voy a hablar con usted —dijo Jacob secamente, con un tono cortante.

—Son visitas, no la policía —aclaró Cromwell con una sombra de sonrisa—. Solo visitas. Amigos.

La mirada de Jacob se agudizó, claramente disgustado, pero no protestó. Entré, con Hirsch pisándome los talones.

Ambos nos sentamos frente a él, manteniendo una postura relajada, casi amistosa. —Hola, Jacob —empecé, con voz serena—. Me llamo Martina Monroe, y este es mi socio, August Hirsch.

—¿Por qué están aquí?

—Soy investigadora privada e Hirsch me está ayudando con el caso —expliqué—. Nos dijeron que había una mujer que no recordaba su identidad, así que he estado tratando de averiguar quién es. No somos de la policía.

—Ya veo —dijo, inclinándose ligeramente hacia delante y entrecerrando los ojos.

—¿Sabe a quién encontramos? —pregunté.

Sus labios se torcieron, casi en una mueca de desdén. —Por lo que tengo entendido, encontraron a Hanna.

—Sí, encontramos a Hanna. Y usted también —dije en voz baja —. Me gustaría entender cómo la encontró.

Ladeó la cabeza, considerándome un momento antes de encogerse de hombros con indiferencia. —Un amigo me lo dijo.

¿Quizá Marilyn o su hermano? Ninguno de los dos se había molestado en devolvernos la llamada. —¿Y qué hacía exactamente sentado en el aparcamiento de su apartamento anoche? —pregunté.

—Solo quería saber si estaba bien. ¿Cómo está?

No me creí ni por un segundo que le importara su bienestar. Su lenguaje corporal era demasiado controlado, demasiado preciso. Mentía como un bellaco y ambos lo sabíamos. Si fuera mujer de apuestas, diría que había estado fuera de ese apartamento por razones mucho más siniestras.

—Está bien —dije, con una sonrisa fina—. Aunque es muy amable de su parte preguntar.

—Bueno, me preocupo mucho por ella. Me preocupé mucho cuando se escapó —dijo Jacob, bajando la voz a un tono falsamente sincero.

—Pero no lo suficiente como para denunciar su desaparición —señaló Hirsch.

—Así no se hacen las cosas de donde venimos. Bueno, de donde viene ella.

—¿Le importaría contarnos de dónde viene ella? No recuerda mucho; muy poco, en realidad —dije, con la esperanza de que siguiera hablando.

Resopló suavemente. —Bueno, he oído que hablaron ustedes con su hermana, así que probablemente sepan que es de Oregón. Creció en una... digamos, en una familia peculiar. Tipos antigobierno. Demonios, Hanna ni siquiera tiene certificado de nacimiento. —Se reclinó, negando con la cabeza como si lo absurdo del asunto aún le sorprendiera—. Me quedé de piedra. Íbamos a casarnos, pero tuvimos que pasar por el proceso de conseguirle un certificado de nacimiento; un certificado de nacimiento con retraso. ¿Tiene idea de lo difícil que es conseguir eso?

—No, la verdad es que no —dije.

—Es una pesadilla —suspiró—. Tienes que conseguir declaraciones juradas de parientes, que verifiquen cuándo nació. Es todo un lío. Así que, en fin, no nos casamos por eso.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron juntos Hanna y usted? —pregunté, volviendo a centrarme en Hanna.

—Estuvimos juntos unos dos años antes de que me abandonara. A ver, entiendo por qué —dijo, soltando un largo suspiro.

Levanté una ceja. —¿Por qué se escapó?

—Como probablemente ya sabrán, estaba embarazada y tuvo al bebé. Éramos tan felices.

—¿Fue un niño o una niña? —pregunté.

—Una niña. Preciosa. Igualita que Hanna —dijo, mientras una sombra cruzaba su rostro.

Como en el recuerdo de Hanna. —Entonces, ¿qué pasó?

—Estábamos desolados. La bebé, Abigail..., murió. Solo tenía ocho meses. Fue el SMSL, el síndrome de muerte súbita del lactante. No había nada que pudiéramos haber hecho. No teníamos ni idea de que fuera posible —dijo con poca emoción.

—¿Fue Hanna al hospital para tener a Abigail? —pregunté.

Él negó con la cabeza con vehemencia. —No, no. Su familia la había puesto en contra de los médicos y la medicina. Nunca quisieron que fuera a un hospital. Se lo digo, esa gente está un poco loca.

—¿Dónde tuvo al bebé?

—En casa —dijo—. La ayudé durante el parto. Busqué cosas en internet, tuve que hacerlo para saber cómo hacerlo bien. Quería que estuvieran a salvo. —Hizo una pausa—. Pero fracasé en eso.

—Si nunca fueron a un hospital, ¿cómo supo que Abigail había muerto por el SMSL?

Jacob dudó unos instantes. —Lo busqué en internet.

Una búsqueda en Google no era precisamente un sustituto de una autopsia. Miré a Hirsch y él levantó las cejas.

—Entonces, ¿qué pasó con Hanna? —pregunté.

—Ella... se volvió loca conmigo —dijo—. Lo entendí. Yo también estaba de luto, desolado. Nuestra niña... se había ido, así como si nada. Éramos tan felices, jóvenes y enamorados, y luego tuvimos esta hermosa bebé y nos lo arrebataron todo tan rápido. Simplemente no creo que pudiera soportarlo.

—Así que... ¿se escapó? —pregunté, con escepticismo.

—Sí —dijo—. Se escapó e intenté detenerla. Ya sabe, le dije que podíamos superarlo juntos. Nos queríamos. Podíamos superar cualquier cosa si estábamos juntos.

Estudié su rostro, sus ojos un poco demasiado abiertos, su voz demasiado ensayada. Me pregunté si se creía mejor actor de lo que realmente era. Había visto las radiografías de Jane. Había oído sus recuerdos fracturados. No quería que se quedara por amor; quería que se quedara porque creía que era de su propiedad.

—Claro —dije—. ¿Y cuándo exactamente dejó de intentar ayudarla, Jacob?

Desvió la mirada, con la mandíbula tensa, y supe que había tocado un punto sensible.

—¿La buscó?

—Sí. Intenté encontrarla. Quería conseguirle ayuda —insistió Jacob, con los ojos muy abiertos como si suplicara comprensión—. Pero era como si, cada vez que me hacía una idea de dónde podía

estar, volvía a desaparecer. ¿Sabe? Le juro que me alegré mucho de saber que la habían encontrado y que está... está viva y sana. —Hizo una pausa, respirando hondo—. Solo quiero hablar con ella.

—Entonces, ¿por qué no fue a verla cuando supo dónde estaba? —le reté.

Jacob se movió incómodo. —Sinceramente, no fui a hablar con ella porque tenía miedo de que no quisiera hablar conmigo, teniendo en cuenta que huyó la última vez que la vi.

Intercambié una rápida mirada con Hirsch, que me dedicó una mirada de complicidad. Me volví hacia Jacob, inclinándome ligeramente. —¿Cuándo fue la última vez que vio a Hanna?

—Ha sido... probablemente hace un año y medio. Fue entonces cuando se escapó.

—¿Y qué pasó con la bebé después de morir? —pregunté en voz baja, observando su reacción.

—La enterramos —dijo en voz baja, bajando la mirada a la mesa.

—¿Dónde la enterraron?

—Allá en Oregón, cerca de donde ella vivía. Sin embargo, no fuimos a su casa, porque, bueno, como he dicho, su familia es... diferente. Y su padre, madre mía... un hombre violento y horrible. Si se hubiera enterado de que tuvo un bebé sin estar casada... —se interrumpió, negando con la cabeza—. No sé qué habría hecho. Pero seguro que no la habría dejado quedarse. El resto de ellos la habrían repudiado.

Asentí lentamente, reconstruyendo su narrativa.

—¿Recuerda exactamente dónde está la tumba? —pregunté—. Si enviáramos a un equipo allí, ¿podrían encontrar a la bebé?

El rostro de Jacob se contrajo con súbita ira. —No voy a dejar que desentierre a mi niña. ¿Está loca?

Levanté las manos en un gesto tranquilizador. —No estoy diciendo que sea eso lo que vayamos a hacer. Solo pregunto.

Me fulminó con la mirada durante un largo momento, luego se reclinó, negando de nuevo con la cabeza.

—¿Dónde vivían en ese momento?

—Vivíamos en el norte de California, justo en la frontera —murmuró, cruzando los brazos a la defensiva.

—Así que condujeron de vuelta a Oregón para enterrar a la bebé —repetí lentamente—, y luego, cuando volvieron, fue cuando ella se escapó y desapareció.

Su expresión se ensombreció. —Sí, ojalá se hubiera quedado conmigo. Solo quería que estuviera a salvo —dijo, con la voz chorreando falsa sinceridad.

—¿A salvo de qué?

—De sí misma. De su familia.

—¿Y se ha instalado aquí en la bahía de San Francisco durante el último año, por lo que tenemos entendido?

—Sí —suspiró—. Tengo que trabajar, ¿sabe? Quería pasar todo mi tiempo buscándola, pero no podía. Tengo que pagar el alquiler. —Hizo una pausa—. Pero ojalá volviera a casa conmigo. ¿Hay alguna forma de que pueda hablar con ella?

—Sí, de hecho —dije, reclinándome ligeramente—. La hemos traído a la comisaría.

Los ojos de Jacob se abrieron de par en par. —¡Oh, genial! —exclamó, con una sonrisa que se dibujó en su rostro. La repentina avidez fue inquietante.

—Pero eso me preocupa un poco —dije.

—¿Por qué? —preguntó, y su sonrisa se desvaneció—. Solo quiero lo mejor para Hanna. La quiero de verdad.

—Creo que ella lo recuerda de otra manera.

—¿Creía que no tenía recuerdos? —espetó, con un tono repentinamente agudo.

Me incliné hacia delante. —Ha tenido pesadillas, Jacob. Y algunos destellos de recuerdos. Todavía no lo recuerda todo, pero por lo que sí recuerda... Bueno, llevo mucho tiempo dedicándome a esto. Y verá, mi amigo aquí trabajaba en homicidios. A ambos nos preocupa mucho la seguridad de las personas a las que debemos proteger.

—No tiene nada que temer de mí. Se lo juro.

Lo estudié durante un largo momento, sopesando cuidadosamente mi siguiente pregunta. —¿Dónde estaba el 23 de agosto, Jacob?

Se puso rígido, entrecerrando los ojos. —Eso suena un poco a pregunta policial —dijo lentamente—. ¿Me está interrogando ahora?

—No —dije, sin apartar la mirada—. Solo intento entender qué le pasó a Hanna.

Se reclinó, cruzando los brazos sobre el pecho a la defensiva. —Dijo que no era de la policía.

—No lo soy —le aseguré—. Pero como he dicho, estoy muy preocupada por la seguridad de Hanna.

—Sí, bueno —dijo—. Como ya le he dicho, no tiene nada que temer de mí. La quiero.

Miré a Hirsch, que asintió levemente. Ambos sabíamos cómo era el tipo de «amor» de Jacob. Y distaba mucho de ser inofensivo.

—Si eso es cierto, ¿por qué no quiere hablar con la policía? —pregunté, manteniendo mi mirada fija en él.

—Simplemente no me gusta hablar con la pasma, ¿sabe? —dijo Jacob, removiéndose en su asiento—. Le juro que nunca le haría daño. Tengo una coartada, si es eso lo que pregunta. El 23 de agosto, lo recuerdo claramente. Estaba en Las Vegas en la despedida de soltero de un amigo.

—¿Una coartada? —levanté una ceja—. ¿Le ha contado esto al detective Cromwell?

—Ya le he dicho que no voy a hablar con él sin un abogado.

—¿Estaría dispuesto a darnos algunos detalles sobre su viaje? —insistí—. ¿Fue en avión? ¿Condujo?

—Mire —espetó—. No me interesa ningún tipo de interrogatorio. Solo quiero ver a Hanna. Quiero llevarla a casa, hacerle saber que la quiero. Quiero protegerla.

Me incliné ligeramente. —Bueno, me gustaría saber con certeza, como alguien que ha estado protegiendo a Hanna, que no fue usted quien casi la mata y la dejó por muerta el 23 de agosto.

Los ojos de Jacob lanzaron un destello de ira, pero forzó una expresión de calma. —Ya le he dicho que estaba en Las Vegas con mis amigos. Está todo a mi nombre, por lo que tengo entendido tienen mi información. Compruebe los registros de vuelo. Compruebe los hoteles. Tienen cámaras de seguridad por todas partes en Las Vegas. Ni siquiera estaba en la bahía de San Francisco cuando la atacaron.

Lo estudié, sopesando la veracidad de sus palabras. Parecía demasiado ansioso por demostrar su inocencia, pero eso no significaba que estuviera mintiendo. Si estaba en Las Vegas, no podía haber sido él quien atacó a Hanna esa noche. Entonces, ¿quién lo hizo?

—De acuerdo —dije lentamente, reclinándome—. Agradezco su cooperación. Comprobaremos su coartada. Y le dejaremos ver a Hanna, pero solo unos minutos. Como puede imaginar, ha pasado por una prueba muy dura.

El rostro de Jacob se suavizó y, por un momento, casi me creí la preocupación en sus ojos. —Solo quiero lo mejor para ella.

37

JANE

SELENA ME ESTABA CONTANDO una historia sobre la primera vez que estuvo en una comisaría. Le restó importancia, pero yo podía sentir el peso del recuerdo; fue una experiencia traumática para ella. Creo que utilizaba el humor para sobrellevarlo. Aquella primera vez había sido justo después de que mataran a su madre —un recuerdo terrible, desde luego—, pero no se centró en la pérdida. En su lugar, habló de lo que se sentía al estar dentro de una comisaría y de cómo conoció a un gran agente de policía que acabaría cambiándole la vida.

Dijo que fue entonces cuando decidió que quería dedicar su vida a ayudar a la gente, ya fuera a través de las fuerzas del orden o de la investigación privada. Aquella experiencia, me contó, le había dado una dirección clara sobre lo que quería hacer con su vida.

De repente, la puerta se abrió de golpe y entraron Martina y Hirsch. Sus rostros eran sombríos, sin rastro de sonrisa.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—Ha hablado con nosotros. Dice que tiene una coartada y que no fue él quien te atacó —dijo Martina—. Ya he llamado a Vincent para que empiece a verificar su coartada y ver si es sólida.

Selena dijo:

—¿Os ha contado algo más?

Martina y Hirsch intercambiaron una mirada antes de sentarse en las sillas frente a nosotras. Martina se aclaró la garganta.

—Sí. Ha confirmado la historia de Keisha sobre de dónde eres y cómo os escapasteis... y tuvisteis un bebé.

El corazón casi se me salía del pecho. Las palabras me golpearon como un maremoto. ¿Qué le pasó a mi niña?

—Ha dicho que te escapaste de él —añadió Martina en voz baja.

—Eso es lo que recuerdo —dije—. Supuse que intenté marcharme de nuevo y lo conseguí. ¿Ha dicho qué le pasó a nuestra niña?

Martina tragó saliva.

—Ha dicho que vuestra hija, Abigail, murió cuando tenía ocho meses... de muerte súbita del lactante. Lo siento mucho.

La habitación dio vueltas a mi alrededor. Afloró un recuerdo, no una pesadilla, sino una pesadilla en vida. El bebé en la cuna, tan quieto. Alguien me decía que no mirara, pero lo hice. La imagen de su pequeño cuerpo, con los ojos cerrados, inmóvil.

—¿Dónde está enterrada? —pregunté.

—Ha dicho que la enterrasteis en Oregón, cerca de las tierras de tu familia, pero no en ellas —explicó Martina—. Ha dicho que ahí es donde querías que estuviera... En casa.

Procesé la información lentamente. Mi bebé había muerto. Abigail había muerto. Martina continuó:

—Ha dicho que por eso te escapaste. Que no podías soportarlo. No tuvo nada que ver con él. Ha dicho que intentó encontrarte. Dice que te quiere y que quiere mantenerte a salvo.

A Selena se le tensó el rostro.

—No te lo crees, ¿verdad? —preguntó.

Martina se removió, incómoda.

—Soy cautelosa con él, sobre todo por los recuerdos fragmentados que has recuperado hasta ahora.

Negué con la cabeza. Algo no encajaba. La historia sonaba hueca. Pero yo había visto al bebé en la cuna: los ojos cerrados, quieta... sin llorar, sin moverse.

—¿Le creéis? —pregunté—. ¿Confiáis en él?

Martina me miró directamente.

—No —dijo con firmeza—. No le creo. Jacob ha dicho que intentó buscarte, pero hay algo en él que no me cuadra. No creo que esté siendo cien por cien sincero. Es solo una corazonada, no se basa en hechos. Pero si aun así quieres verle, iremos contigo. Si no, podemos dejarlo estar por ahora.

Respiré hondo, intentando recomponer los recuerdos en mi mente.

—¿Por qué estaba Jacob fuera del apartamento a medianoche? —preguntó Selena.

—Dice que no quería disgustarte —dijo Martina—. La última vez que le dejaste, estabas muy afectada. Solo quería asegurarse de que estuvieras bien.

Sus palabras me envolvieron, pero no desencadenaron nada. No había recuerdos que coincidieran. Mis pesadillas estaban llenas de preocupación y miedo, no de seguridad. Nada de esto cuadraba. Mi instinto me gritaba que no confiara en él. Selena me observaba atentamente; su propia intuición parecía coincidir con la mía.

—¿Dijo algo más sobre mi familia?

—Sí. Dijo que probablemente no te habrían aceptado de vuelta en la comunidad ya que..., bueno, ya que habías tenido un bebé fuera del matrimonio.

—¿Cómo me encontró?

—No lo ha dicho exactamente. Pero alguien se lo dijo, quizá Marilyn, o quizá el hermano de Marilyn, no estoy segura.

Mi determinación se endureció.

—Quiero verle. Quiero verle la cara. Necesito enfrentarme a él.

Martina me estudió y luego dijo:

—De acuerdo. Si quieres hacerlo, estaremos contigo. No tienes que enfrentarte a él sola.

Un sentimiento de determinación me recorrió. Había algo en ese encuentro que parecía crucial, como si necesitara desvelar algo enterrado muy dentro de mí.

Seguí a Martina por el pasillo, con Selena justo detrás de mí. Nos movimos en silencio, la tensión espesando el aire a medida que nos acercábamos a la sala de reuniones. Martina llamó a la puerta, luego

la abrió lentamente y entró. Le habló a Jacob en voz baja, informándole de que yo iba a entrar.

—Oh, bien —respondió Jacob, y algo en su voz me provocó un escalofrío. Se me erizó el vello de la nuca. Martina me hizo un gesto para que entrara, pero dudé en el umbral.

Me volví hacia Selena y le dije:

—¿Podemos dejar la puerta abierta?

—Por supuesto.

Haciendo acopio de valor, crucé el umbral. En el momento en que mis ojos se encontraron con los suyos, una fría certeza se apoderó de mí. Él era la razón por la que huí. Él era el monstruro de mis pesadillas. Se levantó lentamente, con la mirada fija en mí.

—Hanna, qué alegría verte —dijo con una sonrisa—. Te he echado mucho de menos.

No me acerqué más. Mi cuerpo se tensó, mi corazón martilleaba en mi pecho. Sin pensar, busqué la mano de Selena, aferrándome a ella en busca de apoyo. Ella se adelantó un poco, con voz firme.

—Quédese ahí, señor Stoddard.

—Ahora me llamo Jane —dije en voz baja.

—Jane —repitió él suavemente—. Estoy tan feliz... feliz de que esté a salvo.

—¿Por qué?

—Porque la quiero.

Las palabras se sintieron como hielo contra mi piel. Las había oído antes, de la misma manera, en otro lugar. Un recuerdo cruzó mi mente: mi cara hinchada, mis manos agarrándome la cabeza, su voz destilando una falsa dulzura. «Te quiero. Lo siento», había dicho.

Miré al suelo, luchando por mantenerme anclada a la realidad. Pero entonces el recuerdo se agudizó: yo, rota y magullada, encogida bajo él. Alcé la vista bruscamente, mi mirada clavada en la suya.

—No —dije—. Ahora me acuerdo. Usted no me quiere. Usted me hacía daño. Usted... usted le hizo daño a nuestra niña.

—¡Eso no es verdad! —Su voz se alzó, el pánico brillando en sus ojos. Se volvió desesperadamente hacia Martina y Hirsch—. No sé de dónde saca eso.

—No quiero volver a verle nunca más —espeté.

Me di la vuelta bruscamente y salí disparada hacia la puerta, con Selena persiguiéndome. Martina y Hirsch intentaron calmarme, sus voces eran un borrón mientras yo tropezaba por el pasillo. Todo se estaba descontrolando. Selena me alcanzó, rodeándome los hombros con su brazo, atrayéndome hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente, su aliento cálido contra mi oído.

—Es el responsable —dije entrecortadamente—. Lo que sea que le pasara a mi bebé... fue él. Me hacía daño. Ahora me acuerdo. Solo tengo recuerdos de él haciéndome daño. Era él... de pie junto a la cuna. Creo que... creo que la mató.

Las lágrimas corrían por mi cara, mi cuerpo temblaba con sollozos. Selena me apretó más fuerte, su propio cuerpo tenso.

—Averiguaremos qué pasó —prometió con fiereza—. La encontraremos, Jane. Y él va a pagar por lo que hizo.

Dije:

—Si le hizo daño, tiene que pagar. Tiene que pagar.

—Lo hará —dijo Selena—. Pagará por todo.

38

MARTINA

SELENA y yo entramos por las pesadas puertas de cristal de Drakos Monroe. Como era sábado, tuvimos que abrir nosotras. Supuestamente, Vincent ya estaba dentro. Había aceptado trabajar durante el fin de semana para investigar más a fondo la vida de Jacob Stoddard. La recepción estaba vacía, salvo por el suave zumbido del aire acondicionado, y el aroma a café recién hecho llegaba hasta nosotras.

En la zona de los cubículos, vi a Vincent junto a la cafetera, con su alta figura apoyada con aire desenfadado en la encimera. Nos acercamos a él.

—Buenos días, Vincent.

—Buenos días, Martina, Selena. ¿Cómo está Jane? —dijo Vincent, apartando la vista de su taza.

—Aguanta como puede, pero... está destrozada —dije.

—No puedo ni imaginármelo. Es como si hubiera tenido que asimilar otra vez que su bebé había muerto. Qué duro —dijo Vincent.

Él también era padre y pude ver la empatía en su rostro. No había nada más desolador que perder a un hijo, pero ¿tener que experimentar esa noticia dos veces? Era doblemente cruel.

Le dije—: Bueno, gracias por haber venido. Espero que podamos llegar al fondo de todo esto lo antes posible.

—¿Sabemos si el condado de Alameda está haciendo algo para confirmar la coartada de Jacob? —preguntó Selena.

—He hablado con Hirsch. Me ha dicho que están solicitando las órdenes judiciales para el manifiesto de vuelo y las reservas de hotel —dijo Vincent, dejando la taza sobre la encimera con un suave tintineo.

—Parece que eso va a llevar un tiempo —comenté, cruzándome de brazos.

—Sí, queremos los registros de su móvil, pero eso también podría llevar tiempo. Con suerte, lo agilizarán —dijo Vincent—. Pero, teniendo en cuenta que en realidad no hay una amenaza activa para la comunidad, probablemente se lo tomen con calma: de unos días a unas semanas.

Vincent lo sabía bien. Había trabajado para el departamento del sheriff del condado de CoCo, en su división de investigación. Conocía a la perfección toda la burocracia que conllevaba reunir pruebas y esperar las órdenes judiciales para obtener información.

Selena dijo—: Entonces, ¿qué hacemos? No vamos a quedarnos de brazos cruzados esperando las órdenes del condado de Alameda, ¿verdad?

Entendía la preocupación de Selena. Jacob podría estar intentando encontrar a Jane en este mismo momento.

Vincent dijo—: He estado trabajando con algunos de nuestros mejores informáticos para ver si podemos entrar por la puerta de atrás y comprobar la coartada de Jacob.

A Selena se le iluminaron los ojos. —¿Te refieres a hackear sistemas? Qué guay.

¿Guay? Para empezar, era ilegal, pero me mordí la lengua. Rara vez nos preguntaban de dónde sacábamos cierta información; preferían no saberlo, siempre y cuando luego pudieran obtenerla legalmente para realizar una detención o montar un caso sólido.

—¿Habéis tenido suerte? —pregunté.

—Dice que no tardaremos en averiguar algo nuevo, pero que hay muchos datos que cribar. Ahí es donde creo que sería útil que

intervinierais vosotras. O... podríamos llamar directamente a Jacob y preguntarle en qué vuelo iba, a qué hora y en qué hotel se alojó.

—Entonces conseguirías las grabaciones de seguridad del hotel para confirmar que realmente estuvo allí, ¿no? Para asegurarte de que no se limitó a coger un avión, dar media vuelta y coger otro de regreso para tener la coartada perfecta —sugirió Selena.

—Si averiguamos en qué hotel se alojó, sin duda querremos las grabaciones de vigilancia —asintió Vincent—. La mayoría de los hoteles acceden si lo pedimos de la manera correcta.

Dije—: Crucemos los dedos.

Vi a Lewis, nuestro mayor genio informático en Drakos Monroe, caminando hacia nosotros. Su pelo alborotado y su camisa ligeramente arrugada eran las señales inequívocas de alguien que pasaba más tiempo delante de una pantalla que bajo el sol. Se movía con una desenvoltura natural y su mirada era aguda tras las gafas.

—Hola, Lewis. Gracias por venir —le dije.

—Sin problemas. Tengo algo de información para vosotros —dijo con naturalidad, mientras cogía una taza del armario y la ponía debajo de la cafetera.

—¿Qué has averiguado? —pregunté.

—Encontrar el vuelo no ha sido tan complicado como pensaba —dijo Lewis—. Como dijo que se fue el viernes y vive en Oakland, supuse algunas cosas, como que voló desde el Aeropuerto Internacional de Oakland a Las Vegas. Hubo bastantes vuelos ese día, pero conseguí acotar la búsqueda. Saqué los manifiestos de vuelo y… ¡bingo!, Jacob Stoddard estaba en un avión a Las Vegas desde el Aeropuerto Internacional de Oakland el 22 de agosto, el día antes de que atacaran a Jane. Regresó el domingo 24 de agosto por la noche, de vuelta a Oakland.

¿Su coartada cuadraba? Las fechas coincidían, pero para mí no era confirmación suficiente. —¿Y qué hay de su estancia en el hotel? —insistí.

Lewis contestó—: Se registró en el Hotel Horseshoe de Las Vegas, a su nombre.

—¿Podemos conseguir las grabaciones de seguridad del hotel para verificar que era realmente él? ¿Que no fue otra persona haciéndose pasar por él, o que él se registrara y luego condujera de vuelta a la bahía para atacar a Jane y regresara cuando terminó?

Lewis se rascó la nuca, pensativo. —Aún no he conseguido las grabaciones del hotel, pero veré qué puedo hacer. Aunque conducir desde Las Vegas hasta la bahía son diez horas. Habría tenido que registrarse en el hotel, conducir de vuelta a la bahía, atacarla y luego volver a Las Vegas. No es muy probable, pero te conseguiré esas grabaciones de vigilancia. La seguridad informática no es muy estricta en sitios como el Horseshoe, no es una agencia del gobierno —añadió con una sonrisita.

—Es increíble que puedas conseguir información casi como si nada —dijo Selena con admiración, apoyándose en la encimera.

Lewis contestó—: Desde luego, puede venir muy bien en situaciones como esta.

Intercambié una mirada con Selena. Por mucho que apreciara su entusiasmo, me preocupaban su naturaleza impulsiva y su atracción por lo ilegal. La parte de su cerebro responsable de la cautela aún no se había desarrollado del todo, y se notaba. No me gustaba la idea de que se moviera tan cerca de la línea que separa lo legal de lo ilegal. Pero, por otro lado, ese era el negocio en el que estábamos.

—Muy bien, Lewis. Haz lo que puedas —dije asintiendo.

—Claro. Conseguiré las grabaciones de vigilancia y haré algo de reconocimiento para vosotros. Os mantendré informados. ¿Vais a estar aquí un rato? —preguntó, dando un largo sorbo a su café.

—Estaremos aquí hasta que termines —dije—. Y vamos a trabajar con Vincent, a investigar más a fondo los antecedentes de este tipo.

—Buena suerte —dijo, levantando su taza en un simulacro de brindis antes de dirigirse a su puesto de trabajo, apodado cariñosamente «la Cueva», donde hacía su magia tecnológica.

Mientras desaparecía por la esquina, me volví hacia Selena. —Veamos si podemos reconstruir más movimientos de Jacob. Si hay algún agujero en su historia, lo encontraremos.

—¿Necesitas un café antes? —dijo Vincent con una sonrisa—. Hacía mucho que no te veía por la mañana sin una taza de café en la mano, Martina.

—Mi padre nos lo ha preparado esta mañana —explicó Selena.

—Eso lo explica —dijo él, asintiendo con complicidad—. Vayamos a la sala de conferencias.

Avanzamos por el pasillo y entramos en el conocido espacio. Al entrar, miré la pizarra, que ya estaba llena de notas garabateadas y documentos sujetos con chinchetas. Estaba cubierta de información sobre los antecedentes de Jacob Stoddard, todo pulcramente clasificado. Vincent señaló la pizarra, con expresión seria.

—Esto es todo lo que he encontrado —dijo Vincent—. Jacob, que no tiene antecedentes penales, es nativo de la bahía, nacido y criado aquí. La única laguna en su residencia en la zona fue de aproximadamente un año, presumiblemente cuando estuvo en Oregón arruinándole la vida a Jane. —Hizo una pausa y señaló la pizarra—. Ha tenido un trabajo más o menos estable. Principalmente en puestos de venta al por menor y atención al cliente. Sin título universitario.

—¿Y su familia? —pregunté.

—Tiene algo de familia en la bahía: su madre y un tío, pero eso es todo.

—¿Qué hay de sus socios conocidos? —preguntó Selena.

Vincent negó con la cabeza. —No tiene antecedentes, así que no hay socios conocidos en el sistema.

Selena se cruzó de brazos, con una expresión de frustración en el rostro. —Todo parece demasiado perfecto, ¿no? Resulta que tiene una coartada para el fin de semana en que atacaron a Jane, justo después de que ella llevara más de año y medio huyendo de él. Y luego, en cuanto aparece por la bahía, pasa algo. Debía de saber que él era de aquí. Algo, o alguien, la atrajo de vuelta.

Pero ¿el qué? —Quizá el agresor de Jane fue alguien relacionado con Jacob. Puede que le encargara a otro que hiciera su trabajo sucio. Parece improbable, pero los maltratadores son capaces de llegar muy lejos para ejercer control. A lo mejor Jacob la había estado buscando para matarla y se dio cuenta de que él sería el

principal sospechoso, así que le pidió ayuda a un amigo. —¿Qué clase de amigo haría eso? —¿Y sus finanzas, Vincent?

—No las hemos conseguido. Quería confirmar primero su coartada. Pero le diré a Lewis que lo mire cuando termine con la vigilancia. Si hubo grandes movimientos de dinero en efectivo, podría apuntar a un sicario.

Basándome en el historial laboral de Jacob, me sorprendería que pudiera permitirse un sicario. Pero, por otro lado, he oído hablar de asesinos a sueldo que lo harían por quinientos dólares. Era totalmente posible. Dije: —Mientras tanto, independientemente de su coartada y sus finanzas, creo que deberíamos seguirlo, averiguar con quién se reúne y ver adónde va. También me gustaría entrevistar a su madre y a su tío. A ver qué nos pueden contar. Quiero saber todo lo que se pueda saber sobre Jacob Stoddard.

Vincent dijo—: Bien pensado, jefa.

—Elaboremos un plan.

Mi instinto me gritaba que Jacob Stoddard tenía todo que ver con lo que le había pasado a Jane, y no pararíamos hasta descubrir toda la verdad y asegurarnos de que el agresor de Jane, y el asesino de su hijo, compareciera ante la justicia.

39

JANE

Me despedí con la mano de Charlie mientras se iba al supermercado. Antes de irse, me había preguntado si quería algo en especial. Siempre era tan amable. Igual que Martina y Selena. Eran demasiado buenos conmigo y, en cierto modo, me sentía mal por estar a punto de engañarlos.

Después de que me dijeran que Jacob no había sido quien me atacó, que su coartada cuadraba, seguía sin poder creérmelo. No me sonaba a verdad. Sabiendo que mi bebé había muerto, estaba hecha un desastre, aislada en la habitación yo sola, y solo salía para comer.

Pero entonces ocurrió. Me desperté de un sobresalto en mitad de la noche con recuerdos que me venían a la mente con total nitidez. Lo recordé. Todo. Había recuperado la memoria. No podía creérmelo. Fue toda una revelación. Impactante. A medida que mi mente se despejaba y recordaba exactamente lo que hicieron, supe exactamente lo que tenía que hacer.

Al principio pensé en contárselo a Martina y a Selena, que me ayudaran. Pero ellos ya sabían que Martina y Selena estaban investigando con los detectives. Seguramente estarían teniendo cuidado, no revelando lo que me habían hecho. Cuando descubrí la verdad por primera vez, grité y lloré. Él me dijo que estaba loca y que tenía que aceptar la realidad.

Me había subestimado.

La última vez que me enfrenté a él, me pegó hasta que cedí, hasta que acepté su versión. Pero yo sabía la verdad. Sabía dónde buscar y cómo recuperar mi vida.

Algunos detalles seguían siendo confusos, pero, en el fondo de mi corazón, estaba segura de la verdad. Esa verdad estaba clara en mi mente, pero no podía contársela a cualquiera. Me encontraría con escepticismo y nadie me creería. Y para cuando Martina y los detectives pudieran demostrarlo, sería demasiado tarde. Tenía que hacerlo sola.

Reuniendo mis cosas —una bolsa pequeña con un teléfono, la porra de repuesto de Selena y el dinero en efectivo que me habían dado «por si acaso»—, me preparé para lo que estaba por venir.

Eché un vistazo por la ventana de la cocina y observé cómo se alejaba Charlie. Me arrodillé para rascar a Barney, el cachorrito, y salí sigilosamente por la puerta principal.

No sabía cuánto tiempo me llevaría, pero conseguiría lo que había venido a buscar.

Aquello por lo que casi había muerto.

Y esta vez nadie iba a detenerme.

40

MARTINA

—¿Crees que hablará con nosotros? —preguntó Hirsch mientras aparcábamos delante de la casa de la madre de Jacob Stoddard. Era su pariente más cercano en la zona de la Bahía y esperábamos que pudiera responder a algunas preguntas sobre la relación de Jacob y Hanna.

—Eso espero, desde luego —dije—. No me gusta lo poco que sabemos de toda esta situación. No creo que Jacob sea inocente. Lo que no sé es cómo lo hizo..., cómo se las arregló para hacerle daño a Hanna. Tuvo que pedirle a otra persona que la atacara. Y si nos atenemos a las pruebas físicas, lo más probable es que fueran un hombre y una mujer. Pero ¿cómo y por qué iba a contratar a dos personas para que intentaran matarla?

—Es una pregunta excelente —dijo Hirsch.

Salimos del coche y recorrimos el sendero hasta la casa de la señora Stoddard. Era una casa victoriana bien cuidada, de color blanco, con el césped cortado y una valla de estacas blancas alrededor. El barrio era encantador, lleno de casas parecidas, construidas probablemente a finales del siglo XIX.

Llamé a la puerta y di un paso atrás. A los pocos instantes, abrió una mujer. Nos miró con curiosidad y luego preguntó:

—¿Puedo ayudarlos?

Enseguida me di cuenta de su parecido con Jacob.

—Hola, me llamo Martina Monroe. Soy investigadora privada y este es mi compañero, August Hirsch —dije, señalándolo—. Queríamos hacerle unas preguntas.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre su hijo, Jacob, y su antigua novia, Hanna. ¿Le importaría que pasáramos?

Dudó un momento y luego se hizo a un lado.

—Pasen, por favor. —La señora Stoddard nos guio hasta el salón —. ¿Les apetece un té? ¿O quizá un café? —preguntó amablemente.

—Sí, me encantaría un té —respondí, con la esperanza de calmarla y ganar algo de tiempo para echar un vistazo.

—Yo nada, gracias —dijo Hirsch.

Asintió y se fue a toda prisa a la cocina. Hirsch y yo estudiamos la casa. Estaba impecable; los muebles parecían de los ochenta o los noventa, pero se encontraban en un estado inmejorable. Había fotografías enmarcadas en las paredes que capturaban varios momentos de la vida de la señora Stoddard con su familia. Me detuve a mirar algunas y vi la cara de Jacob en varias.

Regresó con una bandeja y dejó las tazas de té sobre la mesa del comedor.

—Por favor, siéntense —dijo, señalando las sillas. Nos sentamos y ella se unió a nosotros, con expresión recelosa—. ¿De qué se trata todo esto?

—Queríamos saber un poco más sobre Jacob y su antigua novia, Hanna —empecé, eligiendo mis palabras con cuidado—. Encontramos a Hanna hace poco. La habían atacado. Solo queríamos saber más sobre la relación de Jake y Hanna. ¿Qué puede contarnos de ellos?

—¿Que la atacaron? No me lo había mencionado —dijo la señora Stoddard con los ojos como platos.

—Bueno, antes de hablar de Hanna... ¿Jacob es hijo único? —pregunté.

—Sí, fui bendecida con un solo hijo.

—El padre de Jacob... ¿sigue vivo? —pregunté.

—Oh, no, falleció hace unos años.

Cogí la taza de té de porcelana y tomé un sorbo.

—¿Vive sola aquí? —dijo Hirsch.

—Ahora sí. Jacob estuvo viviendo aquí una temporada antes de conseguir su propio apartamento.

Dejé la taza en la mesa y dije:

—¿De cuándo fue eso?

—Volvió a casa hace un año y medio, y se quedó más o menos un año —dijo.

—¿Y dónde estaba antes de eso? —pregunté.

—Bueno, tuvo una breve estancia en Oregón de un año más o menos. Uno de los chefs para los que había trabajado en la zona de la Bahía lo contrató para su nuevo restaurante. La paga era buena y el coste de la vida era más bajo allí, así que lo intentó. Supongo que no era para él, porque volvió.

—¿Y están muy unidos? —pregunté.

—Sí. No me queda mucha familia, solo mi hermano en la ciudad. ¿Pero ha dicho que esto trata sobre Hanna? Jake dijo que se había quedado en Oregón. ¿Pero dice que la atacaron aquí, en la zona de la Bahía?

—Sí, hace cosa de un mes.

—¿Creen que Jake tuvo algo que ver? —preguntó.

¿Sabría que su hijo podía ser violento?

—No, no creemos que fuera Jacob, pero intentamos entender mejor su relación. ¿Llegó a conocer a Abigail?

—¿Quién es Abigail?

—La hija de Hanna y Jacob. ¿Nunca la conoció?

—No, creo que me habría enterado de que tenía una nieta. ¿Está segura? Jake no me habría ocultado algo así —dijo, claramente sorprendida.

—¿Recuerda que hablara de Hanna?

—Oh, sí, era su novia. Rompieron cuando él quiso volver a California y ella no quiso venir. Tiene familia..., viven de una forma un poco diferente a la nuestra. Dijo que ella no quería venir a California.

Estaba claro que Jacob le había mentido a su madre y nunca le había hablado de la hija que tuvo con Hanna. ¿Por qué?

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Jacob? —preguntó Hirsch.

—Estuvo aquí para cenar anoche —dijo—. Es que no puedo creerlo... Tiene que estar equivocada. Tuvo una hija... ¿un bebé?

—Jacob nos dijo que murió cuando tenía ocho meses —dije en voz baja.

La señora Stoddard sacudió la cabeza, tratando de procesar la información.

—¿Está segura de que se trata del Jacob Stoddard correcto?

—Sí, señora. Veo sus fotos en la pared —dijo Hirsch.

—No sé por qué no me lo dijo —dijo ella, con un hilo de voz.

—¿Mencionó algo sobre que la policía lo interrogara el sábado? —preguntó Hirsch.

—No.

—¿Se comportaba de forma normal cuando lo vio ayer?

—Parecía un poco estresado. Dijo que ha tenido mucho trabajo. Trabaja en la hostelería... A veces tienen épocas de mucho ajetreo y trabaja muchísimo.

—¿Jacob tiene amigos íntimos, alguien en quien confíe de verdad? ¿Quizá alguien con quien se crio? —pregunté.

—Tiene muchos amigos. Siempre los ha tenido, y le caen bien sus compañeros de trabajo. No me sé todos sus nombres de memoria. De niño, sus mejores amigos eran Mike y Tim. No sé si siguen en contacto.

—¿Tiene sus datos de contacto?

—No, me temo que no —dijo—. Sigo sin poder creerme lo que me está diciendo. Es que no puedo creerme que Jacob me ocultara una hija... una nieta —dijo, llevándose una mano al pecho.

Apartó la mirada, claramente abrumada. Algo me decía que estaba verdaderamente sorprendida; no era de esas madres que ocultarían los crímenes de su hijo para protegerlo. Estaba genuinamente preocupada, y con razón, porque tenía la sensación de que Jacob era muy culpable de un modo que la sorprendería aún más.

—¿Jacob fue violento de niño? ¿Se metía en peleas en el colegio o tenía mal genio?

Me miró a los ojos.

—Mal genio, sí. Lo sacó de su padre. Pero no se metía en muchas peleas en el colegio. Nada fuera de lo común —dijo—. ¿Cree que le hizo daño a Hanna? ¿Por eso lo interrogaron sobre el ataque?

—No estamos seguros.

Exhaló bruscamente. Algo me decía que la señora Stoddard sabía de lo que era capaz su hijo. En voz baja, dijo:

—No sé nada de una niña ni de que Hanna estuviera en la zona de la Bahía.

—La creo.

—¿Está bien? —preguntó.

—Ahora sí.

Con un leve asentimiento, dijo:

—Me alegro.

Definitivamente, sabía de lo que Jacob era capaz. Le hicimos algunas preguntas más y le agradecimos su tiempo. Con más preguntas que respuestas, creí que era necesaria una segunda conversación con Jacob.

41

SELENA

Fuera del restaurante, en el centro de Oakland, hice fotos de la fachada con el móvil. Quería tener imágenes de toda la gente con la que trabajaba Jacob, por si me daban nombres falsos cuando los entrevistara. La zona de la terraza tenía sombrillas, mesas pequeñas y un puñado de clientes. Uno de los camareros era alto y tenía el tatuaje de una serpiente en el antebrazo.

Me acerqué al puesto de la recepcionista, a la entrada del restaurante.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó ella.

—Una mesa para una, por favor.

—Claro. ¿La prefiere dentro o fuera?

Como no vi a Jacob fuera, me pareció mejor sentarme en la terraza. No me apetecía que me atendiera él, así que necesitaba hablar con el del tatuaje. —Fuera está bien —dije.

—Por supuesto, sígame. —Cogió una carta y me acompañó a la terraza. Me indicó dónde sentarme y me la entregó. Tenía un concepto moderno, «de la granja a la mesa», y todo parecía bueno. Una de las ventajas de ser detective privada era que podía pasar las comidas como gastos cuando estaba de vigilancia.

El camarero del tatuaje de la serpiente se acercó. —¿Qué tal está hoy? —me preguntó.

—Muy bien, gracias.

—¿Le traigo agua o algo de beber?

—Agua, por favor.

—¿Con gas o del grifo?

—Del grifo está bien.

Mientras me servía el agua, le eché un vistazo al tatuaje.

—Bonito tatuaje —dije, señalando su brazo con la cabeza.

—Gracias, ya tiene un tiempecillo —dijo con una sonrisa.

Lo admiré un instante, sabiendo que era mi baza para que se soltara a hablar.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Dos años.

—¿Es un buen curro?

—Sí, está genial.

—Guay. Y bueno, ¿qué está bueno por aquí? —Mant uve mis preguntas ligeras, mezclando algunas encubiertas.

—¿Qué le gusta?

—Algo sano estaría bien.

—Tenemos varias ensaladas. Puede añadirles distintos tipos de proteína. También tenemos una hamburguesa de pavo buenísima —dijo con una sonrisa coqueta.

—Tomaré la hamburguesa de pavo —dije, devolviéndole la carta.

Mientras se alejaba, me fijé en la alianza de boda que llevaba en el dedo anular izquierdo. Quizá la sonrisa amable y coqueta solo fuera parte del trabajo para conseguir una propina más generosa.

De repente, vi a Jacob salir a la terraza. Rápidamente, me calé el ala de la gorra de béisbol y me giré de lado, fingiendo rebuscar en el bolso. No queríamos que supiera que lo seguíamos y esperaba que no me reconociera. Nuestros encuentros habían sido breves, pero no quería que me viera bien y atara cabos. Tenía la corazonada de que había algo muy podrido en él, más allá de que maltrataba a Jane.

No me había tragado su numerito en comisaría, ni yo ni nadie. Jane estaba hecha un desastre: llorando, aterrorizada. Dijo que Jacob le había hecho daño a ella y a su bebé. Quería saber desesperadamente dónde estaba enterrada su hija. Y yo iba a averiguarlo, de un modo u otro.

Cuando vi a Jacob sirviendo agua en una mesa, instintivamente me aparté, tapándome la cara mientras me levantaba de la silla y me deslizaba hacia la puerta para entrar en el restaurante.

Al acercarme a la recepcionista dentro, le pregunté: —¿Dónde está el servicio? —Señaló hacia el fondo del restaurante y me dirigí hacia allí con aire despreocupado, haciendo fotos a escondidas con el móvil.

El restaurante no era grande y no parecía haber mucho personal ni muchos clientes. La mayoría estaban sentados fuera. Era tarde para comer, lo que quizá explicaba la poca afluencia. Vi a un hombre mayor con una camisa negra de botones limpiando la barra. Quizá era el encargado.

Decidí entablar conversación. Agitando un poco la mano para llamar su atención, lo llamé: —Hola, ¿qué tal?

El hombre dejó lo que estaba haciendo, me miró y dijo: —Todo bien. ¿Le pongo algo?

—Sí, ¿es usted el encargado?

—Sí, soy Jeff.

Nos dimos la mano por encima de la barra. —Tonja. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Cinco años —dijo—. ¿Por qué?

—Me preguntaba si buscaban personal —mentí con naturalidad.

—¿Tiene experiencia?

—Fui camarera una vez —dije, aunque no era verdad en absoluto.

Se encogió de hombros. —Ahora mismo no tenemos vacantes, pero nunca se sabe cuándo podríamos necesitar ayuda. Podría darme su currículum y lo archivo.

—A lo mejor me paso otro día con él —dije con indiferencia—. Hoy he venido a comer.

—Claro —dijo.

—¿Cómo es el ambiente aquí? —pregunté—. ¿Son todos bastante amables? ¿La gente queda después del trabajo y cosas así?

Me lanzó una mirada perpleja antes de responder: —Algunos de los chicos son majos. Unos cuantos camareros se conocen fuera del

trabajo, pero no solemos tener muchas reuniones, excepto por las fiestas.

—Suena bien. Bueno, gracias.

—Que aproveche.

—Gracias. —Eché un vistazo alrededor antes de dirigirme al servicio. La iluminación interior era tenue y moderna. Tras lavarme las manos rápidamente, salí del baño y volví a mi mesa.

Al regresar, vi que me habían rellenado el vaso de agua. El camarero del tatuaje se acercó de nuevo.

—Me preguntaba qué le había pasado —dijo en tono alegre.

—Solo he ido dentro a usar el servicio —dije—. He hablado con su encargado sobre un trabajo. Me ha dicho que no buscan a nadie, pero que quizá le deje mi currículum. Podríamos ser compañeros algún día. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Ben Milton.

—Encantada de conocerte, Ben. Soy Tonja. ¿Qué tal se trabaja aquí? Jeff me estaba diciendo que algunos quedáis después del trabajo. ¿Tú lo haces?

El camarero se encogió de hombros. —No mucho.

—¿Cómo conseguiste el trabajo aquí?

—Por un amigo.

—¿Y el otro camarero? ¿Cuánto tiempo lleva aquí? —pregunté, intentando mantener un tono de voz natural.

El camarero ladeó ligeramente la cabeza antes de responder. —Como un año y medio.

—¿Entró sin más, como yo? O sea, ¿tengo alguna posibilidad de que me contraten?

—Qué va, Jacob no. Es amigo mío. Yo le conseguí el trabajo —dijo él.

Ajá. —¿Ah, sí? ¿Así que tengo que hacerme amiga tuya? —bromeé con un guiño.

—No sé si yo te serviría de mucha ayuda, pero sí, como dijo el encargado, deja tu currículum. A veces tenemos mucho jaleo, sobre todo cuando se acercan las fiestas, y nos vendría bien una mano extra.

—Claro, sí. —Era amigo de Jacob. Ahora íbamos por buen camino.

—Oye, y Jacob… —dije con naturalidad—. ¿Tiene novia?

El camarero enarcó una ceja. —¿Estás interesada?

Forcé una risa ligera. —Es mono. —De una manera asquerosa, de hombre-monstruo.

—Que yo sepa, no tiene ataduras —dijo Ben—. ¿Quieres que te lo presente?

Negué con la cabeza. —No, solo es curiosidad. Me gusta saber de la gente antes de salir con ella, ¿sabes?

—Entonces… ¿qué quieres saber de Jacob?

Perfecto. Hora de indagar más a fondo. —Bueno, ¿tiene un pasado? ¿Cambia mucho de novia? ¿Está soltero ahora? ¿Hay algo raro en él?

—Qué va, nada de eso. Sale de vez en cuando, pero nada serio.

—¿Lo conoces desde hace mucho? —pregunté, manteniendo un tono ligero.

—Sí, mi hermano pequeño fue al instituto con él —dijo.

—Ah, ¿así que mantuvisteis el contacto? Qué bien. Y le conseguiste este trabajo… qué guay —añadí, intentando parecer interesada, pero sin presionar demasiado.

Pareció retroceder ligeramente, como si se diera cuenta de que estaba haciendo demasiadas preguntas.

—Bueno, pues a lo mejor me lo encuentro luego —dije, intentando zanjar la conversación sin levantar sospechas.

—¿Estás segura? Puedo presentároslo —dijo.

—No, no pasa nada. Soy un poco tímida —mentí con una sonrisita.

Él sonrió con suficiencia. —Pues a mí no me lo pareces.

—Es distinto cuando hay un interés romántico —dije, restándole importancia con un gesto.

—De acuerdo, bueno, tu hamburguesa de pavo debería salir dentro de poco.

—Gracias —dije mientras se alejaba.

Unos instantes después, Ben regresó con lo que parecía una hamburguesa de pavo perfectamente hecha con patatas fritas de

guarnición. —Bon appétit —dijo antes de volver a entrar en el restaurante.

Cogí una patata, le di un bocado y luego ataqué la hamburguesa. Estaba jugosa, con aguacate, mayonesa y tomate, justo lo que necesitaba. Iba por la mitad cuando Ben volvió para ver qué tal.

—¿Cómo está la hamburguesa de pavo? —preguntó.

—Está buenísima —dije entre bocados.

—Me alegro. Yo salgo pronto, así que Jacob te atenderá cuando me vaya —dijo con un guiño.

Con una sonrisa, pensé: Más vale que me dé prisa entonces, porque si Jacob se acuerda de mí, puede que no le haga mucha gracia verme. La gorra que llevaba no era el mejor disfraz del mundo, pero esperaba que fuera suficiente. Antes de volver a centrarme en la hamburguesa, levanté la vista y vi a alguien de pie en el umbral de la puerta. Se me encogió el estómago: era Jacob. Me estaba mirando directamente.

Rápidamente, me agaché para coger la cartera, lista para una salida rápida, pero ya era demasiado tarde. Jacob se abalanzó sobre mí, con los ojos clavados en los míos.

—¡Eh! ¿No te conozco de algo? —exigió, con la voz tensa de ira.

Ay, ay, ay. Parece que se acabó el juego.

42

SELENA

—No lo creo.

—Pues yo sí. Usted... usted estaba con ese detective privado que cree que soy un delincuente.

—Solo estoy comiendo.

—¿Ah, sí, de verdad? No me puedo creer que haya venido aquí. No puede entrar y acosarme en mi lugar de trabajo —espetó Jacob, entrecerrando los ojos con rabia.

—No estoy acosando a nadie —dije—. Solo estoy comiendo. ¿Así es como trata a todos sus clientes?

Antes de que Jacob pudiera responder, Ben se acercó. Se me encogió el corazón; esto iba a destapar mi tapadera.

—¿Hay algún problema? —preguntó Ben, mirándonos alternativamente.

—Sí —dijo Jacob—. Está con el bufete que me ha estado investigando. La razón por la que la policía me detuvo para interrogarme.

La expresión de Ben cambió. —¿Entonces todas esas preguntas que ha hecho antes... no era porque estuviera pensando en salir con él? —preguntó, enarcando una ceja.

Jacob le interrumpió: —¿Cómo?

—¿Me estaba sonsacando información? ¿Es eso siquiera legal?

Claro que es legal. Solo estaba haciendo preguntas. —Sí, lo es. Solo intentaba conseguir algo de información. Y no, desde luego que no intento salir con él. Trabajo en el bufete que intenta ayudar a una joven. Una joven con la que Jacob salía y que acabó casi muerta en un parque.

A Jacob se le contrajo el rostro. —Ya se lo he dicho, no tuve nada que ver con eso. Comprobaron mi coartada. Soy inocente.

Ni de lejos. —Mire, le creo —mentí—. Pero el problema es que Jane de verdad quiere saber dónde está enterrada su bebé. Así que me gustaría saber dónde está, para que Jane pueda presentarle sus respetos. Es lo único que nos importa a estas alturas. —Otra mentirijilla, pero necesitaba presionarle.

Jacob apretó la mandíbula. —Ya se lo he dicho, fuimos en coche a Oregon. La enterramos cerca de la propiedad de su familia, y eso es todo.

—¿Vio a alguien mientras estuvo allí? ¿Alguien que pueda verificar que está enterrada allí?

La mirada de Jacob se endureció. —Claro. Me vi con Caleb, quizá con algunas personas más cuando fuimos. De eso hace más de un año y medio.

—¿Algo más que pueda decirme? ¿Hay alguna señal en la tumba?

—Pusimos una pequeña roca bajo un árbol. Flores, en aquel momento. Obviamente, no es legal enterrar a una niña así, pero así es como lo hace la familia de Hanna. Eso me dijo ella —espetó Jacob —. Ahora, le agradecería que terminase de comer y se marchase.

Con eso, se dio media vuelta y se marchó, dejándome allí sentada.

Ben se quedó un momento, con los ojos llenos de desdén. —Es un buen tipo. No debería estar acosándole.

—Quizá no sea tan buen tipo. Quizá haya cosas que usted no sabe.

—Sé lo suficiente.

Exhalé lentamente, sacando algo de dinero de la cartera. —¿Con esto llega? —pregunté, sin importarme realmente cuánto costaba la comida.

—Ahora le traigo la cuenta —dijo Ben secamente, volviendo a entrar. Un momento después, regresó con el tique—. Aquí tiene, señora —dijo en un tono frío. Estaba claro que se ponía del lado de Jacob y, si Jacob era inocente, podía entender su enfado. Pero yo sabía, en el fondo, que Jacob no era inocente. Era un capullo con C de cretino.

Pagué en efectivo, dejando una propina decente, aunque no me apetecía. Justo cuando iba a levantarme para irme, sonó mi teléfono. Miré la pantalla: era papá.

—Hola. ¿Qué pasa?

—¿Está Jane contigo?

—No, ¿por qué?

—Llevo unas horas sin verla —dijo papá, mientras la preocupación en su voz se intensificaba—. Fui al supermercado. Estaba aquí cuando me marché. Pero cuando volví, pensé que quizá estaba echando una siesta. Ha estado muy decaída. Pero al hacer la comida, fui a ver cómo estaba, a ver si tenía hambre, y... no está aquí. No está en casa, Selena.

Mi corazón dio un vuelco. —¿Has hablado con Martina?

—No.

¿Quizá estaba con ella? —Llamaré a Martina. Gracias, papá. —El pánico me atenazó el pecho mientras llamaba a Martina.

43

MARTINA

Dentro de nuestra sala de reuniones, Vincent preguntó:

—¿Se sabe algo de Selena?

—Todavía no.

—¿Crees que sacará mucho en claro de los trabajadores del restaurante?

—No lo sé. Sabemos que está trabajando, pero no estamos seguros de si la reconocerá. Me preocupaba un poco que Selena fuera sola, pero me convenció de que no pasaría nada. —Al ser un lugar público y a plena luz del día, tuve que darle la razón.

—¿No podría haber esperado a que terminara su turno y luego interrogar a todos sus compañeros? —preguntó Hirsch.

—Fue idea de Selena infiltrarse para averiguar lo que pudiera. Es muy suyo. —Selena siempre había sido muy ingeniosa. Normalmente le daba buenos resultados, pero a veces también la metía en situaciones peligrosas.

Hirsch dijo:

—Crucemos los dedos para que consiga algo útil. Pero en cuanto termine su turno, creo que deberíamos ir a hablar con él. Preguntarle por qué nunca le dijo a su madre que tenía un hijo. Me parece bastante raro.

—A mí también.

Vincent intervino:

—Pero ¿no es todo un poco raro? O sea, tenía una vida totalmente normal en la zona de la bahía… probablemente no sea la palabra adecuada, pero ya me entendéis… como tradicional. Iba a clase, tenía un trabajo y, de repente, se lía con una chica que vivía de forma poco convencional, la maltrata y su bebé muere. Solo pienso que… es raro, ¿no?

—Desde luego es poco común —dije—. ¿Habéis encontrado algo en las cámaras de seguridad que nos enviaron los vecinos de la zona del parque?

Vincent ladeó la cabeza.

—No, a no ser que te interese gente paseando perros y gatos merodeando por la noche. Nos quedan dos más por revisar. Quizá deberíamos volver a peinar la zona, a ver si alguien más con una cámara quisiera ayudar. Gente que no estaba en casa cuando vosotros dos fuisteis puerta por puerta.

Se me había pasado por la cabeza.

—Quizá si no sale nada en las dos últimas… —No habíamos tenido mucha colaboración, y tenía la sensación de que seguiríamos sin tenerla.

Estaba a punto de tratar la logística cuando mi móvil vibró sobre la mesa. Bajé la vista y enarqué las cejas.

—Vaya, es una llamada de Selena. Hola, Selena. ¿Cómo ha ido en el restaurante?

—Luego te cuento. ¿Está Jane con vosotros?

—No. ¿Por qué?

—Me acaba de llamar papá. Dice que no está en casa.

Sentí cómo se me formaba un nudo frío de preocupación en el pecho y pregunté:

—¿Ha mirado las cámaras?

—No, no creo.

Charlie no solía trastear con el sistema de vigilancia. Ese era mi terreno.

—No está con nosotros —continué—. Podemos acceder a las cámaras de seguridad desde mi ordenador aquí en la oficina. Estoy

con Hirsch y Vincent. Comprobaremos las grabaciones de seguridad, a ver si averiguamos qué ha pasado. ¿Vuelves a la oficina?

—Voy a ir a casa a echar un vistazo. A ver si hay alguna señal de forcejeo.

—De acuerdo, avísanos si encuentras algo. Vamos a mirar las cámaras de seguridad ahora mismo.

—Decidme qué tal os va —dijo Selena antes de colgar.

Me volví hacia Vincent y Hirsch y les expliqué la situación.

Con un movimiento rápido, abrí la tapa de mi portátil y me conecté al sistema de seguridad de casa. Necesitaba saber cuándo había sido la última vez que Charlie había visto a Jane. Marqué su número.

—Hola, cariño —dije.

—Hola.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Jane? —pregunté, con los dedos suspendidos sobre el teclado.

—Cuando me fui a la compra. Serían las diez de la mañana.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que no estaba en casa?

—Sobre las dos, cuando fui a ver si tenía hambre.

—¿Notaste alguna señal de forcejeo?

—No, no he visto nada fuera de lugar.

—¿A qué hora volviste de la compra?

—A las once menos cuarto como muy tarde.

—Vale, gracias, cariño. Voy a mirar las grabaciones de las cámaras de vigilancia desde aquí.

—Muy bien. Avísame si necesitas mi ayuda para algo.

—Gracias. Selena está de camino a casa. Quiere echar un vistazo, a ver si hay alguna pista de lo que ha pasado.

—Aquí estaré.

—Gracias. Te quiero.

—Y yo a ti.

Tras una rápida explicación a Hirsch y Vincent, puse a reproducir el vídeo de vigilancia a partir de las diez de la mañana.

—Ahí está Charlie —dije, señalando la pantalla mientras Charlie salía de casa hacia su coche, aparcado en la entrada. Vimos cómo se marchaba; la imagen era nítida y estable.

Cambié a la cámara exterior que enfocaba la puerta principal y mi atención se centró en ella. La puerta se abrió y allí estaba ella: Jane. Salió sin más, cerró la puerta tras de sí y caminó calle abajo hasta que se perdió de vista.

Me recliné en la silla y me volví hacia Hirsch y Vincent, que habían estado mirando la pantalla conmigo con rostros tensos.

—Se ha ido. Simplemente se ha ido —dije, confusa.

—¿Por qué? —preguntó Hirsch.

—No lo sé. Pero basándome en la hora, creo que lo hizo en cuanto supo que Charlie no estaba. No quería que la detuvieran.

Nos quedamos en silencio un momento. Dije:

—Tiene un móvil que le dimos.

Vincent dirigió su atención a su portátil y preguntó:

—¿Cuál es su número?

Recité rápidamente el número de Jane mientras miraba de reojo a Hirsch. Él dijo:

—La encontraremos, Martina.

Una idea me carcomía por dentro: ¿y si no quería que la encontráramos? ¿Por qué se había ido? ¿Por qué no nos había dicho que se iba?

—No entiendo por qué haría esto.

Hirsch dijo:

—Quizá ha recordado algo.

—Pero ¿qué? ¿Por qué no nos lo iba a decir?

¿No era tan inocente como pensábamos?

Tras unos minutos tecleando y buscando, Vincent bajó la tapa de su portátil y dijo con gravedad:

—Ha apagado el móvil.

Una sensación de desasosiego se instaló en mi pecho.

Tenía el móvil apagado.

Se había marchado por voluntad propia y, a pesar de mi preocupación, no teníamos ningún derecho legal para ir tras ella. Aun así… ¿dónde podría haber ido? ¿Y por qué? A pesar de las preguntas en mi mente, todo en mi interior me gritaba que teníamos que encontrarla, y rápido.

44

JANE

En el tren, tuve mucho tiempo para pensar en lo que diría, lo que haría: mi plan de ataque. Ahora todo estaba clarísimo: por qué acabé en el parque, cómo ocurrió, las caras que había visto. Me acordaba de todo. De la relación que teníamos, de ir a casa de un amigo de Jacob después de que naciera nuestro bebé para hacerme el tatuaje de los tres corazones entrelazados que nos representaba a los tres: nuestra pequeña familia.

Como no tenía certificado de nacimiento, no podíamos casarnos. Aunque lo intenté, pronto descubrí que no podía conseguir un certificado de nacimiento sin el testimonio de ellos, de que yo era quien decía ser, de que había nacido cuando creía haber nacido. A decir verdad, puede que ni se acordaran. Pero yo siempre había celebrado mi cumpleaños el mismo día, año tras año, dando por hecho que era el correcto. Sin embargo, cuando fui al juzgado para intentar conseguir el certificado de nacimiento para casarme con él, descubrí que no iba a ser tan fácil. Necesitaba un testigo, y no podía volver con mi familia.

Decidimos hacernos tatuajes a juego para demostrar nuestro compromiso. Pero cuando él comentó que los corazones eran un poco de chicas, solo yo me hice el tatuaje. Jacob dijo que en su

lugar llevaría un anillo para que las mujeres supieran que estaba ocupado. Me pareció un detalle muy tierno. Qué idiota fui.

Mientras tocaba el collar que me había hecho mi madre, pensé en ella. Me preguntaba si se preocuparía por mí. Cuando mi hermana vino a las oficinas a por mí, llevaba el mismo collar. Me acordaba de mi hermana, por supuesto, porque me acordaba de todo.

Mi hermana era como los demás de mi familia: no perdonaba. Probablemente fue ella quien le dijo a Jacob dónde estaba. O quizá fue el hermano de Marilyn, Caleb. Él y Jacob habían sido muy amigos cuando vivía en Oregón. Marilyn y Caleb me habían presentado a Jacob. En su momento se lo agradecí, pero ahora mi sentir era distinto.

Cuando supe que estaba embarazada, sabía que mi familia no aprobaría que tuviera un bebé fuera del matrimonio. Papá diría que iba en contra de Dios y que era una señal de que estaba con el diablo. Por eso Jacob y yo nos fuimos.

Aunque mamá era diferente, de pequeñas nos protegía cuando podía. Nos educaba en casa, enseñándonos a leer y a hacer cuentas, pero no mucho más. A papá no le parecía bien. Quería que trabajáramos en la granja. Era nuestro sustento, nuestro propósito, nuestra vocación. Pero de vez en cuando, mamá hacía algo especial para mí. Me llevaba aparte, me leía un cuento y me contaba cómo era la vida antes de conocer a papá. Me llevaba a escondidas al pueblo para enseñarme las tiendas.

Mamá no siempre había vivido en una comunidad como la nuestra. Decía que antes formaba parte de la sociedad, y había cosas que todavía echaba de menos. Pero nunca podría contarle a nadie que las echaba de menos. Aun así, yo lo sabía. Sabía que mamá era diferente, pero también sabía que tampoco se enfrentaría a papá. Las palabras de papá eran ley en nuestra casa. Mamá juraba que él no había sido así cuando se casaron, pero que con el tiempo se había vuelto más paranoico y más religioso. Jacob también era diferente antes de que nos escapáramos juntos. ¿Había cometido yo el mismo error que mi madre?

Me bajé del tren y me acerqué al panel de horarios de los autobuses, intentando encontrar el correcto para volver al parque. No sabía exactamente dónde estaba la casa, pero recordaba que estaba a poca distancia a pie del parque, donde me habían encontrado después del forcejeo. Tras examinar el horario, localicé el autobús que necesitaba y me acerqué a la parada, esperando a que llegara.

Mientras estaba allí de pie, los recuerdos de mi vida no dejaban de inundar mi mente, como un tsunami. No paraba. Desde que me desperté en mitad de la noche, había sido así: todos los recuerdos dolorosos volvían de golpe, pero también los buenos. Recordé cuando nació mi bebé. Jacob la había traído al mundo, ya que me negué a ir al hospital. Papá siempre nos había enseñado que la medicina era solo un truco, la forma que tenía el gobierno de intentar controlarnos.

Pero ahora veía las cosas de otra manera.

Había estado en un hospital casi dos semanas después del ataque, y me ayudaron a curarme. Quizá la medicina no era tan mala, después de todo. Y las fuerzas del orden, también habían intentado ayudarme. Martina, Selena, Hirsch y Vincent; cada uno de ellos había dedicado su tiempo a mantenerme a salvo, a ayudarme a descubrir mi pasado. Papá se equivocaba. Yo no era malvada por tener un bebé, ni tampoco la gente de fuera.

Pensé en el día que nació Abigail. Tenía mucho miedo cuando me puse de parto, pero Jacob había dicho que me llevaría al hospital si era necesario. Yo no quería. Mamá nos había hablado del parto. Todo lo que Jacob tenía que hacer era asegurarse de que el bebé saliera, tirar de ella con cuidado, pinzar el cordón umbilical y limpiarla. Todo saldría bien.

Y así fue. La primera vez que la sostuve en mis brazos, fue una alegría instantánea y abrumadora. Rompí a llorar, sintiendo un amor como nunca antes lo había sentido. Pero entonces, Jacob me la arrebató.

Me lo había arrebatado todo. A mi bebé. Mi sensación de seguridad. Mi libertad.

El autobús se detuvo, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. Introduje mi billete en la máquina —pitó— y subí. El conductor me sonrió y encontré un asiento cerca de la parte delantera.

Jacob iba a pagar por lo que había hecho.

Por habérmela quitado, por pegarme, por intentar matarme. Él y sus amigos, todos iban a pagar. Sentada en el autobús, no podía evitar pensar en qué era peor: Jacob o sus amigos.

En cuanto nos fuimos de Oregón, fue cuando vi la verdadera cara de Jacob. Una vez que me alejó de mi familia, en California, fue la primera vez que me pegó.

Le había hecho demasiadas preguntas, dijo. Me dio una bofetada y me dijo: —Ya te lo contaré cuando quiera hablar de eso. —Lo único que le había preguntado era por su familia, si había tenido novias antes. No quería hablar de eso. Más tarde, se disculpó, llorando, diciendo que no podía creer que me hubiera pegado.

Pero así fue como empezó. Pronto se convirtió en nuestra rutina.

Incluso cuando le suplicaba que parara, temiendo por la salud de nuestro bebé nonato, a él le daba igual. Seguía pegándome. Era un monstruo. Tenía que rendir cuentas por lo que hizo, a mí y a ella. Nunca lo perdonaría. Nunca.

Por mucho que agradeciera lo que Martina y su equipo habían hecho por mí, no podía dejarlo pasar. No me importaban las consecuencias.

El autobús paró frente al parque y me bajé, despidiéndome del conductor con un rápido gesto de agradecimiento. Mis pies tocaron el asfalto y empecé a caminar por la calle que me resultaba familiar. Sabía que la casa estaba cerca del parque, así que seguí por la acera, intentando recordar a qué distancia estaba.

Los recuerdos volvían en destellos agudos y dolorosos. Al principio, pensé que solo era ella, así que cogí el cuchillo para defenderme. Pensé que podría detenerla. Pero entonces apareció él. Mucho más grande, mucho más fuerte. Supe que no tenía nada que hacer. Había corrido tan rápido y, al parecer, tan lejos aquella noche. Me persiguió y me dio caza. Me metí a toda prisa por uno de los senderos laterales, cerca del agua. Creía que estaba lo bastante bien

escondida. Pero no era así. Me había reducido y, después, todo se volvió negro.

Pero había cometido un error ese día.

No me mató.

45

MARTINA

SEGUÍA SIN PODER CREER que Jane nos hubiera hecho esto. Las cámaras de seguridad mostraban claramente que se había marchado por su cuenta y que había esperado a que Charlie se fuera primero. No quería que supiéramos adónde iba, pero ¿por qué?

—Entonces, ¿qué hacemos ahora, Martina? —dijo Vincent.

—No podemos rastrearla por el móvil. Podríamos interrogar a Jacob, pero sabemos que está en el trabajo…, o al menos sospechamos que lo está. Selena lo confirmará; acaba de estar en el restaurante y ahora va de camino a la casa para buscar alguna pista sobre adónde ha podido ir Jane.

—Bueno, podríamos revisar las cámaras de tráfico de tu barrio —dijo Vincent—. Lo único que ha podido hacer es coger un autobús…, quizá el BART o un taxi. A no ser que alguien la recogiera. Podría haber llamado a alguien para que viniera a buscarla.

¿A quién habría llamado? ¿Por qué no nos había llamado a Selena o a mí? —¿Podemos mirar su registro de llamadas de antes de que apagara el móvil?

—Me pongo a ello —dijo Vincent. Se centró en su portátil.

Le dije a Hirsch: —En mi barrio no hay cámaras de tráfico, pero tengo vecinos con cámaras de vigilancia. Podría ir puerta por puerta pidiéndoles las grabaciones para ver adónde ha ido, o al menos para

averiguar en qué dirección. No hay tantas formas de salir de mi barrio.

Devanándome los sesos, intenté averiguar por qué se había marchado y cómo no lo había visto venir.

—Podría hablar con unos amigos del condado de CoCo y ver si pueden estar atentos por si la ven —dijo Hirsch.

Era una buena idea. Yo vivía en el condado de CoCo, así que tenía sentido que ellos también la buscaran. —¿De verdad nos ayudarán con eso? ¿Con una mujer que se ha ido por su cuenta?

—Si saben que podría estar en peligro. Cosa que es probable.

Buena observación. —Es verdad.

—Llamo ahora —dijo Hirsch. Se levantó para salir de la sala de reuniones y hacer la llamada.

Asentí y seguí dándole vueltas a la situación. Era inusual que una clienta me pillara tan desprevenida. Una clienta a la que habíamos estado protegiendo sin descanso. Me acerqué a Vincent, intentando mirar la pantalla.

Vincent me miró y dijo: —No ha llamado a nadie. Los únicos números entrantes y salientes son los de Selena y el tuyo.

—Entonces, no puede haber quedado con nadie. ¿Adónde podría haber ido?

—Quizá se quedó tan angustiada al enterarse de lo del bebé que decidió que necesitaba estar sola. Algo así como después de que el bebé muriera la primera vez. Jacob dijo que tuvo una crisis nerviosa y lo dejó. Por eso fue de albergue en albergue. Quizá lo ha recordado, ha sido demasiado para ella y está huyendo de nuevo. Deberíamos comprobar los albergues de la zona para ver si ha ido allí.

—Buena idea —asentí—. Podemos repartirnos los números de teléfono de los albergues más cercanos y llamar cada uno a unos cuantos. Empezando por el último en el que se alojó. El de Hayward. —Todo en mi interior me decía que teníamos que encontrarla.

—Buena idea —dijo Vincent—. Incluso en transporte público, a estas horas ya podría haber llegado a Hayward.

El transporte público del Área de la Bahía era lento en el mejor de los casos. Un trayecto por el Área de la Bahía que en coche

llevaría veinte minutos podía fácilmente superar la hora en autobús y en el BART, el sistema de Bay Area Rapid Transit. Rápido. Ja.

—Muy bien, yo me encargo de Hayward. ¿De cuál quieres encargarte tú? —pregunté.

—Repasaré la lista de albergues cercanos y elegiré los que están más cerca de tu casa —dijo Vincent—. Llamaremos a todos y veremos si alguien la ha visto.

—Gracias, Vincent.

Cogí el móvil y llamé al albergue de Hayward.

Después de explicar varias veces a quién buscaba, finalmente me pasaron con una mujer con la que ya había hablado antes: Jolie.

—Hola, sí, ¿me han dicho que llama preguntando por una de nuestras residentes? —preguntó Jolie.

—Busco a una mujer, Jane Doe. Estuvo en su albergue hasta hace más o menos un mes. Usaba el nombre de Angie. Quería saber si ha vuelto.

—Disculpe, ¿cuál era el nombre?

—Antes usaba el nombre de Angie, pero ahora puede que se haga llamar Jane o que use otro nombre. —A estas alturas, no tenía ni idea de lo que Jane estaba pensando o de cómo se hacía llamar.

Se oyó el tecleo al otro lado de la línea. —No, me temo que no.

—¿Podría llamarme si aparece?

—¿Corre algún peligro? —preguntó Jolie.

—Es posible.

—Por supuesto, la llamaré si la veo.

—Muchas gracias.

Vincent me miró y negué con la cabeza.

—Todavía estoy con la lista. Dame unos minutos y nos los repartimos. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Alguna razón por la que volvería al parque donde la atacaron?

—Quizá si ha recordado con quién iba a encontrarse ese día. A lo mejor hay alguna pista allí que se nos pasó.

—Bueno, llamemos a estos albergues y luego iremos para allá a ver si la encontramos.

—Esa será la forma más rápida de ver si está allí. Bien pensado, Vincent.

Hirsch volvió a la sala de conferencias, con la cara algo sonrojada. —No te vas a creer con quién acabo de hablar.

—¿Con quién? —pregunté.

—Era el hermano de Marilyn, Caleb. Dice que siente no haberme respondido antes, pero que ha estado fuera de la ciudad. Le he hecho algunas preguntas sobre Jacob y Hanna. Ha dicho que los conocía y que eran muy felices juntos.

—¿Te ha dicho cuándo fue la última vez que habló con ellos o los vio? —le pregunté.

—Me ha dicho que la última vez que los vio fue cuando se marcharon a California hace dos años.

—¿Cuándo fue la última vez que Caleb habló con Jacob o Hanna?

—Ha dicho que recibió una llamada de Jacob cuando Hanna desapareció hace año y medio (estaba preocupadísimo por ella), pero que no había vuelto a hablar con él hasta hace poco. Marilyn le dijo a Caleb que la habían encontrado, así que llamó a Jacob.

Bueno, misterio resuelto. Tal como sospechábamos, alguien le había dicho a Jacob dónde estaba Jane. Marilyn, y quizá incluso la hermana de Hanna, Keisha, no eran sus amigas. Y Jane podía sentirlo. Su instinto le decía que no fuera con ellas. Parecía que había tenido razón.

—¿Ha dicho si Jacob fue a Oregón a buscar a Hanna cuando desapareció? —pregunté.

—Se lo he preguntado. Ha dicho que no. Lleva dos años sin ver a Jacob. Solo la llamada.

—¿Notaste algo raro en la llamada?

—Sí, me ha dado la sensación de que prácticamente estaba leyendo un guion.

—¿Como si estuviera encubriendo a Jacob?

—Quizá.

Bueno, eso no era un buen presagio para Jane y su seguridad. Teníamos que encontrarla antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que Jacob, o quienquiera que hubiera intentado hacerle daño la primera vez, volviera a intentarlo.

46

JANE

SEGUÍ POR LA CALLE ARBOLADA, con la luz del sol parpadeando en el asfalto mientras una brisa fresca agitaba las hojas sobre mi cabeza. Pasé la entrada del parque, la que tenía el enorme aparcamiento y las vistas serenas del lago. Me invadió un instante de duda: había estado aquí. Había pasado corriendo. No me había alejado lo suficiente.

Recordaba haber cruzado la calle aquella noche, un momento grabado a fuego en mi mente, y volví a hacerlo ahora; con más cuidado esta vez, mirando a ambos lados antes de cruzar corriendo a la acera de enfrente.

El pulso se me aceleraba a cada paso. Estaba cerca, muy cerca. Estaba oscuro cuando huí de ellos, pero había señales —pequeñas pero inequívocas— de que iba por el buen camino.

Pasé la primera calle, luego la siguiente. El corazón me martilleaba en el pecho al acercarme a la tercera a la izquierda. Y entonces, allí estaba: la casa de la esquina. El reconocimiento me recorrió como una descarga eléctrica. Era la calle.

El corazón se me disparó: estaba muy, muy cerca.

Mientras avanzaba por la calle, miré en todas direcciones. El barrio parecía inquietantemente inmóvil, anormalmente silencioso. No había nadie: ni paseadores de perros, ni jubilados cuidando el

césped, ni niños jugando. Quizá aún no habían vuelto del colegio. No podía saberlo. Este lugar, esta gente… eran extraños para mí. Había corrido por mi vida en estas calles; ahora volvía para reclamarla.

Vi la casa, la estructura de dos pisos que se alzaba más adelante. Un Toyota aparcado en la entrada confirmaba lo que ya sabía: era aquí. Y ellos estaban en casa. Se me aceleró la respiración mientras subía a toda prisa por el sendero hasta la puerta principal, con el puño en alto antes de poder pensármelo dos veces. Aporreé la puerta, cada golpe más fuerte que el anterior, pero solo me respondió el silencio. Nadie contestaba.

Di un paso atrás y miré las ventanas. Pasé por encima de los arbustos y me asomé al interior. Vi el salón, la escalera que subía al segundo piso. El pasillo se extendía hasta donde debería estar la cocina; la cocina donde había encontrado aquel cuchillo, donde había luchado con uñas y dientes, desesperada por sobrevivir. Desesperada por reclamar lo que era mío.

Nada se movía dentro. Ni movimiento. Ni voces. Pero alguien tenía que estar allí. Quizá estaban arriba. Él seguramente estaría en el trabajo, pero ella… ella debería estar en casa.

Volví a la puerta principal y llamé con más fuerza esta vez. Luego, pulsé el timbre hasta que oí su repique por toda la casa. Me temblaban los dedos de frustración y, por un momento, casi me di la vuelta para marcharme.

Pero entonces los oí: unos pasos que bajaban las escaleras.

La puerta se abrió con un crujido y allí estaba ella, con el rostro enrojecido por la molestia. Apenas pudo articular palabra antes de detenerse en seco, con sus ojos fijos en los míos. Reconocimiento. Intentó cerrar la puerta, pero metí el pie para que no pudiera, bloqueándola. Saqué del bolsillo la porra extensible de repuesto de Selena. Apreté el botón y se extendió con un chasquido seco.

—¡Déjeme entrar! —exigí.

—¡Déjenos en paz! ¿Por qué hace esto? —gritó ella.

Actuaba como si fuera inocente. Pero no lo era.

—¿Dónde está? —grité.

Usó toda su fuerza para mantenerme fuera, pero yo tenía algo que ella no tenía. Nada que perder.

—¡No me iré sin ella! —dije con convicción mientras entraba a la fuerza en la casa, apartándola de un empujón.

Intentó agarrarme, pero blandí la porra y la golpeé con fuerza en un lado de la cara. Soltó un grito ahogado y retrocedió tambaleándose, llevándose la mano a la mejilla.

—He dicho que dónde está.

Se encogió, sin esperarse el golpe, y su desafío flaqueó.

Ella y su marido me habían dado por muerta una vez. Habían intentado matarme, pero habían fracasado.

Ignorándola mientras se desplomaba al pie de la escalera, subí corriendo, de dos en dos escalones. Oía cómo venía detrás de mí, sus pasos frenéticos e irregulares, pero yo ya estaba en movimiento. Arriba, el pasillo se extendía ante mí, con puertas a ambos lados.

Abrí la primera puerta de golpe. Dentro había una cama de matrimonio, una cómoda, fotografías en las paredes. Un cesto de la ropa sucia rebosante. Me di la vuelta y me abalancé sobre la siguiente puerta, con el corazón desbocado. La abrí y vi una cuna. Sentí una oleada de alivio durante una fracción de segundo. Al entrar, un brazo fuerte me agarró por detrás.

Una mano me tapó la boca, ahogando mi grito, mientras el otro brazo me rodeaba la cintura, arrastrándome fuera de la habitación.

Pateé y me revolví, desesperada por liberarme, pero su agarre era férreo. Mi mirada se clavó en la mujer. Había cogido la porra y la alzaba en el aire.

No había pensado que él estaría en casa.

Me arrastró a otra habitación y cerró la puerta de un portazo. Luché con más fuerza, pero fue inútil. Era demasiado fuerte.

Una vez más, me había reducido. ¿Lo haría por fin? ¿Me mataría esta vez?

Sus manos se cerraron alrededor de mi garganta, apretando cada vez más fuerte. Se me nubló la vista, la habitación daba vueltas mientras yo jadeaba en busca de aire. A lo lejos, oí unos llantos débiles e impotentes mientras el mundo a mi alrededor se sumía en la oscuridad.

47

MARTINA

UNA HORA DESPUÉS, habíamos contactado con todos los refugios de la zona. Nadie había visto a Jane. El equipo de la oficina del sheriff del condado de CoCo no la había localizado. No teníamos ni idea de dónde estaba. Selena entró en el despacho con el rostro inescrutable. La saludé con la mano para llamar su atención.

—¿Has encontrado algo fuera de lugar en la casa? —pregunté—. ¿Quizá alguna pista sobre adónde ha ido?

Permaneció impasible mientras entraba en la sala de reuniones y se sentaba frente a mí. —Lo he registrado todo —dijo—. Ni rastro de forcejeo. Pero... falta algo.

Me puse tenso. ¿Que falta algo? —¿Nos ha cogido algo? —pregunté, sintiendo un nudo en el pecho—. ¿El qué?

—Mi porra extensible extra.

Vincent, que había estado paseando de un lado a otro cerca de la puerta, se detuvo y se giró hacia ella. —¿Estás segura de que no la has perdido sin más?

—No la he perdido —espetó Selena—. De hecho, se la estuve enseñando. Le dije que podría enseñarle algunos movimientos de defensa personal en cuanto estuviera preparada. Le expliqué que, cuando empecé, mi arma preferida era una porra retráctil porque es fácil de ocultar, pero puede ser letal si se usa correctamente.

Un denso silencio inundó la sala.

—¿Sabía dónde estaba y para qué se usaba? —pregunté.

—Lo sabía.

Me quedé allí, tratando de atar cabos, mientras mi mente repasaba a toda velocidad las posibilidades. ¿Qué estaría pensando Jane? Mi mirada se encontró con la de Selena y pareció leerme la pregunta en los ojos. —Creo que va a volver al parque o a sus alrededores —dijo Selena—. Creo que se está preparando para una pelea... una que no quiere perder esta vez.

Vincent dijo: —Pero la primera vez estaba en clara desventaja.

—Sí, pero quizá piense que algo será diferente esta vez.

Dije: —Si eso es cierto, podría estar en peligro. Tenemos que encontrarla.

—Creo que deberíamos volver al parque —sugirió Selena.

—De acuerdo. Pero antes de eso, ¿has sacado algo útil de los compañeros de trabajo de Jacob? ¿Algo que pueda ayudar?

Sacó su portátil de la mochila, lo abrió y mostró las fotos que había hecho de la nube. —Básicamente, he hablado con el gerente del restaurante, así como con otro de los camareros y la recepcionista. Son todos los que trabajaban hoy. Era un poco tarde para comer, así que no había muchos clientes. Pero este tipo de aquí —señaló la pantalla— dijo que conoce a Jacob desde hace tiempo. Podría ser alguien a quien interrogar.

Mi mente se disparó en todas direcciones mientras seguía escuchando.

Hizo una pausa y me dirigió una mirada sombría. —Pero bueno, mi tapadera se ha ido al traste cuando Jacob me ha visto. Me ha reconocido de la comisaría del sheriff del condado de Alameda, de cuando fuimos allí con Jane.

—¿Se ha enfadado? —pregunté.

—Sí, pero le he preguntado por la niña. Le he dicho que queríamos saber dónde estaba enterrada. Ha dicho que estaba marcado con flores, pero que no sabía el lugar exacto. Afirmó que se había reunido con Caleb cuando fueron a enterrar a la niña, pero que no visitaron a nadie más.

Hirsch dijo: —Pero acabo de hablar con Caleb. Dice que no ha visto a Jacob en dos años, desde que se fueron a California, antes de que la niña muriera.

—¿Por qué iba a mentir? —pregunté.

—Esa es una pregunta excelente —dijo Selena, con el ceño fruncido—. ¿Es posible que no se acordara?

Resoplé. —¿No acordarse de que la hija de tu amigo se murió y de que vino a enterrarla cerca de ti? No me lo creo.

—¿Crees que Jacob le dijo que dijera eso? ¿Que le dijo a Caleb que no había problema en hablar con nosotros, pero luego se olvidó de mencionarle la visita para enterrar a la niña? —preguntó Hirsch.

—Puede ser —dijo Selena, pensativa—. En cualquier caso, no podemos fiarnos de ese tipo, Caleb. Probablemente solo esté encubriendo a Jacob. Creo que tenemos que ir al parque. Sea quien sea con quien Jane se haya citado allí, ha ido a buscarlos y va a intentar atacarlos con esa porra. Mi instinto me grita que eso es lo que está pasando. —Su voz adquirió un tono duro—. Creo que tenemos que ir a Fremont.

Estaba a punto de darle la razón cuando algo hizo clic en mi cabeza. Sin aliento, miré el portátil justo cuando Selena estaba cerrando la tapa.

—Un momento —dije, al darme cuenta de algo de repente.

—¿Qué? —preguntó Selena, volviéndose hacia mí.

Me incliné, mirando fijamente la imagen en la pantalla. —Ese tipo. ¿Puedes ampliar la imagen? En concreto, el tatuaje de su brazo.

Selena lo hizo.

Me quedé con la boca abierta. —Hirsch, ¿te suena de algo?

Los ojos de Hirsch se abrieron un poco al reconocer el tatuaje. —Lo interrogamos. Vive cerca del parque de Union City.

—No puede ser una coincidencia.

—¿Cómo se llama? —le pregunté a Selena.

—Me dijo que se llama Ben Milton.

Vincent dijo: —Voy a buscar el nombre.

—¿Es posible que Jacob lo contratara para matar a Jane? —pregunté a la sala. Volviéndome hacia Selena, dije—: ¿Tú qué crees?

Has hablado con él.

—Pues... sí, es posible. Es un tipo grande y podría reducirla fácilmente.

Me erguí, con la determinación apoderándose de mí. —Vamos para allá. Quizá ha recordado el ataque y ha vuelto.

—¿Pero por qué? —preguntó Vincent.

Esa era la pregunta del millón. —Siempre hemos barajado la teoría de que había quedado con alguien. A lo mejor se ha acordado de con quién y por qué. Y ha vuelto.

Vincent dijo: —Id vosotros. Os llamaré con lo que encuentre sobre Ben Milton.

Con un agradecimiento y un plan, volvimos al lugar del crimen.

48

MARTINA

AL VOLANTE, de camino a Fremont, seguí dándole vueltas a todas las razones por las que Jane podría haberse marchado por su cuenta y no nos lo hubiera dicho. ¿Acaso planeaba hacer algo ilegal?

—Acabo de hablar por teléfono con Cromwell —dijo Hirsch, rompiendo el silencio—. Se reunirá con nosotros en casa de Milton para interrogarlo.

—Bien pensado. Podíamos intentar interrogar a Milton todo lo que quisiéramos, pero no éramos agentes de la ley.

Le eché un vistazo a Hirsch y vi la tensión en su mandíbula. No lo decía, pero sabía que estaba tan nervioso como yo.

—El hecho de que Ben Milton sea amigo de Jacob, que su casa esté tan cerca del parque donde atacaron a Jane… —dijo Hirsch—. ¿Y se acuerda de que cuando los entrevistamos nos contaron versiones distintas sobre su sistema de vigilancia? Sabía que se comportaba de forma sospechosa y que probablemente ocultaba algo. ¿Usted también tuvo esa impresión?

Me removí en el asiento y respondí:

—Sí. Por eso me acordaba de él. Noté que algo no cuadraba con ellos dos, pero no estaba segura de qué. No tenemos ninguna prueba, pero mi instinto me dice que Milton está relacionado con el ataque a Jane.

—Me inclino a estar de acuerdo.

El silencioso zumbido del motor fue el único sonido que se oyó entre nosotros durante un instante. Era el primer caso en el que trabajábamos desde que él ya no era miembro de las fuerzas del orden. El cambio de tener una placa a no tenerla pesaba más de lo que esperaba. Ahora estaba retirado, lo que significaba que no podíamos presentarnos en casa de Ben Milton como si tal cosa, como solíamos hacer. Si sospechábamos que dentro ocurría algo que no era trigo limpio, no podíamos enseñar una placa ni entrar por la fuerza. No éramos más que ciudadanos de a pie. Y eso significaba que podían detenernos a nosotros por allanamiento de morada. No teníamos ninguna autoridad.

Hacía tiempo que no me metía en algo tan a ciegas, y la incertidumbre me carcomía. Bajé la vista cuando la pantalla del salpicadero se iluminó con una llamada entrante de Vincent. Contesté.

—Hola, Vincent. Lo he puesto en manos libres. ¿Qué ocurre?

—Acabo de recibir los antecedentes de Ben Milton —la voz de Vincent sonó con un crepitar por la línea—. No tiene antecedentes penales. He cruzado sus datos con los de Jacob Stoddard. Se conocen desde hace mucho tiempo. Jacob Stoddard tiene la misma edad que el hermano pequeño de Milton, Timothy. Ambos fueron al mismo instituto y a la misma universidad.

—¿Sin antecedentes penales? ¿Nos hemos equivocado? —pregunté.

—Imposible, Martina —insistió Vincent—. Tiene que estar relacionado de alguna manera. ¿Lo siente?

Exhalé lentamente, con la mirada perdida en la autovía.

—Sí.

—Hágale caso a su instinto, jefa.

Eso era exactamente lo que iba a hacer.

—Lo haré. Hablamos luego. Pondré al día a Selena y le contaré lo que ha averiguado. —Habíamos decidido que ella fuera en su propio coche, por si necesitábamos un segundo vehículo.

—Avíseme si puedo ayudar en algo más.

—Gracias, Vincent. —Terminé la conversación y llamé a Selena para ponerla al día y trazar nuestro plan de ataque.

49

JANE

Me despertÉ en una habitación a oscuras, con la única luz filtrándose por los bordes de unas gruesas cortinas. El sol aún no se había puesto, pero notaba que se desvanecía rápidamente. Intenté moverme, pero tenía las muñecas atadas a la cama con lo que parecía un cable eléctrico. También me habían atado las piernas y los tobillos.

Una cama individual. Del tipo que encontrarías en la habitación de un niño.

El pánico me atenazó el pecho y mi mente se puso a mil. ¿Qué iban a hacerme? Había pasado el último año y medio buscándola —buscándolos—, preguntándome por qué se la habían llevado. Por qué habían jurado que era suya y no mía. Y esa mujer. De no haber sabido la verdad, habría creído que Abigail era su bebé. ¿Acaso lo creía ella?

Jacob me había dicho que la loca era yo, que estaba ahogándome en el dolor y que no podía aceptar que mi hija ya no estaba. Había dicho que había perdido la cabeza, que imaginaba cosas que no eran reales. Pero no estaba loca. Y reconocía a mi hija al verla. La conocía mejor que nadie.

Había pasado un año y medio buscándola mientras esquivaba a Jacob, y por fin la había encontrado. Y lucharía hasta la muerte para

recuperarla.

Forcejeé con las ataduras, pero fue inútil. Mi cuerpo estaba débil, todavía recuperándose del ataque. Los médicos habían dicho que me estaba fortaleciendo, que estaba progresando, pero en ese momento no me sentía fuerte. Me sentía indefensa. Y furiosa. Había vuelto a cometer el mismo error: dar por sentado que él estaría en el trabajo, pensar que ella estaría sola en casa con mi hija. La primera vez que aparecí en su puerta, actuó como si no supiera quién era yo. Por un momento, casi la había creído.

Pero ¿cómo podía no saberlo? ¿Cómo podía mirarme y fingir?

No tenía sentido.

Llevaba tanto tiempo huyendo, persiguiendo cualquier pista que encontraba, que a veces había dudado de mí misma. A veces me había preguntado si de verdad había perdido la cabeza. ¿Me aferraba a lo imposible? ¿Intentaba ver lo que quería ver?

Pero no la había imaginado. No podría haber imaginado esa diminuta marca de nacimiento cerca de su oreja izquierda, en la mejilla; una suave mancha rosada, casi con forma de corazón. Recordaba haberla visto la primera vez que la sostuve en mis brazos, con el corazón henchido de un amor tan profundo que parecía que iba a estallar. Esa marca de nacimiento era un pedazo de ella, un pedazo de mí. La conocía como conocía los latidos de mi propio corazón.

Podían llamarme loca todo lo que quisieran. Yo sabía la verdad. Ella era mía. Tenía que salir de aquí. Grité: —¡Hola! —. Al toparme con el silencio, grité—: ¡Socorro!

La puerta se abrió con un crujido y me tensé. Una figura se recortó en el umbral, bloqueando la poca luz que quedaba.

—Estate quieta —gruñó la voz—. O te taparé la boca con cinta aislante.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me la quitaste? —se me quebró la voz al hablar. Ni siquiera había tenido la oportunidad de preguntarles esto antes. El nudo en mi estómago se apretó aún más, el miedo y la frustración bullían en mi interior.

El hombre junto a la puerta suspiró, pasándose una mano por el pelo. —Hanna, odio tener que hacerte esto..., pero vamos a llamar a

Jacob. Esperamos que él pueda ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿De qué hablas? Intentaste matarme. —El corazón se me aceleró, la confusión mezclándose con la ira—. ¿Qué está planeando?

—No. No quería hacerte daño. Intentaba proteger a mi mujer. —Su tono se suavizó, como si le hablara a una niña—. ¿Recuerdas haber venido aquí hace un mes? Cogiste un cuchillo de nuestra cocina y atacaste a mi mujer. A mi inocente mujer. ¿Por qué hiciste eso?

Parpadeé, esforzándome por dar sentido a lo que decía. ¿Creía que no lo recordaba? ¿Que era imposible que recordara lo que pasó? Pero sí que lo recordaba. Recordaba lo suficiente como para volver, ¿no?

—Ella sabía perfectamente por qué —espeté—. ¡Me robó a mi bebé!

Su expresión se endureció y dio un paso hacia mí, hablando despacio como si intentara razonar con alguien inestable. —Jacob nos advirtió de esto... La primera vez que la viste, pensaste que era tuya. Y lo siento mucho, Hanna, de verdad que sí. Perder a tu bebé... no puedo imaginar lo que debe de haberte hecho. Pero te aseguro que esta niña es nuestra. Tenemos un certificado de nacimiento, informes del hospital... No es tuya, y no es de Jacob.

Casi me convenció. Casi. —Si sois tan inocentes, y yo soy la que necesita ayuda, ¿por qué casi me mataste? —repliqué, levantando la voz—. Lo recuerdo. Os recuerdo a los dos, a ti y a tu mujer, me dejasteis allí para que me muriera.

Su rostro se contrajo; la máscara resbaló un poco. —No quería hacer eso, Hanna. Pero atacaste a mi mujer con un cuchillo. ¡Fue en defensa propia! Admito que deberíamos haber llamado a alguien para que te ayudara entonces, pero... nos entró el pánico. Lo siento.

—¿Es eso lo que piensas decirle a la policía? —pregunté, entrecerrando los ojos—. ¿Por qué no me dejas ir ahora? ¿Por qué me tienes atada si estás tan preocupado por mi bienestar?

Dudó, mirando hacia la puerta como si esperara que alguien entrara y le salvara de responder. —Bueno..., si no recuerdas mal,

has entrado en mi casa otra vez y has atacado a mi mujer otra vez. Solo intento proteger a mi familia.

—Si eso es verdad, ¿por qué no llamas a la policía? Haz que se me lleven, que te mantengan a ti y a tu familia a salvo de mí —contraataqué, apoyándome en lo absurdo de su lógica.

—Porque Jacob me pidió que lo llamara si volvías por aquí. Se quedó de piedra cuando se enteró de que habías venido. Se preocupa por ti. Te quiere. Intentamos manejar esto civilizadamente, conseguirte la ayuda que necesitas, no meterte en la cárcel. ¿Es eso lo que quieres, Hanna? ¿Estar en una celda?

Lo miré fijamente, con el pulso martilleándome en los oídos. —Llama a Jacob. Haz que me lleve a un psiquiátrico, como dices. ¿Pero sabes qué? —solté una risa amarga—. Preferiría que llamaras a la policía. Quizá sí que merezco estar en la cárcel. No paro de intentar mataros a ti y a tu mujer, ¿no? ¿No tiene eso sentido? Iría a la cárcel por eso, ¿verdad?

Cuando había venido a la casa antes, era ingenua y no entendía cómo funcionaba el mundo. Pero había aprendido mucho durante el último mes. Y ya no era tan ingenua. No me creía ni una palabra de lo que me estaba diciendo.

—Hanna, quizá solo necesitas descansar un poco.

Tiré de las ataduras de mis muñecas, con voz gélida. —Es un poco difícil dormir cuando estoy atada. ¿No crees?

Él desvió la mirada. —Lo siento… Es lo mejor que puedo hacer ahora mismo. No te esperábamos.

—Seguro que no —mascullé, fulminándolo con la mirada.

Justo entonces, oí una vocecita. —Mamá… —El sonido rasgó la tensión como un cuchillo.

Se me cortó la respiración.

Aguanté el aliento para escuchar mejor, con el corazón desbocado. Y de nuevo, más claro esta vez: —Quiero una galleta. —Sonó como «Quieo una gaeta».

El corazón se me hinchó. Era ella. Abigail. Sabía que la había encontrado. Ya no me cabía ninguna duda. Y no había nada que esa gente pudiera hacer para impedirme estar con ella.

50

MARTINA

LLEGAMOS a casa de los Milton justo cuando el sol empezaba a ponerse. Los Milton, Ben y Laurel, vivían a una milla más o menos del parque donde Jane había sido atacada. ¿Podría ser Laurel la mujer cuya sangre se encontró en el cuchillo de Jane y Ben la segunda persona que la había reducido? Pero la pregunta me carcomía: ¿Por qué atacarían a Jane? ¿Podrían ser los Milton un equipo de asesinos formado por marido y mujer?

Aparqué y esperé a que llegara Selena. Una vez que lo hizo, Hirsch y yo salimos de mi coche y nos reunimos con ella junto al maletero. Selena dijo:

—¿Vamos todos a la puerta?

Si por mí fuera, Selena se quedaría atrás, fuera de peligro hasta que estuviéramos seguros de que no había riesgos. Pero si Jane estaba dentro, sabía que Selena sería una fuente de consuelo, si lo necesitaba. Dije:

—Hirsch y yo llevaremos la iniciativa en el interrogatorio. ¿Puedes cubrirnos? ¿Vigila por si aparece Cromwell?

Ella asintió.

—Vamos a ello.

Sin mediar más palabra, nos lanzamos por el sendero hacia la puerta principal, inspeccionando la zona. Estaba tranquilo y no había

vecinos fuera.

Hirsch aporreó la puerta. La casa respondió con un silencio sepulcral. Ni pisadas, ni voces, ni el menor sonido de movimiento en el interior.

Pasó un minuto. Hirsch volvió a llamar, esta vez más fuerte, con una impaciencia que reflejaba la mía.

No teníamos tiempo que perder. Ahora no.

Pasó otro minuto, lentamente, y cuando me disponía a rodear el perímetro de la casa para ver si podíamos mirar dentro, la puerta se abrió con un chirrido.

Una mujer estaba en el umbral, con un niño pequeño en brazos. El niño aferraba una galleta salada. La mujer tenía un gran moratón en un lado de la cara, aunque parecía que intentaba ocultarlo de nuestra vista.

Acomodándose a la niña en la cadera, dijo:

—¿Puedo ayudarles en algo?

La niña era preciosa. Pelo oscuro y ojos grandes y curiosos. Su carita en forma de corazón estaba enmarcada por mechones de pelo, y parecía tan sana y feliz como cualquier niña de su edad. Pero algo en la escena no encajaba. ¿Cómo se había hecho la mujer esa herida?

—Hola, ¿es usted Laurel Milton?

—Sí.

—Soy una investigadora privada, Martina Monroe, y estos son mis socios, August Hirsch y Selena Bailey. Hablamos hace unas semanas.

Palideció.

Hirsch no perdió el tiempo. Sostuvo una foto de Jane, su voz era cortante.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre esta mujer. Fue agredida por aquí hace casi un mes. ¿La ha visto antes?

Los ojos de la mujer apenas se posaron en la foto un instante antes de negar con la cabeza, demasiado rápido.

—No la he visto nunca —dijo con voz temblorosa.

Antes de que pudiéramos responder, un fuerte golpe y lo que sonó como un grito ahogado provinieron de algún lugar más

profundo de la casa. Le siguió otro, esta vez más fuerte, como si alguien —o algo— estuviera tratando de llamar nuestra atención. Quizás en el piso de arriba.

Jane estaba aquí.

—¿Está todo bien ahí dentro? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia delante, tratando de mirar más allá de la mujer hacia el pasillo tenuemente iluminado.

—Oh, sí —dijo ella—. No es nada. Solo es la tele.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —pregunté.

—Me he caído. Soy un poco torpe.

Me acerqué un poco más.

—Nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas. ¿Podemos pasar?

Su agarre sobre la niña se hizo más fuerte y dio un pequeño paso atrás, su lenguaje corporal pasó de ser ligeramente acogedor a totalmente defensivo.

—No —dijo, negando de nuevo con la cabeza—. Lo siento. No es buen momento.

Antes de que pudiéramos insistir, el sonido de unos pasos pesados resonó en el pasillo, y entonces apareció él. Ben Milton. Era alto, de hombros anchos, con el tipo de presencia que exigía atención, y un tatuaje de serpiente en el antebrazo.

Su rostro estaba tranquilo, pero sus ojos brillaban con algo que no pude identificar del todo.

Le miré las manos. Allí, en el costado de su mano derecha, había una mancha roja. Parecía sangre seca, una salpicadura pequeña y tenue, pero inconfundible.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó, con voz suave y controlada.

La mujer le dijo:

—Están preguntando por un crimen que ocurrió en el barrio. A una mujer.

Hirsch volvió a mostrar la foto de Jane.

—No la he visto nunca.

Ahora sabía que mentía. Y me preocupaba que el fuerte golpe hubiera sido por Jane. Deseé tener autoridad para entrar. Pero, por desgracia, ninguno de nosotros era de las fuerzas del orden.

—Tenemos razones para creer que sí la conoce —dije, señalando la foto de Jane que Hirsch todavía sostenía—. Era la novia de Jacob, la madre de su hijo.

Otro golpe sonó desde el interior de la casa. Esta vez, fue más fuerte, más claro. Mis instintos se dispararon. Había alguien dentro. Alguien que quería que le oyeran. Jane.

—¿Hay alguien más dentro? —pregunté.

—No —dijo el hombre, casi demasiado rápido—. Es la tele.

Mentía. Podía sentirlo en mis entrañas. Lancé una mirada a Hirsch y a Selena, y Hirsch asintió levemente. Estábamos pensando lo mismo.

Antes de que pudiéramos insistir, el sonido de un motor se acercó por detrás de nosotros.

Un torrente de alivio me invadió cuando me giré y vi a Cromwell llegar en su coche camuflado, con otro agente en el asiento del copiloto. Aparcaron un poco más abajo en la calle y comenzaron a subir por el sendero hacia nosotros, su presencia era un bienvenido refuerzo.

—Ese es el detective que lleva el caso —dijo Hirsch, dando un paso hacia el umbral—. Querrá hacerles unas preguntas.

Con un asentimiento, Selena corrió hacia el detective Cromwell y el agente uniformado para explicar lo que había ocurrido hasta el momento. Selena y Cromwell hablaron mientras ellos y el otro agente se apresuraban por el sendero hacia la casa. Hirsch y yo nos hicimos a un lado para cederle el turno a Cromwell.

Cromwell dijo:

—Buenas tardes, señor. Señora. Soy el detective Cromwell, y este es el agente Adler de la Oficina del Sheriff del Condado de Alameda. Tenemos algunas preguntas para ustedes.

—Les estábamos diciendo a estos investigadores privados que no sabemos nada sobre el crimen que ocurrió. Y no conocemos a la mujer.

—¿Dónde estaban la tarde del 23 de agosto? —preguntó Cromwell.

Ambos parecían un animal atrapado en una trampa.

—¿Estaban en casa? —preguntó Cromwell.

—Sí, probablemente. No vamos a muchos sitios con la niña.

—Veo que tienen cámaras de seguridad. ¿Tienen grabaciones del 23 de agosto?

Ben dijo:

—No solemos guardar las grabaciones más de una semana.

Hirsch y yo intercambiamos una mirada. Cuando lo habíamos entrevistado antes, nos dijo que las cámaras de seguridad no funcionaban.

Todo en mi ser me decía que los Milton eran nuestros sospechosos.

Un destello de algo cruzó el rostro de la mujer. Miedo, tal vez. O culpa. Era difícil de saber, pero estaba ahí, enterrado bajo su expresión cuidadosamente controlada.

Justo entonces, otro sonido llegó del interior de la casa. Esta vez no fue un golpe, sino una voz débil y ahogada. Era imposible distinguir lo que decía, pero fue suficiente para captar la atención de todos.

Los ojos de Ben se desviaron hacia el pasillo, hacia la escalera. Apretó la mandíbula y, por un breve momento, su tranquila fachada se resquebrajó.

Cromwell dijo:

—¿Quién más hay en la casa?

—Nadie. Es solo la tele.

Otro golpe resonó desde el interior de la casa, esta vez más fuerte, inconfundible. Mi corazón dio un vuelco y un escalofrío me recorrió la espalda. Ya no era solo una corazonada o un presentimiento; algo estaba sucediendo dentro, y podía sentir que se nos estaba acabando el tiempo.

Todo el comportamiento de Cromwell cambió en un instante. Su mano se movió instintivamente para posarse en la empuñadura de su arma de fuego, su cuerpo tenso, sus ojos fijos en el hombre que estaba en la puerta.

—No lo creo —dijo Cromwell, con una voz que ahora era dura como el acero—. Señor, voy a preguntárselo una vez más. ¿Quién más hay en la casa?

La tensión en el aire era eléctrica, crepitando con el tipo de intensidad que me decía que esto estaba a punto de torcerse, y muy rápido. La postura del hombre cambió, sus ojos se desviaron hacia el pasillo como si contemplara su próximo movimiento.

—Como he dicho —repitió, con la voz ahora más temblorosa—, es solo la tele.

Otro golpe. Le siguió la voz. ¿Una voz de mujer? Era débil, pero inconfundible, alguien intentaba hacerse oír. El sonido me disparó la adrenalina por las venas. Ya no había más conjeturas. Ni más esperas.

La voz de Cromwell bajó, peligrosamente tranquila. Con el arma en alto.

—Señor, señora. Tienen que hacerse a un lado.

51

MARTINA

A SUS ESPALDAS, el detective Cromwell dio órdenes tajantes.

—Adler, vigile a los Milton y pida refuerzos. Hirsch, Martina, quédense con Adler y los Milton. Yo registraré la casa.

—Sí, señor —dijo Hirsch.

Con el arma en alto, Cromwell se movió con determinación, subiendo las escaleras mientras Adler llevaba a los Milton al salón y los obligaba a sentarse en el sofá. La tensión en el ambiente era densa, palpable. La niña pequeña, acunada en los brazos de la mujer, empezó a revolverse y a llorar, con sus manitas inquietas, sin ser consciente del peligro, pero percibiendo el desasosiego de la habitación.

—Es la hora de su merienda —dijo la mujer con voz temblorosa —. Tiene hambre.

—Señora, por favor, no se mueva —dijo Adler con tono firme.

A la mujer le temblaban las manos mientras intentaba calmar a la niña, pero estaba claro que la pequeña estaba asustada. ¿Quién no lo estaría? Hasta una niña podía percibir la tensión: las voces altas, las pistolas, la amenaza tácita que flotaba en el aire.

El eco de unos pasos retumbó en el piso de arriba y, un instante después, Cromwell gritó:

—Martina, suba.

Hirsch me miró.

—Ve.

No perdí el tiempo, corrí hacia la escalera y subí. Al llegar arriba, vi a Cromwell de pie justo en el umbral de una puerta abierta. La luz parpadeó al encenderse, arrojando un resplandor sobre el pasillo. Podía oír la voz de Cromwell.

Entré en un pequeño dormitorio, y la visión que me recibió me revolvió el estómago. Atada a la cama con cables eléctricos estaba Jane. Tenía las muñecas y los tobillos fuertemente sujetos, y cinta americana le cubría la boca. Tenía los ojos desorbitados por el miedo, aunque se suavizaron un poco al verme.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja mientras me acercaba a la cama.

Asintió, con movimientos lentos, como si le doliera cada centímetro del cuerpo.

Cromwell se adelantó, tomando el control de la situación.

—Tenemos que documentar esto. Saquemos algunas fotos antes de desatarla —dijo, con voz tranquila pero apremiante.

Saqué el móvil, trabajando lo más rápido que pude. El leve clic de la cámara sonó extrañamente fuera de lugar en la habitación, por lo demás silenciosa. Tenía las manos firmes mientras hacía las fotos, capturando cada ángulo: las muñecas atadas, los cables, la sangre que se había secado en la comisura de sus labios, los moratones de su frente. Estaba claro que había pasado por un calvario.

—Ya las tengo.

Cromwell usó su navaja para cortar los cables eléctricos que la ataban mientras mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

Jane se incorporó lentamente, frotándose las muñecas donde los cables se le habían clavado en la piel. Unas marcas de un rojo intenso le surcaban los brazos, y unos moratones moteaban su piel, antes pálida. Tenía la frente hinchada, y la sangre seca cerca de la boca destacaba crudamente contra su piel.

Me acerqué y le quité con cuidado la cinta americana de la boca, con cuidado de no hacerle más daño. Hizo una mueca de dolor, pero no gritó. Cuando le quité la cinta, me agaché para ponerme a la altura de sus ojos.

—¿Qué ha pasado, Jane? —pregunté en voz baja.

Le temblaron los labios mientras intentaba articular palabras. Respiró hondo, con el cuerpo todavía temblando por el trauma.

—Pensé que podría recuperarla —dijo, con la voz ronca y los ojos llenos de lágrimas—. Pensé que podría hacerles ver que es mía.

No la seguía.

—¿Qué quieres decir?

—Soy Hanna. Me llamo Hanna. Lo recuerdo todo.

Cromwell y yo nos miramos, ambos obviamente sorprendidos.

—Hanna, escúchame —dije en voz baja, alargando la mano para coger la suya—. Ya estás a salvo. Vamos a sacarte de aquí. Pero necesitamos saberlo todo. Necesitamos entender qué ha pasado.

—Yo no quería que pasara nada de esto —dijo—. Pero no podía dejar que me la quitaran.

Sus palabras se apagaron y vi que estaba a punto de derrumbarse. Cromwell se arrodilló a su lado, con voz amable.

—Ya no está sola, Hanna. Resolveremos esto. Pero primero, tenemos que ponerla a salvo.

—No me iré sin ella.

¿Ella? ¿Quién?

—¿Qué quiere decir?

—Lo he recordado todo. Robaron a mi hija. Por eso vine aquí la primera vez, para recuperarla. Nos peleamos. Él me persiguió hasta el parque. Me redujo. Me atacó —hizo una pausa—. He vuelto a por ella, Martina. —La voz de Hanna temblaba, sus ojos estaban muy abiertos y desesperados—. Tienen a mi hija. Lo he recordado todo... a él y a su mujer. Robaron a mi hija, e intentaron matarme la última vez que vine a por ella.

Me quedé helada un momento, intentando procesar lo que estaba diciendo. ¿Cómo era posible? Su hija había muerto; al menos, eso era lo que nos habían hecho creer a todos. Aunque no había habido cadáver. Ni un cierre. Y Jacob... se había mostrado esquivo con los detalles, sobre todo con el lugar del entierro en Oregón. Todo había parecido siempre inconcluso, como las piezas de un puzle que no encajaban del todo.

—Creía que tu hija había muerto —dije despacio, con cuidado—. Y que la enterraste en Oregón. ¿Recuerdas eso?

Hanna negó con la cabeza violentamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—No fue a Abigail a quien enterraron, Martina. Lo vi todo. Lo vi a él. A Ben. Te digo que robaron a mi niña. Y por fin la encontré. A mi Abigail. Jacob lo hizo. Se la dio a Ben. No sé por qué, no lo entiendo, pero la tienen ellos. —Su voz se quebró por la emoción.

Se mantenía firme, pero no tenía sentido. No encajaba con lo que yo creía saber.

—¿Y estás segura de que estás bien? —pregunté, al verle el profundo moratón en la frente—. Es un moratón feo.

—Me duele mucho la cabeza —admitió, presionándose suavemente la sien con los dedos. Luego me miró directamente a los ojos, con una mirada intensa—. Pero no estoy loca, Martina. No lo estoy. Dijeron que habían llamado a Jacob para ver qué hacían conmigo. Actúan como si les importara, como si quisieran ayudarme. Ben me juró y perjuró que Jacob me quiere, y que por eso no llamó a la policía cuando vine aquí a buscarla.

Se me revolvió el estómago al oír sus palabras.

El detective Cromwell se acercó, con una expresión indescifrable.

—Entonces, ¿está diciendo que Ben y su mujer robaron a su hija y usted vino aquí a recuperarla? Cuando lo hizo la primera vez, la atacaron. Ahora una segunda vez, y la han atado.

Con las lágrimas corriéndole por las mejillas, Jane dijo:

—Sí. Es verdad, lo juro. Creen que no puedo demostrarlo, pero he aprendido mucho de ti, Martina. Sobre el ADN, cómo puede encontrar parientes. Me hablaste de las pruebas de ADN... El ADN demostrará que es mía. Hazle la prueba de ADN, Martina. Es mi hija. Sé que lo es.

Su voz se quebró, cruda por la emoción, y se secó las lágrimas con manos temblorosas. Quería creerla, quería creer que no estaba perdiendo el contacto con la realidad.

—Podemos comprobarlo —dije en voz baja, con la esperanza de ofrecerle algo de consuelo. Pero sentía los ojos de Cromwell sobre mí, su escepticismo era obvio. Y quizá tuviera razón. ¿Cómo podía

tener sentido algo de esto? Pero tenía que confiar en Hanna, al menos por ahora. Tenía que creerla lo suficiente como para investigar más a fondo. Esperaba que Cromwell también lo hiciera.

Recordé a la niña que sostenía Laurel Milton, la pequeña que había estado llorando momentos antes. Se parecía a Jane. La cara en forma de corazón, el mismo color, el pelo oscuro y los ojos grandes que reflejaban los de la propia Jane. Era posible, ¿no?

El lejano sonido de las sirenas rompió el silencio; llegaban los refuerzos.

—Llamaré a una ambulancia —dijo Cromwell, con un tono que se volvió más práctico, más centrado—. ¿Por qué no se queda con Hanna? —La miró brevemente—. Bajaré a encargarme de los Milton.

Tenía más que suficiente para detenerlos, teniendo en cuenta el estado en que se encontraba Hanna. Pero ¿y Jacob? Tenía que estar metido en todo esto.

Con eso, salió de la habitación, bajando a enfrentarse a los Milton.

Me volví hacia Jane, que ahora estaba sentada, recorriendo con los dedos los moratones de sus muñecas. Me agaché a su lado y le cogí la mano con delicadeza.

—Vamos a hacer que te hagan un chequeo —dije en voz baja—. Pero, Jane, necesito saber... ¿Por qué no nos llamaste antes? ¿Por qué viniste aquí sola? Te habríamos ayudado.

Me miró fijamente, con los ojos brillantes de lágrimas.

—No pensé que nadie me creería —dijo—. Jacob convenció a todo el mundo de que estaba loca después de que supuestamente nuestra hija muriera. Pero no murió. Nadie me habría creído si hubiera dicho que seguía viva. Así que tuve que hacerlo yo misma. Tenía que encontrarla.

Se me hizo un nudo en la garganta mientras la escuchaba, asimilando el peso de sus palabras.

—Te creo, Hanna —dije, apretándole la mano con suavidad—. Vamos a aclarar esto.

Mientras las sirenas sonaban cada vez más fuerte, no pude evitar la sensación de que esto estaba lejos de terminar.

52

MARTINA

HANNA y yo bajamos las escaleras juntas. Parecía mantenerse firme, más fuerte de lo que esperaba después de todo por lo que había pasado. Probablemente no necesitaba ir al hospital, pero era por precaución. Si tenía una conmoción cerebral o si la adrenalina enmascaraba algún dolor físico, no podíamos correr ningún riesgo.

En el salón, Ben y su mujer estaban sentados en el sofá, esposados, con el rostro lleno de desafío. Hirsch y Selena estaban cerca. Hirsch sostenía a la niña en brazos mientras Selena le daba galletas saladas. Hirsch siempre había tenido mano con los bebés: era tranquilo, delicado, como si ellos sintieran que podían confiar en él.

Selena miró a Hanna y se le desencajó el rostro. Dejó las galletas y corrió hacia ella. Se abrazaron y, después, Selena se apartó y dijo:

—¿Estás bien?

Hanna asintió.

Selena me miró.

—¿Por qué no vais Hanna y tú al comedor que está ahí mismo? —le dije.

El comedor estaba enfrente del salón, donde se encontraban los Milton. Con expresión seria, Selena dijo:

—De acuerdo.

La voz de Laurel Milton resonó en la habitación, tensa y temblorosa.

—¿Qué le va a pasar a Kelly? —Miraba fijamente a su hija —o la hija de Hanna— con los ojos anegados en lágrimas.

Mientras Selena acompañaba a Hanna al comedor, esta gritó:

—¡No es Kelly!

Selena captó la indirecta y se apresuró a llevarse a Hanna. No necesitábamos que empeorara la situación.

Cromwell se acercó a los Milton.

—Tenemos que hacerles unas preguntas sobre la niña.

—No es de Hanna —espetó Ben con voz llena de justa indignación—. Tenemos un certificado de nacimiento, los informes del hospital. Todo. Está loca, necesita ayuda. —Miró a su mujer en busca de apoyo, pero el silencio de ella flotó en el aire como una densa nube.

Me acerqué un poco más y me crucé de brazos.

—¿Dónde están esos informes?

Laurel Milton me miró, desviando la vista con nerviosismo hacia la escalera.

—Arriba. En nuestro archivador. En el segundo cajón.

Ben se apresuró a intervenir de nuevo, esta vez más alto, casi como si necesitara convencerse a sí mismo tanto como a nosotros.

—¡Delira! ¡Cree que es su hija, pero no lo es! ¡Tenemos pruebas!

Si le habían robado la hija a Hanna, ¿cómo iban a tener informes?

Cromwell intervino:

—A ver, calmémonos todos. —La habitación se silenció—. Subiré a por los papeles. —Un fuerte golpe sonó en la puerta abierta. Cromwell añadió—: Seguramente son los refuerzos. Les pondré al día y luego subiré. No se muevan de aquí.

Todos asintieron.

El agente Adler permanecía alerta, vigilando. Mi atención se centró en la niña que Hirsch tenía en brazos. La pequeña se parecía a Hanna: la cara en forma de corazón, los ojos oscuros. ¿Podría ser una coincidencia?

Nadie habló.

Unos minutos después, Cromwell bajó las escaleras junto con tres agentes, sujetando una carpeta de cartón.

Se acercó directamente a mí, con expresión sombría, y me entregó los documentos. Los examiné rápidamente.

Un certificado de nacimiento de una niña, nacida dos años y cinco meses antes. De estar viva, la hija de Hanna tendría dos años y ocho meses. Facturas del hospital por la estancia de la señora Milton cuando supuestamente dio a luz. Todo parecía legítimo.

Cromwell se acercó a mí y me susurró:

—¿Tú qué crees, Martina?

—Es un poco oportuno, ¿no te parece? —le respondí, mirando de reojo a los Milton. Estaban sentados, muy rígidos en el sofá, con el rostro tenso por la expectación.

Cromwell me lanzó una mirada y me apartó un poco más.

—Bueno, si sabían que iba a afirmar que era su hija, quizá lo tenían preparado. A ellos les beneficia, a ella le perjudica.

No podía rebatir las pruebas, al menos no todavía.

—Entiendo lo que dices, pero entonces, ¿por qué no llamar a la policía cuando llegó? En lugar de alertar a las autoridades, le dieron una paliza y la ataron a una cama. Eso no es lo que hace gente inocente.

—No, no lo es. La única forma de demostrar esto de una vez por todas es con el ADN. Tenemos que conseguir el ADN de esa niña.

—Estoy de acuerdo —dije—. ¿Cómo manejamos a Hanna? —pregunté en voz baja para que nadie nos oyera—. ¿Y si esto es una especie de psicosis? Está convencida de que esa niña es suya y, hasta que no lo demostremos de una forma u otra, no va a parar. Puede que vuelva a por ellos.

Cromwell suspiró, frotándose la frente.

—Eso es exactamente lo que me preocupa. Si no está en su sano juicio, esto podría volverse peligroso. Pero si esa es su hija...

Dejó la frase en el aire, y yo sabía lo que estaba pensando. Si Hanna tenía razón, teníamos a dos sospechosos que habían robado a una niña e intentado hacerla pasar por suya. No podía haber más en juego.

—Necesitamos ese ADN —dije con firmeza—. ¿Puedes conseguirlo?

—Si los padres dan su consentimiento, sí. Ahora mismo, ellos son los tutores legales y tienen la documentación. Podemos pedirles que proporcionen una muestra. Si de verdad es su hija, no deberían tener ningún problema.

Se dirigió hacia los Milton, mientras yo iba a ver cómo estaban Hanna y Selena. Las dos estaban acurrucadas en el comedor.

—¿Cómo va la cosa ahí dentro? —preguntó Selena.

—Cromwell está haciendo algunas comprobaciones. Su equipo recogerá pruebas —dije—. La ambulancia debería llegar pronto.

—No necesito ir al hospital, Martina —dijo Hanna con voz tensa —. Necesito a mi hija.

—Entiendo lo que dices, de verdad. Pero hasta que no podamos demostrar sin lugar a dudas que es tuya, no puedes tenerla. Vas a tener que esperar un poco más.

—¿Le haréis la prueba de ADN?

—La conseguiremos.

Cromwell apareció y me hizo una seña para que me acercara. Fui hacia él.

—No consienten la prueba de ADN —dijo—. Vamos a necesitar una orden judicial.

—¿Cuánto puedes tardar en conseguirla?

—Conozco a un juez que podría firmarla bastante rápido. Es muy raro que no accedan. Entre tú y yo, dudaba mucho que la niña fuera de Hanna, pero ahora… Voy a hacer una llamada. No le quites el ojo de encima a Hanna. Tenemos que asegurarnos de que esté a salvo y de que no vaya a por nadie.

—Entendido.

De vuelta en el comedor, les expliqué la situación a Selena y a Hanna.

—¿Y si el juez dice que no? —preguntó Hanna, y pude ver cómo el pánico crecía en sus ojos.

—Vamos a hacer todo lo posible por conseguir esa orden —dije, intentando calmarla—. Pero ahora mismo, tenemos que ser pacientes.

Selena intervino:

—Vamos a resolver esto. No te preocupes.

Hanna miró a Selena y luego a mí, sus ojos suplicando algún tipo de certeza, pero no podía dársela. No hasta que la verdad saliera a la luz. Y ahora, lo único que podíamos hacer era esperar.

53

JANE/HANNA

Paseaba de un lado a otro por el pasillo de Drakos Monroe Security & Investigations, con pasos rápidos e inquietos. Hacía dos días enteros que no veía a mi hija; dos días de un silencio angustioso, de espera, de anhelo de que la verdad por fin pusiera las cosas en su sitio. Después de todo lo que había hecho por encontrarla.

Afortunadamente, el juez había concedido la orden para recoger el ADN de Abigail. Al menos, el sistema me había escuchado. Pero ahora estaba con los Servicios de Protección de Menores, con desconocidos. La idea de que estuviera en una habitación rodeada de desconocidos, sin que yo pudiera protegerla, me partía el corazón de una forma que ni siquiera podía describir.

Me detuve un momento y me llevé la mano al pecho, intentando calmar la respiración. Sin embargo, lo sentía. Sentía que estaba cerca, que la verdad estaba casi al alcance de la mano. Abigail iba a volver conmigo, lo sabía en el alma. Solo tenía que esperar un poco más. Paciencia. Solo necesitaba un poco de paciencia.

Martina había insistido en que me quedara en el despacho con ella, diciendo que era por mi propia seguridad y que era mejor para mí estar rodeada de gente. Pero también sabía, en el fondo, que no se fiaba de que me quedara en casa. No después de todo. Temía que me escapara de nuevo, que fuera a buscar respuestas por mi

cuenta. Pero no me importaba. Me sentía segura aquí. Al menos en Drakos Monroe, no estaba sola. Aquí podía concentrarme en esperar los resultados del ADN sin el silencio aplastante de una casa vacía.

Ben y su mujer estaban en la cárcel por retenerme contra mi voluntad, pero eso no importaba ahora mismo. Lo único que importaba era la prueba; el ADN que demostraría que Abigail era mía.

Selena se acercó. Tenía una expresión afable y una taza de té en las manos. —Tome —dijo con delicadeza, ofreciéndomela—. Esto debería ayudarla a calmar los nervios.

—Gracias. —Acepté la taza y su calor me alivió los nervios—. Ha sido usted tan amable durante todo este tiempo… No sé cómo me las habría arreglado sin usted y sin Martina.

Selena sonrió, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos. —Pronto tendremos noticias.

Dejé de pasear. El vapor del té se arremolinaba ante mi cara mientras soplaba distraídamente. Mi mente iba demasiado deprisa como para que ninguna calma real pudiera asentarse.

Selena se acercó un poco más, su voz sonaba baja, compasiva. —¿Quiere hablar? No puedo ni imaginar por lo que está pasando ahora mismo.

Dudé un momento, con los pensamientos enredados. —Estoy más que un poco nerviosa, si le soy sincera. Sé que es mía, Selena. ¿Pero qué voy a hacer cuando lo demuestren? —La voz se me quebró—. No tengo trabajo ni ninguna habilidad real. Y ellos… ellos me la robaron. Intentaron decirme que había muerto, pero no era ella. No sé por qué solo lo recuerdo ahora…

—¿Qué quiere decir? —preguntó Selena, con el ceño fruncido por la confusión—. ¿Que no era ella?

Fijé la vista en la taza; las palabras se me escaparon antes de que pudiera darles sentido. —Eso es, Selena. Era otra niña. La que murió no era mi hija. Era diferente, más pequeña. —Sabía que él había mentido. Siempre lo había sabido.

La confusión de Selena se acentuó. —No creo que la siga…

Alcé la vista, sintiendo cómo las piezas encajaban, cómo la horrible verdad emergía de la niebla de mis recuerdos. —Jacob

cambió a las niñas. La niña que murió no era Abigail. No me dejaba acercarme a la cuna. No quería que la viera, y discutimos por eso. Pero la vi, solo un instante. Era demasiado pequeña. Demasiado frágil. No era Abigail. Así es como sé que es mía. No sé por qué no me di cuenta antes. Había supuesto que la había drogado para que no hiciera ruido. Pero no era ella.

Los ojos de Selena se abrieron de par en par, impactada. —¿Así que cree que… Jacob intercambió a las niñas? ¿Cree que la niña que murió era de otra persona? ¿Por qué haría algo así?

¿Por qué regalaría a nuestra hija? —No lo sé.

Sentí que la habitación daba vueltas, que el suelo se inclinaba bajo mis pies mientras la enormidad de lo que Jacob había hecho me golpeaba de nuevo. Me había hecho creer que mi hija ya no estaba, me había hecho dudar de mi cordura. No estaba loca, nunca lo había estado. Pero Jacob lo había tergiversado todo, había deformado la realidad hasta que ya no podía distinguir lo que era real.

Justo en ese momento, vi a Martina corriendo hacia mí, con expresión tensa y paso apresurado.

—Tenemos los resultados —dijo Martina con la voz entrecortada, sin apartar los ojos de los míos.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, como si fuera a estallar. Era el momento. El momento que lo determinaría todo: si había tenido razón todo este tiempo o si me estaba aferrando a una fantasía, a una verdad que no era la mía.

54

MARTINA

HIRSCH Y YO estábamos fuera de la sala de interrogatorios de la comisaría del sheriff del condado de Alameda, y la tensión era palpable mientras esperábamos al detective Cromwell. Había estado dentro interrogando a los Milton por separado, tratando de que se vinieran abajo. Creía que Laurel Milton sería la que se derrumbaría; era el eslabón más débil, y sus emociones ya habían empezado a aflorar en su interrogatorio anterior.

La puerta se abrió y salió Cromwell, con semblante serio, pero esperanzado.

—Creo que está a punto de hablar. Quizá si se lo expone todo —nuestra teoría de lo que pasó, de madre a madre—, creo que puede llegar a ella.

Asentí con la cabeza e intercambié una breve mirada con Hirsch antes de entrar en la sala de interrogatorios. Laurel Milton estaba sentada a la mesa, con las manos entrelazadas nerviosamente delante de ella. Tenía los ojos rojos e hinchados de llorar, pero se mantenía entera.

Me acerqué despacio, intentando mantener un tono de voz tranquilo y suave.

—Hola, Laurel —le dije con amabilidad, sentándome frente a ella.

Me dirigió una breve mirada antes de volver a bajar la vista.

—Hola.

—¿Quiere contarme lo que pasó? ¿Desde el principio? —pregunté, dándole la oportunidad de sincerarse por su cuenta.

Le temblaron los labios y negó con la cabeza.

—No sé de qué me habla.

—¿No? —Me eché un poco hacia atrás, dándole espacio, pero manteniendo mi voz mesurada—. Bueno, entonces, déjeme decirle lo que creo que pasó. ¿Le parece bien?

Asintió con la cabeza, sus ojos se alzaron para encontrarse con los míos, solo por un segundo, antes de volver a bajarlos rápidamente hacia sus manos.

Respiré hondo. Tenía que llegar a ella, conectar con el dolor y la culpa que sabía que estaba sintiendo.

—Creo que tuvo usted una preciosa niña —empecé con suavidad —. Pero creo que, por desgracia, falleció.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Tengo una hija y, sinceramente, no puedo imaginar cómo sería algo así. El dolor. El vacío que me dejaría en el corazón.

Cerró los ojos mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Y creo que Jacob le dio otra niña —la hija de Hanna— para que la criara en lugar de la suya.

Los ojos de Laurel Milton se abrieron de par en par, y la sangre le huyó del rostro. Abrió los labios como si quisiera decir algo, pero las palabras no salieron.

Seguí presionando, con voz amable pero firme.

—¿Sabía usted que Hanna no quería renunciar a ella? ¿Que Jacob le dijo que su bebé había muerto? ¿Sabía que le mintió, que le hicieron eso a ella?

Laurel Milton inclinó la cabeza. Su cuerpo se estremeció. Momentos después, levantó la cabeza lentamente, con la voz quebrada.

—Al principio no lo sabía. ¡No lo sabía, se lo juro! Se lo juro —gritó, mientras las lágrimas le corrían ahora libremente.

Me incliné un poco, con un tono todavía suave pero cargado de urgencia.

—Dígame qué es lo que no sabía, Laurel.

Le temblaban los hombros mientras intentaba recomponerse, y sus palabras salían entre sollozos.

—Ben me dijo… me dijo que la madre del bebé había muerto. Que el bebé era huérfano. Dijo… dijo que era la voluntad de Dios, que yo tenía que cuidarla, que me necesitaba. —Su voz tembló—. Pero me mintió. Yo no sabía la verdad.

—¿Qué es lo que no sabía? —pregunté, presionando con delicadeza, dándole espacio para que lo revelara todo.

Respiró hondo y entrecortadamente, con los ojos llenos de arrepentimiento.

—No sabía que Hanna seguía viva. No sabía que le habían robado a su hija. No hasta que Hanna apareció en mi puerta, gritando que le devolviera a su hija. Pensé que estaba loca. No sabía quién era. No entendía lo que decía. Le dije que se equivocaba. Que la niña era mía.

Su voz bajó hasta convertirse en un susurro, y la culpa se reflejaba en su rostro.

—Me atacó y entró. Cogió un cuchillo de la cocina. Yo… intenté que se fuera. Pero no paraba. Seguía luchando, gritando que yo tenía a su hija. Ben entró y la echó, la persiguió hasta los lagos, más de un kilómetro y medio. Fue entonces cuando él… —hizo una pausa, con la voz quebrada—. Volvió y me dijo que se habían encargado de ella.

Me quedé inmóvil, con el vello de la nuca erizado.

—¿Le dijo eso?

—Sí —dijo en voz baja, apenas audible—. Dijo que la había retenido hasta que vino la policía y se la llevó. Me dijo que se enteró de quién era, pero que no me preocupara, que no volvería. Pero… yo sabía que había algo más.

Apreté la mandíbula, tratando de mantener la compostura.

—¿Qué más le dijo?

Laurel se secó las lágrimas con una mano temblorosa.

—Que Jacob le había dado el bebé. Que yo lo sabía. Pero dijo que Hanna no estaba muerta, como me había dicho al principio. Dijo que la verdad era que Hanna era una madre no apta, que la habían encerrado en un psiquiátrico y no podía criar a una hija. Dijo que

estábamos haciendo lo correcto, cuidando del bebé. —Se tomó un momento para secarse las lágrimas de las mejillas—. Pero… pero luego… luego me contó toda la verdad después de que yo insistiera. No era propio de Ben mentirme. Entonces me dijo que nunca había visto a Hanna y que no sabía que la mujer que me estaba atacando era ella. Pero supongo que cuando estaban en los lagos, se enteró de quién era y ella le juró que nunca había estado en un psiquiátrico. Antes de volver a casa, él llamó a Jacob. Jacob le dijo que Hanna mentía y que debía de haberse escapado del hospital. Ben quería conseguirle ayuda, pero Jacob lo convenció de que estaríamos mejor si ella moría… Lo siento mucho. Debería haber insistido en que pidiera ayuda. Pero… no podía perderla.

Sentí que se me encogía el corazón al escucharla. Sabía que había más en todo esto, pero oírlo expuesto con tanta claridad me revolvió el estómago. Ben había formado parte de todo desde el principio, y Jacob… Jacob lo había orquestado.

—Entonces, ¿Jacob simplemente le entregó el bebé?

Laurel se derrumbó por completo entonces, sollozando sin control. Cuando se calmó un poco, dijo:

—No. Ben le ha estado dando dinero a Jacob todos los meses. Todos y cada uno de los meses. Yo no entendía por qué… pero luego sí. Era el pago por el bebé. Lo siento muchísimo. Lo siento de verdad.

Eché un vistazo al equipo de grabación en la esquina de la sala. Estaba todo grabado. Teníamos su confesión.

—Laurel —dije en voz baja—, ¿firmará una declaración detallando lo que acaba de contarme?

Entre lágrimas, dijo:

—Sí. Firmaré. Haré lo que necesite. Lo siento muchísimo.

Exhalé, y la tensión de mi cuerpo por fin se liberó. No había terminado, pero esto era un gran avance. Una confesión. Ahora, podíamos seguir adelante.

Cuando me levanté para irme, Laurel Milton me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor... dígale a Hanna que lo siento. Yo no lo sabía. Le juro que no lo sabía.

Le dediqué una mirada compasiva.

—Cuídese.

Laurel Milton era una mujer rota. Primero falleció su hija, y ahora el saber que le había arrebatado la suya a otra mujer la había destrozado aún más. Tras una mirada a Hirsch, salimos de la sala, listos para terminar lo que habíamos empezado.

55

MARTINA

HABÍA LLEVADO MÁS de una semana reunir a Hanna con su hija. Una semana de sortear trámites burocráticos, instalarla en un piso, inscribirla en un programa de formación laboral y encontrar una guardería y terapia para la pequeña Abigail. No fue fácil, pero Hanna había luchado por su vida y la de su hija a cada paso; había luchado desde el principio. Contra todo pronóstico, encontró a su hija, soportó un dolor inimaginable y sobrevivió a una experiencia que habría destrozado a la mayoría de la gente. Fue un milagro que las dos se hubieran reunido.

Durante el interrogatorio, Hanna explicó que se había enterado de que Abigail estaba en la bahía de San Francisco tras oír a Jacob hablar por el móvil. Esto había sucedido en un momento en que creía que había perdido a la bebé. Cuando se enfrentó a él, se desencadenó una violenta pelea que dejó a Hanna malherida y sangrando. Pero no se rindió. Al contrario, pasó a la acción. Al cotillear en el teléfono de Jacob, no solo descubrió información sobre los Milton, sino que también encontró el valor que necesitaba para escapar.

Durante el siguiente año y medio, se escondió de Jacob mientras buscaba a Abigail. Evitarlo significaba moverse constantemente entre refugios, cambiando cada pocos meses, pero siempre en

dirección sur, acercándose poco a poco a su pequeña. Hanna admitió que hubo momentos en los que dudó de su cordura, pero todo cambió cuando por fin encontró a Abigail. La vio en el barrio, en un cochecito que empujaba Laurel Milton. Hanna dijo que le bastó con una sola mirada a la cara de su hija, a la marca de nacimiento que recordaba tan vívidamente, para saber sin ninguna duda que había encontrado a Abigail.

Gracias a la fortaleza de Hanna —y a la confesión crucial de Laurel Milton, combinada con los recuerdos recuperados de Hanna —, Jacob estaba por fin entre rejas. Se enfrentaba a cargos por la venta ilegal de un menor, un delito cuyos detalles dejaron atónitos y asqueados a todos los que lo oyeron. Ben también estaba en prisión, a la espera de juicio por el secuestro no solo de Abigail y Hanna, sino también por el intento de asesinato de esta última. Sus acciones casi le habían costado la vida, todo en nombre de su propia y retorcida idea del amor.

Laurel Milton, por otro lado, probablemente solo recibiría la libertad condicional. Realmente no había conocido el alcance de las acciones de su marido. Quedó claro desde el momento en que se derrumbó en la sala de interrogatorios. Tenía el corazón destrozado por el dolor y Ben —motivado por un intento desesperado de protegerla de ese sufrimiento— había tomado una decisión terrible e irreversible. Después de que le contáramos la confesión de ella y le presentáramos la montaña de pruebas que había contra ellos, Ben se vino abajo. Lo admitió todo.

Confesó que Abigail nunca fue su hija, que Jacob se la había entregado a cambio de dinero. Ben admitió que lo había hecho porque no soportaba ver sufrir más a su mujer. Ella se había estado ahogando en su pena tras perder a su hija, y nada parecía sacarla de esa oscuridad. En su mente, comprar la hija de otra persona era la única manera de hacerla feliz. Su historia se corroboró cuando los restos de su hija, Kelly Ann, fueron recuperados de una tumba en el norte. Una tumba que Jacob le había dicho a Hanna que era la de Abigail.

Era trágico y profundamente retorcido. De alguna forma perversa y demencial, Ben pensó que actuaba por amor, creyendo que al

llevarse a Abigail y fingir una nueva vida, podría arreglarlo todo. Pero el amor, cuando se enreda con el dolor, puede hacer que la gente haga cosas atroces. Al final, estaba dispuesto a matar a una madre inocente para proteger a su mujer de la realidad de su pérdida. No era algo de lo que se pudiera huir sin más. No existían soluciones rápidas para ese tipo de dolor.

La pena, según he llegado a entender, no es algo que se pueda arreglar con una tirita. No se puede rodear, no se puede evitar. La única forma de salir es atravesándola. Y Ben, en su intento desesperado de ahorrarle a su mujer ese viaje, había destrozado varias vidas.

Hanna también había atravesado el dolor: el dolor por una hija que creía muerta, el dolor por la vida que le habían robado. Pero sobrevivió. Y ahora, al otro lado de esa oscuridad, estaba decidida a construir una nueva vida para ella y Abigail.

Hanna me había confiado una noche su pasado y la familia que había dejado atrás en Oregón. Según Hanna, su padre y sus hermanos habían sido abusivos, y nunca le habían permitido ir a la escuela ni tomar sus propias decisiones. No tenía intención de volver. Hanna afirmó que ese capítulo de su vida había terminado porque no quería que Abigail creciera en ese tipo de entorno. Un entorno donde los hombres dictaban la vida de las mujeres; donde las mujeres podían ser golpeadas y rechazadas. Donde las mujeres no tenían voz sobre su futuro.

Hanna decidió quedarse en la bahía de San Francisco y empezar de cero en California. Me dijo que quería enseñarle a su hija a ser fuerte, a ser independiente y a tomar sus propias decisiones, algo que ella misma no había tenido la oportunidad de hacer hasta que casi la matan.

Mientras yo reflexionaba sobre todo lo que habíamos pasado juntas, Selena se acercó, con una expresión cálida pero cansada. —Está instalada —dijo en voz baja.

Una sensación de alivio me invadió. —Ha hecho un gran trabajo con ella, Selena.

Selena sonrió. —No he sido solo yo. Hanna… es más fuerte que la mayoría de la gente. Por no mencionar cómo todo el equipo

trabajó para ayudarla a rehacer su vida. Vincent y Hirsch. Menudo equipo. ¿Cree que ha convencido a Hirsch de que venga a trabajar al bufete?

—Creo que sí. —Después del arresto de Jacob, Hirsch y yo habíamos hablado de que volviera a trabajar con nosotros. Dijo que estaba totalmente dispuesto para el próximo caso desafiante, cuando surgiera. Me lo tomé como un sí. Y no podría estar más feliz por ello.

Selena dijo: —Sabe, creo que Hanna va a estar bien. Mejor que bien. De verdad que lo creo.

Miré por la ventana. El sol se estaba poniendo y proyectaba un resplandor suave. Era un símbolo, quizá, de un nuevo comienzo. No solo para Hanna y Abigail. No pude evitar pensar en el futuro de Drakos Monroe. Con un equipo como Selena, Vincent y Hirsch, seríamos imparables.

—Yo también lo creo —asentí, con mis pensamientos puestos en la increíble resiliencia que Hanna había demostrado. No iba a ser fácil, pero Hanna había sobrevivido a lo peor y ahora tenía la oportunidad de vivir la vida que le correspondía, con su hija.

Con una mirada pensativa, Selena dijo: —¿Es un recordatorio, verdad? De todo lo que la gente puede soportar. De todo lo que puede superar.

Sonreí levemente, pensando no solo en todo lo que Hanna había pasado, sino también en Selena. —Lo es —dije—. Y es un recordatorio de que, por muy oscuras que se pongan las cosas, siempre hay un camino de vuelta a la luz.

Con Abigail en sus brazos y una nueva vida por delante, Hanna había encontrado la salida de la oscuridad. Lo había perdido todo y, sin embargo, lo había recuperado todo. Ahora, podía seguir adelante, no como la mujer rota que Jacob había intentado hacerle creer que era, sino como alguien que se había enfrentado a lo inimaginable y había salido al otro lado, más fuerte que nunca.

Mientras el día se desvanecía en la noche, me permití un momento de tranquila satisfacción. No era un final perfecto —no existen—, pero era un nuevo comienzo… y eso podía ser igual de bueno.

¡Gracias por leer *Su Búsqueda Implacable*! La próxima entrega de *Los Casos de Martina Monroe* llegará muy pronto. ¡Haz clic aquí!

ACERCA DEL AUTOR

H.K. Christie es autora de más de veinte novelas de suspense y thriller criminal que han conquistado a lectores de todo el mundo. Con un estilo adictivo y giros inesperados en cada capítulo, sus historias combinan misterio, tensión psicológica y personajes inolvidables.

Apasionada por el género de la novela negra, H.K. Christie crea tramas llenas de secretos familiares, investigaciones policiales y asesinos implacables que mantienen al lector en vilo hasta la última página.

Si te gustan los thrillers psicológicos, los misterios llenos de suspense y las heroínas fuertes, las novelas de H.K. Christie se convertirán en tus próximas lecturas imprescindibles.

www.authorhkchristie.com

AGRADECIMIENTOS

A Alix Sloan, Dwayne Keller, Emily Haynes, Jolie Castilla, Keisha Frazier y Angela Griffith. No solo ganasteis el concurso para que un personaje de este libro llevara vuestro nombre, o para elegirlo, ¡sino que también sois de mis personas favoritas! ¡Gracias!

Muchísimas gracias a mi equipo de lectores avanzados. Estos maravillosos lectores tienen un valor incalculable al ser los primeros en echar un vistazo a mis historias, ayudar a encontrar erratas y darlas a conocer con sus reseñas y amables palabras.

A mi editora, Paula Lester, un agradecimiento enorme por tu meticulosa edición y tus útiles comentarios, y al corrector Ryan Mahan por cazar esas últimas erratas. A mi diseñadora de portadas, Odile, gracias por tu guía y tu talento.

A mi mejor compañero de escritura (alias el jefe), Charlie, gracias por las miradas de ánimo y los recordatorios para que me tome un descanso. Si no fuera por ti, estaría todo el día en el despacho trabajando en lugar de atender todas tus necesidades y deseos, como mimos, caricias, chucherías y largos y serpenteantes paseos. A mi chico, gracias, como siempre, por estar a mi lado y animarme.

Por último, pero no por ello menos importante, me gustaría dar las gracias a todos mis lectores. Gracias a vosotros puedo vivir el sueño de ser escritora a tiempo completo.